Carmen Rodríguez

# Atacama

#NOVELA

RiL

# Atacama

Novela

Carmen Rodríguez

# Atacama

*Novela*

RiL editores

CH893 Rodríguez, Carmen
R Atacama / Carmen Rodríguez. – – Santiago
: RIL editores, 2025.

264 p. ; 23 cm.
ISBN: 978-956-01-1720-5

1 NOVELAS CHILENAS. 2 LITERATURA CHILENA.

ATACAMA
Primera edición: mayo de 2025

© Carmen Rodríguez, 2025
Registro de Propiedad Intelectual
Nº 2025-A-1253

© RIL® editores, 2025

SEDE SANTIAGO:
Los Leones 2258
CP 7511055 Providencia
Santiago de Chile
(56) 22 22 38 100
ril@rileditores.com • www.rileditores.com

SEDE VALPARAÍSO:
valparaiso@rileditores.com

SEDE ESPAÑA:
europa@rileditores.com • Barcelona

Composición, diseño de portada e impresión: RIL® editores

Imagen de portada: «Altiplanic Lake», acuarela, Rodrigo González
www.rodrigogonzalezacuarelas.com

Impreso en Chile • *Printed in Chile*

ISBN 978-956-01-1720-5

Derechos reservados.

# Índice

## Primera parte 1925

Manuel. Marzo – julio, 1925 ..... 15
Lucía. Abril – julio, 1925 ..... 45
Manuel. Octubre – noviembre, 1925 ..... 83
Lucía. Octubre – noviembre, 1925 ..... 101

## Segunda parte 1926-1948

Lucía. Agosto – septiembre, 1938 ..... 121
Manuel. Septiembre, 1938 ..... 139
Lucía. Septiembre – octubre, 1938 ..... 151
Manuel. Noviembre, 1938 ..... 159
Lucía. Noviembre, 1938 – enero, 1939 ..... 167
Manuel. Diciembre, 1938 ..... 175
Lucía. Enero, 1939 ..... 181
Manuel. Diciembre, 1938 – enero, 1939 ..... 189
Lucía. Febrero, 1939 ..... 195
Manuel. Enero – febrero, 1939 ..... 199
Lucía. Febrero – marzo, 1939 ..... 205
Manuel. Marzo – julio, 1939 ..... 211
Lucía. Marzo, 1940 ..... 221

## Tercera parte 1949

Lucía y Manuel ..... 233

## Cuarta parte 2025

El mundo – Arte y cultura ..... 251

Nota de la autora ..... 257
Agradecimientos ..... 259
Bibliografía selecta ..... 261

*La historia de todas las sociedades actuales*
*es la historia de la lucha de clases.*

Karl Marx

*¡No han muerto! Están en medio*
*de la pólvora,*
*de pie, como mechas ardiendo.*
*Sus sombras se han unido*
*en la pradera de color de cobre*
*como una cortina de viento blindado*
*como una barrera de color de furia*
*como el mismo invisible pecho del cielo.*

Pablo Neruda

*Otro mundo no es sólo posible, sino que ya viene en camino.*
*En un día tranquilo, se siente su aliento de mujer.*

Arundhati Roy

*Para Carmen Cortés, mi madre,*
*y Armando Rodríguez, mi padre.*

*Y también para la Primera línea.*

# Primera parte

## 1925

# Manuel

*Marzo – julio, 1925*

*La Coruña*

La pampa estaba en absoluta quietud. Aspiré hondo el aire salobre y dejé que mis ojos bailotearan sobre el perfil de la cordillera, una línea zigzagueante tatuada sobre el fondo nacarado del cielo. Pronto el día se encargaría de pintar todo de sol.

Lo sentí graznar antes de verlo —el aguilucho que había estado vigilando por días finalmente había decidido salir a echarle una mirada al mundo. Estaba parado sobre el borde afilado de la roca que escondía su nido, aleteando y estirando el cogote—. Yo tenía la honda lista, tirante y cargada; lo único que me quedaba por hacer era apuntar y disparar. El pájaro se tambaleó y cayó como piedra. Lo recogí de un manotazo y salí corriendo. Era mi primer día de trabajo y no debía retrasarme.

El aguilucho todavía estaba tibio cuando llegué a casa. Sin decir palabra, mi mamá me lo quitó de las manos, lo echó a una olla y le vertió una tetera de agua hirviendo encima. Cuando el agua se enfriara, lo desplumaría y le sacaría las entrañas. Se me hizo agua la boca de puro pensar en el estofado que comeríamos más tarde.

El sol ya se había empinado en el cielo y el frío nocturno había empezado a darle paso al calor que llegado el mediodía azotaría la pampa sin piedad. Mi papá abrió la puerta y entró con un balde de agua en cada mano. Traía el pelo mojado y planchado hacia atrás.

—Es hora de irnos —me dijo, poniendo los baldes en el suelo.

Se acercó a mi mamá con la intención de darle un beso en la mejilla, pero ella dio vuelta la cabeza y lo apartó con la mano.

Agarré un pedazo de pan de la mesa y salí detrás de él.

—Te apuesto a que te va a volver la sonrisa a la cara cuando el niño traiga su primer monedero lleno de fichas —dijo mi papá antes de cerrar la puerta.

—No. La sonrisa me va a volver a la cara cuando el niño regrese al lugar que le corresponde: la sala de clases —le gritó mi mamá.

A media cuadra todavía se escuchaba el azote de ollas y sartenes contra el lavaplatos. Mi mamá estaba muy ilusionada con mi futuro. Me había enseñado a leer y escribir mucho antes de empezar la escuela y quería que fuera a la secundaria en Iquique.

—Te puedes quedar con tu tía Asunta —me decía, las manos atareadas sobre la estufa, una sonrisa en la cara y los ojos entornados, como si estuviera contemplando sus días de juventud, los que al parecer residían al otro lado de la ventana.

Tía Asunta, según mi mamá una gran «organizadora y agitadora», era su mejor amiga. Por ella mi mamá se había metido en política y también había terminado convirtiéndose en organizadora y agitadora.

—Asunta me enseñó a usar el coco —decía, el dedo índice apuntándole la cabeza. —Primero como mi maestra y luego como camarada, ella me hizo ver que la Iglesia católica está en contubernio con los capitalistas. Los curas y las monjas son los que se hacen cargo de los lavados de cerebro; de asegurarse de que la gente, pero en especial las mujeres, no salgan de la ignorancia y sigan creyendo en boberías. «Es la voluntad de Dios», te dicen con una sonrisita falsa en la cara. ¡Qué voluntad de Dios ni que ocho cuartos! Es *su* voluntad. Ellos son los que quieren que no hagamos más que rezar para así ganarnos un lugar en el cielo, en vez de luchar por una vida

decente aquí mismo, en la tierra —agregaba, levantando la voz y recalcando cada palabra con un golpe de nudillos sobre la mesa.

Así fue cómo en 1912 mi mamá llegó a La Coruña: a organizar a las mujeres y formar una nueva rama del Concejo nacional femenino. Mi papá, tres años menor que ella y unos buenos diez centímetros más bajo, se enamoró de su inteligencia, altanería y risa rimbombante. En ese orden. Le tomó cinco días hacerse del coraje para pedirle que se casara con él. A la edad de seis años yo ya me sabía la historia de memoria, pero de vez en cuando me gustaba escucharla de nuevo y a mi mamá le complacía darme el gusto. El final era siempre el mismo.

—Y tú, mamá, ¿tú también te enamoraste de mi papá? -—Le preguntaba yo.

—Al principio no estaba segura —me respondía. —Valoraba mucho mi libertad y, a decir verdad, no me gustaban los hombres.

—¡¿Cómo que no te gustaban los hombres?! —Le respondía yo, fingiendo indignación.

—Bueno, muchos de los hombres que yo conocía en Iquique eran groseros o violentos y en la mayoría de los casos, las dos cosas a la vez, como mi papá. Llegaba de madrugada, borracho como una cuba, y procedía a sacarnos a todos de la cama y a darnos unas tremendas palizas. Así fue hasta que yo llegué a tener más fuerza que él y una noche lo tiré como pelota contra la pared. Hasta ahí no más le llegaron sus artimañas. ¿Y en la calle? Los hombres nos decían groserías e incluso nos daban agarrones. Pero a mí no, porque yo los cacheteaba y los pateaba hasta más no poder. Claro que yo tenía la ventaja de ser más alta y fortacha que ellos —decía con una gran sonrisa en la boca.

—¡Pero mi papá no! ¡Él no es ni grosero ni violento! —Le contestaba yo.

—Tienes toda la razón, hijo. Tu papá no es ni grosero ni violento. Por eso, aunque hice lo imposible por no enamorarme de él, sí me enamoré; porque es amable y fuerte al mismo tiempo, igual que tú —me respondía ella, revolviéndome el pelo con los dedos.

Mi papá *era* amable y fortacho. También era inteligente. A mí me gustaba la idea de ir a la secundaria en Iquique, pero en verdad lo que más quería era seguirle los pasos a él. Mi papá había trabajado en las salitreras desde niño y había ido subiendo de posición hasta llegar a tener el mejor de todos los trabajos: dinamitero. Los dinamiteros preparaban las fórmulas para los explosivos, armaban sus propios fusibles y sabían cómo montar todo para dinamitar el pedazo exacto de pampa que habían escogido; ni más ni menos. Los dinamiteros *tenían* que ser inteligentes. También tenían que saber cómo manejar el poder que les otorgaba su oficio.

Cuando cumplí doce años y terminé la escuela primaria, mi papá me dio dos opciones: ir a la secundaria en Iquique o quedarme en La Coruña y empezar a trabajar en la mina. Para horror de mi mamá, yo escogí la mina. Pero mi primer día de trabajo no pude sino dudar de mi decisión. El estruendo de la maquinaria era ensordecedor y el aire fresco y salino que había respirado esa mañana había dado lugar a espesas nubes de roca molida y humo negro.

Yo había visitado la mina varias veces y cada vez me habían cautivado el ajetreo y el bullicio que se sentían por todos lados. Ahora, ese mismo ajetreo y bullicio me estaban poniendo los nervios de punta. Las descripciones de Iquique de mi mamá me empezaron a pasar por la mente: playas de arena blanca bajo un cielo azul y una plaza tranquila y hermosa, con árboles frondosos como los que salían en mis libros de geografía. Las imágenes en mi mente eran definitivamente más atractivas que las que tenía frente a los ojos. Pero era demasiado tarde para cambiar de parecer. Prefería morir antes de decepcionar a mi papá.

Sentí que me daba una palmadita en la espalda a modo de despedida y escuché con atención sus indicaciones sobre cómo llegar al patio de las trituradoras. Me quedé parado unos segundos más y lo miré acercarse al grupo de dinamiteros a punto de empezar a trabajar, todos con una bola de hojas de coca alojada en la mejilla y un cigarrito colgándoles de la boca. Ahora yo también era obrero y en un tiempo no muy lejano tendría mi propia bola de coca en la mejilla y un cigarrito colgándome de la boca. Sonreí de puro

imaginármelo. Para llegar a ser dinamitero tendría que esperar unos cuantos años más.

Como a todos los niños, a mí me habían contratado para limpiar las trituradoras. Cuando llegué a mi lugar de trabajo, ya había un grupo grande de muchachos chacoteando mientras esperaban a que llegara el jefe. Algunos eran amigos míos, pero muchos más mis enemigos; sólo había una cierta cantidad de aguiluchos, iguanas y vizcachas en la pampa, pero sí muchísimas familias que alimentar. Por eso había que trazar y defender bien las líneas territoriales. Las peleas a combos no eran mi fuerte: yo era flaco y petizo, pero a los matones les ganaba en astucia. A los niños más chicos les había enseñado algunas de mis tretas y así me había ganado su lealtad. Por eso, cuando los matones me atacaban, los chicocos no vacilaban en defenderme.

Mis amigos y el jefe me dieron instrucciones de cómo hacer el trabajo, pero las primeras veces que me metí a la trituradora lo único que hice fue gritar y patalear. No podía respirar y me sentí atrapado adentro de la bestia, un mastodonte horripilante con hocico de cocodrilo, cola de ratón y un enredo de tripas negras y hediondas en su interior. Cuando por fin el jefe me sacó y me plantó en el suelo, todavía no podía respirar y me empecé a ir de bruces. Entonces el hombre me sujetó con una mano y con la otra me cacheteó hasta que recobré el aliento.

Mis enemigos no paraban de reírse, pero no les duró mucho la fiesta porque para el segundo día yo ya me había aprendido las instrucciones de memoria: llénate los pulmones de aire antes de entrar, contén la respiración, abre bien los ojos, usa el cepillo para sacar el polvo y el punzón para desalojar las rocas atoradas en la máquina. Finalmente, cuando sientas que te estás empezando a marear, da un par de pataditas estilo tijera y el jefe sabrá que te tiene que sacar. Al principio no duraba mucho adentro, pero para el final de mi primera semana de trabajo, ya podía retener la respiración y mantener los ojos abiertos lo suficiente como para limpiar bien las entrañas de la bestia.

Al término de mi primer día, mi papá me llevó a una asamblea de trabajadores. Él era uno de los dirigentes del sindicato y representante en la FOCH, la Federación obrera de Chile.

Esa tarde caminamos pampa arriba, hacia las dunas, donde no nos podrían ver desde el pueblo. A mí se me salía el corazón por la boca de la pura emoción. Había asistido a otras reuniones políticas. Mi mamá siempre nos llevaba a sus asambleas en el Centro femenino, pero esta vez era diferente, ahora yo también era minero y en este mitin íbamos a discutir la posibilidad de irnos a la huelga. Cuando llegamos, cientos de hombres y niños ya estaban esperando. Divisé a un par de mis amigos y unos cuantos enemigos. Así los veía yo, a pesar de que en el camino mi papá me había explicado que en el sindicato no hay amigos ni enemigos, sino sólo compañeros de trabajo luchando por el mismo objetivo: justicia.

Cuando mi papá finalmente se subió a un montículo y empezó a hablar, el sol no era sino una mancha anaranjada en el horizonte. La luna en cuarto creciente asomó la cara detrás de la cordillera y docenas de antorchas perforaron la oscuridad. La silueta de mi papá en el crepúsculo apenas si se podía discernir, pero su voz retumbó con garra y verdad.

—¡Camaradas! Por toda la pampa nuestros hermanos han estado haciendo paros en protesta por sus condiciones de vida y de trabajo. Han dicho: «¡Basta!», y con ellos, nosotros también decimos «¡Basta!». ¡Basta de seguir viviendo en chozas que se convierten en hornos de día y frigoríficos de noche! ¡Basta de trabajar doce, catorce horas al día! ¡Basta de enfermarse y morir por el polvo y el humo que tenemos que respirar a diario! ¡Basta de ver cómo nuestros compañeros sufren muertes espantosas cuando se caen a las bateas de fundición! Y para más remate, nos pagan con fichas que sólo se pueden usar en la pulpería de la empresa. ¡Basta! ¡Ha llegado la hora de irnos a la huelga general, camaradas!

—¡Cuando todos dejemos de trabajar, haremos caer de rodillas a la región entera y nos tendrán que escuchar! Sin nosotros, no son nada. ¡Nada! Nosotros somos los que les hacemos las ganancias, los

que les pagamos sus lujos, y nosotros somos los que hacemos girar las ruedas de su mundo capitalista.

—Se aprovechan de nosotros, nos explotan y nos matan. Nos tratan como si fuéramos animales y hacen lo mismo con nuestras familias. Pero no somos animales, camaradas, somos seres humanos. Somos obreros. No somos tontos y tampoco somos ignorantes, somos trabajadores con conciencia social. Somos el *pro-le-ta-ria-do*. Sabemos que la vida no tiene que ser así. No olvidemos la Revolución rusa y la Unión soviética, donde el estado está en manos del proletariado y sus aliados. Tampoco olvidemos la Huelga general de Winnipeg, la Batalla de la montaña Blair, la huelga general de Guayaquil y todos esos obreros organizados que supieron enfrentar a los opresores y siguen luchando por la justicia en todo el mundo. ¡Nosotros podemos hacer lo mismo, camaradas!

—Hoy exigimos mejores condiciones de vida y trabajo, y que se nacionalice el salitre. No queremos que los señores North, Gildemeister, Nieto y Grace sigan siendo los dueños de nuestras fuentes de trabajo. A esos señores les importa un pito lo que nos pase a nosotros porque lo único que les interesa es su bolsillo, sus ganancias, ganancias que nosotros, los trabajadores, les hacemos y que ellos se llevan a sus países, a Inglaterra, Alemania, España. ¿Y el estado chileno? En vez de asegurarse de que estos extranjeros nos traten como seres humanos, ¡el estado condona y apoya sus acciones! ¡Basta! ¡El salitre es chileno y tiene que beneficiar a los chilenos, no a los extranjeros!

—Camaradas, tenemos que prepararnos porque el camino es largo. Éste es solo el comienzo de nuestra lucha. Una vez que se cumplan nuestras demandas, debemos seguir adelante. No podemos descansar; no descansaremos; nos uniremos a los trabajadores del norte, del centro y del sur, y seguiremos luchando hasta que conquistemos nuestro sueño más preciado: destruir el capitalismo y establecer un estado socialista y proletario. ¡El futuro le pertenece a la clase obrera, camaradas!

La multitud estaba en llamas y yo estaba en llamas. En ese momento todas mis dudas sobre la decisión de quedarme en La Coruña se esfumaron. Estaba en el lugar correcto y me había convertido en

la persona que siempre había querido ser: un orgulloso miembro del proletariado. No sólo eso, sino que ahora mi papá era también mi camarada. Bajo el cielo atacameño alumbrado de estrellas, con el corazón zapateándome en el pecho, me uní a mis compañeros y canté con ellos «La internacional», el himno que mi mamá me había enseñado cuando yo recién empezaba a balbucear mis primeras palabras. Miré a mi papá, parado en su montículo, su puño izquierdo en alto, y me prometí luchar bajo su liderazgo y junto a mis camaradas hasta la victoria final.

~~~

Luego de algunas semanas de negociaciones, los sindicatos de los mineros, ferroviarios y carretoneros, y también los estibadores del puerto de Iquique llegaron a un acuerdo y la región entera se fue a la huelga. Todo se paralizó. El gobierno no tardó en ponerse del lado de las empresas y mandó al ejército a puntos claves en la zona. El ministro de defensa declaró estado de sitio y despachó a Iquique cinco barcos de guerra llenos de refuerzos.

El 3 de junio nuestro campamento completo caminó pampa arriba a Alto San Antonio para asistir a una asamblea convocada por la FOCH. Estábamos por salir de la casa cuando mi mamá me pasó una *chuspa* rojinegra llena de hojas de coca.

—Cuando empezaste a trabajar en la mina dejaste de ser niño y, como hombre y obrero, necesitarás tener buen aguante —me dijo. —Usa sólo unas pocas hojas a la vez —me aconsejó.

Desde mi primer día de trabajo había estado a la espera de recibir una *chuspa* tejida por mi mamá especialmente para mí, pero igual me sorprendió recibirla esa mañana. Por un momento contemplé las filas de llamitas en miniatura y las borlas que colgaban de las puntas de la pequeña bolsa. Entonces me pasé la bandolera sobre la cabeza y me la acomodé sobre el hombro izquierdo.
~~~

—¡Qué linda! ¡Gracias, mamá! —Le dije, plantándole un beso en la mejilla.

La caminata pampa arriba bajo el sol abrasador nos tomó más de tres horas, pero el jugo amargo de las hojas de coca surtió su efecto y no sentí cansancio alguno, ni tampoco hambre o sed. Mi mamá acarreó a Rufina en la espalda, bien sujeta en su *aguayo*, y mi papá y yo nos turnamos para llevar a cuestas a Eva y Moncho cuando se cansaban. También les tuvimos que ayudar a otras familias con sus niños, pero, al fin y al cabo, llegamos sanos y salvos a Alto San Antonio.

Miles de familias procedentes de otras oficinas salitreras ya se habían congregado en la plaza y estaban a la espera de escuchar a nuestros líderes. Pero el optimismo que se sentía en el aire no tardó en esfumarse. Los dirigentes explicaron que una delegación había ido a Santiago y le había presentado nuestras demandas al presidente. El presidente los había escuchado con atención y hecho varias promesas. Pero de eso ya hacía casi un mes y no había habido cambio alguno.

La multitud se empezó a inquietar. Algunos querían terminar la huelga, pero la mayoría, yo incluido, hicimos un llamado a incrementar nuestras acciones. «¡Marchemos a Iquique¡ ¡Llevémosle nuestras demandas al gobernador!», gritamos. «¡Dinamitemos a los desgraciados! ¡Prendámosles fuego a sus casas, matemos a sus mujeres y a sus niños!», chillaron unos cuantos hombres. Mi papá y mi mamá nos habían advertido que entre la multitud habría agitadores pagados por la empresa para incitar la violencia y causar disturbios. Dicho y hecho, acto seguido empezaron los empujones, los gritos y las palabrotas, y en un abrir y cerrar de ojos irrumpieron peleas por todas partes.

La policía montada, que hasta entonces había permanecido en calma, arremetió contra la multitud. La gente se desbandó a los tropezones, gritando como loca. Mi mamá y mi papá estaban al frente, encaramados en el proscenio de los dirigentes y yo estaba abajo, a cargo de mi hermano y mis hermanitas. Sujeté a Rufina contra el pecho, y a Moncho y Eva les ordené que se agarraran bien de mis pantalones. Por fin logramos abrirnos paso, escapar del embrollo

y reunirnos con mi mamá, quien se había bajado de un salto del proscenio. Mientras tanto, desde arriba, mi papá gritaba «¡Mantengan la calma, camaradas!». Pero en medio de la trifulca, una turba había atacado a la policía y cuando la multitud por fin se dispersó, dos policías yacían muertos en el suelo.

Esa tarde caminamos de regreso a La Coruña en penoso silencio. Sin duda, en los próximos días el gobierno vengaría la muerte de los policías mandando el ejército a la pampa.

Trabajamos toda esa noche y el día y la noche siguientes. La madrugada del 5 de junio ya estábamos listos para enfrentar a las tropas: nos habíamos tomado la mina y la pulpería, distribuido provisiones a todas las casas, instalado explosivos en puntos claves y repartido barrenas, picanas, palas, horcones y bombas de mano. Todo estaba en su lugar y todos sabíamos cuál sería nuestro papel.

Mis padres estaban en la oficina del sindicato, al mando de la operación: mi papá como dirigente sindical y representante de la FOCH en La Coruña, y mi mamá como presidente del Centro de mujeres y miembro del comité ejecutivo del Concejo nacional femenino. Yo estaba con ellos, a la espera de que me mandaran a hacer cometidos urgentes y escuchando las discusiones de último minuto sobre estrategias y tácticas.

Una de esas discusiones concernió a los niños: ¿qué hacer con los niños? Mi papá, apoyado por la mayoría, propuso que unas pocas mujeres se fueran con los niños a las dunas, lejos del alcance de las tropas. Mi mamá opinó lo contrario; los niños debían quedarse y servir de escudo. Después de todo, alegó, los soldados provenían de familias obreras y campesinas, al igual que los jóvenes que trabajaban en la mina. Los soldados no abrirían fuego contra familias como las suyas, y sobre todo no atacarían a los niños.

—¿Ya te olvidaste de la masacre de la Escuela Santa María? ¡Entonces no les importó nada! ¿Por qué les va a importar ahora? —Gritaron algunos.

Pero mi mamá respondió que la masacre de la Escuela Santa María había sucedido dieciocho años antes y que desde entonces los

soldados habían tomado mayor conciencia de su propia condición de clase y de la opresión a la que los sometían los oficiales.

Al fin y al cabo, se acordó que los adultos decidirían si sus niños se iban a las dunas o se quedaban en el campamento. Mis padres decidieron que Eva y Moncho se quedarían, pero Rufina se iría a las dunas con una vecina. Entonces mi papá me encomendó una tarea muy importante: ir a las afueras del campamento, observar el horizonte y volver de inmediato si divisaba indicios de que se acercaban las tropas. Estaba por salir cuando vi que mi mamá le estaba dando un beso en la mejilla a mi papa. Él le tomó la cara con las dos manos y se lo devolvió con un beso en plena boca. Ésta era la primera muestra de afecto que les había visto desde la mañana en que yo había empezado a trabajar. Me devolví y les di un abrazo a los dos.

Partí a toda carrera al bosque de tamarugos. Desde que tenía uso de razón había estado yendo a ese lugar cuando quería disfrutar de mi soledad. Me había costado horas de trabajo aprender a subirme a uno de los árboles sin hacerme tiras la ropa o el pellejo con las espinas, pero ahora podía encaramarme en un santiamén a mi tamarugo favorito: un árbol alto con ramas gruesas apuntando al cielo, y llegar a la copa sin un sólo rasguño. Me senté en la rama más alta y observé La Coruña y el paisaje que se extendía más allá del campamento.

A un lado de la plaza, nuestra colección de chozas daba pena comparada con las hileras de casas de cemento de los oficinistas. Pero nada se asemejaba a lo que se veía al otro lado: las mansiones de los jefes, todas rodeadas de amplios jardines y un poco más allá, su gran teatro, su club social, canchas de tenis y una piscina de acero remachado llena de agua limpia.

La cancha de fútbol, la estación del tren y la mina estaban detrás del campamento y más allá, los campos de salitre cubrían la pampa con una costra jaspeada y dispareja. Pasadas las dunas, el desierto de Atacama se extendía como la cara rugosa de un viejo hasta llegar a los faldeos de los Andes, donde relumbraban las lagunas que les daban vida a flamencos, llamas y vicuñas. Finalmente, mis ojos se

posaron sobre los picachos nevados de los volcanes y la cima escabrosa de la cordillera. Nunca había llegado tan lejos, pero algún día caminaría hasta allá, quizás después de que triunfara la revolución y la mina, la piscina, las mansiones y el teatro nos pertenecieran a todos: los mineros y nuestras familias. Pero antes de eso, no había tiempo que perder; había que seguir luchando.

Mientras ponderaba todo eso, recorrí la pampa con la mirada en búsqueda de cualquier cosa extraña: una vizcacha saliendo de su cueva a las carreras, una iguana o una lagartija abandonando su puesto en el sol y escondiéndose debajo de una roca, un pájaro revoloteando sin ton ni son. Ésas serían las señales que me anunciarían la llegada de las tropas.

Dicho y hecho, una lagartija cabeza negra pasó corriendo y desapareció debajo de una piedra, y una familia de cometocinos empezó a trinar y a revolotear entre los tamarugos. Agucé la vista. En el horizonte divisé una tenue nube de polvo que se extendía a lo ancho de la pampa. No vacilé. Me bajé del árbol y corrí.

Cuando llegué a la oficina del sindicato ya no me quedaba aliento y apenas me salía el habla, pero entré como un relámpago y me las arreglé para gritar «¡Ya vienen las tropas!» Mi papá me entregó un saco de estopa con bombas de mano y me mandó a la cancha de fútbol donde estaban mi mamá y el resto de las mujeres y los niños. «Si los milicos empiezan a disparar, tírales las bombas de mano con todas tus fuerzas», me ordenó.

La cancha estaba repleta. Las mujeres se habían reunido en grupos pequeños y los niños se entretenían correteando y riéndose como si este día hubiera sido igual a cualquier otro. Los limpiadores de trituradoras también estaban en la cancha, conversando entre ellos y pateando el polvo. Sentí el peso de las bombas en mi saco, sopesé el poder y la responsabilidad que me daban y me acerqué a mis enemigos. No hicieron ningún intento de hostigarme, sólo me miraron con los ojos sesgados.

—Esto nos concierne a todos —les dije. —Ahora somos compañeros de trabajo y camaradas en la lucha.

Metí la mano al saco y le di unas cuantas bombas a cada uno. Entonces repetí las palabras que me había dicho mi papá: «Si las tropas empiezan a disparar, tírenles las bombas con todas sus fuerzas».

Me demoré en encontrar a mi mamá, pero no tuve que explicarle nada porque apenas me vio supo que se acercaban las tropas. Se abrió paso entre el gentío, se subió a un cajón y agarró su altavoz.

—¡Mujeres, mujeres! ¡Mujeres y niños! —Gritó. —¡Las tropas ya vienen en camino! ¡Tenemos que estar listos para enfrentarlas! No se olviden de que ellos tienen las armas, ¡pero nosotros tenemos la verdad! Todos sabemos que no podemos seguir viviendo en estas condiciones. Nuestros hombres y nuestros hijos no pueden seguir trabajando en estas condiciones. Nuestras demandas son justas. Así es que tienen que estar preparados para enfrentar a los soldados con dignidad. Lo haremos unidos. Nos tomaremos de las manos. Mantendremos nuestras banderas y lienzos en alto. Gritaremos nuestras consignas de viva voz y con convicción. Cuando las tropas nos vean y nos escuchen, entenderán que lo único que queremos es una vida decente para nuestras familias. La misma vida que ellos quieren para sus familias. Cuando se den cuenta de que somos tan humanos como ellos, ¡no dispararán! Pero si deciden disparar, ya saben qué hacer: los que decidimos usar las bombas de mano, se las lanzaremos a las tropas y el resto se retirará pampa arriba hacia las dunas. ¡¿Estamos listos?!

Un rotundo «¡Sí!» retumbó por toda la cancha.

Al poco rato se empezaron a escuchar los cascos de los caballos sobre los campos de caliche. Los que llevaban banderas y lienzos los levantaron y el resto nos tomamos de las manos. Mi mamá comenzó a gritar: «¡Queremos justicia, queremos justicia!», y los demás no tardamos en seguir su ejemplo. A esa primera consigna le siguieron muchas otras: «¡No más fichas!», «¡Viviendas dignas para todos!», «¡Trabajadores al poder!», «¡No más opresión!» y «¡El salitre es chileno!».

El golpeteo de las herraduras de los caballos empezó a resonar cada vez más fuerte. Ahora también se podía oír el crujido del caliche al resquebrajarse bajo las ruedas de los carretones del ejército. Estaban

llegando las tropas. Entonces los vimos: cientos de soldados avanzando hacia nosotros, a pie y a caballo. «¡Somos sus madres!», «¡Somos sus hijos!», «¡Ustedes son trabajadores y nosotros somos trabajadores!», «¡Somos sus hermanos!», «¡Somos sus hermanas!», gritamos.

Ya no me quedaba voz cuando se sintieron explosiones en la mina y al unísono, los soldados empezaron a disparar. «¡No disparen! ¡Somos sus madres, sus hermanas, sus hijos!», escuché que gritaban mi mamá y otras mujeres. Pero sin pensarlo dos veces, yo empecé a lanzar mis bombas de mano hasta que no me quedó ni una sola en el saco.

Los milicos siguieron disparando.

Me quedé petrificado, mientras caían cuerpos a todo mi alrededor. En medio de ese infierno escuché un leve gemido. Estiré la mano para agarrar la de Eva, pero no la encontré. Mi hermana estaba de espaldas en el suelo con los ojos abiertos. De un hueco en medio del pecho salía sangre a borbotones. Le tapé el hueco con las manos, me senté encima, me paré, rasgué un pedazo de mi camisa, apreté la tela contra el hueco. Pero la sangre siguió brotando. Entonces oí gritar a mi mamá.

—¡Manuel, Moncho, Eva! ¡Corran! ¡Corramos!

—Eva —musité, apuntando a mi hermana.

Mi mamá paró en seco y cayó de rodillas. Miró a Eva, me miró a mí y se puso a dar alaridos y a sacudir a mi hermana con las dos manos.

—¡Mamá, está muerta! ¡Corramos! —Le grité.

Ella recogió a Eva del suelo, yo agarré a Moncho de la mano y corrimos. Corrimos como desaforados, gritándoles a las otras mujeres y a los niños que corrieran, mientras las balas nos pasaban silbando por los oídos.

Luego de una eternidad, llegamos a un montículo rocoso que había al fondo de la cancha. Nos subimos como pudimos, a cuatro patas, a resbalones y tropezones hasta alcanzar la cresta y de ahí bajamos al otro lado, donde nos podríamos proteger de la balacera. Entonces, algo cayó del cielo y explotó. Me sentí volar por los aires y caer de golpe sobre las piedras. No sé cuánto tiempo habré estado

ahí tirado, pero cuando abrí los ojos ya estaba anocheciendo y todo estaba en silencio.

Me senté. Había cuerpos esparcidos por todos lados. Algunos se retorcían, otros estaban inmóviles. Unas pocas mujeres caminaban como sonámbulas y llamaban a sus hijos. Me puse de pie. Me dolía todo, pero no sangraba por ninguna parte. Llamé a Moncho. Una vocecita se escuchó salir de entre las rocas. Lo encontré hecho ovillo, asustado, pero sano y salvo. Lo tomé en brazos y empezamos a buscar a mi mamá.

Cuando la encontramos, las primeras estrellas ya habían empezado a brillar en el cielo. Estaba sentada en una roca, con las piernas abiertas. Tenía a Eva contra el pecho, como si fuera bebé. Me senté a su lado y senté a Moncho en mi regazo. Así nos quedamos los tres, como aturdidos, escuchando las voces y el llanto de otras mujeres y otros niños. Cuando salió la luna detrás de la cordillera —llena, redonda y luminosa, como si no hubiera pasado nada—, mi mamá recostó a Eva en el suelo, se levantó y empezó a hablar.

—¿Qué hice? ¡¿Qué hice?! Por mi culpa mi hija está muerta. Por mi culpa todas esas mujeres y todos esos otros niños están muertos. ¿Cómo se me pudo ocurrir que los soldados no nos iban a disparar? ¡Canallas! ¡Infelices! Y para más remate, para terminar de liquidarnos, trajeron la artillería. Los cañones. ¡Los cañones asesinos!

Unas cuantas mujeres empezaron a gritarle a mi mamá, diciéndole que sí, que ella tenía la culpa de todo. Incluso, algunas trataron de darle puñetazos y patadas. Pero yo la defendí con mis puños y mis pies, y otras mujeres también se acercaron a protegerla.

—¡El ejército mató a sus niños, no Flora! —Gritó la Señora Carmela, una de sus amigas del Centro femenino. —¡No le echen la culpa a ella! ¡Échenle la culpa al estado capitalista!

Mi mamá cayó de rodillas. Los dientes le castañeteaban. Entonces, la señora Carmela se hizo cargo y me ordenó que corriera al campamento, me cerciorara de la situación y regresara con un informe.

La mitad del campamento estaba en ruinas. La oficina del sindicato estaba en ruinas. Mi papá debería haber estado ahí porque ése era el centro de operaciones, pero ahora no había oficina. ¿Lo

habían matado? ¿Su cadáver estaba atrapado entre los escombros? Di vueltas unos cuantos cascotes, pero no se veía nada.

Entonces divisé a un grupo que iba caminando en dirección a la cancha de fútbol. Se veía como una colección de fantasmas a la luz plateada de la luna.

—¡Papá! —Grité. —¡¿Eres tú?!

Todos los fantasmas se detuvieron y se voltearon, pero sólo uno abrió los brazos. Corrí como loco, tropezándome y saltando por encima de los escombros.

—¡Estás vivo, estás vivo! —Le dije cuando por fin sentí su abrazo.

—Y tú también estás vivo —me respondió, apretándome fuerte. Entonces preguntó: —¿Tu mamá, Eva, Moncho?

Le conté que los canallas habían matado a Eva. No reaccionó. Siguió parado sin decir nada. Por fin preguntó:

—¿Todavía están en la cancha?

—No, encontramos refugio detrás de montículo al otro lado de la cancha —le respondí.

—Anda y dile a tu mamá que ya voy para allá. En el intertanto, tiene que reunir a todas las mujeres y los niños. Les daremos atención a los heridos, enterraremos a nuestros muertos y entonces nos iremos a la cordillera. Bueno, ustedes se irán a la cordillera —dijo y se puso a caminar. Noté que cojeaba.

—Y tú, papá, ¿no te vas a ir con nosotros? —Pregunté. No me respondió. —¿Es por tu pie? ¿Qué le pasó a tu pie, papá? —Insistí.

Carraspeó antes de contestar.

—Nada... No... Bueno... Sí, me torcí el tobillo y me duele un poco. —Entonces levantó la mano y me indicó el vacío oscuro que se extendía pampa abajo. —Las tropas acamparon allá, al otro lado de la estación del tren. Mañana a la madrugada volverán, pero para entonces todo el mundo ya se habrá ido. ¡Ya! ¡corre!

Cuando llegó mi papá, se paró en una roca y les dijo a las mujeres lo mismo que me había dicho a mí: que acarrearíamos a los heridos al campamento y les daríamos la mejor atención posible, a los muertos los enterraríamos en la cancha de fútbol y enseguida todo el mundo se aperaría de agua y comida y partiría a la cordillera.

Entonces dijo que tan pronto como nos hubiéramos ido, él se presentaría ante los milicos al otro lado de la estación y se entregaría bajo la condición de que las tropas no nos atacaran de nuevo y de que a los heridos los llevaran a la clínica en Alto San Antonio. Antes de irse se arrodilló y besó a Eva en la frente.

Para entonces, las mujeres y los niños que se habían ido a esconder en las dunas habían empezado a regresar. Cuando por fin vimos a la vecina con Rufina en los brazos, mi mamá, Moncho y yo corrimos a encontrarla. Nunca había querido tanto a mi hermanita como esa noche.

La escuela todavía estaba en pie, así es que ahí llevamos a los heridos, mientras los hombres cavaban las tumbas en la cancha de fútbol. Muchas de las mujeres se volvieron locas cuando llegó la hora de sepultar a sus niños, incluida mi mamá. No quería desprenderse de Eva. Finalmente, yo se la saqué de los brazos y la puse con todo cuidado en su nicho. Cosa rara, el cajón en el que se había parado mi mamá con su megáfono estaba intacto y en el mismo lugar. Le arranqué una tabla y escribí con una piedra filuda: «Eva Gregoria Garay Zelaya, 1915-1925».

Cuando se terminó el entierro, la cancha quedó cubierta de cruces. La tumba de Eva era una de las pocas que no tenía una cruz porque nosotros no creíamos ni en dios ni en cruces.

Todos empezaron a irse a la cordillera, pero mi mamá, mi papá, Moncho, Rufina y yo nos fuimos a casa y nos sentamos alrededor de la mesa. Una vela indecisa parpadeaba sobre su centro y una silla vacía ocupaba el espacio junto a Moncho. Mi mamá rompió el silencio:

—Nosotros no nos vamos a ir, José. Nos vamos a quedar aquí con los otros que se quieran quedar. Carmela y otras mujeres ya dijeron que tampoco se irán. Los que no han encontrado a sus muertos y los que tienen que cuidar a sus heridos, también se quedarán. —Mi papá trató de convencerla de que nos fuéramos, pero ella no dio su brazo a torcer. —Tú eres dirigente y yo soy dirigente. No puedo abandonar a los heridos así como así, dejar solas a las mujeres que no han encontrado a sus maridos y a sus hijos. No me puedo ir.

Apenas los rayos del sol se empezaron a filtrar por las rendijas de la ventana, mi papá nos dio un beso a todos y salió de la casa. A esas alturas Moncho y Rufina se habían quedado dormidos, así es que mi mamá envolvió a Rufina en su aguayo y me la amarró a la espalda, alzó a Moncho, se lo puso sobre el hombro y partimos a la escuela.

—Ayudaremos en lo que se pueda mientras esperamos noticias de tu papá —dijo, cerrando la puerta detrás suyo.

Las noticias llegaron una hora más tarde, cuando cientos de soldados ocuparon el campamento. A empujones nos sacaron de la escuela, incluyendo a los heridos, nos hicieron caminar al matadero y nos encerraron en los corrales. Ahí nos dejaron todo un día y toda una noche. Los soldados también persiguieron a los que iban camino a la cordillera y los metieron a los corrales con nosotros. Muchos llegaron heridos y supimos que los milicos habían matado a unos cuantos más.

A la mañana siguiente sacaron a mi papá del cuarto de vísceras. Cojeaba tanto que apenas podía caminar. Tenía la ropa hecha harapos y la cara amoratada. Le pusieron una venda en los ojos y lo hicieron pararse contra la pared de ladrillos del cuarto de vísceras. Varios soldados ya estaban plantados al otro lado del patio, frente a él. Entonces apareció un oficial alto, de hombros cuadrados que caminó hacia mi padre como si hubiera estado en un desfile militar. Se paró a su lado, miró en dirección nuestra e hizo una mueca burlona. Las ventanas de la nariz le aleteaban, había arqueado una ceja y los ojos le brillaban de odio. Se sacó un papel del bolsillo y empezó a leer:

> Ayer se convocó un tribunal de guerra, el cual procesó a José Cunac Garay Quispe por crímenes contra el estado y traición a la patria. De manera unánime, el tribunal decretó que el acusado es culpable de estos delitos y lo condenó a ser fusilado en el acto.

Las mujeres empezaron a dar alaridos y los hombres a bramar. Al mismo tiempo que el oficial levantaba el brazo, mi papá gritó: «¡Viva el proletariado!». Un «¡Viva!» lleno de indignación brotó de

la multitud como una explosión. Por un instante, el oficial pareció dudar, pero entonces profirió la palabra «¡Fuego!» a todo pulmón.

La ráfaga de la metralla me lanzó hacia el infinito de un cielo muy azul. Abajo, en la vastedad desolada y hermosa de la pampa, nuestro campamento y la mina en ruinas parecían ser un error de la naturaleza. Pero no lo eran. Mi papá me lo había explicado muchas veces: La Coruña había sido creada por la avaricia humana y no era sino un lastimoso sucedáneo de «el progreso» y «la civilización». Mientras flotaba sobre la pampa y contemplaba los restos del campamento y la mina, comprendí que esos lugares habían vivido dentro mío de la misma manera en que yo había vivido en ellos. Pero nunca más. Aunque nos dejaran, no volveríamos. Yo me encargaría de llevarme a mi familia a otro lugar y empezaríamos una nueva vida. Lo que no sospeché en ese momento fue que el espacio que La Coruña ocupaba en mí se convertiría en un eterno agujero negro en mi pecho.

Los gemidos de mi madre me trajeron de vuelta al matadero. Los portones de los corrales se abrieron de golpe y se nos ordenó salir. Tomé a mi mamá de la cintura, me planté a Rufina en la cadera y a Moncho le dije que se agarrara bien de mis pantalones. A punta de aguijonazos los soldados nos encarrilaron hacia la estación del tren. Un mar de cuerpos tambaleantes nos acarreó hasta donde nos esperaba un tren de carga inmerso en nubes de vapor, sus motores rugiendo a todo dar.

Los carros parecían jaulas, ya que no estaban hechos para transportar seres humanos, sino salitre. Pero obviamente a los milicos eso les importaba un carajo, ya que no eran ellos los que tendrían que pasar horas parados y apretujados como sardinas. Todavía estábamos tratando de acomodarnos lo mejor posible, cuando se escuchó un silbato quejumbroso y el tren se empezó a mover. Según los rumores, nos llevaban a Iquique.

## *Iquique*

La primera vez que vi el océano, los ojos no me dieron abasto. Habíamos estado en el tren por horas, respirando polvo y hollín mientras el sol nos calcinaba la cabeza, cuando Moncho empezó a tironearme los pantalones.

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso? —preguntó.

Miré por el enrejado. Abajo, y a la distancia, se veía una inmensa extensión azul centelleando bajo el sol.

—Moncho, ése es el Océano Pacífico —le respondí, circunspecto. Lo supe de inmediato, porque mi mamá me lo había descrito muchas veces. —¿Cuán grande es? —Le preguntaba yo.

—Muy grande —me respondía ella.

—¿Se puede ver dónde termina?

—No.

Por fin comprendí. Era tan grande que no me cabía en los ojos.

—¿Qué es el *Ocheno Pachifico*? —Me preguntó Moncho.

—Es eso —le contesté, apuntándolo con la barbilla. —Es agua. Toneladas de agua. Toda esa agua azul es el Océano Pacífico. Es tan grande que no se le puede ver el fin —le expliqué.

—¡Oh! —Comentó Moncho, abriendo los ojos y la boca como si eso le permitiera verlo mejor.

—Para allá vamos, donde se ven todas esas casas a la orilla del agua —le dije. —Esa ciudad se llama Iquique y ahí fue donde nació y se crio nuestra mamá.

—¡Oh! —Comentó Moncho de nuevo, abriendo aún más los ojos y la boca.

Mientras el tren zigzagueaba montaña abajo, le ofrecí mi cara a la brisa fresca y húmeda. ¿Qué nos deparaba el futuro?

De la estación de trenes nos hicieron caminar al regimiento. Aunque era plena tarde, no había un alma en las calles porque al parecer el gobierno había decretado un toque de queda de veinticuatro horas para impedir que los trabajadores de Iquique nos fueran a recibir. Cuando llegamos al regimiento, se llevaron a los heridos a la enfermería y al resto nos encerraron en los campos de entrenamiento.

Por primera vez en varios días, comimos un plato de porotos, pan y agua. Pasaron dos días más sin que ocurriera nada. Entonces, el mismo oficial que había ordenado el fusilamiento de mi papá se paró en una plataforma, erguido y altanero, con su uniforme impecable y botas relucientes como espejos. Tal como en La Coruña, contempló la situación con ojos despectivos, una ceja alzada y las narices henchidas. Olfateó el aire mientras los soldados nos picaneaban con sus rifles y nos mandaban a pararnos.

Miré al hombre arrogante, limpio y bien alimentado parado en la plataforma y vi a la muchedumbre a través de sus ojos: nuestros cuerpos inmundos, la ropa hecha harapos, los ojos hambrientos. Entonces me di cuenta de que luego de tantos días de sufrimiento no sólo parecíamos pordioseros, sino que también olíamos como chanchos. No sé qué me pasó, pero sin siquiera pensarlo dos veces me escuché gritar: «¡Asesino! ¡Canalla, mugriento! ¡Tú eres el chancho! ¡Tú! ¡No nosotros!».

Él miró en mi dirección, pero mi mamá ya me había hecho sentar en el suelo con un buen empujón en la cabeza. La muchedumbre se agitó. Los soldados dieron órdenes de quedarse quietos y callarse. La mano de mi mamá se aseguró de que yo no me moviera, así es que desde ahí abajo, rodeado de pies nauseabundos y faldas y pantalones asquerosos, escuché al chancho dirigirnos la palabra como si nosotros hubiéramos sido los criminales y los asesinos, en vez de él y sus tropas. No me acuerdo exactamente de lo que dijo, yo estaba demasiado inmerso en un tipo de furia que no había sentido nunca antes, pero sí lo escuché decir que no nos dejaría en libertad hasta que nuestros líderes firmaran un papel diciendo que aceptaban las órdenes del gobierno.

Una frase se me quedó grabada en la cabeza: «No descansaremos hasta que hayamos neutralizado a todos y cada uno de los agitadores bolcheviques en Chile». Nunca había escuchado el término «neutralizar», pero inmediatamente comprendí que quería decir «asesinar».

Nos mantuvieron en el regimiento varios días más, los suficientes como para que todo el mundo se enfermara y unos pocos más se murieran. Afortunadamente, aunque nosotros ardíamos de la fiebre

y nos dio una tos del demonio, no le dimos la satisfacción al chancho de que la gripe nos «neutralizara». Cuando le pregunté a mi mamá que adónde nos íbamos a ir cuando nos dejaran en libertad, no vaciló en decir: «¡Donde Asunta, por supuesto! Seguro que nos va a venir a buscar».

Dicho y hecho, el día que nos soltaron, ahí estaba la tía Asunta con su metro cuarenta y cinco de estatura, un moño plateado en la coronilla y unos tremendos ojos azules resguardados por un par de anteojos que bien podrían haber sido hechos con el fondo de dos botellas de cerveza. Nos dio un abrazo a todos y entonces nos examinó como si hubiera sido doctora. Nos inspeccionó los ojos, los oídos y la boca; incluso nos hizo sacar la lengua, mientras balanceaba sus anteojos en la punta de la nariz. Entonces concluyó que el estado capitalista y represivo no sólo nos había tratado como la mierda, sino que también estábamos sufriendo de altas temperaturas y, muy probablemente, amigdalitis.

—¡Canallas! —Repitió varias veces en su modo raro de hablar, como si la lengua se le hubiera quedado atajada entre los dientes. Mi mamá nos había explicado que la tía Asunta había venido a Chile desde Barcelona y que hablaba castellano como española. —¡No! —Contestó, levantando la mano, cuando mi mamá le sugirió que podíamos irnos caminando a su casa. —Están enfermos. No pueden caminar.

Entonces se metió el pulgar y el índice derechos a la boca y soltó un silbido tan fuerte que hasta los capataces de La Coruña se habrían puesto envidiosos. En un abrir y cerrar de ojos llegó un carretón. A mí me invadió una tremenda sensación de alivio. La tía Asunta se haría cargo de nosotros.

Iquique parecía una metrópolis comparada con La Coruña: calles empedradas en vez de caminos de tierra, tranvías, una plaza central con palmeras y flores, edificios señoriales a todo su alrededor y una variedad de tiendas donde según la tía Asunta uno podía comprar lo que quisiera con dinero de verdad en vez de fichas, eso es si uno hubiera tenido dinero. Y, por supuesto, mi favorito: el Océano Pacífico a la vuelta de la esquina de la casa de mi tía.

Yo no creo haber tenido el concepto de «feo» y «bonito» antes de llegar a Iquique. Para mí, La Coruña era el lugar donde me había criado y nunca me había puesto a pensar si era grande, chico, bonito o feo. Era lo que era. Pero ahora, luego de ver la gran ciudad, no me quedaba otra cosa que concluir que mi pueblo era feo. Muy, muy feo: un racimo de mediaguas malparadas y alineadas a orillas de angostas calles de tierra. Claro que se podría decir que la parte del pueblo que le pertenecía a los patrones era bonita, pero ése era otro mundo, completamente aparte del nuestro. Para mí, La Coruña estaba compuesto de nuestro campamento y la mina.

Apenas llegamos a su casa, la tía Asunta nos dio órdenes de tomar un baño. Moncho y yo ya íbamos saliendo de la casa en búsqueda del baño al final de la cuadra, cuando ella nos hizo regresar. Entonces nos llevó al baño: una casita en el patio trasero. ¡Teníamos nuestro propio baño! Justo en medio del cuarto había una tina de cemento con un aparato de bronce apernado a la orilla, del cual salía agua cuando uno le daba vueltas a la manija. En una esquina había un artefacto que parecía ser una taza gigante con tapa de madera donde uno se sentaba y hacía sus necesidades. Y, como si eso fuera poco, arriba del artefacto había un estanque de agua y cuando uno tiraba una cadena que estaba conectada al estanque, por una cañería bajaba un torrente de agua que hacía desaparecer la cochinada en la taza. ¡Por eso que el baño no tenía mal olor!

Yo había leído sobre los sistemas de agua potable y alcantarillado, pero por supuesto que eso ni se comparaba a la experiencia de verlos y usarlos en persona. Bien pudiera ser que Moncho y yo teníamos fiebre y estábamos adoloridos, pero igual nos divertimos abriendo y cerrando llaves y tirando la cadena una y otra vez, hasta que llegó la tía Asunta y nos hizo parar.

El baño privado no era el único lujo en su casa. Había muchos más: en vez de pisos de tierra, los suyos eran de madera y uno podía jugar a deslizarse de ida y de vuelta hasta no dar más; la casa tenía un cuarto grande con una mesa de comedor, un estante de cocina, un lavaplatos y una estufa a parafina, en vez de a carbón. También había electricidad veinticuatro horas al día (en La Coruña cortaban

la electricidad entre las nueve de la noche y las cinco de la mañana). Además, había un dormitorio separado del cuarto principal por una puerta (no una cortina, como en nuestra casa de La Coruña), y había ventanas grandes con vidrios que dejaban pasar la luz del día.

La tía Asunta le dio su cama a mi mamá y a Rufina, al lado puso un colchón en el suelo para ella, y en el cuarto principal, uno para mí y para Moncho. Tan pronto todos nos habíamos bañado, nos sirvió un buen plato de cazuela y nos mandó a la cama.

—No se preocupen de nada. Descansen y repónganse —nos ordenó. También nos hizo tomar un jarabe horrible llamado «Té búlgaro natural» y, por cierto, en una semana ya estábamos como nuevos.

Entonces, la tía empezó a implementar la segunda fase de su campaña: nos puso en engorda. Moncho, Rufina y yo nos convertimos en sacos sin fondo —nos comíamos todo lo que la tía Asunta nos ponía por delante y pedíamos más—, pero mi mamá apenas tocaba la comida y poco a poco se fue chupando —de fuerte y corpulenta, pasó a ser un atado de huesos—. Se puso canosa como si hubiera sido una viejita y hasta empezó a andar con los ojos entrecerrados, como si le hubiese dado miedo ver lo que había a su alrededor. Caminaba a paso lento, apenas hablaba y podía estar sentada por horas mirando la pared. Quizás ahí era donde ahora residía su vida anterior, La Coruña y todo lo que nos había sucedido en la pampa.

Entonces, la tía Asunta puso en marcha la tercera etapa de su campaña: devolverle a mi mamá, aunque fuera un poquito, su carácter fogoso y combativo. La tía tenía una máquina de escribir antiquísima, una Underwood 5 en la que producía los panfletos y boletines que usaba en sus actividades políticas, así es que empezó a dejarle a mi mamá pilas de papeles manuscritos para que los pasara a máquina durante el día. También le asignó algunas labores domésticas y cuando llegaba del trabajo, se encargaba de que las dos hicieran el almuerzo juntas.

Para entonces, a mi mamá se le había cumplido el sueño de que su hijo mayor fuera a la escuela secundaria. Así es que yo salía de la casa temprano en la mañana, no volvía hasta la hora del almuerzo y de ahí me iba a la playa a buscar comida. Moncho acompañaba

a la tía Asunta a hacer sus diligencias, y mi mamá y Rufina se quedaban en la casa con órdenes estrictas de dormir una buena siesta. Poco a poco mi mamá recuperó su salud física, pero no su espíritu combativo, ni tampoco su risa abierta y espontánea. Ciertas cosas la hacían sonreír: hacer las tareas conmigo, enseñarle a leer a Moncho, escuchar a Rufina hablar en su media lengua. Pero la mayor parte del tiempo se lo pasaba callada y retraída.

A mí me gustaba mi nueva vida, lo predecible y segura que era. En la casa de la tía Asunta rara vez pasé hambre, nunca sentí demasiado frío o demasiado calor y cada día disfrutaba plenamente mi baño matutino en la privacidad de nuestro cuarto de baño particular. Y como si eso fuera poco, en la escuela siempre aprendía cosas novedosas, como que las tortugas pueden vivir hasta 150 años, o que en Egipto hay momias tal como las que están enterradas en el desierto de Atacama.

Pero nada sobrepasaba mis tardes en la playa. Me podía pasar horas observando el ir y venir de las olas, el flujo y reflujo de las mareas, la espuma que disimuladamente arrancaba las conchas de su cama de arena. Me tomó tiempo aprender a descifrar el humor tornadizo del océano —tímido o atrevido, franco o engañoso, tacaño o generoso—, un leve pulso convertido en trueno sin aviso previo. Era como si cada una de sus caras estuviera escondida bajo una frágil lámina de vidrio, la cual se podía hacer trizas repentinamente con un solo soplo de viento. Tuve que resistir la tentación de querer ser más listo que el océano y aprender a esperar y tomar lo que él estaba dispuesto a ofrecerme.

La playa era un lugar rebosante de actividad: los pescadores reparaban sus redes, los niños saltaban y chillaban en las olas, los adultos rastreaban la playa con la esperanza de encontrar algún tesoro oculto y unos cuantos vagabundos y borrachitos dormían a pata suelta en la arena. También había un buen número de muchachos de mi edad buscando comida.

Al principio me dediqué a pasearme por aquí y por allá, y a observarlos de reojo: cavaban la arena y sacaban almejas, arrancaban mejillones y erizos de las rocas, enterraban cañas de pescar justo a

la orilla del agua, y recogían el cochayuyo y el luche que andaban flotando sobre las olas. Antes de venir a Iquique nunca había comido ninguna de estas cosas, pero los caldillos y guisos de mi tía Asunta me habían convertido en un verdadero amante de los productos del mar. Además, ¿para qué pagar por los alimentos cuando el océano te los ofrecía sin costo alguno? Entonces me propuse que tan pronto como pudiera, empezaría a llevar comida a casa. Claro que primero tendría que ganarme la confianza de los otros muchachos. Unas cuantas veces se me habían acercado y me habían mirado descaradamente de arriba a abajo. Una de esas veces, un zopenco de pelo desteñido, cara colorada y dos veces más grande que yo les había hablado a gritos a los otros para asegurarse de que yo lo estaba escuchando:

—¿Habían visto alguna vez un renacuajo tan feo como ése? Si cree que va a venir a nuestra playa a hacer lo que se le venga en gana, mejor que lo piense dos veces. Bueno, supongo que vamos a tener que mostrarle a quién le pertenece esta playa.

Un par de días después decidí probar suerte y empecé a sacar almejas. Sin decir agua va, el matón hocicudo me dio tal empujón que caí de punta al agua. Luego de batallar con las olas por una eternidad, por fin me pude parar, tosiendo como tísico y despidiendo toneladas de agua por boca y nariz. El matón y sus amigotes no paraban de reírse. Unas pocas horas más tarde, ya tenía un plan en la cabeza. En la pampa había hecho uso de los animales para proteger mi territorio. Cada vez que mis enemigos se pasaban de la raya, yo le tiraba una piedrita a un aguilucho que anduviera volando por ahí, el cual reaccionaba regurgitando una lluvia espesa de comida podrida. El olor era tan nauseabundo que los intrusos salían cascando a más no poder. No había aguiluchos en la costa, pero con toda seguridad algún otro animal me ayudaría a ganarme un lugar en la Playa Bellavista.

Ese día escuché a un pescador decir que de noche la playa se llenaba de cangrejos.

—¡Anoche saqué una docena, más que suficiente para que mi mamá nos hiciera un rico chupe! Pero uno de los bichos se me colgó del dedo chico y no me quería soltar. ¡Miren, hasta me sacó sangre

y la cortadura todavía me arde! —dijo, levantando el pie para mostrárselo a sus amigos.

Esa tarde me fui temprano a casa. Un tiempo atrás, mi tía Asunta me había mostrado un aparatito que la tenía encantada: un farolito que operaba con baterías. Yo nunca había visto nada igual y le pregunté si lo podía desarmar para ver cómo funcionaba.

—¡De ninguna manera! Ni te atrevas a tocarlo —me dijo, quitándomelo de las manos. Entonces entró a su dormitorio y lo guardó en uno de los cajones de la cómoda. —Manuel, esta es una herramienta revolucionaria muy valiosa. Me salva la vida cuando voy de noche a los campamentos a hacer mi trabajo político, porque como bien sabes esa pobre gente no tiene electricidad.

Saqué la herramienta revolucionaria del cajón de la cómoda, me la eché al bolsillo y esa noche, cuando ya todos se habían acostado, me fui a la playa con un balde en la mano.

La marea estaba baja y cada vez que el mar se recogía, quedaba al descubierto un enjambre de cangrejos. Le eché agua a mi balde, me arrodillé y peiné la arena con las manos. No me demoré nada en encontrar tres buenos cangrejos. Podrían haber sido cuatro, pero el último me agarró del dedo chico y no me quería dejar ir. Traté de sacármelo a tirones, golpes y sacudones, pero con cada intento el cangrejo se me aferraba más y más al dedo. El pescador tenía razón: las pinzas de los animalejos eran como cuchillos filudos. Metí la mano al agua para calmarme un poco el dolor y en unos momentos, el cangrejo se me desprendió como por arte de magia.

Al día siguiente llegué a la playa más temprano que de costumbre, me acomodé en unas rocas con mi balde de cangrejos al lado y empecé a mirar cómo de a poco iban llegando los concurrentes de siempre. El matón fue uno de los últimos en aparecerse. Como de costumbre, llegó hablando a gritos y haciéndose el importante, anunciándole al mundo que él era el rey de la playa. Mientras él se ocupada de darles órdenes a sus súbditos, me bajé de las rocas y empecé a caminar por la orilla del agua. Balde en mano, me puse a buscar almejas. Apenas me vio, el matón gritó:

—Oye, renacuajo, ¿esta vez te quieres ahogar de veras?

Lo ignoré. Él empezó a correr hacia mí a toda velocidad.

Me alisté. Lo observé con el rabillo del ojo y cuando calculé que estaba a unos pocos segundos de alcanzarme, salté para el lado. El zopenco se fue de bruces y terminó con la cara enterrada en la arena, piernas y brazos extendidos. Le dejé caer un cangrejo en cada mano y el último en un pie. Por un momento quise haber tenido cuatro cangrejos para que el cuadro resultara simétrico, pero decidí que en verdad eso no tenía ninguna importancia. Los tres cangrejos ya estaban cumpliendo su función.

Ahora el matón estaba retorciéndose como un gusano y tragando toneladas de arena mientras le salían unos berridos sordos de la boca. Sus súbditos vinieron al rescate y le ayudaron a pararse. Tenía la cara, el pecho y las piernas emplastadas con arena mojada y los ojos le sobresalían como platos blancos con rayitas rojas. Mientras saltaba y sacudía manos y pies tratando de deshacerse de los cangrejos, intentaba decir algo gritando como enloquecido, pero lo único que le salía de la boca eran arena y ruidos ininteligibles.

El cuadro era tan absurdo y ridículo que me dieron unas ganas tremendas de reír. No me pude contener y por fin me largué a reír a toda boca. Todos los que andaban por ahí: pescadores, niños, hombres y mujeres, se pararon a mirar el espectáculo y en un santiamén también se habían largado a reír a más no poder. Yo pensé que de inmediato sus súbditos le iban a ayudar, pero el matón seguía saltando y gritando, y los muchachos no hacían más que reír y reír. Entonces me acerqué a él, lo agarré de los brazos y lo tironeé hacia el agua. No me opuso resistencia. Una buena ola nos arrastró mar adentro. Yo ya había aprendido a mantenerme a flote, pero todavía no sabía nadar y por un momento me dio pánico. Pero entonces otra ola nos devolvió a la orilla. Al matón, el agua le había lavado la arena de la cara y la ropa, y los cangrejos también se le habían desprendido de las manos y el pie. Finalmente quedamos parados el uno al lado del otro, la espuma de las olas a nuestros pies.

—Mi nombre es Manuel Garay —le dije. —Soy el único hombre en mi familia y tengo la responsabilidad de llevar comida a casa. No voy a tomar más de lo necesario.

Me miró de reojo mientras revolvía la arena con los pies. Entonces se dio vuelta y me extendió la mano.

—Yo soy El Rucio. Bienvenido a la Playa Bellavista —me contestó.

~~~

Así como transcurría el día, los recuerdos de mi vida anterior me recorrían la mente: la inmutable extensión parda de la pampa, tan diferente al azul caprichoso del océano; la imagen de una iguana suculenta atrapada en mi trampa; el aullido del viento corriendo por los campos de caliche; Eva jugando a saltar el cordel con sus amigas, la tibieza de su mano en la mía, su pelo peinado hacia el lado y sujeto con un broche; la luz en los ojos de mi papá, su carácter mesurado, el discurso que le escuché dar en mi primera asamblea sindical, su cuerpo mutilado cuando lo sacaron del cuarto de las vísceras en el matadero y el resonar de la metralla que le quitó la vida.

A veces mis recuerdos surgían como un estallido de luz o como una serie de imágenes; otras veces, no eran sino un pensamiento efímero o un enjambre de emociones. Pero independientemente de cómo se me aparecieran, siempre encontraban la senda que terminaba en el agujero que se me había abierto en el pecho. Por la noche, a la luz amarillenta de una vela, mis recuerdos se transformaban en palabras, las cuales yo me ocupaba de derramar sobre una página en blanco hasta que el agujero en el pecho se vaciaba y la página se llenaba. Cuando por fin apagaba la vela, me sentía invadido por una gran quietud. La escritura se había convertido en mi nuevo tamarugo.
~~~

# Lucía

*Abril – julio, 1925*

*Tacna*

Mi madre era como un colibrí, siempre en movimiento, organizando banquetes y desfiles de modas en el Club de oficiales, yendo a cocteles y tés, comprando esto, lo otro y lo de más allá. Yo aspiraba a ser como ella, le envidiaba esa personalidad efervescente que tenía, admiraba sus atuendos de última moda, su espléndida colección de zapatos importados, pero por sobre todo lo demás, me fascinaban sus joyas y la fragancia celestial que llevaba consigo como un halo vaporoso. No sé si a eso se le hubiera podido llamar amor. Quizás, pero la verdad es que no lo sé.

Lo que sí sé es que yo adoraba a mi padre y él me adoraba a mí. Mi padre era buen mozo, distinguido, y tan dueño de sí que me hacía sentir inmune a cualquier peligro. También solía ser chistoso, pero lo más importante para mí era que me trataba como a una princesa. No pasaba un día en que no me alabara por algo: el peinado, una blusa nueva, mi interpretación de «La pequeña sirena» de Couperin en el piano.

Cada par de meses mi madre me llevaba a comprar las últimas novedades llegadas de Europa, así es que mi ropero estaba siempre bien aperado. Pero entre salidas, si a mí se me ocurría alguna otra cosa, ella insistía en que esperara hasta la próxima vez, con el pretexto de que andaba muy ocupada. Entonces, yo sabía exactamente qué hacer.

—Ayer, en la clase de ballet, Mariana tenía unas zapatillas preciosas —decía yo inocentemente a la hora de la comida.

—Antonia, lleva a Lucía a ese lugar donde le compras sus trajes y zapatillas de danza —le ordenaba mi papá a mi mamá.

—Pavlova —clarificaba yo.

—Sí, Pavlova. Quieres un par de zapatillas como ésas, ¿verdad, mi princesa? —me preguntaba entonces.

—Sí, papito —le respondía yo.

Al día siguiente, sin falta mi mamá me llevaba a la Casa Pavlova y para mi próxima clase de ballet yo ya estaba exhibiendo mis nuevas zapatillas de satín color rosa.

Mi padre también me daba regalos finísimos sin razón alguna: un medallón de plata y marfil, broches de nácar para el cabello, un par de aritos de oro, un pañuelo de seda, una caja de música que tocaba «La danza del hada de la ciruela de azúcar» de Tchaikovsky.

—¿Por qué me estás dando tan lindo regalo, papito? —Le preguntaba yo. —No es mi cumpleaños, no es el día de mi santo, ¡y tampoco es Navidad!

—Porque te amo, mi princesa —me contestaba él.

A mí me encantaba escuchar esas palabras, así es que cada vez que se aparecía con un nuevo regalo, yo le hacía la misma pregunta y él me daba la misma respuesta. Sin lugar a duda, mi padre me amaba.

Yo atesoraba las tardes porque mientras mi madre asistía a uno de sus tés, mi padre me pasaba a buscar y me llevaba al Centro Cultural Copihue para mis clases de piano y ballet. En el camino me entretenía con sus adivinanzas.

—¿Qué tiene plantas y olores, pero no son flores? ¡Los pies!

—¿Por qué está triste el cuaderno de matemáticas? ¡Porque tiene muchos problemas!

Yo me reía a más no poder y le pedía otra y otra más. El Centro siempre estaba lleno de madres y niños, así es que él aprovechaba la oportunidad para pasearse por aquí y por allá.

—¡Qué padre maravilloso que es usted, Mayor Céspedes! ¡Ojalá mi esposo se preocupara así de la educación de nuestros hijos!

—¡Qué hermosa hija tiene, Mayor!

—¡Preciosa su niña!

—¡Linda como un botón de rosa! —Exclamaban las madres.

—¡Gracias! Afortunadamente salió igualita a su madre —respondía mi padre, con un dejo de modestia en la voz.

—¡Ay, no! ¡Mírele esa nariz griega, Mayor! Idéntica a la suya —le mentían las mujeres con una sonrisita falsa en la boca. Él se pavoneaba y yo me pavoneaba porque les quería creer, aunque sabía muy bien que yo no me parecía a él en lo más mínimo. Pero quería creer que sí, porque veía lo apuesto que era y pensaba que, si nos parecíamos, entonces yo también debía ser hermosa.

Los domingos por la mañana los tres íbamos a misa de once en la Catedral de Nuestra Señora del Rosario y luego a caminar por el Paseo cívico. Mi madre y yo nos vestíamos y acicalábamos a la perfección, y mi padre se ponía su uniforme de parada con todas sus medallas prendidas al pecho. A mí me encantaban esas mañanas no sólo porque me ofrecían la oportunidad de lucir una linda tenida, sino también porque mi madre «empleaba» mis servicios de consultoría en moda y buen gusto. A través de los años ella me había ido enseñando a elegir los modelos más aptos para mi contextura física, a combinar colores y texturas, a seleccionar los accesorios que más le vinieran a una tenida, y a elegir la ropa más apropiada para cada ocasión.

—¡No te puedes aparecer en una función de caridad con un vestido de lentejuelas, mi amor! Para ese tipo de ocasiones te debes vestir con modestia, con un sencillo vestido camisero de un solo color, por ejemplo. Pero claro, si vas a un baile de año nuevo, ¡ponte lentejuelas y sé generosa con los accesorios! —Me aconsejaba, mientras hojeábamos revistas de moda o nos probábamos tenidas durante las excursiones a nuestras tiendas favoritas. Así fue como

no pasó mucho tiempo antes de que ella empezara a confiar en mi pericia y a pedirme la opinión.

—Mi amor, ¿te parece que este vestido *flapper* sea demasiado atrevido para la iglesia? —Me preguntaba, posando así y asá frente al espejo.

—Bueno, si te lo pones con el chal azul rey con flecos aguamarina te quedaría perfecto porque te cubriría los hombros y le daría vida al color crema del vestido —le contestaba yo, sacando el chal del ropero y poniéndomelo sobre mis propios hombros para que lo pudiera apreciar.

—Tienes toda la razón, mi amor —me decía ella.

Entonces pasábamos a seleccionar un par de zapatos con correas en «T» y una cartera que le combinara bien, a decidir entre un sombrero tipo pamela o *cloche*, y a seleccionar las medias y guantes más apropiados. Por fin llegábamos a mi parte favorita: la selección de las joyas que mejor le vinieran a su tenida.

—Lo que tienes que hacer es escoger las joyas que «completen» tu tenida, agregándole la cantidad justa de color y brillo; ni más ni menos. No importa cuán cara o hermosa sea una joya, si no va bien con tu tenida, no hará más que arruinarla —me explicaba. —Lo mismo con el tamaño y la cantidad de joyas que te pongas. Si te pones menos de lo indicado, vas a aparecer como tacaña y si te pones demasiadas, te vas a ver como un árbol de Navidad —continuaba ella con toda seriedad, mientras que yo me moría de la risa de puro imaginarme a mi mamá como un arbolito de Navidad.

Su joyero estaba hecho del material de mis sueños: un armario de palo de rosa en miniatura con cajoncitos abajo y puertas de dos hojas arriba, incrustaciones de jade, y bisagras y manijas de bronce. Su papá había sido marino mercante, le había traído ese joyero de regalo a mi abuela luego de un viaje a Japón y mi mamá lo había heredado. Todos los domingos, el ritual de escoger las joyas más adecuadas para su tenida era el mismo.

—¿Puedo abrirlo, mamita? —Le preguntaba yo, mientras posaba suavemente los dedos sobre las manijas de las puertas del pequeño armario.

—¡Por supuesto, mi amor! —Me respondía ella distraídamente, sentada frente al tocador, ocupada de su maquillaje y con la cara a unos pocos centímetros del espejo.

Las puertas se quejaban como entristecidas por la perspectiva de tener que revelar lo que debían ocultar. Pero yo no hacía sino sonreír cuando dejaban al descubierto los collares de perlas, las cadenillas y las innumerables alhajas de mi mamá. En un santiamén ponía manos a la obra.

—¿Qué te parece el pendiente de zafiro con esta cadenita de plata, mamita? Es perfecto para la iglesia porque no es llamativo y combina con las hebras azules de tu chal.

—Tienes razón, mi amor. Perfecto. Ahora tienes que encontrar los aros que le hacen juego al pendiente. Si mal no recuerdo los vi en el cajoncito de abajo —me respondía, mientras se ponía los zapatos.

El pendiente tenía la forma de una lágrima, estaba engarzado en una filigrana de plata y yo sabía exactamente cuáles eran los aros que tenía que encontrar: unos que eran prácticamente versiones en miniatura del engarce del pendiente. El último paso antes de encontrarnos con mi papá en la puerta era echarnos unos toques de Shalimar.

—Una dama nunca se pone demasiado perfume, mi amor. La fragancia debe ser una insinuación, no una intrusión —me decía mi mamá mientras apretaba el atomizador dos veces para mí, adelante y atrás, dos para ella, pecho y cuello, y me pedía que la rociara por tercera vez en la espalda.

El Paseo cívico era el lugar donde la *crème* de la *crème* chilena y peruana se encontraban todos los domingos al mediodía para exhibir sus lujos e intercambiar sonrisitas y naderías. Sólo que los peruanos lo hacían con sus compatriotas y los chilenos, con los suyos. De hecho, los dos grupos se paseaban por los lados opuestos del bulevar para asegurarse de no toparse.

De acuerdo a mi papá, mis profesores y los libros de historia, durante la Guerra del Pacífico las Fuerzas Armadas de Chile habían «liberado a Tacna de las garras de un Perú retrógrado, otorgándole así la superioridad de nuestros valores y costumbres». Tanto mi

bisabuelo como mi abuelo habían sido oficiales de alto rango en el ejército, así es que mi padre había crecido rodeado de uniformes y banderas, y escuchando marchas mañana, tarde y noche. Por eso nunca se cansaba de alabar a la patria y hablar mal de Perú y Bolivia. Prácticamente todos sus recuerdos de la niñez y todos sus cuentos tenían que ver con cuestiones militares. Por ejemplo, no se cansaba de jactarse de que antes de cumplir los dos años de edad se había aprendido las últimas palabras que el capitán de navío Arturo Prat había pronunciado a bordo del buque Esmeralda; y que a los cuatro años recitaba de memoria el largo poema «Mi heroico regimiento» del mayor Rafael Segundo Torreblanca Dolarea, algo que seguía haciendo con entusiasmo en festejos y veladas.

Cuando venían visitas a la hora de la cena, yo comía con Mercedes en la cocina y de ahí lo escuchábamos vanagloriarse de cómo desde su adolescencia había estudiado para oficial y que luego de graduarse de la Escuela Militar había tenido una carrera «meteórica».

—¡Usted es muy joven para ser mayor! —Decía una de las visitas.

—¡Y para estar a cargo de todas las operaciones militares en Tacna! Sencillamente extraordinario —agregaba otra.

Pero ahora su puesto estaba en peligro.

—Amigos, como bien saben, el gobierno de Chile ha cedido a las presiones del Perú y otros países y ha llamado a un plebiscito: los ciudadanos de Tacna decidirán si quieren que su ciudad permanezca en Chile o sea devuelta al Perú. Indudablemente ésta es una demostración de debilidad por parte de nuestros líderes. Pero tengo confianza en que la superioridad chilena prevalecerá y Tacna seguirá siendo nuestra —dijo una de esas noches, ofreciendo un brindis por la patria.

A mí me importaba un comino que Tacna fuera chilena o peruana. Lo único que yo quería era vivir en mi ciudad por siempre jamás. Amaba su cielo azul, las altas y orgullosas palmeras que engalanaban sus amplios bulevares, los racimos de jazmín y madreselva que perfumaban el aire en primavera, las aguas claras del río Caplina y las coloridas buganvilias que trepaban por rejas y enmarcaban puertas, incluyendo la nuestra.

Pero por sobre todo lo demás, amaba a Tacna por Mercedes. Mercedes me había criado; desde el día de mi nacimiento, ella se había hecho cargo de mi cuidado. Para ella, yo era «Milinda» y para mí, ella era «Minina». Nunca me dijo Lucía, sino «Milinda». Entonces, cuando yo empecé a hablar, quise reciprocarle, pero lo que me salió de la boca fue «Minina». Así fue como por el resto de nuestra vida juntas Mercedes fue «Minina» y yo, «Milinda». En la mañana ella me ayudaba a bañarme y vestirme, me daba el desayuno, me trenzaba el pelo y me despedía con un abrazo y un beso. En la noche, me daba las buenas noches, pero no sin antes contarme un cuento.

—Los antiguos relatan que hace muchos, muchos años, una terrible sequía castigó la tierra. Ni una sola nube se veía en el firmamento, ni una sola sombra en la tierra. El suelo estaba reseco y el aire, caliente. Todas las plantas y los animales se empezaron a morir. Al *qantu* le quedaba un solo capullo colgando de una rama escuálida. Al darse cuenta de que su último bebé también perecería, el *qantu* lo liberó. Pero en vez de caer al suelo, el capullito salió volando por el aire convertido en un colibrí color escarlata.

—El colibrí voló hasta la cima de la imponente Waitapallana. Waitapallana estaba observando la salida del sol cuando sintió la fragancia de su flor favorita, la *qantu*. Miró a su alrededor, pero lo único que vio fue un pequeño colibrí que revoloteaba a duras penas. El colibrí se posó sobre sus manos y susurró «Gran Waitapallana, ten piedad de la tierra de los quechua». Entonces dobló sus alitas, cerró los ojos y murió. La gran montaña volvió la mirada hacia la tierra a sus pies y vio cuán seca y desolada se veía. Le dio tal tristeza que sin siquiera darse cuenta dejó caer dos lágrimas que al rodar por sus mejillas y su cuerpo se transformaron en gigantescas cataratas. Las lágrimas de Waitapallana cayeron con gran estruendo sobre el Lago Wacracocha y despertaron a Amarú.

—Muchos siglos atrás, Amarú había sumergido la cabeza y las alas en el agua y se había quedado dormida dejando su cola y su cuerpo enroscados entre las montañas de la Cordillera de los Andes.

—Amarú tenía cabeza de llama con hocico rojo y ojos de cristal.

—Amarú tenía cuerpo de serpiente y cola de pez.

—El cuerpo de Amarú estaba cubierto de escamas multicolores.

—Amarú tenía un par de grandes y poderosas alas.

—Amarú desenroscó su cuerpo y su cola y se levantó sobre la tierra. Abrió las alas y le tapó el paso al sol. Aspiró todo el aire caliente y seco, y cuando lo exhaló, un manto fresco y húmedo cubrió el campo y los pueblos. Entonces emprendió vuelo. Al batir sus alas empapadas del agua del lago donde había dormido por tanto tiempo, la lluvia se precipitó sobre la tierra. Cuando Amarú comprobó que la gente, los animales y las plantas habían recuperado la vida, dobló sus alas y descansó. El sol iluminó las coloridas escamas de su cuerpo y un hermoso arcoíris apareció en el cielo. La sequía se había terminado. Entonces Amarú enroscó su cuerpo y su cola alrededor de la cordillera, hundió la cabeza y las alas en el lago y se quedó dormida.

El problema con los cuentos de Mercedes era que, en vez de darme sueño, me despertaban la imaginación. En un santiamén el colibrí se había convertido en una bailarina con un tutú y punteras carmesí, haciendo piruetas y girando sobre un escenario, mientras batía un par de alas centelleantes. La cabeza de llama de Amarú se transformaba en una enorme y elaborada máscara acarreada por cuatro bailarines que emergían de un pozo de luz azul. Mmm… ¿Y el cuerpo de Amarú? Era enorme, así es que los cuatro bailarines no bastarían. Bien. Los cuatro bailarines que acarreaban la magnífica cabeza de llama con el hocico escarlata y los ojos de cristal estarían metidos dentro de la cabeza y sólo se les verían los pies. Entonces, el cuerpo de Amarú estaría compuesto de docenas de bailarines en trajes tornasol. Cada bailarín representaría una escama y en conjunto seguirían los movimientos de la cabeza y se deslizarían por el escenario al unísono porque serían parte de un solo cuerpo. ¿Y las alas? Me las imaginaba como óvalos inmensos cubiertos de plumas plateadas. ¿Pero cómo representarlas sobre el escenario? Tendría que pensarlo. También tendría que resolver el dilema del vuelo de Amarú y el batido de sus alas. En lo que no tendría que pensar era la música porque sabía exactamente que sería el Concierto número 2 de Rachmaninoff para piano y orquesta. Unas semanas antes

la profesora de piano nos había llevado a varios alumnos al Teatro Municipal a escuchar la interpretación de Claudio Arrau y la Orquesta Sinfónica de Chile y desde entonces no me lo había podido sacar de la cabeza. Ahora la nítida imagen del colibrí en mi mente se alzaba sobre la tierra sedienta al compás de los primeros acordes del concierto. Entonces, mientras los dedos de Arrau subían y bajaban vertiginosamente por el teclado, el colibrí batía las alas con desesperación y se elevaba hasta llegar a la cima de Waitapallana. Mucho después de que Mercedes me había dado el beso de buenas noches, yo todavía estaba canturreando y viendo a los bailarines en el escenario de mi imaginación.

Sin lugar a duda, me encantaban los cuentos de Mercedes. Pero la verdad es que nada sobrepasaba nuestras tardecitas juntas. Ese par de horas sí que me alegraba la vida. Cuando volvía de mis clases en el Centro Cultural Copihue, Mercedes me estaba esperando con tecito y buñuelos. Nos sentábamos un buen rato en la cocina a copuchar y después nos íbamos al *living* y nos poníamos a bailar.

Cuando yo estaba en la presencia de mi madre o mi padre, no me incomodaba jugar los papeles de «mi amor» y «mi princesa», pero igual sentía que estaba jugando un papel. Pero cuando estaba con Mercedes, me sentía libre de ser quien quisiera —de ser yo misma— porque para ella yo era simplemente «Milinda». Lo otro que me ponía feliz era que durante ese rato que pasábamos solas, Mercedes no tenía que actuar como la sirvienta de mis padres, sino ser «Minina» y nada más. Una de las últimas conversaciones que tuvimos fue sobre el plebiscito que decidiría el futuro de Tacna como parte de Chile o Perú.

—Minina, ¿tú eres peruana? —Le pregunté.

—Sí y no, Milinda. Soy quechua porque mis antiguos y mi familia son quechua, pero también soy peruana porque nací y vivo en el Perú —me contestó.

—Pero tú no vives en el Perú, Minina, porque vives en Tacna y Tacna es chilena —le rebatí.

Mercedes le dio un mordisco a su buñuelo, tomó un sorbo de té y entonces me contestó.

—Sí y no, Milinda. Nací en mi pueblo, valle arriba y mi pueblo está en el Perú. Pero tienes razón. Vivo en Tacna y ahora Tacna es chilena porque Chile se la arrebató al Perú después de la guerra. Pero los peruanos dicen que Tacna sigue perteneciendo al Perú.

—Y tú, ¿qué crees, Minina? —Le pregunté entonces.

—No sé. Los antiguos dicen que hace mucho tiempo, antes de que Chile y Perú existieran, toda esta tierra era quechua. Pero ya no. No creo que haga mucha diferencia si Tacna es parte de Chile o de Perú, pero lo que sí quisiera es que la gente no peleara; que todos vivieran en paz y que los chilenos no trataran tan mal a los peruanos.

—¿Qué quieres decir con eso, Minina? ¡Nosotros no tratamos mal a los peruanos! Tú bien sabes que yo quiero mucho a mis amigas peruanas, las chicas con las que juego en el río…

—No quise decir tú, Milinda. Claro que no quise decir tú. Quise decir otros chilenos. Están pasando cosas horribles, Milinda. Están corriendo muchos rumores —me dijo.

—¿Qué cosas horribles? ¿Qué rumores? —Le pregunté, asombrada.

Mercedes me tomó la cara entre las manos, me sonrió y me miró a los ojos.

—No te preocupes, Milinda. Esas cosas no tienen nada que ver contigo. ¡Vamos a bailar!

Terminamos de tomar el té, nos fuimos al *living* y prendimos la radio. Como de costumbre la sintonizamos a Haykuykuy, la estación favorita de Mercedes porque transmitía en quechua y tocaba *huayños*, *supaypas* y *tarkadas*. A mí me encantaban el redoble del bombo, el sonido mágico de las *kenas* y *sikus*, y el ágil rasgueo del charango.

Como de costumbre, Mercedes me tomó de la mano, me hizo girar un par de veces, con la otra mano me sujetó de la cintura y entonces avanzamos juntas, marcando el ritmo con los pies y cimbreando el cuerpo al compás de la música.

—Quiero ir a tu pueblo y bailar en la plaza contigo y tus amigas —le dije, mientras hacíamos revolotear nuestras faldas. —¿Cuándo me vas a llevar, Minina? —Le preguntaba, con la esperanza de que me dijera «la semana próxima» o «el mes que viene».

Pero siempre repetía lo mismo: «Un día de éstos, Milinda», lo que obviamente significaba «nunca». Su respuesta me daba pena, aunque sabía y también sabía que Mercedes sabía, que nuestro mundo no se extendía ni podría extenderse nunca más allá de los muros de la casa y las pocas horas que pasábamos juntas cada día. Ella era la sirvienta y yo era la hija de sus patrones; ella era pobre y nosotros éramos ricos; yo era chilena y tenía la piel blanca y ella era quechua y tenía la piel morena; yo usaba los últimos modelos de la moda europea y ella usaba polleras y sombreros. Pertenecíamos a dos mundos diferentes, los cuales no se podían juntar. Pero de alguna manera Mercedes y yo habíamos logrado crear nuestro propio mundo que, aunque pequeño y limitado, ocupaba la mayor parte de mi corazón.

Pero cuando yo tenía doce años, el mundo exterior se ocupó de destruir el nuestro.

Todos los días a las dos de la tarde, mi padre dormía la siesta y mi mamá pegaba el oído a la radio para escuchar el último episodio de *El derecho de vivir*. Mientras tanto, yo me quedaba en mi pieza jugando con mis muñecas, ensayando mis posiciones y pasos de ballet, y dibujando con mis lápices de colores. Pero unos meses antes de cumplir los doce años, me empezaron a dar unas tremendas ganas de escapar de la casa. Cuando se lo comenté a Mercedes, me dijo:

—Ya estás más grande y es natural que quieras hacer cosas por tu propia cuenta, Milinda. ¿Por qué no te vas a dar una vuelta al río? Claro que prométeme que vas a tener cuidado y vas a estar de regreso antes de las tres.

Cuando era chica, a mí me encantaba que Mercedes me llevara a pasear al río. Pero de eso ya hacía años porque ahora mis tardes estaban ocupadísimas con mis clases de música y danza. No esperaba encontrarme con nadie en el río, así es que me sorprendió ver a tres niñas jugando con una pelota roja. Paré en seco y estaba a punto de darme la vuelta y partir cuando una de ellas dijo:

—¿Quieres jugar con nosotras?

—Sí, ven a jugar —me invitó otra.

—Necesitamos una persona más para jugar Las cuatro esquinas —agregó la última con una gran sonrisa en la boca.

Por el acento supe de inmediato que eran peruanas. Vacilé un poco, pero se veían simpáticas así es que me atreví a acercarme un poco más.

—Yo soy chilena —anuncié.

Las tres se encogieron de hombros mientras decían al unísono:

—¿Y qué?

No me di ni cuenta cuando la pelota me había caído en las manos. Las cuatro nos largamos a reír y empezamos a jugar. Cuando nos quedamos sin aliento, nos sentamos en un tronco y nos dijimos los nombres. Fresia, Susana y Laura no vivían lejos de mi casa, pero las cuatro sabíamos que no importaba cuán cercanas estuvieran nuestras casas, yo vivía en un mundo totalmente divorciado del suyo y que, si no nos hubiéramos conocido en el río, nuestras sendas no se habrían cruzado nunca. Era obvio que a nuestros padres no les habría gustado que jugáramos juntas, pero esa tarde no mencionamos nada de eso. Ellas me abrieron las puertas a su mundo y yo entré feliz de la vida. Así fue cómo mis paseos al río se convirtieron en una rutina diaria.

Una hermosa tarde de abril de 1925, le guiñé el ojo a Mercedes, salí calladita por la puerta de la cocina y corrí al río. El día anterior mi papá me había regalado una linda muñeca de porcelana con pelo rubio, mejillas sonrosadas, boca de botón de rosa y unos tremendos ojos verdes. Tenía puesta una tenida verde esmeralda que le hacía juego con los ojos, pero lo mejor de todo era que cuando se sentaba, decía «mamá». ¡No hallaba las horas de mostrársela a mis amigas!

Fresia y Susana me estaban esperando bajo «nuestro» jacarandá. Si alguien me hubiera preguntado cuál era mi sitio favorito en toda Tacna, yo habría contestado que era éste. El lugar estaba a orillas de las aguas cristalinas del Río Caplina y estaba protegido por árboles frondosos. Al otro lado del río y hasta donde alcanzaba la vista, se extendían pastizales, viñas y plantaciones de maíz. Hacia el este, más allá de los faldeos de la cordillera de los Andes y la profunda quebrada por la que se precipitaba el río antes de llegar al llano,

estaba el desierto de Atacama; y más allá aún, los picos nevados de la cordillera se elevaban hacia el cielo.

Les ofrecí mi muñeca nueva a mis amigas. Fresia la examinó por todos lados y comentó que se parecía a la de Laura. Susana se la sentó en la falda («mamá» dijo la muñeca) y declaró que era idéntica a la de Laura. A mí se me esfumó el entusiasmo, no sólo porque la muñeca no había impresionado a mis amigas sino también porque sus palabras me recordaron que Laura nos había abandonado. Ya hacía cuatro días que no salía a jugar. Tomé la muñeca, me senté en una roca y me la planté en la falda. Fresia y Susana también se sentaron y por unos momentos no nos dijimos nada; los gorriones trinaban y revoloteaban en los árboles, mientras el agua del río saltaba por las piedras. Finalmente yo rompí el silencio.

—Se fue sin siquiera decir adiós…

—A lo mejor no pudo. Mi papá dice que muchas familias peruanas se están yendo a las carreras por lo del plebiscito y que quizás nosotros también nos vayamos —dijo Susana, agarrando una ramita y haciendo palotes en el suelo.

—Quizás vuelva cuando se acabe lo del plebiscito —dijo Fresia, sacándome la muñeca de la falda y mirándola a los ojos.

Dos días antes, las tres habíamos ido a la casa de Laura. No había señales de vida; todas las ventanas estaban cerradas y con las cortinas corridas. Tocamos y tocamos, pero no salió nadie. Llamamos a Laura. No hubo respuesta. Pegamos el oído a la puerta por si se escuchaba algo. Nada. Ningún ruido.

En eso estábamos, sentadas debajo del jacarandá, elucubrando sobre todo eso, cuando nos dimos cuenta de que los pájaros estaban trinando y aleteando como locos, todos los perros de Tacna se habían puesto a ladrar y todas las vacas a mugir al mismo tiempo. ¿Qué estaba pasando? Nos miramos desconcertadas y tratamos de decirnos «¿qué es eso? ¿Por qué?», pero ahora, por encima del ruido de los pájaros, los perros y las vacas, se escuchaban unos truenos ensordecedores que parecían salir de adentro de la tierra misma. Seguro que se trataba de un tren. El tren más grande que hubiera visitado nunca Tacna.

Saltamos de piedra en piedra para llegar al otro lado del río, pero lo que vimos quebrada arriba nos hizo parar en seco: un enorme torbellino oscuro y siniestro se abalanzaba hacia nosotras. Corrimos a más no poder y sin pensarlo dos veces nos encaramamos hasta llegar a las ramas más altas del gran jacarandá. Allá abajo, en una poza circundada por unas cuantas piedras, la muñeca flotaba de espaldas, sus ojos ausentes contemplando el cielo.

Cada cien años, las lluvias cordilleranas se extienden hacia el oeste y también caen sobre el desierto de Atacama. Entonces, los ríos se hinchan, desbordan sus lechos y corren como locos hacia el océano. Resulta que 1925 fue uno de esos años y nuestro Caplina, uno de esos ríos. Se pasó a llevar todo lo que encontró en el camino y finalmente llegó a Tacna tronando –una bola gigantesca de agua, barro, piedras y arena, árboles y plantas, llamas y vicuñas. Pero no sólo eso. También restos humanos.

Desde la copa del jacarandá los vimos pasar: cabezas, torsos, piernas y manos que el torbellino escupía y volvía a chupar. Una de esas manos pasó a tocar la muñeca y por un momento la siguió empujando río abajo, hasta que el vórtice se la tragó. De vez en cuando, cuerpos completos brotaban del fango, moreteados, hinchados, mutilados, en harapos, cubiertos de lodo.

Cuando escuchamos nuestros propios alaridos, nos dimos cuenta de que todo lo demás estaba en calma. No más estruendo, no más perros aullando, no más trinar y aletear de pájaros, no más vacas mugiendo. Nos bajamos del árbol. Lo único que se escuchaba en ese silencio siniestro era el castañeteo de nuestros propios dientes.

Tomadas de las manos empezamos a alejarnos del río. El barro nos llegaba hasta la rodilla y apenas se podía respirar por el olor putrefacto que saturaba el aire. Nos costó un mundo llegar a la calle, aunque no quedaba lejos. Ahí nos dimos cuenta de que estábamos descalzas. El fango se había tragado nuestros zapatos. No se veía un alma, pero se escuchaban gritos. Todavía tomadas de las manos y tiritando como perros mojados, empezamos a caminar. Estábamos como a media cuadra de mi calle cuando vimos que Mercedes daba vuelta a la esquina. Gritó «Milinda» y se puso a correr hacia

nosotras. Les dijo a Susana y a Fresia que se fueran caminando con cuidado a sus casas y me tomó de la mano.

—Había montones de muertos… en el río, Minina —le dije. —Cabezas, manos… y olían mal… y perdí mi muñeca nueva… y mis zapatos…

—Mi pobre Milinda —dijo Mercedes, tomándome en brazos y abrazándome fuerte. —Tu padre está furioso, pero no te preocupes porque ya le dije que todo fue culpa mía. Entonces me susurró al oído. —Despertó Amarú, Milinda. Despertó Amarú.

Mi mamá y mi papá estaban parados en la puerta. Mi papá se puso a gritar como desaforado. Lloriqueando, mi mamá me abrazó y me dio un beso, pero mi papá no hizo ningún ademán de acercarse a mí, sino que siguió gritando. Entonces, de repente, sentí un dolor tremendo en las pantorrillas, los muslos y las nalgas, como si alguien me estuviera tirando tajos con un cuchillo; mi papá me estaba azotando con su cinturón, mientras seguía gritando a todo pulmón.

—¡Esto es lo que te ganas por salir sin permiso, niñita desobediente! ¡Casi nos mataste de un ataque al corazón! ¿Te das cuenta de lo que hiciste? ¡No más paseos, no más regalos hasta que aprendas a obedecer!

Entonces empezó a darle azotes a Mercedes y a gritarle a ella:

—¡Y tú, mujer estúpida, india ignorante! ¿Quién te dijo que tú podías darle permiso a la niña para ir al río? En esta casa mando yo. ¿Me escuchas? ¡Mando yo, no tú!

De lo último que me acuerdo es del llanto desgarrador de Mercedes.

Cuando desperté, estaba en mi cuarto y ya se había puesto el sol. Mercedes y mi mamá estaban sentadas a la orilla de mi cama y me tenían tomada de las manos.

—¿Qué pasó? —Pregunté.

—El río, fuiste al río, Milinda, y viste esos… —respondió Mercedes.

—¡¿Qué vio?! —Interpeló mi mamá, mirando a Mercedes.

—Milinda le va a contar…

Pero a mí no me salió el habla. Sentí una explosión en la cabeza y después empecé a sentir el rugir del torbellino y a ver a los muertos. Cerré los ojos y me tapé los oídos con las manos pensando que así

le pondría fin a la pesadilla. Pero en vez, empecé a sentir el roce de los muertos contra mis piernas y el olor putrefacto del río. Eso es todo lo que me acuerdo.

Cuando desperté, el sol ya estaba alto en el cielo. Mercedes roncaba a pata suelta a mi lado. Yo tenía una sed tremenda y ganas de orinar, así es que me bajé de la cama y fui al baño. Tenía las piernas tiesas y apenas me puse a caminar, me empezaron a arder y a doler como si hubiera tenido la carne viva. Me las miré y vi que estaban llenas de ronchas. Entonces me acordé de la paliza que me había dado mi papá. Sí, le había desobedecido, pero nunca me imaginé que me castigaría de esa manera. ¿Qué había pasado con el inmenso amor que decía profesarme?

Estaba sentada en el inodoro cuando escuché que Mercedes me llamaba. Un instante después, mi mamá también empezó a llamarme y las dos aparecieron en el baño al mismo tiempo. Mi mamá se me acercó primero.

—Mi amor, cuéntame qué viste en el río —me dijo con voz suave.

Entre sollozos, le conté todo: el torbellino rodando río abajo y retumbando como un temporal de truenos, los muertos y la hediondez que se me había quedado metida en las narices. Mi mamá me dio un abrazo, me hizo cariño en la cabeza y se fue a prender la radio en busca de noticias. Mercedes me envolvió en sus brazos y nos quedamos así por un buen rato.

—Amarú despertó y aunque lo que viste en el río fue horripilante, era tu destino verlo, Milinda —me dijo. —No te olvides de lo que viste. No te olvides.

Yo estaba en la tina de baño cuando llegó mi padre dando órdenes a los gritos:

—Mercedes, saca las maletas del ropero y empieza a empacar la ropa. Cuando termines, haz el almuerzo porque tenemos que comer temprano. —Entonces le empezó a dar instrucciones a mi mamá: —Antonia, tenemos que movernos rápido. Empaca todas las cosas valiosas: tus joyas, las joyas de la niña, el servicio de plata, mis medallas, todo. Y los álbumes de fotos. Nos vamos. Nos van a venir a buscar a las dos de la tarde.

—¿Y Lucía? ¿Dónde está Lucía? Lucía, pon tus cosas en una maleta. Nos vamos, mi princesa. Apúrate.

—Mercedes, empaca tus cosas también. Te vas de vuelta a tu pueblo.

Mercedes entró al baño, me ayudó a salir de la tina, me secó con la toalla y me puso agua de árnica en las piernas. Nos abrazamos y lloramos en silencio. Ella me besó las mejillas mojadas y yo besé sus mejillas mojadas. Nos tomamos de las manos y nos miramos a los ojos. Yo no sé qué vio ella en los míos, pero los suyos estaban colmados de miedo y tristeza.

—Ya verás que volveremos muy pronto, Minina —le pude decir por fin. Lo que le quería decir era que yo no me quería ir, que me quería quedar con ella, pero no se lo dije. Ella sacudió la cabeza y repitió:

—Milinda, Milinda…

A las dos de la tarde llegó una camioneta militar y partimos. Mercedes se quedó parada en la puerta, los brazos sujetando su maletita de mimbre como si fuera una criatura, un bulto amarrado a la espalda y unos pocos billetes en el bolsillo.

La camioneta nos llevó a la estación del tren. A mi mamá y a mí nos hicieron pasar a un cuarto pequeño y nos dijeron que teníamos que esperar. Ya estaba oscuro cuando mi padre nos vino a buscar. Había tres familias más en el mismo coche dormitorio, pero no nos juntamos con nadie durante todo el viaje. Mi mamá y yo nos sentamos en nuestro compartimento, nos tomamos de la mano y nos dedicamos a mirar la oscuridad al otro lado de la ventanilla. De vez en cuando mi papá abría la puerta y metía la cabeza.

—No hay nada de qué preocuparse, amores míos, porque ya verán que todo va a salir muy, muy bien —decía, mientras dirigía la mirada hacia la ventanilla y nos tiraba besos antes de cerrar la puerta.

A las diez de la noche entró un empleado, convirtió los asientos en una cama y bajó una litera que estaba metida en un cajón por encima de la ventanilla. Yo me subí a la litera y traté de dormir. Las piernas todavía me dolían y tenía la gran pena de no haber podido despedirme de Fresia y Susana. Peor aún, me estaba yendo de Tacna sin saber nada sobre Laura. Pero lo que realmente me estaba haciendo doler el corazón era que no sabía cómo iba

a sobrevivir sin Mercedes. Y para más remate, no podía parar de ver los muertos en el río.

—Despertó Amarú. Era tu destino ver lo que viste —me había dicho Mercedes. —No te olvides.

Me prometí no olvidarme.

Mi mamá se había puesto a roncar. Me bajé de la litera y fui al baño. A esas horas de la noche no esperaba ver a nadie, pero mi papá y otros hombres estaban sentados fumando, tomando pisco y conversando en voz baja en una especie de sala que había al final del coche. No se dieron ni cuenta de que yo había entrado y salido del baño. Me senté en el suelo, con la espalda apoyada en la pared.

Los hombres parecían estar enojados. Maldecían el Río Caplina y las lluvias, discutían los detalles de la inundación, cuestionaban si todo su trabajo había sido en vano y si iba a haber plebiscito ahora que se había descubierto el pastel. De vez en cuando también se juraban lealtad mutua y prometían permanecer unidos pasara lo que pasara. Oí frases como «¡Vivan las Fuerzas Armadas de Chile!», «¡Viva la liga patriótica Los mazorqueros!», «cholos asquerosos» —el término peyorativo que usaban los chilenos para referirse a los peruanos—, «¡Viva Chile, mierda!» Levantaban la voz, pero de inmediato se hacían callar y volvían a los susurros.

Entonces mi padre comenzó a hablar en voz alta y clara. Nadie lo hizo callar; entendí que él era el jefe de estos hombres.

—¡Somos héroes, camaradas! Respondimos al llamado de la patria, hicimos el arduo trabajo que se necesitaba hacer ¡y ahora Tacna es más chilena que nunca! —Lo oí tomarse un trago de pisco y darle una chupada a su cigarrillo. Entonces continuó: —¡Ya verán que nuestra contribución no sólo será bien recibida, sino también aplaudida y galardonada!

Me lo imaginaba parado frente a esos hombres, la espalda derecha, el mentón en alto, la mirada fija en los ojos de su audiencia y el entrecejo fruncido como queriendo decir que estaba absorto en sus pensamientos. Siempre había admirado esa cualidad suya, ese sentirse tan dueño de sí. Pero esa noche no supe qué pensar. ¿Qué estaba diciendo? ¿Ese hombre era en verdad mi papá?

—¿Cuántos cholos eliminamos? ¿Mil? ¿Más de mil? Plebiscito o no plebiscito, gracias a nuestro trabajo Tacna se convirtió en un lugar más limpio, más civilizado. Juramos deshacernos de la mayor cantidad de escoria peruana posible y ¡eso fue lo que hicimos, camaradas!

El estómago se me revolvió cuando me di cuenta de golpe y porrazo que los muertos en el río eran familias peruanas y que mi padre y sus amigotes los habían asesinado y enterrado río arriba, convencidos de que nadie los encontraría. Pero la inundación los había sacado de sus fosas y arrastrado hasta Tacna. Hubo una explosión de aplausos, pero nadie se preocupó de hacer callar a nadie. Al parecer, el ambiente se había puesto festivo y los hombres se estaban pasando varias botellas de pisco a la vez. Además, la nube de humo de cigarrillo que flotaba hacia el pasillo se había hecho más y más espesa. Entonces mi padre volvió a levantar la voz:

—¡Hagamos un brindis, camaradas! ¡Que vivan las Fuerzas Armadas de Chile y la liga patriótica Los mazorqueros!

A ese brindis le siguieron otros: a Arturo Prat, héroe de la Guerra del Pacífico contra Perú y Bolivia, a las tacneñas, las mujeres más hermosas del mundo… Al parecer, se pasaban una botella y cada uno brindaba por lo que se le ocurría.

El ambiente pasó de festivo a eufórico y los hombres empezaron a contarse anécdotas, a hacer alarde de lo que habían hecho. ¿Cuántas mujeres se habían manducado en una sola noche? ¡Salud! ¿Cuántas cosas de valor se habían afanado? ¡Salud! ¿Cuántos mocosos habían neutralizado? ¡Salud! A estas alturas ya parecían estar al borde del desenfreno. Todos hablaban al mismo tiempo, todos tenían algo que contar. Y todo era causa de hilaridad.

—¿Se acuerdan de ese cholo asqueroso, Besadro o algo por el estilo, con sus pijamas a rayas, tratando de subirse los pantalones con una mano y de afirmarse el bisoñé con la otra?

—¿Y esa vaca fea como una verruga que no se quiso mover y tuvimos que sacarla de la cama entre tres?

—¿Y se acuerdan de esa casa en la calle Freyre, cuando Gómez le echó el guante a una muñeca de porcelana y el Mayor con absoluta seriedad le gritó «¡Sargento Gómez, ponga esa muñeca en su lugar!».

Y cuando Gómez la colocó de vuelta y se cuadró, el Mayor se largó a reír, tomó la muñeca y anunció «Esta muñeca me pertenece a mí, Sargento Gómez».

Lo digerí todo. Cuando escuché el cuento de la muñeca de Laura, se me cortó la respiración y sentí como si el estómago y el corazón se me iban a salir por la boca. Me pellizqué, pensando que quizás estaría teniendo una pesadilla, pero el estómago y el corazón siguieron en su lugar y el pellizco sólo me confirmó que estaba completamente despierta.

Todavía sentada, y con la espalda contra la pared, me arrastré hacia nuestro compartimento, me paré, abrí y cerré la puerta en perfecto silencio, me subí a la litera y me quedé dormida como si alguien me hubiera dado un mazazo en la cabeza.

## *Iquique*

El tren nos llevó al puerto de Iquique, cuatrocientos cincuenta kilómetros al sur de Tacna. Me acuerdo poco de nuestros primeros días en la ciudad porque estuve postrada en cama con una tremenda fiebre. Tengo vagos recuerdos de un hotel y luego nuestra nueva casa, dos veces más grande que la casa de Tacna. También de un médico que me hizo sacar la lengua. De alguien que me ponía compresas frías en la frente. Pero los sueños y pesadillas que tuve en esos días todavía los tengo grabados en la mente.

En uno de ellos yo estaba suspendida en el aire por encima del río y veía a los muertos salir del vórtice de barro y escombros. Tenían la boca y los ojos bien abiertos y sus cuerpos se retorcían. Pero entonces los muertos se transformaban en una nube de mariposas volando a todo mi alrededor en completo silencio, sus alas multicolores brillando con la luz del sol. Mientras tanto, la muñeca de porcelana flotaba inerte, sus ojos verdes, ciegos al vuelo de las mariposas.

En otra pesadilla, mi padre no tenía cara, pero yo sabía que era él por su uniforme y su voz. Tenía la muñeca en sus manos y le estaba arrancando los ojos. Pero entonces la muñeca era Laura y mi

padre, con los ojos de Laura en la mano, estaba cubierto en sangre y se reía como loco. ¿Quién era mi padre? ¿El hombre afectuoso que me adoraba y me trataba como a una princesa? ¿El hombre furibundo que me había dado una paliza? ¿El que se inventaba adivinanzas chistosas para entretenerme? ¿El apuesto patriota chileno? ¿El fanático que había hablado con tanto orgullo y deleite sobre el asesinato de los peruanos?

¿Lo quería yo todavía como lo había querido hasta hacía unos días? No estaba segura. Una parte mía quería quererlo, quería olvidarse de todo lo que había pasado desde el día de la inundación, pretender que todo había sido una pesadilla y que mi padre era todavía el mismo hombre de antes. Pero no podía. Yo había visto a los muertos y escuchado a mi padre y sus amigotes en el tren. No podía pretender que mi padre no era un asesino cruel y desalmado. Cada vez que llegaba a esta conclusión, sentía que lo odiaba. Lo odiaba tanto que quería que se muriera. No tenía idea de cómo se iba a morir, pero un día se habría ido y yo no tendría que pensar más en él. Entonces yo volvería a Tacna, encontraría a Mercedes y me iría a vivir con ella. Cuando se me ocurrían esas cosas, me sentía libre y tranquila, pero no por mucho tiempo. Cuando volvía a la realidad, no tenía otra opción sino aceptarla: era imposible que se cumplieran mis deseos. Entonces volvía a sentirme totalmente descorazonada.

Cuando todavía estaba en cama, recuperándome de mi enfermedad, mi «buen» padre entraba a mi pieza y me trataba de animar con sus cuentos y adivinanzas.

—Había dos vacas en un potrero. La primera vaca dijo «muuu» y la segunda vaca dijo «beee». La primera vaca le preguntó a la segunda: «¿Por qué dijiste "beee" en vez de "muuu"?». «Porque estoy aprendiendo una lengua extranjera».

Por un par de segundos mi padre me hacía sonreír, pero entonces me acordaba del asesino que llevaba adentro y se me acababa el regocijo. Un día me atreví a enfrentarlo.

—¿Qué le pasó a mi amiga Laura? ¿Cómo fue que su muñeca de porcelana terminó en tus manos?

—¿De qué estás hablando, mi princesa? ¿Quién es Laura?

—Mi amiga, la chica peruana que venía a jugar al río. Pero un día dejó de venir… Y la muñeca era suya —le respondí, tratando de contener el zapateo de mi corazón en el pecho.

—No sé de qué estás hablando, Lucía —me dijo, levantándose y caminando hacia la puerta. Respiré hondo.

—Laura vivía en la calle Freyre y en el tren tus amigos dijeron que tú habías ido a su casa y te habías llevado su muñeca —le dije.

—Debes haber estado soñando —me dijo entonces, dándome la espalda.

A estas alturas el corazón estaba a punto de salírseme por la boca, pero continué.

—No. Estaba bien despierta. Estaba en el pasillo, sentada en el suelo y escuché todo lo que tú y esos otros hombres dijeron sobre los peruanos y los muertos en el río. Los muertos que vi yo.

Se dio vuelta. Las narices le aleteaban y los ojos le centellaban de sorpresa, furia y miedo. Pero en una fracción de segundo le volvió la sonrisa a la cara, se acercó a mi cama y me acarició la mejilla. Tenía la respiración entrecortada.

—Claro que estabas soñando, mi princesa. Estabas soñando.

Pero sus ojos habían hablado con toda claridad y confirmado lo que yo ya sabía: que no me había imaginado nada y que lo que había visto y oído, sí había sucedido. Y ahora él sabía que yo sabía.

Unos pocos días después le conté a mi mamá lo que había escuchado en el tren.

—Mi amor, no digas esas cosas tan feas sobre tu papito. Tuviste una pesadilla, eso es todo. No te olvides de que la fiebre te empezó en el tren, así es que seguro que también tuviste alucinaciones. Así es que sácate ese cuento ridículo de la cabeza porque yo no lo quiero escuchar nunca más, ¿está claro? —Me dijo. Entonces preguntó —¿Quieres que vayamos de compras?

Obviamente mi madre estaba bajo el hechizo de mi padre y no podía ni quería encontrarle ningún defecto. Él era su héroe, su príncipe valiente, el dueño y señor de su vida. Le tenía una casa bien puesta y la despensa llena; le daba suficiente dinero para que siempre estuviera vestida a la última moda y le ofrecía una vida social excitante, además

de sirvientes y choferes. Luego de trece años de matrimonio, mi madre todavía no se reponía del milagro de que mi padre le hubiera pedido a ella que se casara con él; a ella, una vendedora de cigarrillos en el Cine Apolo de Santiago; a ella, en vez de una de las muchachas de la alta sociedad que lo acompañaban al cine los domingos.

En Tacna a mí me encantaba ir de compras con mi madre, no tanto por las tenidas y los zapatos nuevos con que regresaríamos a casa, sino porque fuera de las breves sesiones de consejería sobre la moda femenina que teníamos los domingos por la mañana, éstas eran las únicas ocasiones en que las dos estábamos solas. Mientras caminábamos tomadas de la mano admirando los últimos modelos en la Casa Venus o en la Casa Marquesa, o cuando nos sentábamos a tomar té en la pastelería Tour Eiffel, yo le rogaba que me contara las historias de su vida. Aunque ya me las sabía de memoria, siempre me fascinaba escucharlas de nuevo y a ella le encantaba contármelas una vez más.

—Como bien sabes, mi amor, pasé mi niñez en Valparaíso. Yo era la menor de dos hermanas y la regalona de toda la familia. Mi papá era marino mercante, así que pasaba muy poco tiempo en casa. Pero cuando regresaba de sus largos viajes, nos traía una infinidad de regalos exóticos, como el joyero que te gusta tanto a ti. Pero esos días se terminaron súbitamente cuando luego de cinco meses de ausencia, mi papá no regresó.

Los ojos se le llenaban de lágrimas cuando llegaba a esta parte del cuento y en un santiamén a mí también me bajaba una tristeza tremenda. ¿Cómo no ponerse triste imaginándose la escena, una mujer joven y sus dos hijitas paradas en el muelle con la expectativa de abrazar a su marido y a su padre en cualquier momento, presenciando la alegría de las otras familias y entonces dándose cuenta de que su ser querido no se iba a bajar nunca de ese barco?

—La empresa le dijo a mi mamá que mi padre había renunciado a su puesto de manera voluntaria y se había quedado en Panamá. Por eso no había nada que hacer. No habría más sueldos mensuales ni indemnización, ni nada —decía mi madre, sacando un pañuelo de su cartera y secándose los ojos.

Mi abuela y mi tía no se habían demorado mucho en borrar a mi abuelo de su memoria y mi mamá también se había hecho la que ya no le importaba su padre. Pero en verdad, nunca había llegado a comprender por qué su adorado papito no había querido volver a casa.

—¿Fue porque mi hermana y yo peleábamos mucho? ¿O porque la comida que hacía mi mamá era desabrida? ¿O la casa era muy chica? —Le preguntaba al horizonte mi mamá.

Las tres se habían ido a vivir con la abuela de mi mamá en el barrio Independencia, en Santiago. La sobrevivencia no había sido fácil, pero de una u otra manera se las habían arreglado. Primero, mi abuela había trabajado como empleada doméstica puertas adentro en una casa de ricos en el distrito Providencia y después en una fábrica de ropa. Encarnación, la hermana de mi mamá, se había recibido de la Escuela Normal y encontrado trabajo de maestra primaria en Valparaíso. Mi mamá no había terminado la escuela.

Cuando llegaba a esta parte del cuento, mientras posaba para una cámara invisible, decía:

—Encarnación tenía buena sesera, pero yo tenía buena pinta y también le ganaba en simpatía. Así que mi madre había hecho uso de su belleza y su encanto para salir adelante. Había trabajado de mesera en un par de cafés en el centro de Santiago y luego se había conseguido la pega de vendedora de cigarrillos en el cine Apolo.

—Definitivamente el puesto tenía beneficios adicionales —decía con una sonrisa coqueta en la boca. —Yo era la primera en ver los estrenos, el uniforme me hacía ver súper sexy, recibía buenas propinas y tenía la oportunidad de conocer a hombres adinerados.

Esos hombres la llevaban al teatro, a restaurantes y clubes y también la llenaban de regalos. Ella los dejaba mimarla y le daba gracias al cielo por su buena pinta y buena suerte. Uno de esos hombres había sido mi padre.

—Ernesto se volvió loco por mí, mi amor. Después de nuestro primer encuentro me hizo prometerle que dejaría de salir con otros muchachos, y al poco tiempo ¡me pidió que me casara con él! Yo no lo podía creer —decía sonriendo, mientras extendía la mano derecha

para mostrarme su argolla de compromiso: una sortija de oro, diamantes y rubíes.

Más de cien personas habían asistido a la boda en la catedral de Santiago y a la recepción en el Hotel Carrera. Entre los concurrentes se encontraban los líderes políticos y militares más importantes del país, incluido el presidente de la república. «Don Ramón era un hombre encantador, pero ¡ay, que bailaba mal!», comentaba entonces mi madre.

En Tacna había seguido moviéndose en los círculos de la élite chilena y en Iquique no se demoró nada en hacerse amiga de las esposas de los oficiales y de las damas de la comunidad británica. Su agenda social estaba más atiborrada que nunca. Si por un solo momento mi madre se hubiera detenido a considerar que lo que yo le había contado sobre su marido podía ser verdad, su mundo completo se habría venido abajo; su vida de «ensueño hecho realidad» se habría hecho trizas.

En Iquique teníamos dos empleadas domésticas. Aunque nunca reemplazaron a Mercedes en mi corazón, en su compañía yo me sentía segura y en paz. Me consentían en todo, especialmente a la hora del té, cuando me servían todos los chumbeques recién salidos del horno que yo quisiera. Me decían «Señorita», lo que me hacía morirme de la risa, pero por más que les pedí que me dijeran «Lucía», siguieron llamándome «Señorita» y haciéndome reír.

Al igual que en Tacna, mi madre siguió escuchando *El derecho de vivir* en la radio, mientras mi padre hacía su acostumbrada siesta. Yo aprovechaba ese rato para salir de la casa. Tenía muy presente la paliza que mi padre nos había dado a mí y a Mercedes, así que me daba no sé qué poner en peligro a mis nuevas amigas. Pero mi desesperación por salir de la casa era tan intensa que rebasaba cualquier otro sentimiento. Vivir con mi padre se había convertido en una angustia constante. Desde el día de nuestra conversación sobre lo que yo había escuchado en el tren, había tensión entre los dos, la cual él trataba de enmascarar con despliegues desmesurados de atención.

—Toma este dinerito, mi princesa, para que no le tengas que estar pidiendo a tu mamá cuando quieras comprarte algo. ¿Quieres

que te lleve a la escuela esta mañana? Esta tarde te puedo mandar un chofer para que te traiga a casa después de la clase de danza.

Al poco tiempo de llegar a Iquique, yo había empezado a ir a clases de música y danza en el Centro Cultural Reina Victoria. Cuando mi padre había anunciado que al igual que en Tacna él me llevaría en auto, yo reaccioné de inmediato.

—¡Ah, no! No tienes que llevarme en auto, papá. El centro no está lejos, así es que me puedo ir y volver caminando. De todas maneras, gracias.

Cuando escuchó mi rechazo se notó sorprendido, pero no insistió. Mi papá «de antes» habría insistido y al fin y al cabo habría impuesto su voluntad. Mi papá «de ahora», el que sabía que yo sabía que era un asesino, se había retraído. Al comienzo me llamó la atención su reacción, pero entonces comprendí que ahora yo tenía bastante poder sobre él. Aunque esto me complació, también me hizo detestarlo aún más. Mi padre no era más que un gusano disfrazado de león. En cuanto a mi madre, la verdad es que no sabía qué sentimientos tenía hacia ella. Siempre me estaba invitando a ir de compras o a tomar el té en la pastelería Petit Paris, pero yo no tenía ningún deseo de estar con ella. El sólo pensar en pasar una tarde juntas, me agotaba. Lo único que quería era estar sola. Así es que les pedí a las empleadas que hicieran la vista gorda a mis escapadas y usé ese rato de libertad para conocer la ciudad.

Iquique era fea. Muy, muy fea. No le llegaba ni a los talones a Tacna. Había unas pocas palmeras por aquí y por allá, un poco de pasto por aquí y por allá, unas pocas flores por aquí y por allá, pero en verdad, la ciudad prácticamente no tenía vegetación. No había jacarandás, ni tamarindos, ni árboles frutales, ni arbustos, nada. Solo tierra café y cemento gris. Las dos de la tarde era la hora de la siesta y no andaba un alma por la calle. Con toda seguridad todas las señoras estaban con el oído pegado a la radio y los caballeros, roncando antes de volver al trabajo. ¿Y los chicos? ¿Dónde estaban los chicos? Claramente no en el centro de Iquique.

Debo confesar que la plaza Prat era bonita, especialmente con su imponente torre reloj al medio, el que daba la hora, la media hora

y el cuarto de hora con una serie de tañidos intensos e hipnóticos que me hacían lagrimear sin razón. Justo al lado de la plaza estaba el Teatro Municipal, un edificio con columnas y decoraciones que lo hacían verse como un inmenso pastel, y a la vuelta de la esquina, la Avenida Baquedano y sus hermosas casonas con torrecillas y porches delanteros.

Un día iba caminando por la calle Thompson, cuando noté que había un diario mural pegado a la pared de un edificio antiguo con banderas chilenas a sendos lados de un letrero que decía FOCH (Federación Obrera de Chile). Lo que me llamó la atención fue un recorte de periódico con un titular en grandes letras: «Ejército chileno y ligas patrióticas acusadas de masacre de peruanos en Tacna». Me empezó a taconear el corazón en el pecho y sentí el suelo temblar bajo mis pies, pero logré controlarme y leí: «El gobierno peruano le ha hecho una solicitud a la Liga de las naciones instándola a hacer una investigación exhaustiva del asesinato sistemático de civiles peruanos por parte del Ejército chileno y los grupos paramilitares conocidos como Ligas patrióticas». El artículo continuaba con una descripción de la inundación provocada por la crecida del río Caplina y los cadáveres que el torrente había desenterrado y acarreado hasta Tacna. Lo que yo había sabido y mantenido en secreto por semanas, ahora era de conocimiento público. Por fin podría dejar de poner en duda lo que había visto y oído. ¿Qué iba a pasar ahora? ¿Iban a meter preso a mi padre?

Pero el artículo no terminaba con la masacre de Tacna:

> Las Fuerzas Armadas de nuestro país se han convertido en expertas en el asesinato de civiles. Ayer fueron los trabajadores de Punta Arenas, Puerto Natales, Coronel, Lota, Curanilahue, Valparaíso, Antofagasta, Iquique, Santiago y las salitreras. Ahora son inocentes familias peruanas en Tacna. ¿Quiénes serán sus próximas víctimas? Nos solidarizamos con nuestros hermanos peruanos y nos sumamos a su demanda por justicia. ¡Trabajadores del mundo, uníos! ¡viva el proletariado!

¿Por qué las Fuerzas Armadas habían matado gente dentro de nuestro propio país? ¿Qué era el proletariado? ¿A quién le podía preguntar? A nadie.

A partir de entonces, volví al edificio de la FOCH cada día a leer el diario mural. ¿Quizás pondrían una lista de los muertos en el río y allí saldría el nombre de Laura? ¿O quizás mencionarían a mi papá como uno de los asesinos?

A esas alturas también había descubierto la playa, así es que después de mi visita diaria a la FOCH me iba a pasar el resto de mi tiempo libre a orillas del mar. ¡Ahí era donde los chicos salían a jugar a la hora de la siesta! Por eso que no los había visto en la calle. Bueno, no todos los chicos jugaban en la playa. Sólo los chicos pobres. Con toda seguridad los chicos ricos como yo estaban jugando en sus propias casas. Yo también habría estado jugando en mi casa, pero yo no era como ellos. Así es que todas las tardes me iba a la playa y contemplaba a los chicos pobres y anhelaba ser uno de ellos: se veían tan alegres, como si no hubieran tenido ni una preocupación en la vida. Corrían a pies desnudos, saltaban en el agua y danzaban con las olas.

Una tarde, mientras los miraba y escuchaba el ir y venir de las olas, se me vino a la cabeza el «Gran Vals Brillante» de Chopin. En mi clase de danza del día anterior lo habíamos bailado usando pasos del ballet clásico, pero también la profesora nos había alentado a improvisar, a crear nuestros propios pasos y coreografías. Ahora podía ver a los chicos vestidos de criaturas marinas; delfines, pulpos, focas, estrellas y caballitos de mar, peces multicolores, grandes y pequeños, despreocupados y dando rienda suelta a su alegría mientras bailaban al ritmo de las olas y la música.

A estas alturas ya estábamos en el mes de junio y no habían puesto nada más sobre Tacna en el diario mural de la FOCH. Todos los artículos tenían que ver con los mineros del salitre y sus familias, la extrema pobreza en que vivían, sus horribles condiciones laborales y sus demandas por una existencia mejor. Había fotos de pueblos feísimos y chozas maltrechas; de hombres, mujeres y niños en harapos parados sobre un montón de piedras con una bandera

chilena en alto y letreros que decían «Huelga general», «Resistencia» y «Nacionalización»; de calles de tierra y máquinas inmensas que parecían monstruos llegados de otros planetas. Pero lo que me dejó perpleja fue una foto de algo que parecía ser una moneda con una leyenda que decía: «Es 1925 y los sueldos de los mineros del salitre todavía no se pagan en dinero contante y sonante, sino en fichas que solamente se pueden gastar en el almacén de la compañía». Más preguntas sin respuesta.

El 3 de junio todo cambió. Me acuerdo de la fecha exacta porque esa tarde los estudiantes de música íbamos a ofrecer un recital en el Centro Cultural Reina Victoria. Yo había estado ensayando el «Momento musical nro. 3» de Schubert en el piano durante las últimas semanas y el día anterior mi mamá me había llevado a comprar una tenida nueva. Pero no hubo recital porque una huelga general paralizó toda la ciudad. A la hora de almuerzo la radio anunció que los trabajadores habían abandonado sus puestos de trabajo y todo Iquique había dejado de funcionar.

—Agitadores bolcheviques están causando estragos en toda la región —dijo el reportero.

Esa tarde, las calles estaban llenas de gente, en su mayoría gente pobre pero también otros mejor vestidos. Había hombres, mujeres y niños gritando «¡Queremos justicia!», «¡Huelga general!», «¡Viva el proletariado!». De nuevo esas palabras: huelga, proletariado. Quizás podría acercarme a una de las mujeres que llevaba un lienzo que decía «Sindicato de profesores» y preguntarle qué significaban esas palabras, pero no me atreví. Además, estaba muy consciente de que yo estaba fuera de lugar con mi tez clara y mi atuendo a la moda, tan diferente a lo que llevaba puesto el resto de la gente. Así que hice lo posible por pasar desapercibida y seguí caminando hacia el edificio de la FOCH. Por primera vez, la puerta estaba abierta y desde un balcón del segundo piso, un hombre gritaba por un megáfono.

Había un montón de gente bloqueando el diario mural, así que me puse a escuchar. El hombre estaba anunciando que los mineros del salitre estaban en huelga y que los trabajadores de Iquique también

se habían ido a la huelga demandando justicia para los mineros. Después de unos cuantos minutos me hice del valor para entrar al edificio. Había un patio grande en medio con una galería techada y puertas por todo alrededor. Cada puerta tenía un letrero: Sindicato de trabajadores del transporte, Sindicato de modistas, Sindicato de empacadores, Sindicato de estibadores, Sindicato de profesores. Entonces vi uno que decía «Concejo nacional de mujeres».

Con el corazón en la mano y las rodillas tembleques entré por esa puerta. ¿Por qué esa puerta? No estoy segura, pero probablemente porque el letrero tenía la palabra «mujeres» y pensé que quizás me sería más fácil hablar con una mujer que con un hombre. Había varias señoras en el cuarto, algunas absortas en conversaciones, otras escribiendo a máquina en sus escritorios. Nadie me prestó la menor atención. Descarté los grupitos que conversaban y decidí acercarme a una señora de edad, chiquitita, con un moño plateado en la coronilla y unos anteojos redondos de baquelita con lentes muy gruesos acomodados en la punta de la nariz.

Me paré frente a su escritorio y le dije:

—Disculpe, por favor, ¿me podría explicar qué quieren decir las palabras «huelga general», «proletariado», «ficha» y «agitadores bolcheviques»?

Al principio siguió escribiendo a máquina, pero entonces se le aquietaron las manos, se sacó los anteojos, levantó la cabeza y me miró.

—¿Qué dijiste, querida?

—Por favor, ¿me podría explicar qué quieren decir las palabras «huelga general», «proletariado», «ficha» y «agitadores bolcheviques»? —Repetí ansiosa de escuchar su respuesta.

Por un momento pareció perpleja, pero entonces me ofreció una gran sonrisa, acercó otra silla al escritorio y con unas palmaditas en el asiento, me invitó a sentarme. Entonces, como si el que una niña entrara al edificio de la FOCH a la hora de la siesta, se acercara a la primera persona que se le ocurriera y le pidiera que le explicara el significado de unas cuantas palabras fuera lo más natural del mundo, procedió a darme una charla muy animada sobre el sistema de clases y el proceso de transformación de un estado capitalista

en uno gobernado por los trabajadores. Y todo esto en un tipo de castellano que yo no había escuchado nunca antes.

La gente rica es dueña de las fábricas y las minas, contrata a la gente pobre para que haga todo el trabajo, entonces venden los minerales y las cosas que hace esa gente, le pagan una miseria y se quedan con la mayor parte del dinero. Así es cómo la gente rica se hace más y más rica, mientras que la gente pobre se queda trancada siendo pobre. En el caso de los mineros del salitre, ni siquiera les pagaban con dinero de verdad, sino que con unas monedas llamadas «fichas», las que tenían valor solamente en la tienda de los dueños de la mina.

Por eso, todos los mineros y los trabajadores de la región habían dejado de trabajar, es decir, se habían declarado en huelga porque ésta era la única manera de demostrarles a los ricos que sin el trabajo de los pobres no habría minerales ni otros productos que poner a la venta. Entonces, los ricos se darían cuenta de que era mejor empezar a pagarles mejores sueldos con dinero de verdad a los trabajadores.

No entendí bien lo que venía después, la parte donde ya no habría más ricos y pobres. Tampoco habíamos llegado a las palabras «proletariado» y «agitadores bolcheviques», así que pensé que tendría que volver para que esta señora tan amable me las pudiera explicar.

—Muchas gracias, pero tengo que irme —le dije, levantándome de la silla.

—Un momentito, querida —me respondió, apuntando la silla para que me volviera a sentar. Extendió su mano derecha y continuó. —Estábamos tan ocupadas conversando ¡que se nos olvidó presentarnos! Yo me llamo Asunta, ¿y tú?

—Lucía —le contesté, dándole la mano.

—¿Cuántos años tienes, Lucía? —Me preguntó, examinándome la cara con curiosidad.

—Catorce —le mentí, sintiendo que se me subía la sangre a la cara y me empezaba a correr la transpiración por la espalda. Le mentí porque pensé que, si le decía «doce», me podría haber preguntado dónde vivía, si mi mamá y mi papá sabían dónde

andaba, si un adulto había venido a la FOCH conmigo, etcétera. Todo el mundo siempre comentaba sobre lo alta que era para mi edad, así es que se me ocurrió que no sería difícil hacerme pasar por una niña de catorce.

—Entonces estás en el grado ocho —dijo ella, como hablándose a sí misma, antes de seguir. —¿A qué escuela vas, Lucía?

—Saint George's —le respondí, bajando la vista y mirándome los pies. Si la ropa que llevaba puesta no había revelado que venía de una familia acomodada, el nombre de mi escuela lo haría más claro que el agua.

—Supongo que en Saint George's no te enseñan sobre huelgas y el proletariado —dijo la señorita Asunta, guiñando el ojo y ofreciéndome una sonrisa pícara. —A ver, Lucía, ¿qué te parece si vienes todos los días a esta hora y conversamos de las cosas que quieres saber, las cosas que tus profesores y tus padres no te han explicado?

Asentí con la cabeza y le sonreí. Por primera vez en una eternidad estaba entusiasmada por algo.

—Tenemos un pacto, entonces —dijo la señorita Asunta, dándome la mano de nuevo, además de un abrazo y un beso.

—¡Hasta mañana, Lucía! —Exclamó entonces, mientras yo salía de la oficina.

—¡Hasta mañana, señorita Asunta! —Le respondí, dando vuelta la cabeza y diciéndole adiós con la mano.

Pero ese «mañana» no llegó nunca. Me dio pánico. ¿Qué pasaría si me iba de boca y se me salía lo que había pasado en Tacna? Pero, aunque no le contara nada sobre Tacna, quizás la señorita Asunta averiguaría quién era mi papá. Entonces, ¿qué? Por eso no volví a la FOCH. En esos días no me habría podido imaginar que un par de meses más tarde me volvería a encontrar con ella, pero bajo circunstancias muy diferentes.

~~~
~~~

Un día, cuando llegué a la playa, había un grupo de chicos parado alrededor de uno de esos arcos de madera donde los pescadores cuelgan su pesca y reparan sus redes. Del centro del travesaño había un chico colgando de los pies. Un chico muerto. Tenía los ojos cerrados y la cara blanca como una hoja de papel. Un pescador le apretaba el cuerpo con las manos, mientras otro le daba cachetadas en la cara. Entonces, de repente, al chico le salió un chorro de agua por la boca y se puso a toser. Abrió los ojos, miró a su alrededor, volvió a cerrar los ojos y rompió en llanto.

Los pescadores lo desataron, lo bajaron y lo pararon en la arena. Al principio, el chico se tambaleó, pero no tardó en recuperar el equilibrio. Dejó de llorar, se le iluminó la cara y les ofreció una gran sonrisa a los pescadores. Todos los otros chicos se pusieron a reír y a aplaudir, mientras repetían su nombre: «Manuel, Manuel, Manuel».

Entonces trajeron rodando un tremendo barril de madera y se lo entregaron a Manuel, el que no paraba de sonreír.

Los días siguientes seguí viendo a Manuel en la playa, parado en una roca, sacando erizos y mejillones, buscando pulpos o recogiendo almejas. Era bajo y delgado, pero parecía fuerte y nervudo. Lo que lo hacía diferente era que, como yo, andaba siempre solo. En vez de buscar comida en grupo, como los otros chicos, lo hacía solo. A algunos de los chicos menores les gustaba seguirlo, pero a Manuel no le importaba; bromeaba con ellos por un par de minutos, pero nunca descuidaba lo que estaba haciendo.

Un día, camino a la playa, cuando iba dando la vuelta a la Avenida O'Higgins, me topé con él. Pensé en cruzar la calle, pero entonces escuché que decía:

—¿Cómo te llamas?

—Lucía —le respondí, mirándole los pies. Los llevaba desnudos y estaban cochinos, mientras que los míos estaban limpios y tenían puestos un par de sandalias.

—Yo soy Manuel —me dijo entonces, también mirándose sus propios pies y luego los míos.

—Sí sé. Escuché tu nombre el otro día, cuando casi te ahogaste —le contesté. Se largó a reír. —¿Por qué querías ese barril? —Le pregunté.

—Para mi mamá. Necesitaba una buena artesa y ahora tiene dos porque cortamos el barril por la mitad —contestó.

—¿Vendes la comida que recoges en la playa? —Quise saber.

—No. La llevo a casa y mi tía y mi mamá la cocinan. A veces, si hay suficiente, también le damos un poco a los vecinos —respondió columpiando su saco vacío. Entonces paró de caminar, se dio vuelta y me miró con curiosidad. Yo también paré.

—¿Por qué vas a la playa? —Me preguntó.

Vacilé por un momento y sentí que me ponía colorada, pero no bajé la mirada.

—Porque me gusta —le dije por fin.

—Pero tú eres rica y los chicos ricos no vienen a esta playa. ¿No te da miedo de que te vayas a ensuciar el vestido y a mojarte los zapatos? Y siempre andas sola y no te juntas con nadie —continuó.

—Me gusta estar sola —le contesté esta vez, ignorando la parte sobre los chicos ricos, el vestido y los zapatos. Me puse a caminar y él me siguió.

—A mí también me gusta andar solo. Así puedo pensar en mi papá y mi hermana, y en La Coruña —lo escuché decir.

—¿La Coruña? —Le pregunté.

—Sí, la oficina salitrera donde vivía antes, allá arriba, en la pampa —contestó, apuntando con la mano el espacio más allá de la montaña a espaldas de la playa.

Me acordé de los artículos en el diario mural sobre los disturbios en las minas.

—¿Tu papá y tu hermana están allá? —Quise saber.

—Sí y no —murmuró.

—Yo también vivía en otra parte —se me escapó de la boca.

—¿Dónde? —Quiso saber él.

—No tiene importancia. Eso fue hace mucho tiempo —le respondí con la respiración entrecortada.

A esas alturas ya habíamos llegado a la playa, así es que él se fue a buscar comida y yo me saqué las sandalias y me puse a caminar por la orilla del agua. Hubiera querido preguntarle sobre la pampa y la vida en las minas, sobre la razón por la que se había venido a

Iquique. Pero también sentí alivio al pensar que no habíamos seguido conversando porque obviamente él también tenía curiosidad por saber más sobre mí.

Si me hubiera preguntado dónde vivía antes y por qué me había venido a Iquique, ¿qué le hubiera dicho? Seguramente, la versión oficial que mi mamá les ofrecía a sus amigas: mi padre había sido ascendido a teniente coronel y se le había confiado una misión muy importante en Iquique. Pero si lo podía evitar, yo no quería que Manuel ni nadie supiera que mi padre era militar. Era un asesino y me daba vergüenza ser su hija.

Todas las tardes, cuando llegaba a la playa, buscaba a Manuel con la mirada y claro, ahí estaba, en las rocas, llenando su saco de comida. ¿Por qué su papá y su hermana no habían venido a Iquique con el resto de la familia? Cuando le había preguntado si vivían en la pampa, había dicho «sí y no». ¿Qué habría querido decir? ¿Tenía otros hermanos?

Entonces, un día la curiosidad me superó y cuando Manuel se fue de la playa, lo seguí. Resultó que vivía sólo a una cuadra, en una casita pareada. Me escondí detrás de un poste, lo vi dar la vuelta a la esquina, acercarse a una puerta y entrar. A los pocos instantes, yo estaba tocando la puerta. No había ni terminado cuando me arrepentí y decidí darme la vuelta y correr, pero las piernas se me habían hecho gelatina. La puerta se abrió y ahí estaba Manuel, mirándome como si hubiera visto a un fantasma.

—¡¿Lucía?!

—Te seguí —le dije, sintiéndome muy tonta. Y como Manuel me seguía mirando sin decir nada, me di vuelta y apunté calle abajo. —De la playa…

Entonces escuché una voz conocida.

—¿Lucía? ¡Lucía! —Manuel se hizo a un lado y entonces la vi. Era la señorita Asunta. —¡Qué linda sorpresa, querida! ¡Me estaba preguntando qué te habría pasado! —Dijo, acercándose a la puerta, y dándome un abrazo y un beso en la mejilla. Entonces me tomó de la mano, me llevó a la cocina y me invitó a sentarme.

—Ella es Flora, la madre de Manuel —dijo señalando a la señora que estaba escribiendo a máquina furiosamente en la punta de la mesa.

La señora dejó de escribir, se paró y fue a darme la mano.

—Moncho, el hermano de Manuel está jugando afuera y Rufina, la guagua, está durmiendo la siesta —agregó la señorita Asunta.

Manuel todavía estaba parado cerca de la puerta, obviamente tratando de entender lo que pasaba, cuando la señorita Asunta nos preguntó:

—Y ustedes, ¿de dónde se conocen?

—De la playa —contestamos los dos al unísono, mientras Manuel cerraba la puerta. Caminó hacia la mesa, se sentó y preguntó desconcertado. —¿Pero de dónde se conocen ustedes dos?

—Bueno, Lucía vino a la oficina del Concejo femenino la tarde que empezó la huelga general porque quería saber el significado de algunas palabras, así es que yo se las expliqué —le contestó la señorita Asunta con toda naturalidad.

—¿Qué palabras? —Quiso saber Manuel.

—Proletariado, huelga general, ficha y agitadores bolcheviques —largué yo, contando las palabras con los dedos.

Manuel se largó a reír como si hubiera escuchado el chiste más divertido en el mundo entero. Yo me paré de un salto y caminé a tropezones hacia la puerta, sintiéndome como una burra. Pero la voz de la señorita Asunta me hizo parar en seco.

—Lucía, vuelve acá y siéntate. No le hagas caso a Manuel. Tú no has hecho nada malo. Es él quien te ha faltado el respeto y ha actuado como un insolente cualquiera —dijo.

—Manuel, tú tuviste la oportunidad de aprender esas palabras desde que eras pequeño, pero Lucía no. Así que pídele disculpas —le ordenó.

Yo todavía estaba como estatua al lado de la puerta, de espaldas al cuarto, cuando escuché que Manuel se paraba y caminaba hacia mí.

—Discúlpame, Lucía… Yo no… —balbuceó.

—Habla alto y claro, como un hombre honorable —lo interrumpió la señorita Asunta.

Manuel carraspeó, tomó aire y dijo, esta vez de viva voz:

—Discúlpame, Lucía, por comportarme como un zopenco y faltarte el respeto.

Satisfecha, la señorita Asunta pronunció su última orden, mientras llenaba la tetera y la ponía sobre la estufa.

—Bien. Ahora vengan a la mesa y siéntense porque nos vamos a tomar una taza de té.

# Manuel

*Octubre – noviembre, 1925*

*Iquique*

Después de esa visita inicial, Lucía empezó a venir a la casa todos los días. Decía que se podía quedar sólo por un ratito, pero siempre había suficiente tiempo para que mi tía Asunta le diera una lección sobre las luchas del proletariado y para que mi mamá le contara algo sobre La Coruña.

Lucía nunca decía nada y mi mamá y mi tía Asunta tampoco le preguntaban nada. Yo sí, pero ella contestaba con puras evasivas.

—¿Dónde vives?

—Por allá —contestaba ella, apuntando la puerta con el mentón.

—¿Qué hace tu papá?

—Nada.

—¿Y tu mamá?

—Nada.

—¿Dónde vivías antes de venir a Iquique?

—Por allá lejos.

—Algo muy feo le debe haber pasado a esta niñita —declaró mi tía Asunta la tarde de la primera visita de Lucía.

—Bueno, para empezar, es de familia acomodada; usa vestidos y zapatos caros. ¿Y le has mirado las manos? Blancas y suaves como lirios; no las ha usado para nada, fuera de pasárselas por esa melena de rizos rubios que tiene. Pero la gente rica también tiene sus dramas… A lo mejor vio algo que no debería haber visto, o alguien se aprovechó de ella, ¿me entienden? ¿Un hombre? —Agregó mi mamá desde su puesto detrás de la máquina de escribir, levantando las cejas.

—Obviamente tiene que ver con su familia. Por eso no quiere hablar de eso ni decirnos quiénes son su padre y su madre —continuó mi tía Asunta.

—No la deberíamos forzar a decir nada —dijo mi mamá.

—Mañana la puedo seguir cuando se vaya de la casa. Al menos así sabríamos dónde vive —propuse yo.

—¡No, Manuel! ¡No la vas a seguir! Si te ve, no va a volver nunca más. Y también tienes que dejar de hacerle tantas preguntas —me ordenó mi tía Asunta. —Ya vas a ver que cuando Lucía se sienta cómoda, va a empezar a hablar —agregó.

Pero el asunto no paraba de darme vueltas en la cabeza. ¿Por qué Lucía quería saberlo todo sobre nosotros y nuestra manera de pensar? ¿Por qué le interesaban tanto nuestras vidas y nuestro movimiento? Después de todo, era una niña rica… Y más encima parecía estar de acuerdo con todo lo que oía en nuestra casa. La tía Asunta nos contó que a Lucía le gustaba leer el diario mural en el edificio de la FOCH. ¿Por qué? ¿Por qué le interesaba leer sobre sindicatos y huelgas? Era un gran misterio para mí, aun cuando mi mamá y mi tía Asunta siempre me recordaban que muchos de los dirigentes del movimiento en Europa no eran miembros de la clase trabajadora, sino jóvenes de familias acomodadas que habían renunciado a su clase social y se habían unido a las luchas del proletariado.

—Rosa Luxemburgo, por ejemplo —declaraba mi tía.

—O Luisa Michel —agregaba mi mamá.

—O Carlos Marx y Federico Engels —continuaba mi tía.

—O Clara Zetkin —decía mi mamá.

—¡Sí sé! ¡Sí sé! —Reaccionaba por fin yo, frustrado a más no poder. —Puede ser que Lucía termine siendo una líder revolucionaria

cuando sea grande, ¡pero eso no explica por qué viene a nuestra casa todos los días y no quiere decirnos quién es!

—Tranquilo, Manuel. Ya verás que uno de estos días bajará la guardia —decía mi tía Asunta.

Yo no estaba convencido de que sería así. En lo que sí estábamos de acuerdo los tres era en que Lucía no debía contarle a nadie sobre sus visitas a nuestra casa o repetir lo que le decíamos. Cuando mi mamá le dio esa directiva, lo único que Lucía dijo fue:

—Sé cómo guardar un secreto.

—¡Qué novedad! —Pensé yo, pero no dije nada.

Al fin y al cabo, no nos tuvo que contar nada porque unos pocos días después solitos averiguamos quién era.

Por todo el norte habían estado brotando poblaciones marginales como callampas no sólo por la represión en la pampa, sino también por la invención del salitre sintético. Esto resultó en que la demanda por el salitre chileno disminuyera y muchas minas tuvieran que cerrar, lo cual había creado una cesantía tremenda.

Una de esas poblaciones la conformaban los sobrevivientes de La Coruña y se llamaba Pampa Nueva. En un campo arenoso cerca de la playa, al sur de la ciudad, los comuneros habían levantado sus chozas con lo que habían encontrado por aquí y por allá: cartón, planchas de latón, piedras, barro, trapos. Algunos hombres y mujeres habían encontrado trabajo en Iquique, pero la gran mayoría estaba cesante y sobrevivía de lo que sacaba del mar, las pocas monedas que mendigaban los chiquillos y lo que les llevaba gente como nosotros.

Hacía meses que mi tía Asunta había estado yendo a Pampa Nueva con una bolsa de comida en una mano y un atado de material de lectura en la otra. Cuando mi mamá comenzó a sentirse mejor, empezó a ir con ella.

—Si Asunta no nos hubiera acogido en su casa, nosotros también habríamos terminado en Pampa Nueva. Lo menos que puedo hacer es ayudarle a Asunta y a nuestros pobres vecinos —dijo.

Una de esas tardes me pidieron que las acompañara porque tenían mucho material que llevar, incluidos dos atados del boletín de la FOCH, recién salido de la imprenta. Apenas si habíamos llegado,

cuando se aparecieron un camión militar, una camioneta y un auto negro. Los milicos habían allanado Pampa Nueva varias veces en búsqueda de «agitadores bolcheviques» y «material subversivo», así que a toda carrera enterramos los bultos detrás de una choza. Estábamos considerando la mejor manera de irnos desapercibidos, cuando se empezó a escuchar música. Era una marcha militar.

Todo el mundo se empezó a acercar para ver qué pasaba, así que nosotros nos paramos detrás del gentío, listos para escaparnos si fuera necesario. Unos soldados estaban descargando el camión y apilando cajas y bolsas al lado del camino. Entonces dos mujeres, una niña y un gringo se bajaron del auto y cuatro oficiales, de la camioneta. Mientras los soldados terminaban de descargar el camión, empezaron a llegar otros autos, de los que se bajaron hombres con máquinas fotográficas y libretas en la mano. Entonces uno de los oficiales se subió sobre una plataforma y empezó a hablar por un megáfono:

—Señoras y señores, buenas tardes a todos. Conociendo sus difíciles circunstancias, estas generosas damas, mi esposa, la Señora Antonia de Céspedes y la Señora Margaret de Inglis, distinguida miembro de la comunidad británica de Iquique, tomaron la iniciativa de coleccionar artículos en excelentes condiciones y de la más alta calidad, los que les traemos hoy en una misión de compasión y buena voluntad. Nuestras Fuerzas Armadas, a las que represento con gran orgullo, no vacilaron en colaborar con el transporte de estos artículos y el Señor Robert Brown, representante del Rey Jorge V en nuestra ciudad, tuvo la amabilidad de asistir a las damas con apoyo logístico y una contribución de mercadería fina proveniente de Inglaterra. Aprovecho esta oportunidad para ofrecerles saludos cordiales tanto a nombre mío, como de mi esposa y hermosa hija Lucía, y de asegurarles que nuestras gloriosas Fuerzas Armadas continuarán trabajando incansablemente por el honor y la grandeza de nuestra querida patria.

Era el chancho a cargo de las tropas que habían matado a más de dos mil mineros y sus familias en La Coruña, incluida mi hermanita Eva. El chancho que había ordenado la ejecución de mi papá en el matadero. El chancho que nos había mandado a Iquique en un tren de carga, como si hubiéramos sido ganado en vez de seres humanos.

El chancho que nos había tenido prisioneros en el regimiento. El chancho que había respingado la nariz mientras nos decía que nos anduviéramos con cuidado porque nos iba a seguir matando. Lucía era su hija. La hija de un asesino. La hija del asesino de mi papá y mi hermana. Me invadió la misma ola de furia que había sentido en el regimiento, pero esta vez me contuve y no me puse a gritarle palabrotas al chancho asqueroso.

Salimos de ahí lo más discretamente posible y prácticamente nos fuimos corriendo a casa. Yo tenía la mente en llamas. ¿Lucía era la espía de su padre? ¿Una soplona? ¿Una informante? ¿Sus «inocentes» preguntas sobre el significado de unas cuantas palabras, su interés en La Coruña y nuestro movimiento no habían sido sino pretextos para sacarnos información y pasársela a su padre? ¿En cualquier momento, apenas el chancho hubiera escuchado lo suficiente, los milicos allanarían la casa y se llevarían a mi mamá y a mi tía?

Mi mamá también estaba furiosa porque concluyó que Lucía no era sino una niñita solapada y deshonesta que nos había embaucado a todos. La tía Asunta no estaba de acuerdo. Para ella, Lucía era una niña solitaria y confundida cuyo interés en nuestras historias era genuino. Algo le había pasado; algo que la había hecho entrar al edificio de la FOCH ese día a principios de junio y después seguirme a mí de la playa a la casa.

Luego de una buena discusión, concordamos en que no podíamos arriesgarnos y teníamos que irnos de la casa de inmediato. La tía Asunta llamó un carro, subimos los colchones, la ropa de cama, nuestras pilchas, los libros, la máquina de escribir, las cosas de cocina y la poca comida que nos quedaba y partimos a la casa de la abuela Rosa.

La abuela Rosa, la mamá de mi mamá, vivía en una casita parecida a la de la tía Asunta, pero en el barrio El Colorado, más lejos del centro. Cuando abrió la puerta, nos miró como si hubiéramos sido un puñado de extraños y no su propia familia. Entonces me acordé de que no había visto a mi mamá desde que ésta se había ido a la pampa.

—Hola mamá, soy yo, Flora, y estos son mis hijos. ¿Te acuerdas de la señorita Asunta, mi profesora? —Le dijo mi mamá, posando una mano sobre el hombro de mi tía.

Mi abuela nos contempló con los ojos en blanco. Entonces le dio una mirada furiosa a mi mamá.

—Me dijiste que te ibas por un mes, han pasado casi catorce años desde que partiste y ahora te apareces con una sarta de chiquillos y con tu amiga, como si te hubieras ido ayer.

En vez de responder, mi mamá se miró los zapatos. Dejó pasar un momento y dijo:

—Te mandé una carta contándote lo que había pasado, pero nunca me contestaste, así que pensé que estabas enojada conmigo porque ya no estaba aportando mi sueldo a la casa.

—Su hija conoció a un muy buen hombre en La Coruña y se casó con él. Por eso se quedó en la pampa. Pero hace unos meses… él se murió… y su hijita también. Cuando volvió a Iquique quiso venir a verla, pero estaba tan fuera de sí… triste y enferma, en verdad… que… —dijo la tía Asunta.

—Abuela, ¿podemos pasar? —Le pregunté yo.

—Estamos en circunstancias muy difíciles. Por favor permítanos explicarle —continuó mi tía.

Mi abuela frunció el entrecejo, se miró las manos y torció la boca unas cuantas veces como si se hubiera estado masticando los dientes. Entonces abrió la puerta y nos invitó a pasar. Descargamos el carro en un santiamén, apilamos nuestras cosas en la vereda y entramos.

Nos sentamos a tomar té y entre mi mamá, mi tía y yo le contamos nuestra historia de principio a fin. Cuando terminamos, la abuela Rosa hizo su cosa con las manos y la boca y entonces dijo:

—Se pueden quedar aquí, pero no hay suficiente dinero para alimentarlos a todos.

El sentido de alivio nos hizo sonreír.

—¡Ése no es ningún problema, abuela! Todos los días yo voy a la playa a buscar comida —le aseguré.

—En mi casa, mi sueldo nos alcanzaba de lo más bien, así que seguro aquí también —dijo la tía Asunta, estirando la mano y apretando la de mi abuela.

Mi mamá se paró, dio la vuelta a la mesa y abrazó a su madre.

Nos instalamos lo mejor que pudimos y al día siguiente ya habíamos retomado nuestra rutina. Yo me fui a la escuela, la tía Asunta se fue a trabajar y mi mamá se quedó en la casa con mi abuela, Moncho y Rufina. En la tarde, partí a la playa. Lucía no se veía por ninguna parte. ¡Por supuesto que se iba a esfumar como por arte de magia! Mientras hacía mi trabajo, repasé en la cabeza las conversaciones que habíamos tenido con ella. Fuera de delatarnos a su padre, ¿qué otra motivación podría haber tenido para sonsacarnos información? No se me ocurrió ninguna.

Al día siguiente, la tía Asunta no volvió del trabajo a la hora acostumbrada. Esperamos una buena hora, pero nada, así es que yo salí a buscarla. En su escuela ya había empezado el turno de la tarde y todo se veía tranquilo y normal. Los alumnos y los profesores estaban en sus salas y una clase de educación física estaba haciendo planchas en el patio. Entré a la oficina y pregunté por mi tía.

La secretaria me miró sin decir palabra. Entonces, con los ojos llenos de lágrimas me dijo:

—El personal matutino nos contó que se la llevaron los militares, mijo.

Salí de la escuela, me senté en el cordón de la vereda y me puse a pensar en qué hacer. Vino el cuidador y se sentó a mi lado.

—Estacionaron la camioneta aquí mismo —dijo, apuntando al lugar donde estábamos sentados. —Se bajaron tres milicos y entraron a buscar a tu tía. Se oyeron gritos. Los chicos estaban aterrados. Los profesores también. Cuando escuché el alboroto salí corriendo a ver qué pasaba. Los soldados estaban sacando a la señorita Asunta a la rastra. La directora trató de pararlos, pero los milicos se la sacaron de encima de un solo empujón. Tu tía los insultó, los pateó, los escupió y cuando la estaban metiendo a la camioneta, se puso a gritar su nombre a todo pulmón. —Una sonrisa triste le cruzó la cara al cuidador antes de continuar. —¡Mi nombre es Asunta Vila y estos malditos me están llevando presa porque soy anarquista! ¡Mi nombre es Asunta Vila! ¡Mi nombre es Asunta Vila!

En mi mente vi a mi tía peleando con los milicos, escuché su voz insultándolos y gritando su nombre. Era fuerte y combativa, ¡pero tan

chiquitita! Y también ya estaba entrada en años. Me quedé sentado en la vereda por un rato sintiendo que me calaba una tristeza tremenda. Pero entonces la tristeza se convirtió en furia. Maldije a Lucía con todo mi ser, su cara angelical, su ropa fina, sus preguntas estúpidas, su voz solapada, todo. Y maldije a su padre, el asesino, el chancho. Si la tía no hubiera sido tan amable con ella, Lucía no se lo habría pasado metida en nuestra casa y nada de esto hubiera sucedido.

Me fui corriendo al regimiento a ver si encontraba allí a mi tía, pero los milicos de guardia me echaron a gritos y empujones. Fui al edificio de la FOCH a preguntarles a sus camaradas si sabían algo, pero no sabían nada. A mi mamá le empezó a entrar pánico de que si yo seguía tratando de encontrar a la tía Asunta, los milicos me iban a seguir a la casa y se la iban a llevar a ella. Con toda seguridad en Pampa Nueva los reporteros nos habían sacado montones de fotos. Y más importante aún, si Lucía nos había delatado y era culpable del arresto de mi tía, a estas alturas ya había identificado a mi mamá en las fotos.

Lo único que podíamos hacer entonces era esperar a que la dejaran en libertad y el día menos pensado la tía Asunta llegaría a la casa denunciando al Estado capitalista y sus fuerzas armadas mercenarias. Estaría flaca, sucia y toda moreteada, con el pelo hecho una madeja de nudos, pero los ojos los tendría más azulitos y encendidos que nunca. Pero pasó más de una semana y la tía Asunta no se apareció.

Ahora, sin su sueldo, la única entrada que teníamos era la pensión de la abuela Rosa, la que no alcanzaba para cubrir todos los gastos. Mi mamá consideró salir a buscar trabajo en una fábrica o una empacadora, pero mi abuela la convenció de que no era una buena idea.

—Tú misma lo dijiste, Flora. No puedes arriesgarte a que te lleven presa a ti también —le dijo.

Sopesamos nuestras opciones y finalmente decidimos que yo iría a la casa de la tía Asunta, sacaría los muebles y los vendería en la feria del puerto. Las artesas que habíamos hecho con el barril me las traería porque la abuela Rosa les ofrecería los servicios de lavandería de mi mamá a las señoras que vivían en las casas bonitas

al otro lado de la plaza; y yo dejaría de ir a la escuela y buscaría trabajo. Con esta última decisión, mi mamá se largó a llorar como una magdalena y mi abuela, Moncho y Rufina no se demoraron nada en hacerle coro. Así es que antes de que me sorprendieran mis propias lágrimas, salí de la casa.

La playa estaba desierta. Me senté en una roca a mirar el sol —una bola encendida sobre la línea tenue y titilante que separa el día de la noche—. El cielo y el océano estaban tiznados de sangre y las nubes parecían estar hechas de cobre y cenizas. Cuando a mi papá lo habían sacado del cuarto de las vísceras, la muchedumbre había susurrado la palabra «torturado». Yo sabía lo que significaba. La había escuchado un par de años antes, cuando se habían llevado presos a unos líderes de la FOCH en Iquique.

—Seguro que los están torturando —le había dicho mi mamá a mi papá. —Querrán saber dónde está la imprenta clandestina y quién escribe los artículos para *La voz del proletariado*.

—Ojalá que puedan resistir hasta que los camaradas se lleven el equipo a otro lado y se vayan a la clandestinidad —había dicho mi papá.

—¿Qué quiere decir «torturado»? —Había preguntado yo.

Por un momento, mi mamá y mi papá sólo habían intercambiado miradas. Finalmente, mi mamá me había contestado:

—Torturar a alguien es causarle dolor intencionalmente para hacerlo sufrir o para sacarle información.

¿Dónde estaba la tía Asunta? ¿La estaban torturando mientras yo miraba cómo el sol se hundía en el horizonte, las sombras de la noche empezaban a envolver el océano y las estrellas abrían sus ojos de plata en el cielo? ¿Por qué yo podía disfrutar de la puesta de sol mientras mi tía estaba sufriendo o ya estaba muerta? ¿Por qué yo todavía estaba vivo en medio de tanta tragedia? ¿Era sólo para que pudiera sostener a mi familia o había alguna otra razón? Esa tarde me pregunté sobre dios y entendí por qué alguna gente cree en él: para encontrar consuelo, para responderse las preguntas sin respuesta. Pero decidí que yo encontraría mis respuestas dentro de mí mismo y en el mundo a mi alrededor, el mundo en el que

vivía. Así llegaría a comprender por qué yo seguía vivo; cuál era el propósito de mi vida.

Antes de salir de la casa de la abuela Rosa me había metido al bolsillo la «herramienta revolucionaria» de la tía Asunta: su linterna operada con baterías. Ahora la usé para caminar por la oscuridad de la playa y salir a la calle. Cuando llegué a la casa de mi tía, los vecinos no tardaron en salir para contarme las novedades. La «niña rica» había venido de visita el día después que nosotros nos habíamos ido, y un poco más tarde, ese mismo día, los milicos habían allanado la casa y se habían llevado la carta que la niña rica había metido debajo de la puerta.

—¿Qué carta? —Pregunté confuso.

—La vimos por la ventana —respondió la madre. —Ese día la niña no tocó, sino que metió un sobre por debajo de la puerta. Ahí fue que yo salí y le dije que ustedes se habían mudado el día anterior. Entonces, cuando vinieron los milicos, vi que uno se ponía la carta en el bolsillo.

—¿Qué dijo la niña? —Pregunté, sintiendo que el corazón me batía en el pecho.

—Nada, en verdad. Sólo quería saber dónde se habían ido. Pero como no sabíamos, no pudimos decirle —respondió la vecina, con una sonrisita falsa en la boca. Siempre había sido una mujer intrusa, pero por primera vez me sentí agradecido de que fuera así porque de lo contrario no habríamos sabido que Lucía había dejado una carta debajo de la puerta. Entonces preguntó de plano: —¿Y dónde están viviendo?

Yo le respondí con otra pregunta.

—¿Los milicos le preguntaron dónde nos habíamos ido?

—Sí, pero como no sabíamos…

—¿Qué más le preguntaron?

—No mucho más… Si venía mucha gente a la casa, ese tipo de cosas…

—¿Y usted qué les dijo?

—Que no, los amigos de su tía, nada más…

—¿Le mostraron fotos?

—Sí, pero yo no reconocí a nadie, sólo a su tía y a su mamá. Estaban juntas y su mamá tenía a Rufina en los brazos.

Le di las gracias y entré a la casa. No necesité la llave porque los milicos habían forzado el cerrojo y la puerta estaba entreabierta. Los chicos de la vecina me ayudaron a subir todo a un carro y me fui al puerto.

La feria estaba llena de gente y no me demoré nada en deshacerme de los muebles. No había pasado ni una hora cuando ya tenía un buen fajo de billetes en el bolsillo. Le compré una carretilla destartalada a un viejito, pensando que me serviría para alguna pega que me podía conseguir, cargué las artesas y partí. Al principio la carretilla se me daba vuelta a cada rato, pero finalmente me las ingenié para mantenerla derecha. Cuando llegué a la casa, descargué las artesas y puse el fajo de billetes en la mesa, mi hermano y mi hermanita aplaudieron, mi mamá me ofreció una gran sonrisa y la abuela Rosa me plantó un beso en la mejilla.

Al día siguiente empecé a buscar empleo. A los tres días ya estaba trabajando. Los estibadores se rieron de mí cuando les pregunté si había trabajo en el puerto.

—¿Quieres trabajar en el puerto? —Gritó un fulano, poniendo cara de verruga y apuntándome con el dedo como si yo hubiera sido el fenómeno del circo.

—¡Oigan! ¿Qué creen? ¡Este enano quiere trabajar en el puerto! —Les anunció a otros tipos que subían y bajaban por una rampa a trote limpio con un saco en el hombro. Todos dieron vuelta la cabeza, me miraron de arriba a abajo y se largaron a reír.

—No, cabrito. Eres muy chico para hacer este trabajo —me dijo entonces el bromista, mientras levantaba un saco del suelo.

Me sentí tan humillado que salí corriendo a más no poder. De ahí me fui a varias curtiembres, una planta empacadora, una fábrica de confecciones y unas pocas herrerías. Nadie me quiso emplear. Me dijeron que no necesitaban a nadie o que yo era muy chico para el trabajo.

El tercer día fui a la playa y les pedí trabajo a los pescadores que me habían salvado la vida unos meses antes. Ofrecieron sacarme a

pescar, pero dijeron que no me podían pagar. Cuando más, yo me podría quedar con unos pocos pescados y venderlos en el mercado. A esas alturas yo ya me estaba desesperando así es que casi les dije que sí, pero decidí pensarlo bien antes de darles una respuesta. Les di las gracias y me fui a sentar sobre la roca de donde sacaba erizos y mejillones. Le di vueltas y vueltas en la cabeza a las cosas que sabía hacer, fuera de limpiarles el interior a las máquinas trituradoras de caliche. De repente se me iluminó la ampolleta: yo era bueno para leer y escribir.

Me fui a la plaza Pratt y le pregunté a la señora del quiosco por los diarios y revistas que se publicaban en Iquique. Lo pensó un poco y entonces sacó *El nortino* del muestrario.

—Esta publicación es bien buena, mijo —opinó, mientras hojeaba y me mostraba la revista. —Empezó a salir hace un par de meses y me la leo de pe a pa apenas llega. Tiene noticias internacionales y nacionales, entrevistas, reseñas, historias verdaderas, cosas chistosas y ¡hasta poesía! ¿Me la vas a comprar? —Me preguntó entonces, cerrando la revista y acercándosela al pecho.

—Ojalá se la pudiera comprar porque seguro que a mi mamá le encantaría y, en verdad, a mí también —le respondí, apocado. —Pero mi papá se murió, mi tía se murió y ahora yo soy el único sostén de la familia —le expliqué, bajando los ojos y dejando salir un gran suspiro. Sabía que una historia triste le iba a ablandar el corazón a la señora y yo, costara lo que costara, debía tener esa revista en mis manos. —Tengo una idea —continué, mirándola a los ojos. —Por ahora, usted me presta la revista y yo le prometo volver y pagársela, digamos… el próximo miércoles. Se me ocurrió que para entonces me habría podido embolsar unas pocas monedas del dinero para el almacén y, quién sabe, ¡incluso podría estar trabajando! Por favor —le rogué.

La señora ladeó la cabeza, apretó los labios, me miró de reojo, parpadeó unas cuantas veces y finalmente me pasó la revista. Le ofrecí mi mejor sonrisa, me deshice dándole las gracias y partí corriendo al otro lado de la plaza. Me senté en un banco y me leí *El nortino* completita. Para entonces, ya tenía un plan. Me fui a la casa, me lavé,

me cambié ropa, me lustré los zapatos, me peiné, saqué mi cuaderno del bolsón y partí caminando tranquilamente a la calle Patricio Lynch número 347, la dirección que salía en la contratapa de la revista.

Un par de semanas antes, la profesora nos había dado la tarea de escribir una composición sobre nuestra familia. Revisé mi diario de vida, escogí algunos pasajes que podría insertar en mi cuento y me puse a escribir. Hablé de cómo nuestra familia de seis personas había pasado a tener sólo cuatro, pero que luego había aumentado a cinco cuando la amiga de mi mamá nos había acogido en su casa y se había transformado en nuestra tía. Describí la pampa y la vida en La Coruña, expliqué en qué consistía nuestro movimiento, conté de la huelga y el ataque de los milicos que había matado a un montón de gente, incluida mi hermanita Eva, del fusilamiento de mi papá y el viaje en tren a Iquique. Me saqué todo de adentro y escribí con el corazón en la mano, pero no me quejé ni lloriqueé porque no quería que la profesora sintiera lástima por nosotros. Sólo quería que supiera la verdad.

Un par de días después me pidió que me quedara después de clases. Con lágrimas en los ojos me dijo que mi composición era la mejor que había leído en todos los años que había sido profesora.

—Lo que les pasó a tu familia y a la gente de La Coruña no es sino una gran tragedia, Manuel, y tú lo narras de manera elocuente y convincente. Pero no sólo eso. Tus descripciones de la pampa son hermosas y la manera en que retratas a los pampinos, muy vívida. Es como si uno estuviera ahí, lo cuentas con tanta claridad. Pero sobre todo tu composición es muy conmovedora. Lo que le pasó a tu papá y a tu hermanita es absolutamente repugnante, Manuel. Eres muy fuerte, mijo, y tu mamá también.

A esas alturas le corrían las lágrimas por las mejillas y, por qué no decirlo, a mí también. Agarré mi cuaderno y salí disparado de la sala.

Ahora se me había ocurrido un plan. Le mostraría mi composición al jefe de *El nortino*, o más bien al «editor», una palabra que había aprendido leyendo la contratapa de la revista. Cuando le dije a la recepcionista que quería ver al Señor Héctor Bacic, me miró con desconfianza.

—Es sobre un asunto importante —agregué.

—Pero ¿cuál es el propósito de su visita? —Quiso saber ella.

—Eso es algo que preferiría discutir con él personalmente —le respondí, haciendo un esfuerzo sobrehumano por no ponerme a tiritar y revelarle lo nervioso que estaba.

—Espere un momento —contestó entonces. Se paró, se fue por un pasillo y cuando volvió me hizo pasar por una puerta a su izquierda y me dijo que golpeara la primera puerta a la derecha.

En la recepción yo había escuchado un repiqueteo constante que salía de esa puerta. Pero no me imaginé que cuando entrara, vería al menos a una docena de hombres y mujeres escribiendo a máquina, sumidos en una nube de humo de cigarrillo. Toqué la primera puerta a la derecha.

—¡Adelante! —Ordenó una voz rasposa.

Sentado tras una montaña de papeles, libros y revistas, había un señor grandote y de mejillas coloradas con un pitillo colgándole de la comisura de los labios y anteojos con marcos de alambre encaramados sobre la punta de la nariz.

—En qué te puedo servir, mijo —tronó, golpeando el escritorio con las palmas de las manos.

Carraspeé y le respondí:

—Mi nombre es Manuel Garay y quisiera mostrarle una composición que escribí y que mi profesora en la Escuela de Hombres número 2 dijo que es… muy interesante y… conmovedora.

—Mmm… Tengo mucho trabajo, Manuel —respondió, mirándome por encima de los anteojos, mientras se sujetaba del escritorio y se balanceaba sobre las patas traseras de la silla. Entonces enderezó la silla y le dio una larga y profunda chupada a su ahora cortísimo pitillo. —A ver, mijo ¿por qué un hombre tan ocupado como yo querría leer tu composición? —Preguntó, apachurrando el pitillo en un cenicero ya colmado de colillas.

Carraspeé de nuevo, me aclaré la cabeza, saqué *El nortino* de debajo del brazo y le contesté:

—Con todo respeto, señor, he leído este número de la revista y aunque todos los artículos me parecieron muy interesantes, quisiera

decirle que en mi opinión *El nortino* se beneficiaría enormemente de un cuento como el mío, un cuento verdadero que estoy seguro capturaría la atención del lector y lo dejaría con deseos de saber más.

Todo este tiempo yo había estado parado frente al escritorio del Señor Bacic, así que cuando me instó a sentarme y me pidió que le pasara el cuaderno, supe que había ganado mi primera batalla. El Señor Bacic se demoró una eternidad en leer mi composición. Al principio leía un poco y me miraba, leía otro poco y me miraba, pero después de un ratito no volvió a levantar la vista y se concentró en la lectura. Yo había ganado mi segunda batalla.

Cuando por fin terminó, se sacó un pañuelo blanco del bolsillo del pantalón y se enjugó la frente. Volvió a meterse el pañuelo en el bolsillo, abrió un cajón del escritorio y sacó una botella de pisco y un vaso. Se sirvió una porción considerable y tomó un trago. Entonces sacó un cigarrillo del bolsillo de la camisa, tomó una caja de fósforos del escritorio, prendió un fósforo, prendió el cigarrillo, le dio unas cuantas chupadas y asintió con la cabeza varias veces.

Yo estaba haciendo todo lo posible por mantenerme quieto, pero mi pierna derecha no. Aunque le ordené varias veces que dejara de sacudirse, no me hizo caso.

—Sí —dijo por fin el señor Bacic. —Ahora entiendo lo que me quisiste decir —agregó, hojeando mi cuaderno.

—¿Qué edad tienes, Manuel? —Me preguntó entonces.

Yo sabía que en cualquier momento me iba a hacer esa pregunta y ya había decidido decirle que tenía trece años, lo que no era mentira porque en unos pocos meses iba a cumplir trece.

—Trece años —le contesté.

—¿Y quién te enseñó a escribir?

—Mi mamá y mi profesora en La Coruña.

—Mijo, lo que quiero saber es quién te enseñó a componer un cuento, a contar un cuento, no sólo a formar las letras y las palabras —explicó.

—Nadie, señor —le dije. —Escribí mi historia y nada más.

—Mmm… Es una buena historia, Manuel. Hay que perfeccionarla. Todo escritor necesita perfeccionar su oficio y tú no eres una

excepción, pero éste es un muy buen comienzo —dijo, levantando el cuaderno y ondeándolo como si fuera bandera.

—Gracias señor.

—Y tu historia es verdadera.

—Sí, señor. La pura verdad.

—Mmm… Escúchame, mijo, tu historia no está lista para ser publicada, pero eso se puede remediar. Además, aunque estuviera lista, yo no la podría publicar ahora porque el gobierno clausuraría la revista y me metería a la cárcel. Pero en algún momento esta situación tendrá que cambiar y volveremos a tener libertad de prensa. Entonces la publicaremos en entregas semanales. Una página por vez. ¿Me entiendes?

Yo asentí con la cabeza porque, aunque hubiera preferido contestarle con un «¡Sí!» rotundo, no me salió el habla.

—En el intertanto, esto es lo que quiero que hagas. Quiero que escribas composiciones cortas sobre Iquique; tus impresiones, pequeñas historias, anécdotas, eventos menores que has visto o que te han pasado a ti. Yo actuaré como tu profesor, te guiaré a través del proceso y te enseñaré lo que aún no sabes. ¿Hay algún seudónimo que te gustaría usar? —Me preguntó entonces.

—Tamarugo —me salió como un disparo de la boca, mientras el corazón me taconeaba en el pecho y me zumbaba de ideas la cabeza.

Se rio.

—Tamarugo —repitió. —Sí. Me gusta. Tamarugo. Suena bien —agregó, prendiendo otro cigarrillo y sirviéndose otro trago de pisco.

—Señor —le dije entonces en el tono más persuasivo que pude. —Ahora yo soy el único hombre en la familia y necesito ganarme la vida.

El Señor Bacic arrugó la cara y me miró por lo que pareció una hora. Entonces asintió con la cabeza y pronunció las palabras más hermosas que había escuchado en mucho, mucho tiempo:

—Comprendo. Tienes suerte, Manuel. Necesito un muchacho habiloso y trabajador como tú para que haga encargos, entregue las revistas a los quioscos, ese tipo de cosas. Te puedo pagar 55 pesos por ese trabajo y nuestro honorario de 15 pesos por las crónicas.

—Apuntó los números en una hoja de papel, sumó y continuó. —Eso da un total de 70 pesos por semana. ¿Qué te parece?

Yo ya había calculado lo mismo en la cabeza. Esa cifra era más o menos la mitad del sueldo de la tía Asunta, lo que significaba que, entre mi sueldo, la pensión de mi abuela y lo que le pagaran a mi mamá por lavar ropa, podríamos sobrevivir. La cara se me abrió con una sonrisa de oreja a oreja y sentí tal emoción que lo único que quería era saltar y dar gritos de alegría por toda la oficina del Señor Bacic. Pero me contuve, me paré y le contesté:

—Sí, claro, me parece bien. Sí. Me parece muy bien. ¿Cuándo empiezo? ¿Puedo empezar ahora mismo?

—Sí, Manuel. Puedes empezar ahora mismo. Bienvenido a *El nortino* —respondió el señor Bacic parándose, dándole la vuelta al escritorio y ofreciéndome su mano derecha.

# Lucía

*Octubre – noviembre, 1925*

*Iquique y Valparaíso*

Unas semanas después de haber empezado a ir a la casa de Manuel, cuando estábamos terminando de almorzar, mi madre nos contó que ella y la señora Inglis habían estado recolectando cosas para los pobladores de Pampa Nueva, un campamento que se había instalado en las afueras de Iquique.

—¿No te parece fantástico que el Club de esposas de los oficiales y el Club de damas británicas se hayan unido para sacar adelante este proyecto? —Dijo, dirigiéndose a mi padre. —Y eso no es todo. Además, ¡el cónsul británico donó un montón de té y galletitas importadas! —Agregó, como si hubiera estado contando que se había ganado la lotería. —Tenemos un cuarto lleno de colchones, ropa y mercadería en el Club británico, ¡todo listo para ser entregado a los pobres cristianos de Pampa Nueva! —Entonces se levantó de la mesa, caminó adonde estaba sentado mi padre, lo abrazó y le preguntó con voz de niña mimada —Mi amor, ¿nos podrías ayudar con el transporte?

—¿Por qué iba a querer ayudar a una tracalada de agitadores repugnantes? ¿No sabes acaso que todos son unos bolcheviques empedernidos? —Le dijo mi padre con aspereza.

—Pero si les llevamos todas esas cosas, se darán cuenta de que las Fuerzas Armadas de Chile y la comunidad británica sólo están interesadas en ayudarlos —se apresuró a contestarle mi madre, masajeándole los hombros. —Ésta sería una gran oportunidad para que tú, de manera personal, les demuestres que estás de su lado.

Mi padre lo consideró por un momento, asintió con la cabeza y dijo que estaba de acuerdo. Supongo que también concluyó que esa visita a Pampa Nueva le permitiría ver de cerca el campamento y sus habitantes.

—Sí, tienes razón, cariño. Es importante demostrarles que estamos de su lado y que lo único que nos interesa es mejorar su situación. Sí. Un camión del ejército les llevará las cosas. Y yo también iré.

Mi mamá lo abrazó y lo besó efusivamente.

—¡Gracias, mi amor! ¡Gracias, gracias!

Ése fue el preciso instante en que a mí se me escapó de la boca.

—¡Yo también quiero ir! —La oportunidad de conocer más familias pampinas se me había presentado en bandeja y no la podía dejar pasar. No sólo eso, sino que también estaría haciendo una obra de beneficencia y prestándole ayuda a la gente necesitada.

—Sí, mi amor. Muy buena idea. De esa manera puedes ir aprendiendo sobre el trabajo de caridad —dijo mi mamá.

Así que a los pocos días partimos a Pampa Nueva. Mi mamá y la señora Inglis no paraban de hablar sobre las horas y horas que le habían dedicado a este proyecto, el que por fin estaba llegando a su feliz término. El señor Brown, el cónsul británico, me pareció de lo más chistoso con su traje de lino blanco y un sombrero estilo Panamá; se pasó todo el trayecto haciendo bromas y tomando tragos de un frasco que se sacaba del bolsillo. Yo no dije nada, sino que me pasé el rato tratando de imaginarme cómo sería el campamento y pensando en lo contentos que se pondrían los pampinos con nuestros regalos.

Pero apenas nos bajamos del auto, me arrepentí de haber ido. Un grupo de gente andrajosa y descalza observaba el camión, las

cajas, las bolsas y los autos desde la orilla del camino, y nos examinaban a nosotros con mirada despectiva. Detrás suyo había un surtido de chozas de lata y cartón; el campamento; sus casas. Me miré a través de sus ojos: una niña limpia y saludable con ropa a la moda comprada en una tienda elegante; una niña que obviamente vivía en una casa grande y cómoda, sin tener que preocuparse de si ese día iba a comer o no. Tal como la señorita Asunta me lo había explicado, mi familia pertenecía a la «burguesía», la clase social que «explotaba» a los pobres. Mi padre y mi madre no eran dueños de minas o fábricas, pero mi padre estaba al servicio de los ricos: cuando los pobres reclamaban por sus derechos, él y sus soldados los atacaban y los mataban. ¿Y mi madre? Mi madre era una burra que aceptaba todo lo que mi padre hacía o decía sin siquiera pestañear. ¿Y yo? ¿Quién era yo, entonces? En ese momento odié a mis padres y me odié a mí misma.

Cuando mi padre se subió a una tarima a dar su perorata, yo ya no daba más de la vergüenza y lo único que quería era que me tragara la tierra; la señorita Asunta, la señora Flora, Manuel, Moncho y Rufina estaban parados con el resto de los pobladores mirándome con unos tremendos ojos. Bajé los míos por un instante y cuando los volví a levantar, ya no estaban.

Mi mamá y la señora Inglis estaban ofendidas porque ninguno de los pobladores aplaudió el discurso de mi papá. No sólo eso, sino que nadie se acercó a darles las gracias a ellas por todas las cosas que habían recolectado y les habían venido a entregar en persona. En el camino de regreso no pararon de pontificar sobre los tremendos sacrificios que habían hecho para que esta obra de beneficencia fuera exitosa, ¿y para qué? Para que una chusma de pobladores groseros y mal agradecidos las tratara como si fueran basura. ¡Qué pérdida de tiempo y energía! Lo único bueno era que habían aprendido su lección y ahora sabían que no tenía sentido tratar de prestarles asistencia a estos patanes mala clase, ignorantes y maleducados.

A mí me corrían las lágrimas de la pura furia que tenía. También tenía pena. Ahora mis amigos sabían la verdad. ¿Qué hacer? No se

me ocurría nada. No me di ni cuenta cuando mi mamá se me había acurrucado al lado, puesto un brazo sobre mis hombros y empezado a disculparse entre lloriqueos y suspiros.

—Perdóname, mi amor, por haberte traído a un lugar tan horrible. Fue una mala idea que vinieras, pero la verdad es que no todos son así, cariño. Toda la otra gente pobre que hemos ayudado ha estado muy agradecida y se ha portado muy bien con nosotras, ¿verdad, Margaret?

Lo único que yo quería hacer era gritar. Ponerme a gritarles a mi madre y a su amiga. ¿Qué sabían ellas de lo que le había pasado a esa «chusma»? ¿Sabían acaso que eran sobrevivientes de una masacre orquestada y dirigida por mi propio padre? ¡Por supuesto que no! No lo querían saber porque lo único que les interesaba era sentirse como santas y que las trataran como santas por «ayudar» a los pobres. Pero en vez de gritar, mi furia y frustración tomaron la forma de fuertes sollozos, lo que alarmó al cónsul, por lo que le ordenó al chofer que se apurara.

No acepté los ofrecimientos de Bilz y galletitas de mi mamá y me encerré en mi dormitorio. Después de un rato se aburrió de tocarme la puerta y pedirme que saliera. La escuché lloriquear mientras se alejaba por el pasillo, pero no me importó. Por fin estaba en paz.

Les escribí una larga carta a la señorita Asunta, la señora Flora y Manuel. Les conté lo que había pasado en Tacna, los muertos en el río, el tren, mi padre, todo. La tarde siguiente fui a su casa y metí la carta discretamente debajo de la puerta. Ya había decidido que dejaría pasar un día para que la leyeran y volvería a visitarlos al día siguiente; eso es, si me dejaban entrar. Pero cuando estaba por irme, los vecinos salieron a decirme que mis amigos se habían ido de la casa la noche anterior.

—¡¿Dónde se fueron?! ¡¿Cuándo vuelven?! —Les pregunté.

Pero sólo sacudieron la cabeza. Mis amigos se habían ido a las carreras y no les habían dicho nada. Obviamente, se habían ido porque me habían visto a mí en Pampa Nueva y ahora creían que yo le iba a contar a mi padre quiénes eran y dónde vivían.

Al día siguiente, después del colegio, mi padre me estaba esperando en el pasillo de entrada a la casa. Sin decir agua va, me agarró del mentón y me forzó a mirar unos papeles que agitó frente a mis ojos:

—¡¿Cómo conociste a esta gente?! ¡¿Por qué le dijiste todas esas mentiras?!

Era la carta que yo les había escrito a la señorita Asunta, la señora Flora y Manuel. Sentí una bola de fuego subirme por el pecho y salirme como un disparo por la boca; había escupido a mi padre en la cara. Él me respondió con una fuerte bofetada.

Al día siguiente, apenas se acostó a dormir la siesta y mi madre se encerró en el *living* a escuchar la novela, salí de la casa. Caminé al edificio de la FOCH en búsqueda de la señorita Asunta. Pero había otra persona sentada en su lugar.

—¿Dónde está la señorita Asunta? —Le pregunté. La mujer no hizo más que mirarme. —Ando buscando a la señorita Asunta —le dije.

Siguió mirándome fijo mientras se paraba y daba la vuelta al escritorio.

—Tú eres la niña ésa que vino aquí hace unos meses. Y entonces empezaste a ir a la casa de Asunta. Sí, ella nos contó… dijo que eras la «visitante misteriosa». Pero ahora ya no eres tan «misteriosa», ¿ah? Ahora sabemos que eres la hija de Ernesto Céspedes —dijo, tomándome del hombro y mirándome con ojos brillantes. —¿Y cómo sabemos quién eres? ¡Porque por tu culpa los milicos se llevaron a Asunta y no la podemos encontrar! ¡Por eso! —me gritó.

Me zafé de la mano de la mujer, me di la media vuelta y corrí. Salí del edificio a todo dar, di vuelta a la esquina y seguí corriendo a más no poder. ¿Adónde iba? No sabía. Lo importante era alejarme de ahí lo más rápido posible. Finalmente me encontré en medio de la plaza tratando de recuperar el aliento. Me senté en un banco.

No sólo mis amigos sino también los amigos de mis amigos me habían descubierto. Y ahora todos creían que yo era espía de mi padre. Y los militares se habían llevado a la señorita Asunta. Sentí el campanario dar las dos y media, las dos cuarenta y cinco, las tres, pero no me moví. Ni obligada quería volver a mi casa. ¿Pero dónde iba a ir? Donde la señorita Mireya, mi profesora de danza. Ella me escucharía.

En Tacna me había gustado bailar y crear coreografías en la cabeza. En Iquique esta afición se había transformado en una verdadera pasión y también en un refugio. Si hubiera tenido la libertad de hacer lo que yo quisiera, me habría pasado el día entero inventando coreografías y bailando. La señorita Mireya había estudiado ballet clásico, pero también era una gran admiradora de Isadora Duncan y la danza moderna. Por eso, aunque nos inculcaba excelencia técnica y una buena postura, también nos incentivaba a que nos moviéramos libremente y nos expresáramos a través del cuerpo. Esto me abrió nuevas avenidas. Mientras danzaba al compás del «Vals de las flores» de Tchaikovsky, mi cuerpo se henchía y me olvidaba de todas mis preocupaciones. No tardaba entonces en empezar a imaginarme docenas de bailarines emergiendo de la tierra tal como lo haría la naturaleza con la llegada de la primavera: árboles, flores y animales despertando de un largo sueño y meciéndose en la brisa, bailando juntos bajo la cúpula de un cielo azul.

Un día me atreví a conversarle a la señorita Mireya sobre las coreografías en mi cabeza. Se mostró fascinada. A la clase siguiente se me acercó y me entregó un cuaderno con tapas de cuero donde estaban grabadas las palabras «Mis coreografías» y justo debajo, mi nombre.

—Lleva este cuaderno contigo dondequiera que vayas y anota todas las ideas que se te ocurran. También haz un croquis de lo que ves en tu mente antes de que se te escapen las imágenes —me dijo. Desde ese día ese cuaderno se había convertido en mi fiel compañero.

Le contaría todo a la señorita Mireya. Ella me creería. Me paré como un resorte y partí al Centro Cultural Reina Victoria. Pero no llegué muy lejos porque una camioneta militar frenó a mi lado con un chirrido de neumáticos, un soldado se bajó de un salto, me levantó en vilo y me plantó en el asiento trasero. Le propiné cuantos puñetazos pude en la cabeza y en la espalda, mientras le gritaba que parara el vehículo, pero él siguió conduciendo.

—¡Ay, señorita! ¡Yo sólo estoy siguiendo las órdenes que me dio su papá! —Repetía, mientras trataba de bloquear mis golpes con su brazo libre.

Mi padre me estaba esperando en el portón. Despachó al soldado y me ordenó entrar a la casa. Yo ya había decidido que, si hacía cualquier intento de abofetearme o golpearme, yo me defendería a brazo partido; le daría patadas, puñetazos, mordiscos… Pero lo único que hizo él fue decirme que entrara al *living* y me sentara. Yo me quedé parada en la puerta.

Mi mamá estaba sentada en el sillón con la mirada fija en el suelo.

—Pasado mañana te vas a ir a vivir con la hermana de tu madre en Valparaíso —anunció mi padre. —Encarnación es muy católica y hace clases en el colegio para niñas Sagrado Corazón de Jesús. Ella va a saber cómo disciplinarte.

Yo nunca había conocido a la tía Encarnación. Sólo sabía que era inteligente y había estudiado para profesora. ¿A lo mejor se había transformado en una solterona amargada a la que le gustaba maltratar a los niños? ¿Pero qué otra alternativa tenía yo? Ya no tenía a mis amigos, se habían llevado presa a la señorita Asunta y todo era por mi culpa. Además, nada podía ser peor que vivir en la casa de Ernesto Céspedes. Así es que no protesté.

Estaba poniendo las últimas cosas en mi baúl, cuando mi padre entró a mi pieza, cerró la puerta en silencio y me indicó que me sentara en la cama. Yo me quedé parada. Él se empezó a pasear.

—Lucía, me faltan las palabras para expresar el gran amor que te tengo. Tú eres la persona más importante en mi vida. Debo admitir que me sentí muy herido por lo que dijiste en esa carta, pero ya te perdoné. Eres una niña inocente y por eso que esa gentuza te embaucó y te hizo mentir de esa manera. Olvídate de todo lo que te dijeron porque no es verdad. ¡Son agitadores bolcheviques! ¡Son indecentes y son violentos! ¡Lo único que quieren es crear una anarquía total! ¡El caos! ¡Se niegan a obedecer a la ley y no tienen ningún respeto por nuestra patria! Pero ahora no te tienes que preocupar de nada de eso porque no los vas a ver nunca más. Tu tía Encarnación te va a cuidar bien. Yo me ocuparé de que así sea y, como siempre, no te faltará nada. Sólo te pido una cosa: no le cuentes a tu tía ninguna de las mentiras que escribiste en esa carta. Es lo menos que te puedo pedir, Lucía. Ahora que estás dejando atrás todas estas necedades,

disfruta tu nueva vida en Valparaíso. Es una linda ciudad; estoy seguro de que te va a gustar. Además, el colegio del Sagrado Corazón está muy bien catalogado y sé que como siempre nos vas a dar grandes satisfacciones con tu rendimiento.

Iba saliendo del cuarto cuando lo llamé.

—¡Papá! —Se dio vuelta y me miró, expectante. Yo sabía que lo que quería oír era «Yo también te amo», pero nunca más en la vida le diría esas palabras. Sólo quería saber una cosa: —En Valparaíso, ¿voy a poder bailar?

Mi padre tragó saliva antes de responder.

—Sí, Lucía. En Valparaíso podrás continuar con tus clases de danza.

Mi madre y yo hicimos el viaje en un barco de la Armada llamado Arturo Prat. El capitán Gallardo era amigo de mi papá y ofreció llevarnos como sus invitadas.

Apenas lo vi, me quedé encantada con nuestro camarote. Claramente todo lo que había en ese pequeño espacio había sido hecho a su justa medida: dos camas angostas, un armario con una sección para colgar la ropa y otra con una cajonera vertical, y un escritorito. El baño era minúsculo, pero tenía de todo: incluidos un inodoro, un lavamanos, una tina chiquita y un bidet. Para mí, vivir en ese camarote por unos días fue como jugar en una casa de muñecas para humanos.

El barco tenía un comedor grande con varias mesas largas para la tripulación, todas apernadas al suelo, y una linda mesa redonda para los oficiales con sillas tapizadas de un exquisito terciopelo verde. Al par de horas de partir, mi mamá se mareó y no se mejoró hasta llegar a Valparaíso, así es que yo terminé siendo la única mujer en la mesa de los oficiales. Me asignaron una silla a la mano derecha del capitán Gallardo, lo que me puso bien nerviosa porque, después de todo, era amigo de mi papá. Además, ¿qué le diría si era entrometido y me empezaba a hacer preguntas indiscretas? Pero resultó que nunca tuve que decir una palabra porque el capitán hablaba hasta por los codos y se pasó todo el tiempo contando cuentos de sus viajes por el mundo.

También pasé bastante tiempo sentada en un taburete en la cocina conversando con Rolo, el cocinero, y mirando cómo preparaba

sus creaciones. ¡Yo nunca había visto cocinar a un hombre! Cuando le pregunté por qué en el barco no había una cocinera, me explicó que en la Armada no admitían mujeres, así que los hombres tenían que hacer todas las tareas domésticas, desde cocinar hasta lavar y planchar la ropa, ¡e incluso coser y tejer! Al principio no le creí la parte de coser y tejer, pero esa misma tarde Rolo me mostró un par de calcetines escoceses que se estaba haciendo con unos palillos circulares, y al día siguiente lo vi reforzando los botones de una camisa y remendando una sábana.

La comida de Rolo era exquisita y aparentemente la brisa de mar me abrió el apetito, y así terminé comiendo por mí y por mi mamá también. Mis platos favoritos eran su chupe de pulpo y su caldillo de congrio. También hacía un pan delicioso. La estufa era como un gran brasero y no tenía horno, por lo que Rolo se había inventado un horno con una lata vacía de diez litros de aceite de oliva que ponía encima de la caldera. Ahí horneaba el pan para el desayuno y las onces; nunca en la vida comí tanto pan caliente con mantequilla como en esos días.

En el barco, por primera vez en meses, me sentí libre de preocupaciones —Iquique y Tacna se habían quedado atrás y, como mi mamá no salía del camarote, podía hacer prácticamente lo que quisiera—, entonces me quedaba en la cubierta por horas y horas, observando el océano, respirando el aire puro y sintiendo el sol y el viento en la piel. La noche era otro cuento. Apenas me tendía en la cama, empezaba a pensar en Manuel y su familia. Por un lado, sentía que irme de Iquique había sido lo mejor que me pudiera haber pasado —¡tenía tanta vergüenza!—, pero, por otro lado, lo único que quería era revivir los momentos que había pasado con ellos. ¡Me había encantado ir a su casa todas las tardes! Pero nada de eso volvería a suceder. Los secuaces de mi padre se habían llevado a la señorita Asunta y quizás dónde estaría el resto de la familia. A lo mejor se había regresado a la pampa.

Una de esas noches también me dio por pensar en lo que había pasado en Tacna. Unas semanas antes, durante una de las cenas con invitados, había surgido el tema del plebiscito. Mi papá había dicho

que se había suspendido hasta que el gobierno peruano terminara de investigar el asunto de los muertos en el río. Lo dijo como lo más natural del mundo, como si él no hubiera tenido nada que ver con eso.

—Pero plebiscito o no, investigación o no —había dicho —no olvidemos que nuestra superioridad ya ha quedado estampada en la ciudad de Tacna, amigos míos. —Entonces había ofrecido unos de sus acostumbrados brindis —¡Viva Chile, nuestra querida patria!

Para entonces yo ya me había percatado de lo poderoso que era. Tenía buenas razones para ser tan arrogante. Trabajaba para la burguesía y su puesto lo situaba por encima de todo porque estaba al mando de un regimiento lleno de soldados dispuestos a matar a quien fuera si él se lo ordenaba. Mi padre nunca sería castigado por sus crímenes.

El segundo o tercer día que había ido a la casa de la señorita Asunta, Manuel me había explicado cómo su papá y su hermanita habían sido asesinados en La Coruña. Yo me había quedado estupefacta. Por la manera en que Manuel describió al oficial que había ordenado el fusilamiento de su papá y luego arengado a los sobrevivientes en Iquique, supe de inmediato que se trataba de mi padre. Dado que ya no podía matar más peruanos, ahora estaba matando chilenos pobres.

Luego de cinco días en altamar, llegamos a Valparaíso. Mi mamá ya se sentía mejor, así que las dos nos unimos al capitán Gallardo en la cubierta para disfrutar de la llegada. Las rocas a la entrada de la bahía pululaban con cientos de leones marinos, focas y pingüinos. Los leones mugían como vacas, las focas se reían y aplaudían, y los pingüinos caminaban como payasos, mientras cientos de gaviotas chillaban y aleteaban por encima de sus cabezas.

A todo alrededor de la bahía se levantaban los cerros de Valparaíso como colchas hechas con pedacitos de tela de diferentes colores. Era como si cada casa fuera uno de esos pedacitos y cada pedacito estuviera sujeto al resto y a la tierra con un hilo invisible. Estas colchas eran el telón de fondo perfecto para lo que estaba sucediendo a nuestro alrededor y ni supe cuándo ni cómo los animales se habían convertido en bailarines. Los pájaros tenían puestos tutús al estilo

de las borlas para empolvarse, las focas y los leones de mar llevaban mallas grises y color chocolate, y los pingüinos, trajes blancos con chalecos negros. ¿Y la música? Mmm… ¡la «Pequeña serenata nocturna» de Mozart, por supuesto

El Arturo Prat atracó en el muelle de la Armada y de ahí nos llevaron en camioneta al malecón público. Tenía pena de que el viaje hubiera terminado y el encuentro con mi tía Encarnación me había puesto nerviosa, sin contar la incertidumbre que sentía por esta nueva vida que estaba a punto de comenzar. A lo mejor la hermana de mi mamá era mala. A lo mejor no me iba a dejar hacer las cosas que me gustaban. A lo mejor… Pero mis dudas se esfumaron cuando mi tía Encarnación abrió los brazos de par en par y me dio un abrazo apretadísimo, mientras me susurraba al oído: «estoy muy contenta de que te hayas venido a vivir conmigo. ¡Lo vamos a pasar muy bien juntas!».

Las dos hermanas no podrían haber sido más diferentes la una de la otra. Mi mamá estaba vestida a la última moda con un abrigo azul hasta la rodilla sobre un vestido *flapper* blanco, su cara bien maquillada y el pelo corto al estilo de Gloria Swanson. En cambio, mi tía llevaba un abrigo café largo, no se había puesto maquillaje en la cara y obviamente tenía el pelo largo porque se lo había peinado para atrás y sujeto en un moño sobre la coronilla. Mi mamá quiso tomar un taxi, pero mi tía explicó que los autos no podían subir por su calle porque era muy empinada, así que ya había hecho los arreglos necesarios para que un burro llevara el equipaje.

—¡¿Y nosotras también nos vamos a ir en burro a tu casa?! —La interrumpió mi mamá con una sonrisa pícara en la boca. Yo hubiera querido que mi tía dijera que sí, pero resultó que íbamos a tomar primero el tranvía y luego el funicular que subía por el cerro Bellavista.

¿Cerro Bellavista? ¿Yo iba a vivir en un cerro que tenía el mismo nombre que el barrio de mis amigos en Iquique? A lo mejor esta coincidencia era un buen augurio. Mi mamá me interrumpió el pensamiento. Con voz angustiada, preguntó:

—Encarnación, ¡¿podemos entregarle todas nuestras pertenencias al dueño de esta bestia de carga y confiar en que las llevará a tu casa?! Además, cuando nos bajemos del funicular, ¿podré caminar por esas veredas empinadas con mis tacones altos?

Mi tía le aseguró que hacía años que conocía al dueño del burro y que no había nada que temer. En cuanto a la caminata… ¿tenía mi mamá un par de zapatos bajos en la maleta? No.

Ésta era la primera vez que me subía a un funicular porque no había nada parecido ni en Tacna ni en Iquique y, según mi mamá y mi tía, los funiculares sólo existían en Valparaíso. Casi me morí de susto cuando me di cuenta de que el pequeño cajón en el que nos íbamos a encaramar iba a subir el cerro de manera casi totalmente vertical. Pero una vez que el funicular partió, se me pasó, disfruté de la linda vista y traté de adivinar cuál era el Arturo Prat entre tantos barcos.

La caminata que debería habernos tomado cinco minutos entre la estación y la casa de la tía Encarnación, nos tomó quince, porque mi mamá se torcía los tobillos y se resbalaba cada dos por tres. Cuando por fin llegamos, don José y el burro estaban esperándonos con nuestro equipaje intacto, lo que puso muy contenta a mi mamá.

Lo que no la puso contenta fue la casa de la tía Encarnación, la planta baja de un pequeño edificio de dos pisos color turquesa en la calle Ferrari. ¿Qué se esperaba? ¿Una casa grande y elegante como la nuestra en Iquique? ¿Es que no sabía que su hermana era profesora de escuela? Comparada a la nuestra, la casa de mi tía parecía una chocita, pero comparada a la de la señorita Asunta, era una mansión. Tenía un *living*-comedor grande, una cocina, un baño dentro de la casa y dos dormitorios pequeños. Estaba amoblada de manera simple y modesta. No tenía alfombras, sillones de terciopelo, mobiliario de palo de rosa o candelabros. Tampoco había juegos de loza inglesa o finos cubiertos de plata. En vez, los muebles eran de pino y mimbre, y los platos y cubiertos, macizos y resistentes.

Mi mamá propuso ayudar a pagar por un lugar más «cómodo» o al menos comprar muebles nuevos para el *living*-comedor, pero mi tía no aceptó su ofrecimiento. Dijo que le gustaba su casa tal cual. A

mí también me gustaba porque no era ni muy grande ni muy chica, además de luminosa y acogedora a la vez.

Durante la semana que se quedó en Valparaíso, mi mamá se comportó como siempre, yendo de aquí para allá, llenando los minutos y las horas con cosas que hacer y haciendo compras como desaforada. Para mí, le compró un piano Baumann de segunda mano a una amiga de mi tía. Para ella, compró suficiente ropa para llenar un baúl.

—Este modelo todavía no ha llegado a Iquique —anunciaba de viva voz desde el probador.

También insistió en comprarnos ropa a la moda a nosotras, pero mi tía se puso firme:

—Antonia, yo nunca me voy a poner ese tipo de ropa, y la verdad es que Lucía tampoco. Entonces, ¿por qué no nos compras un abrigo grueso y un buen par de botas a cada una? En el invierno hace frío aquí en Valparaíso.

Mi tía Encarnación y yo terminamos con botas y abrigos nuevos, pero también con zapatos, faldas y blusas, vestidos y suéteres, guantes y gorros, todo escogido por nosotras mismas. En un abrir y cerrar de ojos yo pasé de ser experta en moda para mujeres acomodadas, a ser experta en moda para mujeres trabajadoras de buen gusto.

—Tía, yo creo que esa falda azul marino se vería bien con esa blusa de piqué color marfil, pero no con la de popelina negra que escogiste —le aconsejé. —El negro y el azul son muy parecidos, mientras que la blusa color marfil contrasta con la falda; y si completas la tenida con un simple par de aros de perlas, te verás perfecta. —Mi tía quedó impresionada.

Resultó que la tía Encarnación no era la solterona amargada, austera y religiosa que me había descrito mi papá. Tampoco hacía clases en la escuela de niñas Sagrado Corazón de Jesús. Al contrario, era cariñosa y sociable, y trabajaba en una escuela Montessori. ¿Cómo podía ser que mi padre se había equivocado tanto? No tuve que esperar mucho para recibir la respuesta: mi mamá lo había embaucado.

La tarde que yo no había regresado a casa y un soldado había salido a buscarme, mi padre había entrado al *living* como una tromba

y le había anunciado a mi mamá que me iba a mandar a Santiago a vivir con sus padres.

—¡Ay, no, Ernesto! —Le había dicho ella. —Sería mucho mejor que se fuera a vivir con mi hermana Encarnación. Ella siempre ha sido muy religiosa y no te olvides de que es profesora, así que sabrá perfectamente cómo disciplinar a Lucía. Además, vive sola, así que le prestará atención exclusiva a la niña. Ay, mi amor, no mandes a tu hija a Santiago, una ciudad tan grande y peligrosa comparada con Valparaíso. Debo decir que siempre me encantó Valparaíso… Es un lindo lugar y la gente es tan cariñosa y atenta. A Encarnación le va a encantar tener a Lucía de compañía, además de que un poquito de dinero extra todos los meses no le vendrá nada de mal. Pero lo más importante es que en verdad Encarnación es la persona más indicada para educar a nuestra hijita, para mantenerla alejada de todo peligro. En sus cartas a veces me cuenta sobre sus alumnas «problema» y de la satisfacción que siente cuando logra que esas niñas dejen su rebeldía de lado y empiecen a comportarse como señoritas.

Mi padre no había visto a la tía Encarnación desde el día del matrimonio con mi mamá, así que no tenía idea de cómo era. Sabía que las dos hermanas se escribían regularmente, pero nunca se le había ocurrido preguntar sobre la vida de su cuñada. Entonces no fue difícil para mi mamá convencerlo y para que él aceptara que lo mejor era mandarme a vivir con mi tía, porque eso sería lo más beneficioso para mi educación y disciplina. Después de todo, mi rebeldía tenía que ser arrancada de raíz y una buena dosis de religión, sumada a una tutora estricta era evidentemente la mejor fórmula para cumplir ese objetivo.

A estas alturas del cuento, mi tía y mi mamá se estaban riendo a carcajadas, pero en un santiamén mi mamá pasó de la risa al llanto.

—Vas a cuidar bien a mi bebé, ¿verdad, Encarnación? —Dijo entre sollozos y suspiros. —Ya sabes cómo es Ernesto, no lo habría podido convencer jamás de que Lucía se quedara en Iquique. Ya tenía todo planificado para mandarla a vivir con sus padres… ¿Te imaginas a mi pobre hija en esa casa oscura y tenebrosa con ese par de vejestorios engreídos? ¡Se me muere la pobre! Si Lucía no puede

estar conmigo, al menos podrá estar contigo, y yo sé que la vas a querer y tratar como si fuera tu propia hija, ¿no es cierto?

Cuando escuché esas palabras, sentí ternura por mi madre.

Como sólo quedaba un par de semanas de escuela, decidimos que yo estudiaría por mi cuenta y daría los exámenes finales como alumna independiente. Así que empecé a pasar las mañanas en un rincón de la sala de clases de mi tía. Después de almuerzo nos sentábamos en el comedor y ella me enseñaba lo que no había aprendido sola.

Las tardecitas y las noches yo iba a mis clases de piano y danza, y mi tía tenía reuniones. La primera vez que me llevó a una, me hizo prometer que no le contaría a nadie, incluida mi mamá. Era una asamblea del Sindicato de profesores. Para la segunda reunión, me hizo prometer lo mismo. Era una junta del Partido comunista. La tercera era una clase de alfabetización en un campamento cerro arriba. ¡No podía creerlo! ¡Mi tía era una versión joven de la señorita Asunta! No era de extrañar entonces que las dos vivieran en barrios llamados «Bellavista».

Después de la tercera reunión, le conté mi historia completa. Me escuchó atentamente. Se paseó por el cuarto. Dijo palabrotas. Lloró. De vez en cuando hizo comentarios.

—Yo sabía que había algo sospechoso detrás de la urgencia con que tu padre quería sacarte de Iquique. Lo único que me dijo mi hermana fue que te habías puesto muy rebelde y que ella ya no te podía controlar, que tenía una vida muy ajetreada y no podía pasarse el día siguiéndote la pista. Tienes razón, tu padre tiene dominada a tu mamá. Quiero mucho a Antonia, ¡pero por dios que es tonta! Discúlpame, Lucía. No. No es tonta. No terminó la escuela. Su belleza siempre fue su único recurso. Así, el que Ernesto quisiera casarse con ella fue un sueño hecho realidad. Supongo que todavía está en medio de ese sueño y al parecer no va a despertar nunca.

—Sí, por la FOCH y el Partido nos enteramos de la masacre de peruanos en Tacna. ¡Yo sabía que el fascista de mi cuñado tenía que estar involucrado! Pero por lo que me cuentas, no sólo estaba involucrado, ¡sino que estaba a cargo! La masacre de La Coruña. También nos enteramos por el Partido, el Sindicato *y* la FOCH.

Terrible, terrible… Y tú conociste a la familia del dirigente que fue fusilado. ¡Ésa debe haber sido una tremenda experiencia, Lucía! Qué horror lo de la niñita… ¿Eva? No se me había ocurrido que Ernesto también hubiera dirigido esa masacre, pero claro… ¡Desgraciado!

—Manuel parece ser bien habiloso, ¿ah? Tú debes haberte sentido tan sola y triste, Lucía. ¿Y la señora Flora? ¡Pobre mujer! ¿Y la señorita Asunta? Todo un personaje. Me encantaría conocerla… Sí, Lucía, tus amigos se deben haber sentido muy decepcionados cuando te vieron en Pampa Nueva. Algunos de los «reporteros» deben haber sido agentes de tu padre. No te olvides de que su mandato y objetivo son la destrucción del movimiento y necesita fotos de los involucrados para saber a quién «neutralizar». La señorita Asunta debe haber resaltado como un farol entre los pobladores, y cuando Ernesto vio su foto supo inmediatamente que era una «agitadora bolchevique». Y, claro, sus secuaces no se demoraron nada en averiguar dónde trabajaba y dónde vivía. Eso explica el allanamiento de la casa después que tú habías metido la carta debajo de la puerta y cómo la carta llegó a manos de tu padre. Tengo la esperanza de que la señorita Asunta todavía esté viva, pero no sé… Tu padre leyó tu carta, lo que debe haberlo puesto furioso.

Cuando terminé de contarle mi historia, mi tía Encarnación me tomó en sus brazos y me meció por un buen rato. No me había sentido tan protegida desde que Mercedes era mi Minina y yo, su Milinda. Mi tía me prometió que averiguaría el paradero de la señorita Asunta a través del Sindicato de profesores. Entonces ofreció asumir su papel como mi instructora de «estudios políticos», pero sólo si yo estaba interesada.

—¡Sí! ¡Sí estoy interesada! —Le contesté, entusiasmada.

—Bien. Lección número uno —me respondió. —La señorita Asunta y yo estamos de acuerdo en muchas cosas, pero no en un asunto fundamental: cómo organizar la sociedad después de destruir el estado capitalista. Me dijiste que ella es anarcosindicalista, ¿verdad? Bueno, como ya sabes, yo soy comunista. La señorita Asunta propone que después de la revolución no haya ningún tipo de Estado, ya que los sindicatos y otras organizaciones populares

tendrán la capacidad de gobernar. Yo propongo la formación de un Estado obrero. Así como vayamos avanzando en nuestros estudios, tú tomarás tus propias decisiones sobre qué creer y qué no creer. Pero quizás lo que te voy a decir ahora te ayude a decidir —agregó con una sonrisa traviesa y una chispa en la mirada. —Isadora Duncan es comunista.

Sentí que los ojos y la boca se me abrían como platos. Yo sabía que Isadora tenía que estar de nuestro lado.

# Segunda parte

# 1926-1948

# Lucía

*Agosto – septiembre, 1938*

*Valparaíso*

Al poco tiempo de llegar a Valparaíso, empecé a asistir a clases de danza en la Académie de Danse Moderne de Madame Giselle Moreau. Madame Moreau era una mujer menuda, de edad madura, con ojos de búho y labios compungidos color granate. Según ella, había llegado a Chile proveniente de su París natal como la institutriz de una familia pudiente, se había enamorado de un violinista taciturno y no había regresado nunca más a Francia. Se vanagloriaba de ser oriunda de la «Ciudad de la luz»; «nada que ver con las luces de las calles, sino que con la luminosidad de la cultura», explicaba.

—Llevo en mis entrañas una cultura sofisticada y milenaria, y me honra decir que mi primera lengua es la más sensual del mundo —declaraba, posando cual tetera de porcelana; la mano izquierda en la cintura y la derecha colgándole de un brazo ligeramente doblado. Decía todo esto en un castellano gramaticalmente perfecto, pero imbuido de un fuerte acento francés. Sin embargo, cuando se agitaba o se exasperaba, se le olvidaba su primera lengua sensual, el

acento francés se le iba a la porra, y Madame Moreau se expresaba en un castellano chileno de lo más puro.

—¡Nooo *pu'*, cabrita, así no! ¡Bien, mijita, bien! ¡Muy bien!

Un día estábamos ensayando arabescos, cuando un ratón se apareció en un rincón del cuarto y empezó a correr por la orilla de la pared, debajo de la barra y al ladito de nuestros pies. Se armó la grande. Todo el mundo se puso a saltar y a gritar, incluida la Madame Moreau. Entonces decidió ponerse al mando de la situación y en medio de la trifulca empezó a dar órdenes a todo pulmón.

—¡Ay, cabritas *hue'onas*! ¡Déjense de hacer tanta alharaca y saquen a ese bicho asqueroso de aquí!

La conmoción siguió por un buen rato, pero por fin el ratón desapareció y, como por arte de magia, la Madame recobró la compostura, junto con su acento francés. Madame Moreau se jactaba de haber estudiado bajo la tutela de Isadora Duncan y Loie Fuller en la prestigiosa École du Ballet de l'Opéra de Paris —creada en 1661 por Luis XIV— explicaba ella, abriendo los ojos y exponiendo la gruesa raya negra pintada a todo su alrededor. «París siempre atrae a los mejores, sólo a los mejores», agregaba, asintiendo con la cabeza y haciendo revolotear sus pesadas pestañas.

Lo más probable es que Madame Moreau nunca había asomado ni la nariz en París y era sólo una santiaguina dándose aires de parisina. Pero igual, a mí me gustaba esa mujer porque presentía que detrás del acento y el maquillaje residía un ser humano sensible y solitario en busca de atención. Más importante aún, era buena profesora y creía en mi talento. Dedicaba horas y horas a enseñarme todo lo que sabía sin pedir un centavo extra a cambio. Además, le encantaban mis coreografías.

Por varias razones, 1928, el año que cumplí quince años, fue trascendental para mí: entré a las Juventudes comunistas, me enamoré, y vi materializarse mi primera coreografía, interpretada por los estudiantes de la Académie de Danse Moderne en el Teatro Victoria. No me había olvidado de que la señorita Asunta y la señora Flora eran anarquistas hasta la médula, pero también recordaba que un día, cuando la señorita Asunta me estaba explicando los principios

del Anarquismo, Manuel había mencionado que su papá había sido comunista.

—Ah, sí, teníamos nuestras diferencias políticas —había dicho la señora Flora. —Pero estábamos de acuerdo en lo fundamental: la necesidad de derrocar el estado capitalista. En mi opinión, teníamos suficiente tiempo para seguir discutiendo el paso siguiente.

—Por lo que me han contado, obviamente era un hombre inteligente y fue un buen dirigente. Pero ¿cómo es que no se daba cuenta de que el estado es el problema? Después de la revolución, ¡lo último que necesitamos es otro Estado! —había dicho la señorita Asunta.

Pero yo estaba de acuerdo con el papá de Manuel y todos los comunistas: después de la revolución, necesitaríamos un Estado dirigido por el proletariado para asegurarnos de que la transición hacia nuestro objetivo final —una sociedad realmente igualitaria y exenta de un estado— se llevara a cabo de la manera más organizada posible. Mi admiración por Alexandra Kolontai también había influido en mi decisión. Por años, Kolontai había estado hablando sobre la liberación sexual de la mujer y luchando por los derechos de las mujeres obreras.

Los miércoles por la noche, mi tía y yo pegábamos el oído a la radio para escuchar la transmisión semanal en castellano de Radio Moscú. Entre los crujidos y chirridos de la onda corta nos enterábamos de las últimas noticias y los temas que se estaban debatiendo en la Unión Soviética. Una de esas noches, Alexandra Kollontai se dirigió a las obreras:

> Por siglos, las mujeres fueron oprimidas y no tuvieron ningún derecho. Por siglos, las mujeres no fueron más que un apéndice de los hombres, su sombra. El marido mantenía a su esposa con la condición de que ella le obedeciera y aceptara su subordinación, su esclavitud doméstica.
>
> La revolución de octubre liberó a las mujeres. Ahora, la campesina tiene los mismos derechos que el campesino y la obrera tiene los mismos derechos que el obrero. En todo el territorio, las mujeres podemos votar y en todo el territorio podemos ser miembros de un *soviet* o un comisariato. Incluso, ¡las mujeres podemos ser elegidas comisarias! Pero, aunque de acuerdo a la ley las mujeres tenemos los mismos derechos

> que los hombres, en la vida real no nos hemos liberado. La obrera, la campesina, todavía es una esclava en su propia casa. Por eso, ahora la tarea de todos es llevar a cabo los cambios necesarios para liberar a las mujeres de las tareas domésticas y la crianza de los hijos.¡La clase trabajadora debe liberar a las mujeres de esas obligaciones! ¡Sin igualdad no hay comunismo!
>
> Mujeres trabajadoras: ¡construyamos guarderías infantiles! ¡Asegurémonos de que los *soviets* instalen comedores públicos para que ustedes no tengan que ser esclavas de la cocina! ¡Colaboren con el Partido comunista para que juntos logremos nuestra propia liberación y construyamos una vida feliz para todos!

Esa noche, mi tía y yo conversamos largo sobre cómo las mujeres nos podíamos liberar del tipo de esclavitud al que se refería Kollontai. Indudablemente un primer paso importante era aprobar legislación que garantizara la igualdad de la mujer. Pero tal como lo había dicho Kollontai, eso no significaba que las mujeres tuvieran igualdad en la vida real, porque además de trabajar en las fábricas y en el campo, las mujeres estaban a cargo de cuidar a los niños, cocinar, limpiar y hacer todas las tareas domésticas.

—La familia, tal como la conocemos hoy, sólo perpetúa ese tipo de esclavitud —dijo mi tía.—Por eso que Kollontai también dice que la economía comunista eliminará a la familia.

¿Cómo podía ser? Personalmente, fuera de mi tía Encarnación, yo no tenía familia. Claro, tenía un padre y una madre, pero ya no los consideraba familia. ¿Qué era una familia, entonces? ¿Y por qué el comunismo la eliminaría?

A la siguiente reunión de las Juventudes comunistas le hice la pregunta a nuestra líder, pero ella se la reformuló al grupo. Pilar Castillo, una chica española que se había integrado hacía poco, se ofreció para contestarla. Su familia se había escapado de la dictadura de Primo de Rivera en España y llegado a Valparaíso hacía unas pocas semanas. Pilar era alta y voluptuosa, de piel morena aterciopelada, con unos ojos tan oscuros que no parecían tener iris sino sólo pupilas, y una mata de pelo negro alborotado. También tenía una personalidad fogosa que le hacía juego con la pinta.

—Kollontai no se refiere a la familia como un grupo de gente relacionada por lazos de sangre y cariño, sino como una unidad económica —dijo Pilar, con voz ronca y en el mismo tipo de castellano que hablaba la señorita Asunta. El corazón me dio un salto.

—Continúa —la instó nuestra líder.

—Bueno, Marx y Engels ya se habían referido a eso: la familia nuclear es un producto del capitalismo, no algo «natural». Antes de que se impusiera el capitalismo, había todo tipo de familias, pero el capitalismo necesitaba una unidad que asegurara la producción y consumo de mercancías más efectivos posible: el hombre sale a trabajar, la mujer se ocupa de todas sus necesidades básicas y de los hijos, por lo que él no se tiene que preocupar de nada, etcétera, el ciclo continúa. Lo que yo entiendo es que en una sociedad comunista tanto el hombre como la mujer salen a trabajar y generan riqueza, y las tareas domésticas y el cuidado de los críos son compartidos por todo un vecindario. Hay cocinas y lavanderías comunitarias, guarderías infantiles... Y tan importante como eso —prosiguió Pilar con una sonrisa en la boca y una chispa en los ojos —, las mujeres tendrán la libertad de enamorarse de quien se les dé la gana porque su sobrevivencia ya no dependerá de un solo hombre.

Pilar no sólo era hermosa, sino también magnética.

Cuando se terminó la reunión, la invité a la plaza. El corazón me taconeaba cual bailarín de flamenco en el pecho y la cara me ardía, pero de alguna manera logré abrir la boca y decir:

—¿Nos vamos a dar una vuelta por la Plaza Victoria?

—¡Claro que sí! ¡Vamos, mujer! —Respondió con entusiasmo, tomándome del brazo.

Era una agradable tarde primaveral y la plaza bullía de gente. El aroma de los jazmines y las madreselvas surcaba el aire tibio y los almendros vestían cremosos pompones de flores color rosa. Los niños jugaban a las escondidas y al pilla-pilla, los muchachos bromeaban y le echaban piropos a las muchachas que pasaban meciendo las caderas y sonriendo coquetamente, y los adultos conversaban y observaban la escena desde los bancos de la plaza.

Le estaba contando a Pilar que iba a clases de danza, cuando de repente se dio vuelta y me pasó los dedos por el pelo.

—¡Me encantan tus rizos rubios! ¡Y también tienes unos ojos fascinantes, Lucía! Ojalá te pudiera robar, aunque fuera un poquitín de esa luz celeste. ¡Mis ojos son tan oscuros!

—¡Ay, no! —Respondí, mientras sentía que se me subía la sangre a la cara. —¡Tienes lindos ojos! Y también tienes lindo pelo y tu cutis…

Pilar se echó a reír.

—¡Mira tú! Tú me encuentras linda a mí y yo te encuentro linda a ti. Menos mal, porque no quisiera ser amigas de una muchacha fea, ¡especialmente si esa muchacha pensaba que yo también era fea! —Dijo con una gran sonrisa en la boca. Entonces me tomó de la mano y seguimos caminando.

Luego de ese primer paseo, Pilar y yo nos hicimos inseparables. Empezamos a hacer trabajo de alfabetización en el Cerro Barón y seguimos debatiendo todo tipo de temas, particularmente aquellos relacionados con nuestra liberación del patriarcado capitalista.

Le conté de las coreografías en mi cabeza y le mostré mis notas y torpes bocetos. Resultó que Pilar dibujaba de maravillas y se ofreció para hacer croquis de mis ideas mientras yo se las explicaba. Fue increíble: sus dibujos reflejaban exactamente lo que yo había visualizado en mi mente. Eso me dio el coraje para pedirle a Madame Moreau que considerara presentar una de mis coreografías en el Teatro Victoria.

Así fue cómo *Bahía de Valparaíso* se convirtió en mi ópera prima. Pilar le dio vida a mi visión de los cerros del puerto como colchas de colores; fue a todas las sederías de la ciudad, recolectó retazos y los pegó sobre un telón de fondo donde había dibujado los cerros que rodeaban la bahía. La iluminación azul hizo ver el piso del escenario como si fuera el mar y docenas de bailarines representaron los leones marinos, las focas, los pingüinos y las gaviotas que yo había visto cuando el Arturo Prat entró a la bahía.

La historia estaba basada en una versión libre de la mía: una niña llegaba a Valparaíso a bordo de un lindo barco para encontrarse con

su madre, a la cual nunca había conocido. Dejaba atrás una vida de soledad y tristeza y, aunque se sentía nerviosa por no saber qué le deparaba el futuro, también estaba ilusionada con que su nueva vida sería mejor que la anterior. La protagonista expresaba sus dudas y expectativas bailando al compás de los crescendos y decrescendos de «La danza del hada de la ciruela de azúcar», la cual era parte del *Cascanueces* de Tchaikovsky. Hacia el final de esa pieza, se despojaba de su ropa de viaje y surgía como una nueva persona, vestida en una vaporosa túnica de tul. Entonces, encantada con la vista de los cerros de Valparaíso y los animales que le daban la bienvenida a la entrada de la bahía, se les unía en una alegre danza al compás de «Pequeña serenata nocturna». Finalmente, el «Vals de las flores», del mismo Tchaikovsky, brindaba la música para el encuentro de la hija con la madre, titubeante primero, pero muy pronto emotivo y jubiloso.

La presentación tuvo un éxito tremendo y a partir de entonces, Madame Moreau, Pilar y yo seguimos trabajando juntas para presentar un nuevo ballet todos los años.

Unos pocos meses después de nuestro primer paseo por la plaza, Pilar y yo nos juramos amor eterno. Para mí, esos años me dieron la oportunidad de sanar mis heridas y ser feliz. Ahora tenía una amiga, una confidente, una colega, una camarada y una enamorada, todas reunidas en una sola persona. Explorábamos nuestros cuerpos desnudos por horas —el suyo, oscuro y voluptuoso; el mío, claro y espigado—, mientras nos contábamos la vida y hacíamos un millar de planes futuros. Cuando la revolución triunfara en España, iríamos a Madrid. Cuando la revolución triunfara en Chile, iríamos a Iquique y al desierto de Atacama. Como Alejandra Kollontai, lucharíamos por los derechos de la mujer. ¡Iríamos a la Unión Soviética y conoceríamos a la Kollontai!

Pero esos planes no se hicieron realidad, no sólo porque la revolución no triunfó ni en España ni en Chile, sino también porque Pilar se enamoró de un hombre cuando, unos años más tarde, se fue a Santiago a estudiar al Instituto de Arte y Diseño Camilo Mori. Durante nuestras primeras semanas aparte, nos escribimos todos los días. Pero entonces, sus cartas dejaron de llegar. Desesperada

por saber qué pasaba, fui a la panadería de sus padres en el cerro Cordillera. Ellos sabían que éramos grandes amigas, pero no que éramos pareja, así es que traté de disimular lo mejor posible lo angustiada que estaba.

—¡Qué raro que no te haya escrito para darte la buena noticia! ¡Está enamorada! —exclamó su madre. Generalmente, la señora era de pocas migas, pero esta vez hizo su anuncio con una sonrisa de oreja a oreja, mientras pesaba una docena de hallullas para una de sus clientes. —El muchacho se llama Marcos y está estudiando arquitectura. ¡Y… es hijo de inmigrantes españoles! ¿No te parece increíble?

Me quedé sin habla.

—¡Qué fantástica noticia! —Logré decir por fin, saliendo a trastabillones del negocio. Ni siquiera me acuerdo cómo llegué a casa.

Cuando mi tía Encarnación se había dado cuenta de que ya no estaban llegando cartas de Pilar, me había instado a mantener la calma. «Con toda seguridad tiene un montón de exámenes que rendir y proyectos que terminar», me había dicho, aunque no se había demorado nada en agregar «pero no te olvides de que cuando se trata de asuntos del amor, nada está escrito en piedra. Además, casi nunca el amor dura para siempre».

Poco después de empezar a trabajar de profesora, la tía Encarnación se había enamorado.

—Se llamaba Jorge y lo conocí en la oficina del Sindicato de profesores. Yo estaba fascinada. Los dos éramos profesores y miembros del sindicato, y nos llevábamos de maravillas —me contó. —Entonces, un día, cuando estábamos compaginando el boletín del sindicato, una mujer baja y entrada en carnes entró a la oficina, me dio una tremenda cachetada y partió dando un portazo. Yo todavía estaba tratando de entender lo que había pasado, cuando vi que Jorge salía corriendo detrás de ella mientras la llamaba: «Carmelita, mi amor, espera. No es lo que tú crees… Cariño… Carmelita, espera».

La tía Encarnación se reía cuando contaba esa historia, pero cuando ocurrió debe haberse sentido desolada. Ahora yo la entendía perfectamente.

Al fin y al cabo, llegó la esperada carta de Pilar.

> Perdóname, Lucía.
> Nunca pensé que me enamoraría de otra persona, pero así sucedió. Siempre recordaré con cariño los buenos tiempos que pasamos juntas y me encantaría que pudiéramos seguir siendo amigas.

Pero yo no pude. La salida de Pilar de mi vida me lanzó a un verdadero abismo. A esas alturas, Madame Moreau me había contratado como instructora, un trabajo que a mí me encantaba, pero cada mañana tenía que salir de la cama a la rastra y llegaba a la academia como sonámbula. Por semanas viví metida en una niebla espesa, me ponía a llorar a cada rato y de vez en cuando me bajaba una ira incontenible. ¿Cómo podía ser que el amor que Pilar sentía por mí se hubiese esfumado tan rápidamente? ¿Qué había hecho yo para merecerme esta traición? Perdí el apetito. Cuando me miraba al espejo, veía a una mujer flaca y apagada en vez de la bailarina espigada y vivaz de antes.

Mi tía me apoyó con cariño y comprensión a través de todo ese período, pero después de un tiempo se empezó a impacientar.

—¡Ya basta, Lucía! ¡Tienes que sobreponerte! Sé que tú estás convencida de que se te vino el mundo abajo, pero la verdad es que la vida continúa. ¿Acaso te olvidaste de tu trabajo, de tus coreografías, de tu amor por la danza? ¿Lo vas a tirar todo por la borda por una desilusión amorosa?

Unos días después, un domingo por la mañana, Madame Moreau se apareció por la casa, algo verdaderamente insólito. ¿A qué había venido?

Mientras nos tomábamos una taza de té, Madame Moreau comenzó a hablar.

—Lucía, te tengo una propuesta. Como bien sabes, he tenido que rechazar a muchos postulantes porque no tenemos más plazas, lo que me da mucha pena. Pero si tú abres tu propia academia, ¡los podremos aceptar a todos! Tú te puedes hacer cargo de los más avanzados y yo me quedo con los principiantes y los de nivel intermedio. Desde que empezaron a molestarme las rodillas, así es cómo nos hemos dividido el trabajo de todas maneras, ¿no? Así es que prácticamente

seguiríamos haciendo lo mismo. Y, por supuesto que no dejaremos de trabajar en conjunto en nuestras presentaciones anuales. Tengo algunos ahorros que te podría prestar. ¿Qué te parece?

En la espesa bruma que se había adueñado de mi mente se abrió una ventana y en el espacio claro y despejado que apareció al otro lado fui capaz de verme en mi propia academia, experimentando con mis métodos y coreografías. ¿Sería capaz de hacerlo?

—No sé… —empecé a decir, pero mi tía me interrumpió.

—Sí. Sabes muy bien que eres capaz, Lucía. Madame Moreau te está ofreciendo una oportunidad única porque ella sabe que cuentas con las condiciones necesarias para instalarte con tu propia academia.

—El trabajo te sacará del pozo en que te estás ahogando, Lucía. Hace muchos años, yo estuve en la misma situación y fue justamente mi trabajo el que me sacó del hoyo —dijo Madame Moreau. —Además, tu tía tiene razón. Estás más que lista para emprender vuelo. Te mereces tener un espacio donde puedas hacer lo que tú quieras, experimentar con tu pedagogía, tus técnicas y avanzar con tus coreografías —agregó.

Madame Moreau tenía toda la razón. Aunque todavía sentía una tristeza tremenda por la ruptura de mi relación con Pilar, me sobrepuse, busqué un local y establecí la «Academia de danza contemporánea Lucía Céspedes», la cual abrió sus puertas el primero de septiembre de 1935. A los pocos días ya se habían llenado todas las vacantes y empecé a dar clases. Mi corazón tardó largo tiempo en sanarse, pero por fin pude relegar a Pilar a un lugar recóndito de mi mente y entregarme de lleno a mi trabajo.

Una noche, un par de años después, mi tía y yo estábamos tomándonos una taza de té mientras escuchábamos «Tango en el crepúsculo» en la radio Nuevomundo, cuando alguien tocó la puerta a todo dar. ¿Quién podría ser tan tarde en la noche?

Me paré, me acerqué a la puerta y pregunté, no sin un dejo de temor.

—¿Quién es?

—¡Telegrama! —Cantó una voz grave.

Era de mi padre:

> Antonia en estado crítico Hospital Militar. Capitán Edmundo Ramírez Oficinas Armada dispensará pasaje Iquique. Envié transferencia tu nombre Banco del Estado Avenida Colón. Que no venga Encarnación.
>
> Papá.

Me temblequearon las rodillas. ¿Qué le pasaba a mi mamá? Sus cartas me seguían llegando todas las semanas y no había mención alguna de que estuviera enferma. Quizás ésta era una treta de mi padre para hacerme ir a Iquique. Hacía tiempo que se había enterado de «la verdad» sobre mi tía Encarnación y me había escrito unas cuantas veces conminándome a que volviera «a casa».

Al día siguiente mi tía se contactó con sus colegas en Iquique y les pidió que averiguaran si en verdad Antonia González de Céspedes estaba internada en el Hospital Militar. La respuesta no tardó en llegar: "Sí».

Decidimos que, aunque mi padre no quisiera que mi tía me acompañara, iríamos las dos y nos quedaríamos en una pensión. Llegamos a las seis de la mañana del 31 de agosto. La bahía y la ciudad estaban envueltas en camanchaca, una neblina espesa que había convertido a Iquique en una ciudad de espectros, minúsculas gotas de plata flotando en el aire, figuras borrosas y ruidos extraños que parecían venir de un mundo sobrenatural. Mis recuerdos de los siete meses que había vivido en Iquique no incluían la camanchaca, quizás porque nunca había estado en pie tan temprano en la mañana; o quizás porque hoy esa escena alucinante había sido tramada por altos poderes para darle marco a mi propio estado de ánimo: brumoso pero atravesado por destellos de recuerdos y emociones.

Doce años antes me había ido de Iquique llena de temor y vergüenza. Manuel y su familia estaban convencidos de que yo los había traicionado, me sentía como una extraña en mi propia casa, y no sabía cómo sería mi nueva vida en Valparaíso. Ahora había regresado, mi madre estaba grave y yo no tenía idea qué emociones sentir por ella o su situación. Si le decía «Te quiero, mamá», ¿le ayudaría a recuperarse?

No tuve la oportunidad de intentarlo. Cuando llegamos al hospital nos informaron que a la señora Antonia González de Céspedes le había dado una septicemia fulminante, lo que le había causado la muerte hacía sólo media hora. Su carpeta médica indicaba que, durante el mes anterior a su sensible fallecimiento, la paciente había sido internada varias veces a raíz de un cuadro infeccioso en sus órganos internos. Desafortunadamente, la infección había empeorado y se había propagado, por lo que hacía seis días la dama había sido trasladada al pabellón de cuidados intensivos. Los médicos habían hecho lo imposible por salvarla, pero todo había sido en vano; al fin y al cabo, a la paciente se le había envenenado la sangre, lo que había afectado todo su organismo y resultado en su desgraciada y prematura muerte. Una verdadera pena. Ya habían notificado a mi padre, el cual debería estar por llegar en cualquier momento. En el intertanto, si así lo quisiéramos, podíamos hacerle compañía a mi madre.

No me acuerdo de cómo llegamos a su cuarto, pero todavía puedo sentir la mezcla de podredumbre, orina, flores marchitas y yodoformo, todo revuelto con Shalimar, el perfume que usaba mi madre, que me azotó la cara como un cachetazo cuando abrí la puerta. En medio de un espacio totalmente blanco y adosada a la pared, había una cama con un promontorio sorprendentemente ancho y abultado, cubierto con una colcha también blanca.

La hediondez me detuvo en la puerta, pero mi tía Encarnación entró como un ciclón y procedió a abrir cortinas y ventanas, lo que dejó entrar una racha de aire fresco al cuarto, pero también lo inundó de luz. Sobre una almohada blanca, la cara de mi madre era un globo pintado de manchas oscuras, con una mata de pelo pegajoso en la cabeza y un par de ojos abiertos de par en par, la mirada fija en el cielo raso.

Ni supe cómo me encontré tirada en el piso, un chorro de vómito junto a la cara. Debo haber recobrado la conciencia de inmediato porque escuché gritar a mi tía y en un santiamén estaba a mi lado. Traté de pararme, pero el cuarto se daba vueltas y vueltas a mi alrededor. Unas cuantas enfermeras llegaron corriendo. Me levantaron y me sentaron en una silla.

—Es la hija de la señora… pobrecita. No pudo soportar ver a su madre muerta. Recién llegó de Santiago… No, no… de Valparaíso… No se preocupe de nada, mi linda… Es terrible lo que le pasó a su mamita, una dama tan hermosa… ¡Y tan joven!... Pero tenemos que aceptar la voluntad de Dios.

Traté de pararme, pero el peso de una mano sobre el hombro no me dejó.

—Descanse, mi linda. No hay apuro. Tome un sorbito de agua.

Pero de alguna manera yo tenía que salir de ese lugar. Logré zafarme de las enfermeras y salí corriendo. Cuando llegué a la puerta de calle, un auto negro Mercedes Benz con dos camionetas militares a la cola iban dando la vuelta a la esquina. Mi tía se apareció a mi lado y me tomó del brazo. Salimos rápido del hospital, cruzamos la calle y en la cuadra siguiente encontramos un café abierto.

—La enfermera jefa me explicó que tu padre había pedido que le dejaran los ojos abiertos a Antonia en caso de que falleciera cuando él no estuviera, porque se los quería cerrar él —dijo, tomándome la mano por encima de la mesa.

Yo estaba tiritando y la cabeza me martillaba. También me sentía como un gusano. Ni siquiera había podido acercarme al cuerpo de mi madre para despedirme de ella. Mi tía me debe haber estado leyendo el pensamiento.

—La escena era más que inusitada. Antonia se había hinchado por la infección y el hedor también era terrible. Mi pobre hermana… tan obsesionada con su belleza y termina así —dijo, enjugándose las lágrimas.

El funeral tomó lugar un par de días después, pero a mí no me dieron las fuerzas para asistir. De sólo pensarlo se me apretaba la garganta de la angustia. Mi tía trató de convencerme.

—¡El no haber querido a tu madre en vida no es pretexto para no asistir a su funeral, Lucía! ¡Tienes que apechugar! ¡Tienes que ir! Si no, te vas a arrepentir. Nos podemos sentar atrás, con el resto de la gente y Ernesto ni siquiera tiene que saber que vinimos. Traje un par de velos para taparnos el pelo y la cara, así es como nadie nos va a reconocer; ni siquiera tu padre —dijo.

Pero no pude. Me quedé en la pensión escuchando «Carmen» de Bizet, en la Radio Europa. Pensé que podría ir a la playa donde había conocido a Manuel, pero no tuve energía para nada; sólo para disfrutar la voz aterciopelada de Pia Tassarini y para imaginármela con un traje escarlata de bailarina de flamenco.

Mi tía me describió el grandioso funeral: la carroza negra y dorada tirada por sendos caballos, las docenas de coronas y arreglos florales, y la banda militar. La catedral estaba repleta y el obispo había oficiado la misa. La multitud estaba compuesta no sólo de la clase alta de Iquique —las damas británicas y las esposas de los oficiales con sus trajes negros, velos y sombreros— sino también por una buena cantidad de gente de clase baja, seguramente beneficiarios del trabajo de caridad de mi madre. Como era de esperarse, mi padre había llamado la atención con su impecable uniforme de parada y su capa imperial, una hilera de medallas prendidas al pecho.

La señora Inglis había ofrecido la apología a mi madre. Había hablado de la belleza de Antonia de Céspedes, de su incansable trabajo en beneficio de los pobres, de las hermosas rosas que cultivaba en su jardín —un verdadero símbolo de su espíritu generoso—, de su *joie de vivre* y de la devoción que le tenía a su familia. Supongo que lo que quiso decir fue «la devoción que le tenía a su esposo».

Le pregunté a mi tía si alguien había mencionado mi ausencia.

—Bueno, la señora inglesa mencionó tu nombre, pero no dijo nada sobre tu ausencia. Algunos asistentes estiraron el cuello y miraron para todos lados como buscándote, pero eso fue todo —respondió.

En la iglesia, mi tía se había sentado bien atrás y hacia el cementerio, había caminado en medio de la muchedumbre, lejos de mi padre. Pero cuando la procesión finalmente llegó a la tumba de mi madre, el grupo se esparció y ella quedó bastante cerca de Ernesto Céspedes.

—Se dio vuelta a mirar a la gente varias veces, pero seguro que no me reconoció. El velo me tapaba parte de la cara y, además, Ernesto sólo me vio una vez en la vida y eso fue ya hace más de veinticinco años —explicó mi tía. —Yo creo que te estaba buscando a ti. Sabe que vinimos a Iquique porque el capitán que nos dio los pasajes se lo debe haber dicho, así es que con toda seguridad te estaba buscando a ti.

Antes de volver a Valparaíso, mi tía insistió en que fuéramos a visitar la tumba de mi madre.

—¡Ya basta, Lucía! Te negaste a ir al funeral, ¡así es que lo menos que puedes hacer ahora es visitar la tumba de tu madre! —Me gritó, meneando la cabeza.

Tenía toda la razón. Me armé de valor y partimos al cementerio. El mausoleo donde estaba enterrada mi madre era un palacete pequeño y fastuoso, de mármol blanco con columnas estilo corintio al frente y lo suficientemente grande como para alojar a una familia viva. Tenía una puerta de caoba entre las columnas, la palabra «Céspedes» inscrita con letra gótica en la fachada, e incluso contaba con un precioso jardín de rosas a su alrededor, seguramente trasplantadas del jardín de mi madre en la casa. Obviamente, mi padre había hecho los preparativos para «la vida en el más allá» de su familia, con anticipación y esmero.

El nombre de mi madre y sus datos biográficos estaban inscritos también en letra gótica sobre la muralla al lado izquierdo de la puerta, y a continuación se hallaba el epitafio: «No digas con dolor que ella ya no vive, sino con gratitud que ella sí vivió».

Yo no sentía ni dolor ni gratitud. No sentía nada, fuera del asombro que me causaba tal despliegue de opulencia.

¡Por supuesto que mi padre querría este tipo de legado! El mausoleo representa a Ernesto Céspedes a la perfección—le dije a mi tía, mientras sentía la suavidad del mármol con la palma de la mano.

Pero mi tía no me respondió. Cuando me di vuelta, vi que estaba de rodillas en el suelo. Tiritaba, se había tapado la cara con las manos y sollozaba desconsoladamente. Me quedé helada. Nunca había visto a mi tía Encarnación llorar de esa manera. La abracé, y al palpar su pena, también rompí en llanto, lo que me hizo sentir un gran alivio. Después de todo, yo sí tenía la capacidad de sentir y no me había convertido en una persona dura e indiferente, como me lo temía. Lo que sentí por mi madre en ese momento fue una profunda y genuina lástima.

Llegamos a Valparaíso a fines de septiembre y la primavera ya había tapizado de flores la ciudad. Mi tía volvió a su trabajo de

inmediato, pero yo me quedé en casa unos días más. Desde que me había puesto a llorar en Iquique, me saltaban las lágrimas por cualquier cosa: recuerdos de Mercedes y nuestra vida familiar en Tacna, antes de que todo se fuera al carajo; mis días de soledad y tristeza en Iquique; destellos de la sonrisa de mi madre, su pelo, sus elegantes tenidas y mi anhelo de ser como ella; Manuel y la señorita Asunta. Detestaba sentirme así; en verdad, me ponía furiosa, pero no lo podía controlar.

No quería agobiar a mi tía con mis penas, la muerte de su hermana había sido un golpe duro para ella, pero ninguna de mis amigas conocía mi historia completa, así es que no tenía con quién conversar. Había llegado la hora de reencontrarme con Pilar.

Nos habían llegado rumores de que Marcos había resultado ser un canalla, que la había abandonado cuando ella se había quedado embarazada, así es que Pilar había regresado a Valparaíso, vivía con sus padres y trabajaba en la panadería. Mi tía había insistido en que la fuera a ver, a conocer a su hijita, a reanudar nuestra amistad. Pero mi corazón se había negado rotundamente. Con todas mis ganas quería creer que había superado nuestra ruptura, pero de sólo pensar en ver a Pilar me convertía en un atado de nervios. ¿Y si todavía estaba enamorada de ella? ¿Y si ella había cambiado tanto que ni se parecía a los lindos recuerdos que tenía de nuestros años juntas? ¿Y si me trataba con indiferencia? Ahora estaba preparada para tomar el riesgo y encontrar las respuestas a mis preguntas.

Una tarde soleada y cálida partí a la Panadería Castillo. Pilar estaba detrás del mostrador atendiendo a la multitud de clientes que repletaba el negocio. Era la hora de once y las hornadas de pan batido, hallullas, alfajores y kuchen de manzana acababan de salir. Me quedé parada detrás de la clientela y la observé. Me temblequeaban las rodillas y me ardía la cara. Pilar había cambiado, pero para bien. Estaba más hermosa que nunca, y su simpatía y calidez seguían iguales que antes. Se sabía los nombres de todos sus clientes, además de sus preferencias y los pequeños detalles de sus vidas.

—¿Lo mismo de siempre, Señora Elena? Espero que su mamá esté mejor, señorita Yoli. Y Miguelito, ¿salió bien de ese examen de matemáticas que la tenía tan afligida, señora Adela?

Quedaba sólo un par de personas en la panadería cuando Pilar me vio. Mientras se sacaba el delantal y la malla que le sujetaba el cabello, llamó a alguien para que la reemplazara. Su indomable melena se liberó, le enmarcó la cara y le cayó sobre los hombros. Abrió la puertecilla del mostrador y salió a saludarme con una gran sonrisa en la boca y lágrimas en los ojos.

Nos abrazamos por largo rato.

—Vamos a tomarnos un tecito —dijo por fin, apuntando a una escalera que subía a la casa de los Castillo.

Su hija Alexandra andaba de paseo con sus abuelos, así es que estábamos a solas. Los primeros momentos fueron incómodos, pero en verdad no nos demoramos nada en dejar atrás las nimiedades. Me contó el cuento completo del huevón de Marcos y de lo estúpida que había sido ella al creerle todas sus mentiras. Yo le conté de la muerte de mi madre, de mi vida con mi tía y mi academia.

—¿Y tu vida amorosa? —Me preguntó de sopetón.

—No tengo una vida amorosa —le respondí, poniéndome colorada.

—¡¿Cómo que no tienes una vida amorosa?! ¡No me digas que en todos estos años nadie se ha enamorado de ti! —Bromeó.

—Bueno… He tenido *un*-un par de *po-po*-pololos, pero nada serio —tartamudeé. —Pero no, no me he vuelto a enamorar.

Me miró en silencio por un momento antes de hablar.

—No sabes cuán apenada he estado por todo lo que pasó, Lucía. En ese tiempo yo era tan… inmadura… una estúpida de mierda, en verdad. Muchas veces estuve a punto de ir a tu casa, pero he tenido tanta vergüenza que… Perdóname, Lucía.

—No hay nada de qué avergonzarse ni perdonar, Pilar —le respondí. —Te enamoraste de otra persona y, como dice mi tía, «rara vez el amor dura para siempre».

—Pero te debería haber escrito, Lucía. Debería haberte contado lo que me estaba pasando, conversado contigo, tal como lo habíamos hecho tantas veces. ¡Por la misma mierda, no te merecías saber de Marcos por boca de mi madre! —Exclamó, parándose y meneando la cabeza.

—Necesito tu ayuda, Pilar. Por eso vine a verte —le confesé.

—¡Pero claro, mujer! Cuéntame qué pasa y haré todo lo posible por ayudarte —respondió, sentándose de nuevo.

—Creo que las experiencias… penosas que viví cuando niña me están penando. No puedo parar de llorar. Todo me hace llorar. Me siento débil y tonta… Pero me acuerdo perfectamente de esas experiencias; son parte de mi yo consciente —le dije. —¿Habrá algo escondido en mi subconsciente? ¿Estoy padeciendo de una neurosis o de histeria? ¿Qué crees tú, Pilar? —Le pregunté. Yo había leído a Freud y Reich, y sus teorías me parecían sensatas.

—Con eso no te puedo ayudar, cabrita. No sé ni un carajo sobre el consciente, el subconsciente y el no-sé-qué «sciente». Lo que sí sé es que desde niña has estado acarreando mucho dolor —dijo, parándose, posando su mano sobre mi pecho y mirándome a los ojos. —Cualquiera estaría neurótico o histérico si le hubiera pasado todo lo que te pasó a ti, ¡incluidos Freud y Reich! —Agregó, paseándose por la sala y agarrándose la cabeza con ambas manos.

No pude sino sonreír. Pilar no había cambiado ni una pizca. Seguía siendo tan dramática y apasionada como siempre. Se paseó un momento más y finalmente se sentó a mi lado.

—Lucía, yo creo que la muerte de tu madre y el viaje a Iquique revolvieron el menjunje de sentimientos que ha estado escondido ahí dentro durante todos estos años —dijo, apuntando a mi pecho. —En mi humilde opinión, lo único que necesitas es conversar con alguien, alguien que te escuche y te comprenda. No tu tía, sino otra persona. ¡Necesitas una amiga, mujer! —Continuó, con los ojos llenos de lágrimas. —Nada me complacería y honraría más que volver a ser tu amiga, Lucía —concluyó. La voz le temblaba.

—A mí también me encantaría volver a ser tu amiga, Pilar —le susurré.

# Manuel

## *Septiembre, 1938*

## *Iquique y Valparaíso*

En 1926, el general de ejército Carlos Ibáñez del Campo, admirador de Mussolini, traficante del poder y escoria populista que había servido como ministro de Defensa durante la masacre de La Coruña, se las arregló para llegar a la presidencia de la república. Entonces, la guerra encubierta que le había estado haciendo a los trabajadores y sus organizaciones se convirtió en un ataque frontal contra cualquiera que no estuviera de acuerdo con su ideología fascista. Gran cantidad de dirigentes comunistas y anarquistas fueron encarcelados en unas islas desérticas a cientos de kilómetros de la costa.

Unos años después, el Señor Bacic me llamó a su oficina y me dijo:

—Llegó la hora de que te conviertas en un periodista de verdad, Tamarugo. Tienes que seguir escribiendo tus crónicas porque ésas nos ayudan con las ventas, pero estás listo para seguir adelante y agregarle nuevas herramientas a tu maletín de reportero.

El fascismo y el nazismo estaban avanzando en Europa Occidental, mientras la Unión Soviética consolidaba su control sobre Europa Oriental y dictaba lo que podían pensar y decir los partidos comunistas

en todo el mundo. Me puse a leer todo lo que pude y a escuchar las transmisiones internacionales por onda corta. Respecto a mis artículos, había logrado ingeniármelas para decir lo que quería sin traicionar la verdad o esquivar los temas importantes. Trataba de hacer mi trabajo con integridad, tal como me había enseñado el Señor Bacic, pero asegurándome de no cortarme el propio cogote.

Bastante a menudo Ernesto Céspedes salía en las noticias. Cada vez que lo ascendían, la prensa burguesa se ocupaba de publicar una entrevista obsequiosa en la que él hablaba descaradamente de su papel en la persecución de los bolcheviques y la preservación de una patria «limpia y pura». Su esposa salía en la sección de los periódicos dedicada a la vida social prácticamente todas las semanas: brindando con el cónsul británico, organizando desfiles de moda, recolectando mercadería para un orfanato… Nunca vi a Lucía en esas fotos.

Poco después del incidente en Pampa Nueva y la desaparición de mi tía Asunta, yo había ido al Saint George para interceptar a Lucía a la salida del colegio. Pero no se apareció nunca y no me atreví a preguntar por ella, yo no era sino un pampino de piel oscura en territorio prohibido y lo más probable es que alguien habría llamado a los pacos. También la busqué en la playa, pero no andaba por ninguna parte. Cuando les pregunté por ella a los pescadores y a los otros muchachos, me dijeron que hacía tiempo que no la veían.

No estoy seguro por qué la quería encontrar. Cuando habíamos descubierto que era la hija de Ernesto Céspedes, yo había sentido rabia y hasta odio por ella, pero finalmente había llegado a la conclusión de que Lucía no era la responsable de la desaparición de mi tía Asunta. Luego de considerarlo una y otra vez, mi mamá y yo habíamos deducido que lo más factible era que las fotos que los supuestos «reporteros» habían tomado en Pampa Nueva habían llevado a los secuaces de Céspedes a la casa y a la escuela de mi tía; entre tantos pampinos, la pobre debe haber sobresalido como un farol con su piel blanca y sus ojos azules. En ese entonces yo había dicho que quería encontrar a Lucía para sacarle la mugre a golpes y vengar su traición. Pero eso era sólo mi fanfarronería juvenil. En verdad, era la curiosidad la que me estaba matando. Quería descubrir

sus secretos, saber qué había dicho en esa carta que había metido debajo de la puerta, por qué había querido hacerse amiga nuestra. Pero nunca la encontré.

El gobierno de Carlos Ibáñez del Campo sólo duró unos pocos años. Así como la economía se deterioraba, él empezó a perder apoyo popular y grandes sectores de las Fuerzas Armadas también le dieron la espalda, incluido el ahora Brigadier General Ernesto Céspedes. Por fin, Ibáñez se vio obligado a presentar su renuncia, la que derivó en unos meses de caos político y desorden en general. Finalmente, se hicieron elecciones, las que llevaron a la presidencia Arturo Alessandri, el candidato de la derecha tradicional. Tan pronto había tomado posesión del cargo, Alessandri promovió a Céspedes a General de división, instalándolo así a pocos pasos del rango más alto en el escalón militar. La predicción era que en cinco años Ernesto Céspedes sería nombrado General en jefe de las Fuerzas Armadas de Chile.

El diario nacional *El Mercurio*, cuyos dueños eran miembros de la burguesía y la oligarquía, publicó un extenso artículo sobre Céspedes y su meteórica carrera. El periodista alabó su inteligencia y dignidad, su inquebrantable lealtad a los valores superiores de la patria y, sobre todo, su capacidad para defender la democracia chilena y refrenar las fuerzas internacionales del comunismo y el anarquismo.

Hasta entonces, todos los artículos y programas radiales habían insinuado que en 1925 Céspedes había sido transferido a Iquique desde su Santiago natal. Pero la nota en *El Mercurio* mencionaba su «servicio a la patria» en Tacna, una ciudad que había sido ocupada por Chile por cuarenta y cuatro años, antes de ser devuelta al Perú hacia finales de la década de los años veinte.

El pasquín *El Bocón* indagó en el pasado de Céspedes y sacó a la luz una buena cantidad de basura. Según ellos, el hombre había tenido una amante en Tacna, su mujer había sido una prostituta elegante en Santiago y su hija se había convertido al comunismo y ahora era una bailarina estrambótica. Incluso publicaron una foto antediluviana y borrosa de Antonia de Céspedes ataviada de un traje diminuto, estrecho y descotado, y otra foto reciente de Lucía saliendo

de un edificio en el centro de Valparaíso, donde supuestamente tenía una academia de danza.

—¿Qué había estado haciendo Céspedes en Tacna?

—Seguramente estaba participando en la masacre de peruanos de 1925 —dijo el señor Bacic.

—¡¿Qué masacre?! —Pregunté, alarmado.

El señor Bacic apagó su cigarrillo entre las docenas de colillas que ya rebalsaban su cenicero, sacó otro del bolsillo de su camisa, tomó una caja de fósforos del escritorio, lo prendió, le dio un par de pitadas, se sirvió otro vasito de pisco y tomó un sorbo.

—Siéntate, Tamarugo —me ordenó, apuntando a la silla frente a su escritorio. —No hay necesidad de tanto nerviosismo. Yo me había estado paseando impacientemente por el cuarto. Iba a haber un plebiscito en el que los ciudadanos de Tacna iban a decidir si querían que la ciudad siguiera estando en manos de Chile, o que fuera devuelta al Perú. Ese plebiscito daría cumplimiento a una de las condiciones en el tratado de paz que habían firmado los dos países al final de la Guerra del Pacífico. El Ejército chileno y las llamadas Ligas patrióticas procedieron entonces a asesinar a más de mil peruanos para impedir que votaran en el plebiscito; el plebiscito que nunca tomó lugar.

—No tenía idea —balbuceé, sentándome.

—No me sorprende en lo absoluto. Prácticamente nadie lo sabe. En ese tiempo yo trabajaba para *El Sol* de Iquique y recibí una carta de un colega limeño. Alguien le había dicho que yo podría estar interesado en escribir un artículo sobre los sucesos en Tacna. Habían desaparecido familias enteras, pero la versión oficial de parte de las autoridades chilenas era que se habían ido de la ciudad. Resultó que habían sido masacradas. Nadie se habría enterado, a no ser porque las lluvias en la cordillera causaron la crecida del río Caplina, el que bajó por la quebrada como un torbellino gigantesco que arrasó con todo, exhumó los cuerpos de las víctimas que habían sido enterrados río arriba y los arrastró hasta llegar a la ciudad.

—Escribí el artículo, pero me amordazaron. Mi jefe no me lo aceptó y cuando se lo mandé firmado con un seudónimo a unos

cuantos periódicos y revistas en Santiago, nadie se atrevió a publicarlo. Sólo un par de amigos en la FOCH lo leyeron y escribieron un par de párrafos para su diario mural. Eso fue todo lo que pudieron hacer porque en esos días estaban hasta la coronilla con la huelga general y la masacre de La Coruña —me explicó el señor Bacic.

A mí, la mente me estaba por explotar. Ése era el secreto de Lucía. Ella sabía que su padre había tomado parte en la masacre.

—Tenemos que entrevistar a Lucía Céspedes —dije, parándome como un resorte. —Llegó la hora de denunciar al desgraciado. Es un asesino en masa. Eso es lo que es.

—¿Su hija? ¿Por qué íbamos a querer entrevistar a su hija? —Preguntó el señor Bacic.

Le conté la historia completa.

—Mmm… Interesante. ¿Por qué no me lo habías contado antes, Tamarugo? —Me preguntó, mirándome por encima de los anteojos y sosteniéndome la mirada.

Tuve que pensarlo.

—Supongo que me daba vergüenza. No quería que nadie supiera que la hija de Ernesto Céspedes se había hecho amiga mía y de mi familia —le respondí.

—Entiendo —dijo el señor Bacic, acomodándose los anteojos.

Le pedí a un colega en Valparaíso que ubicara la academia de Lucía y me mandara la dirección. Unos pocos días después me dejaron viajar en un barco de carga a cambio de trabajo. Esta vez me contrataron en el acto y nadie cuestionó mi capacidad para embarcar y desembarcar mercadería.

Luego de parar en Tocopilla, Antofagasta, Chañaral y Coquimbo, llegamos a Valparaíso en la tardecita de un día de lluvia y viento. Partí a la Academia de Danza Contemporánea Lucía Céspedes en la Avenida Pedro Montt, y claro, ahí estaba ella, danzando con un grupo de muchachas, todas vestidas con túnicas blancas de tul.

Lucía todavía tenía el aspecto de niña rica que yo recordaba: alta, espigada, una cara esculpida, un par de tremendos ojos azules y una melena color miel que le caía por la espalda como una cascada. Indudablemente, era el ejemplo perfecto de la belleza angelical.

Sus directrices y otras frases que les decía a las alumnas me sonaron de lo más ridículas: «Mécete en el aire cristalino como una hoja dorada recién desprendida del árbol». «Eres una rosa blanca que abre sus pétalos al mundo». Pero la verdad es que las muchachas y la misma Lucía se veían bonitas flotando por el cuarto con sus túnicas blancas. Obviamente esto era lo que los expertos llamaban «danza contemporánea». Decidí que parecía interesante; mucho más que unas cuantas mujeres-avestruces con las piernas tiesas yendo de aquí para allá en puntas de pies sobre un escenario.

Lucía no me vio hasta que había terminado la clase. Se demoró un poco en reconocerme, pero cuando lo hizo, abrió los ojos de par en par y se sonrojó. Yo también estaba un tanto nervioso, pero en lo que me demoré en cruzar el cuarto, los dos habíamos recuperado la compostura. Cuando me extendió la mano y me sostuvo la mirada, finalmente pude bajar la guardia. Parte de mí todavía tenía dudas sobre sus acciones en 1925, pero cuando me miró con esos ojos azules, lo único que vi fue sinceridad; clara y pura como el cielo de la pampa.

Caminamos por la Avenida Pedro Montt en silencio. A nuestro alrededor, los paraguas luchaban valerosamente contra la ventolera, los niños se escapaban de las manos de sus madres y brincaban en las pozas dando chirridos de gozo, los oficinistas hacían esfuerzos infructuosos por proteger sus preciados trajes tapándose los hombros con hojas de periódico y las secretarias pasaban a las carreras con sus tacones altos pasados de agua y sus costosos abrigos, empapados.

—¿Cómo me encontraste? —Me preguntó por fin.

—Un colega aquí en Valparaíso me averiguó la dirección de tu academia —le respondí.

—¿Un colega? —Preguntó.

—Un periodista. Yo soy periodista —le contesté.

—¡Qué interesante! —Comentó. —Yo pensé que ustedes se habían ido de regreso a La Coruña.

—No, nos quedamos en Iquique.

—¿Y cómo supiste que yo tenía una academia? —Preguntó entonces.

—Por *El Bocón* —le respondí.

—¡¿Quién es el bocón?!

Me largué a reír. Lucía me miró, confusa y divertida a la vez. Le expliqué que *El Bocón* no era una persona, sino un pasquín dedicado a propagar chismes.

—Desenterraron cierta basura sobre… tu padre… y la publicaron hace un par de semanas —le expliqué.

Quería andarme con cuidado, así es que no le revelé que también habían dicho que ella era comunista y su madre había sido prostituta cuando joven.

—¿Qué quieres decir con «basura»? —Preguntó.

—Que tenía amantes, ese tipo de cosas…—le contesté, con la mayor naturalidad posible.

—Y que yo tenía una academia de danza en Valparaíso —continuó ella.

—¿Cómo fue que te viniste a vivir a Valparaíso? —Le pregunté, antes de que ella me siguiera preguntando sobre el artículo en *El Bocón*.

—Mi padre quiso sacarme de Iquique —contestó. —Yo les había escrito una carta… a ti y a…

—Sé de esa carta —le dije. —Los vecinos me contaron que la habías metido debajo de la puerta.

—No te imaginas lo angustiada que estaba por lo que pasó en Pampa Nueva. Me sentía como una traidora… y supongo que de alguna manera sí los traicioné… a ti y a tu familia. En la carta les explicaba lo que mi padre había hecho antes de irnos a vivir a Iquique… En Tacna…

—También sé de lo que pasó en Tacna —le dije.

Se paró en seco y me miró. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿Por eso viniste a Valparaíso? ¿Para preguntarme sobre Tacna? —Preguntó, pasándose las manos por las mejillas húmedas. La emoción le había enronquecido la voz.

—Sí —le respondí. —Quiero sacar a luz todas las barbaridades que ha cometido Ernesto Céspedes. Pero más importante aún, quiero asegurarme de que sea juzgado y castigado por sus actos.

A esas alturas habíamos llegado al Marco Polo en la Calle Las Heras, el restorán que Lucía había propuesto para la cena. Estaba

repleto de gente. Ya habíamos decidido ir a buscar un lugar más tranquilo cuando la dueña nos llevó a una mesa emplazada contra un rincón y procedió a correr una cortina floreada que convirtió el espacio en un pequeño cubículo de lo más privado. Los dos nos largamos a reír al mismo tiempo ante el ingenio de la señora.

Pedí una botella de Undurraga Viejo Roble y una paila marina. Lucía, un caldillo de congrio. Me contó que le hacía recordar su viaje de Iquique a Valparaíso en 1925. Yo le conté que lo único que me habían dado de comer a mí durante mi viaje de Iquique a Valparaíso había sido porotos con riendas. De nuevo nos largamos a reír al unísono.

Guardamos silencio por un rato. Finalmente, ella me preguntó:

—¿Qué quieres decir con eso de que Ernesto Céspedes sea juzgado y castigado por sus actos?

—El gobierno peruano quiere extraditarlo al Perú y hacerle un juicio por la masacre de 1925 en Tacna. Pero para que eso suceda, primero hay que hacerle un juicio de extradición en Chile. Entonces se necesita recolectar la mayor evidencia posible para presentársela al sistema judicial chileno —le respondí. —Justamente en estos días, el señor Bacic, mi jefe, y sus colegas peruanos están en conversaciones con las autoridades pertinentes.

—¡Qué bueno sería, ¿no?! —comentó Lucía.

Llegó el vino. Brindamos por nuestro encuentro. Le ofrecí mis condolencias por el fallecimiento de su madre, le conté que había ido al funeral con la esperanza de verla a ella, pero no la había encontrado.

—Fui a Iquique, pero no al funeral —dijo, meneando la cabeza. —Sencillamente no me sentí capaz de volver a caminar por las calles de Iquique o de ver a mi padre. Me había mandado un telegrama avisándome que mi madre estaba grave, pero llegué al hospital media hora después de que falleciera.

Estiré la mano y tomé la suya.

—Eso debe haber sido muy penoso para ti… —le dije.

—Sí y no —respondió con un suspiro.

—La verdad es que yo no quería a mi mamá, Manuel. Le tenía lástima, pero no la quería —dijo. Se le humedecieron los ojos.

Le apreté la mano. Sonrió con tristeza.

—¿Cómo está tu mamá? —Preguntó entonces, reemplazando la sonrisa triste por una curiosa.

Se me apretó la garganta.

—Mi mamá falleció hace tres años… de tuberculosis. Acababa de cumplir cuarenta y dos años —le contesté al fin. Todavía me costaba hablar de eso. Los recuerdos que tenía de su larga enfermedad no eran para nada agradables.

—¡Ay, no! —Exclamó.

—En verdad nunca se recuperó de lo que pasó en La Coruña. De hecho, cuando tú la conociste ya había bajado mucho de peso y había perdido sus ansias de vivir. La tuberculosis ataca a los más débiles, así es que ella se había convertido en la candidata ideal.

—No sabes cuánto lo siento, Manuel. Tengo recuerdos muy gratos de tu mamá… Pero supongo que tu hermano y tu hermanita están bien, ¿no? —Preguntó.

—¡Ah, sí! ¡Ellos sí! Y mi abuelita también está bien, aunque ya va llegando a los setenta. Nos fuimos a vivir con ella cuando nos tuvimos que ir de la casa de la tía Asunta. No has preguntado sobre ella, así es que supongo que sabes que desapareció —le dije.

Asintió con la cabeza.

—Sí sé. Cuando fui al edificio de la FOCH a preguntar por ella, las otras mujeres me contaron. Bueno, en verdad no me contaron, sino que me acusaron de ser la culpable de que los militares se la hubieran llevado. Entonces las colegas de mi tía Encarnación en Iquique lo confirmaron. Yo vivo con ella. Con mi tía Encarnación. Ella también es profesora, como tu tía Asunta… Pobre señorita Asunta. Otra víctima de los crímenes de mi padre —dijo con un dejo de tristeza en la voz.

—¿Qué sentimientos tienes hacia tu padre, Lucía? —Le pregunté entonces.

No se demoró nada en contestar.

—Lo odio —dijo, retirando la mano de la mesa. —Sabes tan bien como yo que es un asesino.

Estábamos terminando de comer.

—Vamos a mi casa, Manuel —propuso entonces. —Ahí podemos seguir conversando con toda tranquilidad. Además, me gustaría presentarte a mi tía.

Tomé la cuenta y me estaba aprestando a pagar, cuando escuché que Lucía le decía a la mesera:

—Esto debería cubrir mi parte. Él va a pagar la suya.

—¡Lucía! —Exclamé.

—Está bien, Manuel. Conmigo no tienes que jugar el papel de caballero. Estoy acostumbrada a pagar mis propios gastos —dijo y empezó a salir del restorán.

Puse unos cuantos billetes sobre la mesa y la seguí. Por cierto, se había convertido en una mujer independiente y muy dueña de sí. Mientras subíamos el cerro, me preguntó:

—¿Eres anarquista, como tu mamá y tu tía?

—¡Por supuesto! Y tú eres comunista —le dije.

Se detuvo y me quedó mirando.

—Sí, soy comunista. ¿Cómo supiste? —Preguntó y siguió caminando.

—Al parecer las fuentes de información de *El Bocón* son confiables —le dije.

—¡¿Qué?! ¡¿El artículo también mencionó que soy comunista?! —Exclamó, alarmada.

—Sí, pero no te angusties, Lucía —le contesté. —Esos pasquines son como picaflores. Cambian de rumbo a cada rato porque siempre andan al acecho de nuevos chismes. Tu padre dejó de ser noticia el mismo día que publicaron esa porquería y no les va a volver a interesar hasta que vuelva a subir de rango y se convierta en el general en jefe a nivel nacional.

Su tía quedó estupefacta cuando Lucía se apareció en su casa conmigo.

—¡¿Qué?! ¡¿Éste es Manuel?! ¡¿El Manuel que conociste en Iquique?!

Nos sentamos a tomar una taza de té. Les conté lo que había pasado con mi tía Asunta y cómo me había conseguido el trabajo en *El Nortino*. Se alegraron de saber que Moncho era dirigente sindical

en el puerto de Iquique y que Rufina estaba en su último año de la secundaria y era una excelente alumna.

Finalmente les expliqué por qué había venido a Valparaíso.

—Lucía, ahora creo entender por qué nunca nos quisiste decir nada cuando venías de visita a nuestra casa. Mi sospecha es que viste algo o supiste algo sobre la masacre de peruanos en Tacna.

Asintió con la cabeza y empezó a hablar. Yo tomé notas, le hice preguntas e insistí en que me contara hasta el más mínimo detalle. Su testimonio de los sucesos en el río y en el tren no podría haber sido más sólido. Traté de ponerle trampas a ver si titubeaba o se contradecía, pero no flaqueó y su historia no cambió.

—Tu testimonio es tremendamente valioso, Lucía —le dije. —Los tribunales chilenos no le harán nunca un juicio a tu padre por la masacre de La Coruña. En ese caso, Céspedes estaba procediendo a nombre del gobierno de Chile, el que había declarado estado de sitio un par de días antes. Así que estaba protegido por la ley marcial. Pero Tacna es diferente. Aunque también estaba actuando a nombre del gobierno chileno, en ese caso estaba asesinando extranjeros, no chilenos.

—Si logramos que Ernesto Céspedes sea extraditado al Perú, moriré en paz —me había dicho el señor Bacic antes de que yo partiera de Iquique.

—Jefe, ¿por qué no jubila en vez de morirse? —Le había dicho yo, medio bromeando, pero también con toda seriedad.

Por un tiempo el señor Bacic había estado sufriendo de dolores en el pecho y su médico le había dado órdenes de quedarse en casa y descansar. Claro que también habría sido una buena idea que dejara de fumar y tomar tanto pisco, pero como era de esperarse, el señor Bacic no le había hecho el más mínimo caso al doctor; había seguido trabajando día y noche, fumando como chimenea y bebiendo como un pez.

—Sí, Manuel. Sí sé. Ya estoy demasiado viejo para estos trajines, ¿no? Pero antes de jubilarme tengo que asegurarme de que Céspedes sea extraditado al Perú. Entonces, te prometo que me jubilaré —dijo.

Ahora nos tocaba a Lucía y a mí hacer nuestra parte.

—Lucía, ¿puedes viajar conmigo a Lima? —Le pregunté sin rodeos. —Tu testimonio será crucial y las autoridades peruanas tienen que oírlo de tu propia boca.

Lucía abrió unos tremendos ojos.

—No sé… La academia… —dijo, mirando a su tía.

—Le puedes pedir a alguien que te reemplace, Lucía. Manuel tiene toda la razón. Tu testimonio es crucial —le dijo la tía Encarnación.

Dos días después estábamos a bordo del Siete Mares, rumbo a Lima.

# Lucía

*Septiembre – octubre, 1938*

*Valparaíso y Lima*

Le dije que quería hacerle el amor. Cuando lo había visto apoyado contra el marco de la puerta a la entrada de mi estudio, empapado de lluvia hasta los tuétanos, me había invadido una honda y fuerte nostalgia.

Todavía era bajo y delgado, sólo una versión un poco más grande del Manuel que yo había conocido en Iquique. Su cara curtida por el sol lo hacía aparecer mayor de lo que era, pero sus ojos seguían siendo los mismos que yo recordaba: vivaces y de mirada penetrante. Y cuando había atravesado la sala con esa manera cimbreante de caminar que yo había encontrado tan peculiar y seductora en Iquique, me habían dado unas ganas tremendas de recibirlo con un abrazo fuerte y cálido. Mi arrebato no tenía nada que ver con el sexo. De eso estaba segura. ¿Qué era, entonces?

Por trece años había hecho todo lo posible por olvidarme de Manuel y mi pasado. Ahora, como por arte de magia, él se había aparecido en mi puerta y, al verlo, me había dado cuenta de que en verdad siempre lo había llevado metido dentro, entretejido con mis

recuerdos de Tacna, Mercedes, el río Caplina, el tren, Iquique, la señorita Asunta, la playa, su familia. ¿Qué había hecho él con sus recuerdos? ¿Cómo había logrado seguir viviendo después de todo el horror que había padecido?

Quería saber. Quería encontrar las respuestas bajo su piel y en los recodos de su cuerpo. Era la noche de nuestro primer día en altamar; recién habíamos terminado el postre y estábamos sentados frente a frente en la punta de una mesa común. Me incliné, me puse las manos a sendos lados de la boca y susurré:

—Manuel, te quiero hacer el amor.

Se quedó mirando el plato de postre vacío y sonrió con esa sonrisa chueca que tenía.

—No creo que sea una buena idea —dijo por fin, mirándome a los ojos. —¡No te equivoques! Eres muy bella, Lucía… pero no podemos dejar que nuestro… esto… nos distraiga. Si las autoridades peruanas se dan cuenta de que somos amantes, nuestra credibilidad se verá comprometida. La mía, como investigador, y la tuya, como la testigo principal —agregó.

—Así es que ya no eres el muchacho impetuoso que se lanzó al mar a sacarle una artesa a su mamá —le respondí, sonriendo.

Se largó a reír.

—Supongo que no. Al parecer aprendí bien la lección.

El ambiente se puso denso.

—Miguel, ¿eres casado? —Le pregunté entonces. ¿Cómo no se me había ocurrido antes?

De nuevo se largó a reír.

—¡Yo no creo en instituciones burguesas, Lucía! —contestó.

—¿Pero tienes una compañera? ¿Estás enamorado? —Insistí.

Se puso pensativo y se demoró en contestar.

—No, no estoy enamorado. La verdad es que nunca he estado enamorado. Hace mucho tiempo creí estar enamorado, pero mi corazoncito no se demoró nada en mejorarse, así es que seguro que no —dijo, sonriendo.

—¿Quién era ella? —Quise saber.

—Una prostituta —contestó.

Su respuesta me sorprendió.

—¡Una prostituta!

—Sí, se llamaba Minerva. Tenía quince años, igual que yo, y básicamente era la esclava de la madama que la había recibido en el burdel cuando la chica se había escapado de su casa. De puro pensar en que Minerva se acostaba con otros hombres, yo me desesperaba. Así que la convencí de que se arrancara del burdel conmigo. Les dije a mi mamá y a mi abuelita que quería que Minerva se fuera a vivir con nosotros y luego de mucha discusión, dijeron que sí. Después de todo, la muchacha era pobre y una víctima de los males del sistema, yo estaba enamorado de ella y Minerva podía cooperar con las tareas domésticas y ayudarle a lavar ropa a mi mamá. Al fin y al cabo, Minerva me acusó a su «mamita», como le decía a la madama, y la noche que la fui a buscar, el guardia de seguridad me sacó la mierda mientras Minerva y la vieja bruja observaban el espectáculo impasiblemente. Ésa fue la última vez que puse un pie en un burdel —explicó, riéndose.

—Y la última vez que estuviste enamorado —agregué yo.

—La última vez que quizás haya estado enamorado —me corrigió, riéndose otro poco.

—¿Y tú, Lucía? Sé que no estás casada, pero ¿estás enamorada? ¿Tienes novio? —Preguntó.

—No, no tengo novio —le contesté. —Sobre estar enamorada… Mmm… No sé. Puede ser que esté enamorada de la misma persona con la que tuve un romance hasta hace unos tres, cuatro años. Quizás —le respondí. Desde que la había visitado en la panadería, había estado viendo a Pilar casi a diario. ¡Era tan fácil estar con ella! Me conocía bien y me entendía. Además, era fuerte… y habilosa… y hermosa. —¡Es tan hermosa! —Dije en voz alta.

—¿Hermosa? ¿Dijiste «hermosa»? —Preguntó, sorprendido.

Sonreí. ¡Claro que se iba a sorprender!

—Sí. Hermosa. Su nombre es Pilar Castillo y es española, como tu tía Asunta, pero no de Cataluña. Es de Madrid y vino a Valparaíso con sus padres hace años, huyendo de la dictadura de Primo de Rivera —le expliqué.

Manuel se demoró un rato en volver a hablar.

—No entiendo nada —dijo por fin. —Si a ti te gustan las mujeres, ¿por qué quieres acostarte conmigo?

Estaba genuinamente confundido.

—No sé, Manuel. No es que a mí «me gusten las mujeres». Me enamoré de Pilar cuando tenía quince años. Unos años después ella me dejó porque se enamoró de un hombre. Ahora reanudamos nuestra amistad y al parecer nos estamos enamorando de nuevo. Eso es todo —le dije.

—¡Ah! O sea que a ti también te gustan los hombres —concluyó.

—Bueno, después de Pilar, sí tuve un par de pololos, pero no me volví a enamorar —le dije.

—¿Cómo sabes que no te volviste a enamorar? —Manuel preguntó entonces.

Su pregunta me desconcertó. ¿Cómo podía ser que este hombre hecho y derecho no supiera lo que era enamorarse? ¿Me estaba tomando el pelo? Pero entonces me di cuenta de que su pregunta era genuina.

—Lo supe porque mi conexión con esos hombres no se parecía en nada a lo que había sentido por Pilar. Ella y yo habíamos sido amigas, confidentes, amantes, todo. Nadie era más linda que ella. Y ella tenía los mismos sentimientos hacia mí. Nuestros cuerpos eran una fuente de placer, sosiego, intimidad. ¡Éramos tan unidas! Podíamos pasar horas conversando… Con ella, yo me sentía completamente segura. Fuera de mi tía, ella fue la única persona a la que le conté de mi pasado.

Todavía estaba inmersa en la nostalgia, cuando escuché a Manuel decir:

—Yo nunca he tenido una persona como ésa en mi vida. Sólo aventuras amorosas, supongo. Pero nadie a quién contarle mis cosas… Nadie en quién confiar. Nunca he tenido un verdadero amigo… o amiga.

—¿Por qué, Manuel? ¿Por qué crees que no te has enamorado de nadie? —Le pregunté.

Se tomó su tiempo.

—No sé. Quizás porque no creo que haya nadie que comprenda todo lo que me ha sucedido en la vida.

—Te entiendo… Y creo que la razón por la que quiero hacerte el amor, es porque quiero saber de qué estás hecho. Quiero saber cómo has podido sobreponerte a tanto dolor —le dije. —¿Cómo, Manuel? ¿Cómo has logrado vivir con tanto dolor dentro?

—No sé, Lucía. Sólo le he *echa'o p'alante*. Eso es todo.

Nos paramos al mismo tiempo y nos encontramos a medio camino. Yo puse la barbilla sobre su cabeza, él ocultó la cara en mi hombro, y nos dimos un abrazo profundo y sentido. Sentí que el cuerpo se me derretía. Nos habíamos encontrado después de todos esos años de ausencias. Un hombre y una mujer de orígenes dispares pero ligados por el dolor y un enemigo común: mi padre y todo lo que él representaba.

—Te busqué y te busqué en la playa y por todo Iquique. Te esperé a la salida de tu escuela, pero no te volví a ver. Quería encontrar tu casa, pero me dio miedo acercarme al complejo militar —me susurró al oído. —Me dije que te quería encontrar para sacarte la mierda, pero la verdad es que sólo quería hablar contigo, aclarar la confusión de Pampa Nueva —agregó, besándome el costado de la cabeza.

—Yo también te extrañé, Manuel; a ti, a tu mamá, a la señorita Asunta, Moncho, Rufina, la playa y tu casa, y… Después de todo lo que pasó, me sentía como una traidora, aunque sabía bien que no le había contado nada a nadie sobre ti y tu familia —le respondí, dando un paso atrás para mirarlo de frente.

—Sí sé, sí sé —dijo.

Esa noche no dimos ni una sola pestañada. Nos quedamos en pie, tomándonos unos vinos y conversando. Él quiso saberlo todo sobre mi niñez y yo, sobre la suya. Nuestras respectivas madres fueron temas de conversación. ¿Qué tipo de personas eran? ¿Cómo habían sido sus vidas?

El amanecer nos encontró en la cubierta, arropados en gruesas frazadas de lana. Manuel las había sacado del camarote que compartíamos con otros dos muchachos.

—¡Uf! Menos mal que estamos aquí y no ahí dentro —dijo, apretándose la nariz. —Esos dos se han estado tirando pedos toda la noche —agregó con una risita.

Al otro día, luego de unas pocas horas de sueño, retomamos la conversación. Esta vez empezamos a discutir de política. Le pregunté si iba a votar por el Frente Popular en las próximas elecciones presidenciales.

—No creo en elecciones burguesas —respondió. —Además, el Frente Popular no es sino otro salón de espejos concebido por los poderosos para confundir a la clase obrera.

Su cinismo me irritó.

—¿Qué tiene de malo el programa del Frente Popular? ¿Acaso no te parece bien que haya legislación que favorezca a la clase obrera? ¿No crees en un sistema de salud universal y educación gratuita para todos? —Le pregunté, molesta.

—¡Por supuesto que creo en todo eso! Pero en lo que no creo es en la necesidad de meterse a la cama con la burguesía. ¿Es que la izquierda no ha aprendido nada? ¿Es que realmente cree que la burguesía va a servir los intereses del proletariado? —Dijo, exaltado.

—Es una decisión táctica —le contesté. —No hemos dejado de lado la revolución. Pero ahora tenemos que formar alianzas con los sectores democráticos de la burguesía si queremos derrotar el fascismo.

—Lucía, Lucía. No estás haciendo más que repetir las palabras de tu Camarada Stalin —dijo, con aires de tal superioridad, que esta vez sí me indigné.

—Bueno, para tu información, mi Camarada Stalin tiene razón. En esta coyuntura política, ¡el fascismo es el enemigo! —Le grité.

—¿Y el pueblo soviético también es el enemigo? Mientras Stalin les ordena a sus camaradas en el resto del mundo que esperen porque, según él, este no es el momento de hacer la revolución, él se dedica a matar campesinos, trabajadores e intelectuales en su propio país. ¡Stalin es un traidor! ¡Eso es lo que es! —Me gritó de vuelta.

—Stalin no está matando a nadie. No puedo creer que tú, tú, repitas los rumores que está propagando el imperialismo yanqui —exclamé, exasperada.

Esta vez no me respondió de inmediato. Finalmente dijo:

—Lucía, Stalin está matando a miles, cientos de miles de personas. No es un rumor. Es un hecho —me dijo con voz conciliatoria. —Pero las masacres no están sucediendo sólo dentro de la Unión Soviética. El año pasado, los comunistas españoles le siguieron los pasos a su «padre» o más bien su «dios», y mataron a cientos de anarquistas. Sí, mataron a sus propios camaradas en la lucha contra Franco.

—¿Y cómo lo sabes? —Le pregunté.

—La matanza de anarquistas en España es de conocimiento público. En cuanto a la Unión Soviética, mis contactos en Europa me han informado que algunos intelectuales han logrado escapar y se han atrevido a denunciar lo que está haciendo Stalin.

—¿Cómo sabes que están diciendo la verdad? A lo mejor son agentes del imperialismo —le rebatí.

—No, Lucía. No son agentes del imperialismo. Son revolucionarios, pero no son estalinistas porque Stalin le dio la espalda a la revolución y se convirtió en un dictador sanguinario.

No supe cómo responderle. No le quería creer. Yo era comunista, no anarquista, y la Unión Soviética representaba el tipo de sociedad que nosotros los comunistas queríamos construir en nuestros propios países. Me llevó años llegar a la conclusión de que Manuel tenía la razón. Sí. Cuando las organizaciones de la clase trabajadora hacen alianzas con la burguesía, inevitablemente terminarán siendo traicionadas. Y sí. Stalin había asesinado a cientos de miles de personas y cometido traición contra la Revolución de octubre.

El resto de la semana se pasó volando. Decidimos conversar de cualquier cosa, menos de política. Resultó que nuestros cuentos de vida fueron suficientes para llenar las horas. Mi deseo de hacerle el amor se desvaneció. Sus historias y reflexiones me dejaron verlo de cerca, apreciar su espíritu combativo y comprender el carácter subversivo de su vida. Su destino era morir con todos los demás: su padre, su hermana, los otros que habían sido asesinados en La Coruña y los millones que a través de los siglos habían sucumbido y continuaban sucumbiendo a las miserables condiciones de vida y de trabajo que les imponían los conquistadores, los imperialistas,

las empresas mineras, los terratenientes, los traficantes de dinero, los explotadores, los opresores. Su destino era morir, pero Manuel se había atrevido a vivir.

Nos fue bien en Lima. Nos reunimos con autoridades gubernamentales y yo le di mi testimonio a un juez. Se nos agradeció profusamente nuestra gestión y se nos aseguró que los trámites estaban avanzando de manera expedita. Si todo salía como se esperaba, el juicio de extradición de Ernesto Céspedes en Santiago podría tomar lugar en unos pocos meses.

Nuestra última noche en Lima, celebramos con pisco *sours* y platos celestiales de ají de gallina y cau-cau. Mientras disfrutábamos de unos suspiros limeños, Manuel dejó caer una bomba: no iba a regresar a Chile conmigo.

—La noticia me llegó al día siguiente de llegar a Lima, pero no quise contártela entonces para no distraernos de nuestro objetivo —dijo. —El señor Bacic tuvo un ataque al corazón. Está en recuperación, pero ha decidido cerrar *El Nortino* y jubilarse. Afortunadamente para mí, *Rebelión* me contrató para cubrir la Guerra civil española.

*Rebelión* era una revista de izquierda de gran reputación y alcance internacional, publicada semanalmente en Santiago.

—¡Felicitaciones, Manuel! —Le dije, tratando de fingir compostura, aunque por dentro me había dado una tremenda angustia pensando en cómo iba a sobrellevar el juicio de mi padre sin él a mi lado.

—Perdóname, Lucía. De todo corazón quería estar en Santiago para apoyarte a ti y también para cubrir el juicio —dijo.

Se me había apretado la garganta.

—Todo va a salir bien, Manuel —le dije, tragando fuerte. —El trabajo que vas a hacer es de suma importancia y yo voy a tener todo el apoyo que necesite —agregué, pensando en mi tía y en Pilar. —Cuídate y asegúrate de volver a Chile intacto.

# Manuel

*Noviembre, 1938*

*Barcelona*

Luego de veintisiete días de viaje a bordo del Rimac, un destartalado barco de carga repleto de artesones de mineral de hierro, llegué al puerto de Arcachon en la costa atlántica de Francia, donde tomé un tren a Perpigan, en el Mediterráneo, y otro a Barcelona.

*Rebelión* me estaba pagando los gastos y el señor Carrasco, el editor en jefe, me había dado instrucciones de alojarme en el hotel Palace.

—Es el lugar más seguro en Barcelona y ahí también se está quedando la mayoría de los periodistas extranjeros —me había dicho.

Desde afuera el hotel se veía modesto, pero cuando entré, me encontré en un verdadero palacio.

—¡Mierda! ¡Con razón están en medio de una guerra civil! —Me dije.

Claramente la burguesía no querría desprenderse de este tipo de riquezas: adornos dorados alrededor de todas las paredes y ventanas, lámparas de cristal estilo araña por todas partes (seguramente eran más baratas por docena), y sofás y sillones de terciopelo. Si el señor Carrasco no me hubiera dado la orden de quedarme en ese hotel y

hecho la reserva, me habría dado la vuelta y salido de ahí lo más rápido posible.

La otra razón por la que no me di la vuelta y salí fue porque la vi. Yo estaba parado a la entrada del vestíbulo, adolorido como si me hubiera pasado un tren por encima, maloliente como un chancho, mi bolso de lona en el hombro y seguramente con la boca abierta, con una sed del diablo y a punto del colapso, cuando la vi. Estaba sentada frente a una mesita, manipulando una cámara fotográfica. Tenía las comisuras de los labios un poquito curvadas hacia arriba y me estaba mirando a través del humo de su cigarrillo con ojos sardónicos, como diciendo «Ahí llegó otro pobre huevón».

Llevaba pantalones negros, una camisa negra y botas de combate. Tenía el pelo oscuro y cortísimo, y una ceja única que le cruzaba la parte de arriba de la cara como una declaración de guerra. Pero ese matorral oscuro contrastaba drásticamente con un par de ojos deliciosos y cristalinos como la miel. Una nariz recta y una boca generosa pintada color rojo sangre completaban el rostro de esta mujer insólita.

No sé qué me pasó, pero las siguientes palabras me salieron de la boca:

—¿Te puedo besar?

—Sólo si es urgente —me contestó ella, mirando su cámara.

Me largué a reír. Entonces, mientras le daba una chupada a su cigarrillo, dio vuelta la cabeza y dijo:

—Para tu información, estamos en medio de una guerra. Nadie sabe si va a estar vivo mañana o no. En este preciso instante podría caer una bomba sobre este edificio y matarnos a todos. Así que, si realmente sientes la urgencia de besarme, adelante.

¿Hablaba en serio, o estaba siendo sarcástica?

—Apesto —susurré, sintiéndome más y más estúpido.

—Ya me di cuenta. Pero te aseguro que he olido fetideces peores —me contestó, apagando el cigarrillo en un cenicero y reanudando la inspección de su cámara.

Dejé caer mi bolso y me acerqué a ella con pasos vacilantes. Me arrodillé junto a la silla y le tomé el mentón con la mano. Ella me miró

con sus ojos de miel y vi asomarse una chispa que no tardó en llegar a los míos. Quizás ella también necesitaba un beso urgente. Subimos las escaleras a las carreras y cuando llegamos a su cuarto caímos en la cama en un ovillo de brazos y piernas. Cuando desperté, era de noche. Se escuchaban los ruidos de Las Ramblas al otro lado de la ventana, pero las gruesas cortinas dejaban entrar sólo unos pocos rayitos de luz.

Me dolía todo: la cabeza, la espalda, los pies, hasta el pelo. Cuando prendí la luz, me encontré en una versión pequeña del vestíbulo del hotel: un cuarto con adornos rococó por todos lados y una lámpara de cristal estilo araña colgando de la mitad del techo. Ahí estaba, en pelotas, las últimas horas de mi vida lentamente retornando a mi conciencia, cuando se abrió la puerta de sopetón y entró la mujer de los ojos de miel.

—¡Estás despierto! —Exclamó, mientras extendía la mano derecha y se tragaba el espacio que nos separaba con dos pasos enérgicos.

—Yo soy Rosa Fromm —dijo.

Tímidamente levanté la mano derecha, la que hasta entonces había estado reposando encima de la izquierda, ambas sobre la entrepierna, en un intento por esconder mis partes privadas.

—¿Y tú eres? —Preguntó entonces, mirándome a los ojos.

—Manuel Garay —le respondí.

Me sacudió la mano como si hubiera sido un árbol de manzanas, mientras yo seguía tratando, sin éxito, de cubrirme la entrepierna con la otra mano.

—Soy fotógrafa y periodista. Nací y viví en Alemania hasta 1933, pero desde entonces vivo en París —me informó.

—Yo soy chileno y también soy periodista, pero no fotógrafo —le dije.

Por fin me soltó la mano la que, como un resorte, regresó a su posición original.

—Bien, Manolito. Date un baño y baja a comer con nosotros en la planta baja. La comida está racionada, pero el cocinero se consiguió unos riñoncitos de res y los está preparando al jerez, al estilo catalán —dijo, mientras retrocedía hacia la puerta. Entonces se dio media vuelta y salió.

Nunca había estado tan consciente de mi tamaño y mi piel morena que en esos momentos. Rosa era unos buenos diez o doce centímetros más alta que yo y tenía la piel del color de las estatuas griegas que se ven en los libros de historia. Me había llamado Manolito. ¡Manolito! Nunca nadie me había llamado Manolito, ni siquiera mi mamá. ¿Qué se creía? ¿Que, porque era más alta que yo, tenía derecho a llamarme Manolito?

Resultó que el «nosotros» al que se había referido Rosa era un grupo de corresponsales extranjeros cubriendo la guerra desde Barcelona, la capital anarquista de España y uno de los últimos bastiones republicanos en el país.

Cuando entré al comedor, todos exclamaron al unísono «¡Manolito!» y procedieron a palmotearme la espalda sin piedad. Eran altísimos y tan blancos como Rosa. Me sentí como un enanito. Un enanito procedente de otro planeta porque me miraban como si nunca hubieran visto un hombre bajo y moreno en sus vidas. ¿Es que no había españoles que se parecieran, aunque fuera un poco, a mí? ¿Cuál era la tremenda atracción?

—Siéntate, siéntate.

—Rosa nos contó que eres chileno.

—Eres el primer periodista chileno que hemos conocido.

—¡Bienvenido!

—¿Cuánto te demoraste en llegar?

—Ojalá te gusten los riñoncitos al jerez. A mí me costó un poco acostumbrarme a ese sabor fuerte que tienen, pero ahora me encantan.

—Siéntete como en casa.

—Sabes que estamos perdiendo la guerra, ¿verdad?

Sí sabía que el primer ministro Juan Negrín había retirado las brigadas internacionales de las zonas de combate en un gesto diplomático que no había dado ningún resultado, fuera de costarle al menos veinte mil hombres al ejército republicano. Su ingenuidad, por no decir su estupidez, lo había llevado a creer que, si él retiraba a los extranjeros de sus filas, los nacionalistas harían lo mismo. Pero, por supuesto, la Alemania nazi y la Italia fascista no habían hecho nada por el estilo. Al contrario, sus ejércitos se habían quedado en

España y continuaban suministrándoles armas y apoyo logístico a las fuerzas franquistas.

También sabía que unos pocos días antes, los fascistas habían ganado la prolongada Batalla del Ebro. La inminente derrota del ejército republicano se acercaba a pasos agigantados y con ella, una crisis humanitaria de grandes proporciones. En verdad, ya había comenzado. Miles de personas se estaban congregando al lado español de los Pirineos. Obviamente iban a tratar de cruzar las montañas cuando los fascistas se tomaran Cataluña.

—Sí. Sí sé. Desafortunadamente el lado feo, el lado maligno está ganando la guerra —dije, sintiendo la amargura de esas palabras en la boca. —Y el resultado de esta guerra va a tener consecuencias calamitosas en todo el mundo —agregué.

Al salir de Chile, la Batalla del Ebro estaba en su punto más álgido y había grandes esperanzas de que los republicanos salieran victoriosos. Pero luego de meses de combate, la superioridad militar de los nacionalistas se impuso. Ahora, era poco probable que los republicanos tuvieran la capacidad de recuperar fuerzas y cambiar el rumbo de la guerra. A menos que sucediera un milagro, los nacionalistas ganarían y eso prepararía el terreno para la propagación del nazismo y el fascismo no sólo en toda Europa, sino también en el resto del mundo.

—Y si los fascistas han actuado como bestias hasta ahora, imagínense lo que nos depara el futuro —dijo Rosa.

—Por eso tenemos que seguir siendo testigos de lo que está pasando —dijo George, un inglés larguirucho.

—Sí. Hasta el fin, por trágico que sea —agregó Rosa.

Rosa era la única mujer en el grupo, pero bien podría haber sido otro hombre. Todos la trataban como una camarada de lucha, lo que obviamente lo era. La mayoría de los hombres, y Rosa también, habían sido parte de las brigadas internacionales. Mientras combatían en la guerra, la cubrían en su papel de corresponsales extranjeros. Ahora, seguían jugando ese papel.

—Lo que dice Manolito es verdad: el lado maligno está ganando, pero en esta guerra no hay sólo dos lados —opinó Jean-Louis, un

corresponsal francés. —El lado republicano está terriblemente dividido y ésa es una de las razones por la que estamos perdiendo la guerra.

Todos asintieron con la cabeza.

Les dije que sabía que el año anterior los estalinistas habían asesinado a cientos de anarquistas; que sabía de las profundas diferencias dentro del campo republicano.

—Diferencias y divisiones muy profundas —dijo Rosa. —Personalmente, yo me niego a luchar al lado de un hombre que odia a los anarquistas incluso más de lo que odia a los fascistas.

—Eso es exactamente de lo que estaba hablando —dijo Jean-Louis, levantando la voz. —En tiempos como éste la unidad es absolutamente necesaria. Las diferencias ideológicas se pueden seguir debatiendo después de ganar la guerra. Pero obviamente no vamos a ganar…

—Bueno, conversa entonces con tus amigos estalinistas, Jean-Louis. Diles que paren de matar anarquistas —le gritó Rosa.

—Rosa, Rosa… Tú sabes muy bien que yo no tengo amigos estalinistas —le respondió Jean-Louis.

Rosa le ofreció una sonrisa conciliatoria.

—Aunque estoy de acuerdo con Jean-Louis, no creo que sea justo decir que se está perdiendo la guerra debido a las divisiones dentro del campo republicano —opinó Helmut, un reportero alemán.

—Una de las razones —clarificó Jean-Louis.

—La razón por la que estamos perdiendo la guerra es porque los nacionalistas tienen el apoyo incondicional de la Alemania nazi y la Italia fascista, además de los cuerpos del ejército marroquí, mientras que Inglaterra y Francia se niegan a respaldar a la República. ¡Se han declarado «neutrales»! ¡Qué neutrales ni que ocho cuartos! Su posición no es sino un apoyo encubierto a los nacionalistas —continuó Helmut.

—Estoy de acuerdo. Y como sabemos muy bien, Alemania acaba de mandarles otro cargamento de armas y tanques a los fascistas; recién, hace pocos días —agregó George.

—Si vamos a ser honestos, debemos admitir que la única ayuda material a los republicanos ha venido de la Unión Soviética, aunque

no se puede comparar con la intervención descarada de Italia y Alemania. Sin dudas, Stalin es un canalla, pero nos ha ayudado —continuó Jean-Louis.

—De manera selectiva, Jean-Louis. De manera muy selectiva. Las armas que ha mandado han estado destinadas específicamente a las organizaciones comunistas, así es que déjate de alabar tanto al canalla de Stalin —le rebatió Rosa.

Todo el mundo bajó la cabeza y guardó silencio por unos momentos. Por fin, George se dio vuelta a mirarme y con una gran sonrisa me interpeló:

—Manolito, espero que tú no seas un estalinista de mierda, ¿eh?

Todos se largaron a reír, pero yo sabía que la pregunta era seria.

—No, camaradas. No soy un estalinista de mierda. No soy comunista, punto. He sido anarquista desde que era niño —declaré con orgullo.

Hubo una erupción de vítores y aplausos. Entonces Rosa propuso un brindis:

—Por Manolito Garay, periodista chileno y camarada anarquista, ¡salud!

No había ni terminado de poner el vaso sobre la mesa cuando empezó el bombardeo de preguntas:

—¿Qué quieres decir con eso de que has sido anarquista desde que eras niño?

—¿Dónde te criaste?

—¿Qué profesión tienen tus padres?

Me pasé el resto de la noche contándoles de La Coruña e Iquique. Reaccionaron con una abundancia de «Ahh», «ohh», «uhh» y «ehh», risas y olés. Se secaron las lágrimas con disimulo, le dieron palmetazos a la mesa, se sobaron la panza de tanto reírse y tomaron enormes cantidades de vino.

# Lucía

*Noviembre, 1938 – enero, 1939*

*Valparaíso*

Poco después de regresar de Lima, Pilar y yo empezamos a vernos casi a diario y no pasó mucho tiempo antes de que nos hiciéramos inseparables. Al principio yo tenía miedo de que me volviera a dejar, pero poco a poco me convencí de que esta vez la relación perduraría. Estábamos enamoradas, así es que cuando ella me propuso que viviéramos juntas, acepté.

Cuando le conté a mi tía sobre nuestros planes, no entendió nada.

—¡Pero si ya están juntas! ¡Han estado juntas desde que tú volviste de Lima! —Dijo.

—Sí, pero ahora queremos vivir juntas —le expliqué.

—¡Ah! ¡Ahora entiendo! ¿Y sus padres están de acuerdo? Porque si están de acuerdo, podemos buscar una casa más grande; o nos podríamos quedar aquí… La cama de Alexandra cabría perfectamente en mi dormitorio… Eso es si le parece bien a ella y a Pilar que durmamos en el…mismo…

—¡Tía! —La interrumpí.

Obviamente, mi tía no estaba preparada para dejarme ir. Me miró con tal desesperación que tuve que apartar los ojos. Respiré hondo y le dije:

—Tía Encarnación, no vamos a vivir aquí contigo. Ya encontramos una casita en la calle Rudolph, frente al funicular Espíritu Santo, a pocas cuadras de aquí. Es pequeña, pero bonita. Tiene dos dormitorios, uno para mí y Pilar, y otro para Alexandra, una cocina bien monona, baño, *living*-comedor y, ésta es la mejor parte, un patio trasero con un duraznero y un columpio, y un tendedero…

—¡¿Me vas a abandonar?! ¿Me vas a abandonar y ni siquiera has tenido la decencia de decírmelo hasta ahora, cuando ya está todo arreglado, cuando ya tienes un lugar donde irte? Y… ¿Qué te crees? ¿Qué estoy de adorno, acaso? ¿Por qué no conversaste conmigo antes? ¿Así es como me pagas por todos los años que te he cuidado como si hubieras sido mi propia hija? Todos los sacrificios…

Mi tía se había puesto a llorar y yo me había puesto furiosa.

—Ésta es exactamente la razón por la cual no te dije nada de esto hasta ahora. Porque te pones temperamental y empiezas a decir ridiculeces en vez de hablar como una persona racional… Sí, tú que siempre te vanaglorias de ser tan racional… Pero en vez, te pareces a una de esas canutas predicando en la esquina. Te pones a decir cosas para hacerme sentir culpable. ¿Culpable de qué? Hablas de «sacrificios», de que te debo por todos los sacrificios que has hecho por mí. Para tu información, no me había enterado hasta ahora de que habías hecho tantos sacrificios. ¿Así es que quieres que te pague por lo que me has dado? ¿Y tú me vas a pagar a mí por lo que yo te he dado, por haberte querido como a una madre?

Ahora las dos llorábamos a mares y, a pesar de todos mis esfuerzos por controlarme, me sentía culpable como la mierda, lo que me enfurecía más aún. Me di vuelta para salir a tranco limpio, cuando sentí que mi tía me tomaba del brazo.

—No, mi linda, por supuesto que no me debes nada. No sé por qué dije tal estupidez. Perdóname… Claro que te entiendo…

Escondí la cara en su hombro y dejé que me sostuviera, tal como lo había hecho tantas veces antes. Entonces me sequé las lágrimas, la miré a los ojos y le pregunté:

—¿Quién te enseñó a manipular a la gente de esa manera? ¿A hacerla sentirse culpable como la mierda?

Se largó a reír.

—¡La Iglesia católica, por supuesto! Una cree que ya ha dejado toda esa porquería atrás, pero es peor que un quiltro muerto de hambre; mientras más lo apaleas, más te persigue.

—Te voy a extrañar, tía Encarnación, pero vamos a estar muy cerca y vendremos a verte todo el tiempo. Y, claro, tú también puedes visitarnos cuando quieras —le dije.

—Sí sé, sí sé, Lucía. Entiendo perfectamente. Siempre supe que llegaría el día en que… te irías… querrías tener tu propia casita —dijo, soltándome. —Vas a ser muy feliz con Pilar y Alexandra.

Resultó que los padres de Pilar habían montado una escena mucho más dramática porque su hija los estaría privando de su derecho a vivir con su adorada Alexandra, «un pedazo de nuestra propia carne». No sólo eso, sino que, por primera vez, Pilar les contó que no éramos simplemente amigas, sino también enamoradas y que queríamos formar nuestra propia familia y vivir juntas.

—¡¿Cómo pueden ser capaces de hacernos esto?! —Le había gritado su madre, saliendo de la sala a las carreras y encerrándose en el baño.

—¡¿Te das cuento de lo que has hecho?! ¡Le has propinado un golpe mortal a tu madre! —Le había dicho su padre, indignado.

Su madre había arrugado la nariz y le habían dado tiritones mientras le decía que de puro pensar en dos mujeres viviendo juntas como marido y mujer, se le revolvía el estómago.

—¿Qué tipo de ejemplo le estás dando a tu hija? —Le había gritado, tirándose de los pelos.

—El mejor ejemplo posible, mamá, un hogar fundado en el amor —le había contestado Pilar.

—Están enfermas. Tú y Lucía están enfermas —nos había acusado su padre, con voz enronquecida. —¡Enfermas de remate!

Pilar me describió la escena con todo lujo de detalles, cada palabra, cada gesto y tono de voz. Lo encontré tan melodramático que me dio tentación de risa y en un santiamén las dos estábamos riéndonos como locas y apuntándonos con el dedo mientras gritábamos «¡Enferma!».

Pero por supuesto, la situación no era nada cómica. Los padres de Pilar se demoraron una eternidad en aceptarnos, pero finalmente lo hicieron por Alexandra, su nieta adorada. Ella se convirtió en el hilo conductor entre su casa y la nuestra. Además, poco a poco se dieron cuenta de que no íbamos a echarnos para atrás. Pero el factor principal fue que Alexandra siguió siendo la niña alegre y cariñosa que ellos habían ayudado a criar. Obviamente, Pilar y yo estábamos haciendo algo bien.

Algunos vecinos se sorprendieron cuando supieron que me estaba cambiando de casa y se sorprendieron aún más cuando les dije que iba a vivir con Pilar y Alexandra.

—¡Ay, Lucía! —Me dijo la viejuja entrometida de al lado. —¡¿Estás abandonando a tu tía?!

—¿Es que tu amiga no se está llevando bien con sus padres? —Preguntó el narigón del frente.

—Me estoy cambiando muy cerca, así es que voy a ver a mi tía todo el tiempo; y los padres de Pilar ya están envejeciendo y se merecen un bien merecido descanso —les respondí. —Pero Pilar necesita ayuda con Alexandra, así es que yo me ofrecí a vivir con ellas.

—Deja que chismorreen todo lo que quieran —dijo Pilar, cuando le conté de las habladurías.

Pero resultó ser más complicado que eso. Teníamos que advertirle a Alexandra que podría haber más «preguntas» y «comentarios», no sólo de los vecinos, sino también de sus profesores y compañeros. Cuando le conversamos del asunto, no vaciló en ofrecernos su parecer:

—Lo que yo sé es que ustedes se aman mucho y les gusta abrazarse y besarse y dormir juntas, y todo eso, pero ése va a ser nuestro secreto porque la gente tiene la cabeza muy chica para que le quepan esas cosas. Así que, si alguien me pregunta, voy a decir que ustedes son muy buenas amigas, lo que es la pura verdad —dijo de la manera más natural del mundo y regresó a lo que estaba haciendo.

Nos acomodamos en la casita de la calle Rudolph y comenzamos a hacer nuestra nueva vida familiar. Luego de muchas deliberaciones, decidimos ponerle nombre a la casa: «Las tres lunas». Pintamos la puerta de azul y Alexandra le aplicó tres lunas doradas y muy llenas, rodeadas de constelaciones y estrellas de plata.

Alexandra estaba de vacaciones de verano, así es que Pilar se la llevaba a la panadería, mientras yo hacía clases o trabajaba en mis coreografías. En los últimos años había estado volviendo mi atención a la música popular, o a una combinación de música clásica europea y música popular. En esos días, estaba trabajando en una coreografía basada en la «Rapsodia sobre un tema de Paganini» de Sergei Rachmaninoff, los boleros mexicanos de María Grever y Agustín Lara, y dos tangos legendarios: «El choclo» y «La cumparsita». Para la escena final, había decidido usar la samba *Anoiteceu*, «Anochecer», del brasileño Ary Barroso.

Me inventé una protagonista llamada Amapola, basada en el título de una de las composiciones de Grever. La joven Amapola no era sólo una excelente costurera, sino que también tenía la habilidad de crear tenidas que les hacían olvidar sus preocupaciones y les alegraban la vida a sus clientes. Un día entra a su taller un joven hosco y malhumorado, queriendo que le haga un conjunto de pantalón y chaleco. Amapola le ofrece una idea tras otra, pero nada lo satisface. Finalmente, a regañadientes escoge una tela y se decide por un modelo sencillo.

Cuando vuelve a buscar su tenida y se la prueba, el corazón se le colma de felicidad. Se le olvidan sus pesares y se va del taller sintiéndose alegre y optimista. Francisco sigue regresando para que Amapola le haga más tenidas y terminan por enamorarse. Luego de un noviazgo corto, contraen matrimonio.

Al regresar de la luna de miel, Francisco decide que ahora que Amapola es una mujer casada, debe dejar de trabajar como costurera y le prohíbe ir a su taller. Encerrada en su casa, Amapola comienza a languidecer. Mientras ella se aburre y se deprime, Francisco vuelve a ser el hombre hosco y malhumorado del pasado. Sin las tenidas de Amapola, todo el pueblo también cae en la amargura.

Cuando Amapola se da cuenta de que está esperando un hijo, decide que pase lo que pase, tiene que volver a su trabajo porque ésa va a ser la única manera de asegurarse de que su bebé sea feliz. Francisco la trata de detener, pero el pueblo entero protesta y la defiende, por lo que no le queda más que ceder. Amapola empieza a crear sus tenidas mágicas una vez más, y la felicidad vuelve a su hogar y al pueblo. En la escena final, todo el mundo baila alegremente en la plaza, en celebración del nacimiento del bebé.

A Madame Moreau le encantó mi coreografía.

—*Merveilleux, ma chérie, merveilleux* —repetía una y otra vez. —¿De dónde sacaste la inspiración para crear un personaje tan hermoso y una historia tan cautivadora, Lucía? —Quiso saber.

Me dio gusto contestarle.

—Como usted sabe, a mí me encanta crear el vestuario para mis coreografías y constatar cómo esos atuendos le dan vida y hasta magia a los personajes. Claramente, ésa fue una de mis fuentes de inspiración. Pero lo otro es que hace muchos años, escuché un discurso de Alexandra Kolontai en la radio en el que hablaba de cómo las mujeres deben dejar de ser esclavas de la cocina y los hijos; de cómo ese trabajo debe ser hecho de manera colectiva, para que así las mujeres puedan desarrollarse, trabajar fuera del hogar y contribuir a la sociedad. ¡Y eso es lo que le pasa a Amapola! ¡Cuando está enjaulada en su casa, el espíritu se le marchita, pero cuando se libera y vuelve a hacer lo que más le gusta, florece y su alegría se propaga por todo el pueblo!

—¡Sí! ¡Así es! —Respondió la Madame Moreau, asintiendo con entusiasmo.

Disfruté enormemente creando cada aspecto de esa coreografía, pero lo que más satisfacción me trajo fue el diseño del vestuario. Con cada artículo de ropa me sentí como Amapola; como que estaba creando algo mágico. Esta vez, se trataba de ataviar a un pueblo completo, así es que tuve que diseñar una variedad de prendas: coloridos vestidos veraniegos estampados de rosas y girasoles, trajes aptos para los oficinistas, overoles para los obreros, faldas, blusas, sombreros y abrigos. También tuve que vestir a los bailarines para

la celebración final: disfraces llamativos y máscaras extravagantes para crear un ambiente carnavalesco mientras bailaban al ritmo de la samba de Ary Barroso.

Nuestras presentaciones anuales se habían hecho legendarias en la región y habíamos tenido que expandirlas a una semana completa para así acomodar a todos los interesados. Los asistentes provenían del puerto mismo, pero también de Viña del Mar y las localidades a lo largo del valle del Aconcagua. No tenía de qué quejarme. Me encantaba mi trabajo y estaba agradecida por el éxito que había logrado junto a Madame Moreau.

Por otro lado, no podía estar más contenta con mi vida familiar. Los domingos eran particularmente especiales. Por la mañana, Alexandra se metía en nuestra cama y las tres nos acurrucábamos y dormitábamos juntas un rato más hasta que el hambre nos despertaba. Después del desayuno íbamos a la Plaza Victoria a escuchar música y a disfrutar del infeccioso ambiente festivo. Mi vida no podría haber sido más perfecta.

La felicidad me había hecho relegar el viaje a Lima a un segundo plano, pero uno de esos días me llegó un telegrama anunciando que el juicio de extradición de Ernesto Céspedes empezaría en una semana.

Al día siguiente, la noticia estaba en todas partes.

«Soberanía nacional bajo ataque», afirmaba la primera plana de *El Mercurio*.

«Las Fuerzas Armadas de Chile asesinaron a miles de peruanos», acusaba *Rebelión*.

*Las Últimas Noticias* le hizo un tributo a mi padre y a su ilustre carrera, el cual acompañó de una fotografía que destacaba su buena facha, pero sobre todo su altanería.

La radio Nuevomundo entrevistó al representante de Chile ante la Liga de las naciones y Universo invitó al coronel Perico los Palotes para que expresara el punto de vista de las Fuerzas Armadas sobre la materia. Todos los medios tenían algo que decir. Algunos reporteros aseguraban que expertos forenses habían determinado que las heridas de bala en los cadáveres exhumados por el río Caplina habían

sido causadas por la munición que utilizaba las Fuerzas Armadas de Chile en ese tiempo, etc.

En cuestión de pocos días, tuve que abandonarlo todo y partir a Santiago para testificar en el juicio. La presentación de *Amapola, la costurera prodigiosa*, tendría que esperar hasta mi regreso.

# Manuel

*Diciembre, 1938*

*Frente del Segre*

Rosa y yo no tardamos nada en convertirnos en grandes amigos y enamorados. Conversábamos por horas y luego hacíamos un amor apasionado dondequiera nos encontráramos; debajo de un puente, detrás de un árbol, en los matorrales… O nos hacíamos compañía en silencio mientras ella revisaba sus fotografías y escribía en su diario, y yo trabajaba en mis reportajes para *Rebelión*.

Me contó que era la única hija de padres intelectuales; su padre había sido profesor de filosofía y su madre, de literatura en la Universidad de Leipzig. En Alemania, la familia había tenido una vida holgada, por lo que Rosa había podido disfrutar de un sinnúmero de oportunidades.

—Mis padres me inscribieron en clases de música, danza, arte, en fin, ¡de todo! —dijo. —Pero lo que me cambió la vida fue la Leica que me regalaron cuando cumplí trece años.

Su profesor de arte le había contado de una pequeña cámara que iba a revolucionar el mundo de la fotografía. Este profesor era amigo de un amigo de Oskar Barnak, el inventor de la Leica, y sabía

que Leitz, los fabricantes, la iban a lanzar al mercado en la Feria de primavera de Leipzig.

—Yo ya tenía una cámara, una Brownie de cajón, y había estado tomando fotos como por dos años. Pero cuando me enteré de que esta maquinita podía capturar imágenes en secuencia a gran velocidad y que cabía en la palma de la mano, se me antojó de inmediato y les pedí a mis padres que me compraran una para mi cumpleaños —explicó.

La familia había escapado del nazismo y se había ido a vivir a París en 1933, donde sus padres habían fundado un centro cultural llamado Rosa Luxemburgo, en honor a la revolucionaria polaco-alemana. Por lo que me dijo Rosa, entendí que el lugar se había convertido rápidamente en una especie de punto de convergencia para escritores y artistas; un lugar donde reunirse y exponer su trabajo.

—Ahora sabes por qué me llamo como me llamo —dijo, sonriendo.

Poco a poco le fui tomando cariño a esta mujer con la que por primera vez en mi vida no sólo podía conversar sobre cualquier cosa, sino también hacer el amor. Era franca y abierta, fuera de que me encantaban sus ojos, su piel lechosa y sus piernas peludas. Además, era intrépida, lo que me empujó a mí a ser un poco más valiente, a tomar más riesgos.

Según los informes que habíamos recibido, la ofensiva nacionalista en Cataluña estaba pronosticada para mediados de diciembre, así es que partimos hacia el Río Segre, a unos ciento cincuenta kilómetros de Barcelona. Miles de milicianos también se estaban yendo al frente, así es que nos subimos a uno de sus camiones.

Rosa se había puesto un abrigo negro encima de su uniforme de miliciana y una boina roja levemente inclinada en la cabeza. Llevaba su bolsa de cuero, ajada de tanto uso, cruzada sobre el hombro y su querida Leica en la mano derecha. Sus ojos irradiaban una mezcla de exaltación y pena. Exaltación por las azarosas aventuras que nos esperaban y pena por las muertes inevitables que ocurrirían.

Los milicianos estaban pobremente vestidos, calzados y armados. Además, todos sabíamos que el ejército republicano había perdido casi la totalidad de su armamento y sus unidades experimentadas

en la Batalla del Ebro. Pero a pesar de todo eso, el ambiente estaba impregnado de optimismo. Una joven había traído su guitarra y pronto todos estábamos cantando «A las barricadas», «En la plaza de mi pueblo», «Arroja la bomba», «Ay Carmela», «El gallo rojo y el gallo negro», «Hijos del pueblo».

Nos alojamos en una casita de piedra de una sola habitación y piso de tierra justo a la orilla de Artesa de Segre. Éramos siete: Helmut, George y Jean-Louis del Hotel Palace, dos catalanes, Rosa y yo.

Rosa y yo dormíamos en una colchoneta en un rincón del cuarto. La primera noche descubrimos que la mejor opción era turnarnos para tendernos uno encima del otro ya que la colchoneta no era lo suficientemente ancha para acomodarnos a los dos. Además, el suelo era puro hielo. De esa manera, la persona que estaba encima podía dormitar por unos diez o quince minutos, hasta que la de abajo anunciaba que ya se estaba convirtiendo en témpano y hacíamos el recambio. Este método «estilo panqueque» significó que al par de días estábamos muertos de cansancio. Pero la adrenalina es muy poderosa. Te hace seguir y seguir, aunque tu cuerpo y tu mente no lo quieran; aunque tengas hambre, frío, sed o terror. Aunque te sientas como un ratón bajo la pata de un gato salvaje por días y días.

El 23 de diciembre, en la confluencia del Segre y el Ebro, al sur de donde estábamos nosotros, los fascistas cruzaron el río y rompieron las líneas republicanas. Sus fuerzas estaban compuestas del ejército de Navarra y el Cuerpo legionario italiano. Sí. Mussolini había mandado más de cincuenta mil hombres a luchar del lado de los nacionalistas. Avanzaron unos pocos kilómetros, pero las fuerzas republicanas de Enrique Lister los pararon en seco. Cuando nos llegó la noticia, aplaudimos y nos pusimos a escribir como locos para enviar las buenas nuevas al mundo. Pero al par de días, nuestras esperanzas se esfumaron cuando los fascistas volvieron a romper las líneas republicanas y siguieron rumbo a Barcelona, dejando una sangrienta huella de violaciones, tortura y muerte.

Unos pocos días después, al oeste de Artesa de Segre, la División veinte y seis, fundada por el héroe anarquista Buenaventura Durruti

en 1936 y a la que los milicianos de Barcelona se habían venido a integrar, paró a los nacionalistas una vez más. Seguro que ahora los fascistas se estaban preparando para un nuevo ataque. Esta vez, los republicanos se posicionaron en el pueblo y sus alrededores, donde podían contar con la protección de las murallas y edificios de piedra, y de los canales de irrigación, los cuales podrían usar como trincheras. También ya habían instalado la artillería pesada en los cerros que colindaban con el pueblo.

La noche antes de que empezara la batalla, un grupo de milicianos se refugió en un establo destartalado al otro lado del campo donde estaba nuestra choza, así es que recolectamos todo lo que teníamos de comer y tomar y nos fuimos para allá. Hacía días que llovía a cántaros y el suelo era una sopa de lodo espeso. La noche estaba oscura como boca de lobo y nuestro único punto de referencia eran las voces apagadas de los hombres, las que el viento se llevaba a cada rato. Cuando por fin llegamos al establo, estábamos empapados hasta la médula y con los zapatos llenos de barro.

Los milicianos habían logrado prender una pequeña fogata y el lugar se había convertido en un baño turco maloliente. La ropa y los zapatos de todo el mundo humeaban como locomotoras, despidiendo todo tipo de hedores: orina, sudor, mal aliento y olor a pies. Nuestra choza debe haber tenido el mismo olor, sólo que no lo habíamos notado.

Estaban encantados con la comida y las bebidas. La botella de pisco que había traído desde Chile para alguna ocasión especial hizo sus rondas hasta quedar vacía. En la penumbra, se escucharon sorbos urgentes, acompañados de unos cuantos «*mmm*...» y chasquidos de labios.

Los hombres estaban de buen ánimo, a pesar de estar empapados, exhaustos, hambrientos y, con toda seguridad, aterrados.

—Cuéntenles a sus lectores que defenderemos la revolución hasta la muerte —gritaron algunos.

—Hasta aquí llegaron los fascistas —dijo otra voz.

Hubo vítores, seguidos de los primeros versos de «Hijos del pueblo», interpretados por una voz de barítono. A los pocos segundos todo el mundo se había puesto de pie y estaba cantando con el puño en alto:

Hijos del pueblo te oprimen cadenas
La injusticia se apodera de ti
Si vivir es un mundo de penas
Antes que esclavo prefiero morir

Estos burgueses asaz egoístas
Que discriminan la humanidad
Serán barridos por los anarquistas
Al fuerte grito de «¡Libertad!»

No sé exactamente a qué hora volvimos a la choza, pero la luz del amanecer apenas se empezaba a filtrar por las rendijas, cuando nos despertó una serie de explosiones. Rosa estaba encima de mí y saltó como un resorte. Corrió a la puerta y gritó:

—¡Llegaron los fascistas!

Balas de cañón estaban cayendo a unos pocos cientos de metros de la choza. De repente, me encontré en la cancha de fútbol de La Coruña, rodeado de mujeres y niños, mi mamá unos pocos pasos delante de mí y Moncho, corriendo en medio del griterío y la balacera. Instintivamente me metí la mano al bolsillo, pero no encontré ninguna bomba de mano, sino sólo un pequeño cuaderno pasado de agua y una lapicera. «Ahora éstas son mis armas», me dije.

Nuestras tropas empezaron a devolver el fuego enemigo y el ruido se hizo ensordecedor. Al estacato de las ametralladoras proveniente de las azoteas se sumaban fogonazos que iluminaban el cielo gris con bolas de fuego. La lluvia había escampado, pero el suelo seguía anegado y el humo de los explosivos colgaba del aire húmedo como una cortina espesa. Cantidades de hombres corrían por el campo y subían los cerros a tropezones y resbalones.

Rosa había encontrado refugio detrás de un árbol y me estaba haciendo señas de que fuera hacia allá. Corrí como desaforado, seguro de que en cualquier momento me iba a caer una bola de cañón encima, pero logré llegar sano y salvo. Rosa estaba sentada contra el tronco, enlodada de pies a cabeza.

—Me caí un par de veces y perdí una bota en el lodo —me dijo, —pero mi Leica está más limpia que cañón de escopeta. —Los

ojos le brillaban y los dientes se le veían blanquísimos en medio de la cara embadurnada de barro.

—¡Subamos ese cerro! Tengo que llegar a la cima para sacar fotos de… —gritó, parándose de un salto y empezando a correr.

—¡Rosa! ¡Espera! —Le pedí, pero no me hizo caso.

Por unos segundos me paralizó el miedo, pero en un santiamén estaba corriendo tras ella.

Llegamos a la cima casi al mismo tiempo. Nos sentamos entre los matorrales a tomar aliento. Más arriba, sobre la cresta, nuestra artillería abría fuego a los fascistas, mientras que la metralla del enemigo nos pasaba por encima de la cabeza. Entonces escuchamos un gemido sobrecogedor. Había caído uno de nuestros camaradas.

—Tengo que llegar allá arriba —gritó Rosa, empezando a subir a gatas.

Al par de segundos, iba cayendo de espaldas cerro abajo.

—¡Rosa! ¡Ahí voy! —Le grité, arrastrándome de culo por la ladera hasta llegar adonde había aterrizado ella.

Se le había caído la boina y desabotonado el abrigo. La Leica estaba parada de punta junto a su mano derecha. Tenía los ojos abiertos y un hoyo en la frente.

—¡Eva! ¡Despierta! —Le imploré, remeciéndola.

# Lucía

*Enero, 1939*

*Santiago*

El aire seco y cálido de Santiago me besó la cara cuando me bajé del tren esa mañana de enero. Llegada la tarde, el calor se haría insoportable. A lo lejos, los picos nevados de la cordillera se alzaban majestuosos cual telón de fondo a la locura de las calles: micros haciéndose paso a bocinazo limpio, carretones cargados de fruta y verdura camino al mercado, vendedores ambulantes empujando sus carros y anunciando sus productos a toda boca, chirridos enervantes de tranvías intentando frenar, hombres y mujeres caminando apurados en todas las direcciones posibles.

Crucé la Calle Rozas esquivando vehículos y gente y milagrosamente llegué intacta al otro lado. La dirección que había anotado en mi cuaderno quedaba sólo a seis cuadras: «Palacio de los Tribunales de Justicia, 1140 Calle Compañía de Jesús». Apuré el paso y entré a la galería pública justo antes de que la cerraran.

La sala estaba repleta y el aire no era aire sino una nube espesa de humo de cigarrillo. La galería de prensa pululaba de hombres de traje y sombrero, mientras los *flashes* de sus máquinas fotográficas

lanzaban fogonazos por doquier. Alrededor mío, había docenas de hombres y unas pocas mujeres, todos sonrientes y todos ataviados con sus trajes domingueros. El ambiente era festivo, como si hubieran estado en un estadio esperando el comienzo de un partido de fútbol o en el hipódromo, celebrando de antemano la victoria de su caballo favorito.

La algarabía fue interrumpida por un grupito de muchachas y muchachos que extendieron un lienzo que decía «Justicia para los peruanos masacrados», mientras gritaban consignas de las JJ.CC., las juventudes comunistas. Sentí que se me encendía la cara del puro gusto y tuve que reprimir los deseos de sonreír. Tenía que pasar lo más desapercibida posible. Alguna gente aplaudió, pero la mayoría los abucheó. A los pocos minutos los guardias sacaron a los manifestantes de la galería a empellón limpio.

Entonces, del gentío surgió un coro de susurros: «Ya llegó, ya llegó». Se abrió una puerta lateral y entró mi padre ataviado de su uniforme de parada: una gorra negra con adornos rojos y dorados, pantalones negros y una chaqueta blanca con charreteras también doradas y rojas, además de una correa dorada alrededor de la cintura. Llevaba un puñado de medallas prendidas al pecho y una espada ceremonial en la mano. Se veía imponente. Cual miembro de la realeza, iba acompañado de una gran comitiva; otros uniformados y su equipo de abogados, todos vestidos como para un banquete.

La sala irrumpió en aplausos y se escucharon vítores de «Viva Chile», «Viva el Ejército de Chile», y «Viva el General Ernesto Céspedes». Cada vez, el gentío respondió con fervientes «vivas». Las manifestaciones de patriotismo se acallaron cuando se anunció la llegada del Juez Mauricio Morris.

Un hombre alto y calvo, ataviado de una toga negra, caminó hacia el estrado con la cabeza enterrada en el pecho. Se sentó, tomó el mazo, lo levantó y lo dejó caer con desgano. Era narigón, de cara angosta y blanca como la tiza, y tenía ojos saltones acentuados por un par de cejas fruncidas. La guinda en el pastel la ofrecían unos labios delgados con las comisuras curvadas hacia abajo. Definitivamente, el señor Morris no era agradable a la vista. ¿Estaba enojado? ¿Con

quién? ¿El gobierno peruano? ¿Mi padre? ¿La vida? ¿Era patriótico? ¿Era un juez ecuánime? Difícil saber porque esa cara hostil no revelaba nada; no le dio ni una mirada a mi padre, a la defensa, al fiscal o al público. Mientras explicaba el caso y los procedimientos con voz aguda y monótona, mantuvo los ojos fijos en su fajo de papeles.

En resumen, el fiscal tenía que demostrar que había suficientes fundamentos para extraditar a Ernesto Céspedes al Perú, donde se le acusaba de haber concebido, planificado, dirigido y participado en el asesinato de más de mil peruanos; hombres, mujeres y niños, en o a los alrededores de la ciudad de Tacna en el año 1925.

Varias veces el juez fue interrumpido por los abucheos y silbidos del público, los que trató de sosegar con golpes de mazo mientras gritaba: «¡Orden en la corte!». El alguacil no se inmutó y se quedó sentado como si no pasara nada. Claramente, si no hubiera sido ilegal, se habría sumado a la muchedumbre. El fin de la presentación del juez fue recibida por otra explosión de silbidos y abucheos, que no tenía para cuándo terminar. La cara del juez pasó de blanca a morada mientras seguía martilleando con su mazo como desaforado. Finalmente le gritó algo al alguacil. El alguacil se paró con toda calma y caminó hacia la barra como si se hubiera estado dando un paseo por la plaza. No dijo ni chus ni mus, sino que se quedó parado ahí hasta que la gente se aburrió de gritar y silbar.

La semana anterior, la prensa burguesa había dejado de lado toda pretensión de objetividad y puesto en claro su posición. «El presidente Pedro Aguirre Cerda es un traidor», se leía en la primera plana de *El Mercurio*. El titular resaltaba en los quioscos con la autoridad de un hecho comprobado, pero cuando uno se acercaba, se daba cuenta de que estaba seguido por un subtítulo que decía «Afirman las Fuerzas Armadas y la derecha política». El artículo manifestaba que el presidente Aguirre Cerda y su Frente popular «bolchevique» le habían pavimentado el camino al Perú, uno de los enemigos más implacables de Chile, para que manchara la reputación del país con calumnias que sólo podían tener su origen en la humillación y resentimiento que sentía ese vecino país por haber perdido la Guerra del Pacífico.

La cubierta de la revista *Ercilla* llevaba una fotografía de mi padre con una leyenda que decía: «General Ernesto Céspedes – Héroe chileno» y la tapa de *Topaze*, una publicación satírica, tenía una caricatura del presidente Aguirre Cerda vestido como una mujer indígena peruana —de trenzas largas, polleras y sombrero— con una bandera peruana en el pecho.

*Rebelión* había publicado un artículo denunciando a mi padre y a las Fuerzas Armadas de Chile no sólo por la masacre de peruanos, sino también por haber asesinado a miles de trabajadores y campesinos a través de los años. Mencionaba docenas de incidentes, entre ellos la masacre de La Coruña. Por un instante pensé que quizás Manuel había escrito ese artículo y el corazón me dio un salto. Pero no. Manuel seguía en España. Yo me había estado devorando sus reportajes semanales, los que entrelazaban material objetivo sobre el conflicto bélico mismo con emotivas historias personales sobre los efectos de la guerra en la población civil.

El primer día del juicio consistió en los alegatos de apertura del fiscal y la defensa, presentaciones de expertos en derecho internacional e informes sobre la investigación forense que concluía que en verdad las Fuerzas Armadas chilenas habían perpetrado la masacre. El segundo día los testigos peruanos empezaron a testificar.

Un hombre joven contó que tenía cinco años cuando los chilenos se habían llevado a su familia. Él se había escondido en el ropero y visto por las rendijas cómo mi padre y sus secuaces insultaban y golpeaban a sus padres y hermanas, para luego llevárselos a punta de patadas y tirones. Una mujer joven no dejó de tiritar mientras narraba el asesinato de su propia familia y de otros peruanos que los militares chilenos se habían llevado río arriba en la mitad de la noche.

¿Y cómo había sido que a ella no la habían matado? Cuando los militares habían hecho bajarse del camión al grupo de secuestrados, ella se había encontrado separada de su familia. Ahí estaba, temblando y llorando de miedo, cuando un soldado le había dado una palmadita en el hombre. Ella se había encogido de terror, pero luego había tomado la mano abierta que él le había ofrecido y se había dejado llevar a unos matorrales, donde ya había otros niños

escondidos. Desde allí había visto y escuchado a mi padre dar las órdenes de abrir fuego contra los secuestrados.

¿Cómo era posible? ¿Acaso no estaba oscuro como boca de lobo? No, no estaba oscuro porque las luces de los camiones estaban prendidas, así es que ella había visto todo: la matanza, la recolección de los cadáveres y la partida de los camiones. Hubo más testimonios. Todos describieron no sólo los secuestros y asesinatos, sino también la arrogancia y crueldad de Ernesto Céspedes. A esas alturas, el público se había sosegado y se escuchaba solamente uno que otro abucheo. Con las declaraciones de aún más testigos, la sala se sumió en el silencio y mi padre empezó a lucir fatigado. Entonces, entró ella.

Al principio no la reconocí. Se había cortado el pelo y tenía puesta ropa convencional: falda azul y una blusa floreada de mangas cortas y colores chillones. Su apariencia contrastaba drásticamente con los otros testigos peruanos, todos de tez clara y vestidos con elegancia. ¡Pero claro! En 1925 los «indios» no tenían derecho a voto, así es que el objetivo del Ejército chileno y las ligas patrióticas había sido eliminar a familias de clase media y origen europeo.

Ni supe cómo me encontré de pie, mirándola desconcertada y tapándome la boca con las manos para sofocar un grito. Ella escudriñó su entorno, me vio, asintió con la cabeza y sonrió sutilmente. A mí, el corazón me latía con tal fuerza que por unos instantes me quedé sorda. Me senté y me dije que tenía que calmarme, que no me podía desmayar, que tenía que respirar, respirar hondo. Pero a pesar de todos mis esfuerzos, no pude detener las lágrimas que me corrían por las mejillas. Pensé que mientras no hiciera ruido, no iba a llamar la atención; que podía dejar que las lágrimas siguieran corriendo.

—Nombre.

—Mercedes Mamani.

—Ocupación.

—Trabajadora doméstica.

—Lugar de residencia.

—Tacna, Perú.

Había regresado a Tacna. ¿Para quién trabajaba ahora? ¿Había criado y amado a otra niña? Me traspasó una puntada de celos.

—¿Cómo conoce al acusado?

—Trabajé en su casa por catorce años.

Miró a mi padre con desprecio, lo que me hizo sonreír para mis adentros.

—¿Cómo sabe que estuvo involucrado en la masacre de peruanos en Tacna en 1925?

—Porque él tenía reuniones en la casa, tarde en la noche. Yo lo oía dar órdenes, planificar los secuestros. Lo oí decir que tenían que matar los más peruanos posible. Se vanagloriaba de que él y sus amigotes ya habían asesinado a cientos y eso le causaba gracia. Se reía. Todos se reían.

—¿Cómo es que usted podía oír al acusado y sus amigos? Su cuarto estaba separado de la casa, al otro lado del patio trasero, ¿no?

—Sí, pero esas noches yo no estaba en mi cuarto. Estaba en la casa, yendo y viniendo entre la cocina y el comedor, donde el capitán y sus amigos estaban sentados alrededor de la mesa. Cada vez que había una reunión, el capitán me ordenaba que me quedara en pie y sirviera comida y bebidas.

—Cuéntenos qué pasó el diez de marzo de 1925.

—Ese día hubo una inundación. El río Caplina se subió y arrastró cantidad de cadáveres hasta Tacna; los cadáveres de los peruanos que el capitán y sus amigos habían asesinado.

—¿Cómo sabe que eran los cadáveres de los peruanos que el capitán y sus secuaces habían asesinado?

—Milinda los vio.

—¿Quién?

—Milin… Lucía. Lucía. La hija del capitán. Ella estaba jugando a orillas del río con sus amiguitas cuando llegó el torbellino de agua con los cadáveres. Ella los vio.

—Pero ¿cómo supo usted que esos cadáveres eran de peruanos asesinados por el capitán Céspedes y sus subalternos?

—Todo el mundo lo sabía. Por semanas, por meses, familias enteras habían estado desapareciendo. Se decía que quizás se habían ido de Tacna, pero después de la inundación, quedó claro que los militares chilenos los habían asesinado. A mí no me cupo

la menor duda porque me di cuenta de que esos cadáveres eran de los peruanos que el capitán y sus amigos mencionaban cuando se reunían en la casa.

—¿Cuándo dejó de trabajar en la casa de Ernesto Céspedes?

—El 11 de marzo de 1925. El día después de la inundación.

—¿Por qué la despidieron?

—Porque la familia se fue de Tacna. La tarde del 10 de marzo, poco después de que Mili… Lucía volviera del río, el capitán salió y no regresó hasta la mañana siguiente. Entró como un ciclón a la casa y me dio órdenes de empacar todas sus pertenencias porque se iban de Tacna.

—Y se fueron.

—Sí. Así no más. Se fueron. Una camioneta militar los vino a buscar.

—¿Sabe usted adónde se fueron?

—No, pero me imaginé que a Chile.

—¿Volvió a saber de ellos?

—No. Nunca más.

—¿Por qué decidió ofrecer su testimonio en este juicio?

—No le había contado nunca a nadie lo que había escuchado en la casa del capitán o que Lucía había visto los cadáveres en el río. Pero hace unos pocos meses, hicieron llamados por la radio a la gente que sabía algo de la masacre para que se presentara a declarar. Al principio no quise ir. Después de todo, había guardado el secreto por tanto tiempo que no tenía sentido empezar a escarbar esos recuerdos. Pero entonces me di cuenta de que era importante… Que lo que yo sabía era importante… y que ya no quería guardar ese secreto. Así es que fui al edificio de gobierno y conté lo que sabía.

La defensa hizo todo lo posible por quebrar a Mercedes.

—Mmm… Usted se dio cuenta de que los cadáveres eran de los peruanos a los que se refería Ernesto Céspedes en sus reuniones sociales con sus amigos. Pero usted no vio esos cadáveres y optó por creerle el cuento a una niña quizás demasiado impresionable; de creer que los chismes que andaban corriendo por la ciudad eran

hechos reales, y así como así, llegó a la conclusión de que esos cadáveres eran de gente que el capitán Céspedes y sus hombres habían asesinado —el abogado defensor le dijo a Mercedes con una sonrisa falsa en la boca.

—¡El capitán habló de eso! ¡Se jactó de lo que estaban haciendo! Yo lo escuché con mis propios oídos y todo Tacna también lo sabía —le contestó Mercedes.

—Rumores, Señor juez, rumores —alegó la defensa.

Los ataques a Mercedes no se limitaron a cuestionar su testimonio. También la llamaron oportunista e ignorante. Se mofaron de su apariencia. Se mofaron de su acento. Le preguntaron si sabía leer y escribir; si había ido a la escuela. El público fue incluso más grosero. La abuchearon, le silbaron y le gritaron insultos: «bestia ignorante», «chola asquerosa», «india cochina», «estúpida», «puta». Pero ella no se amilanó.

Cuando el juez le ordenó bajarse del estrado de los testigos, salió de la sala con la frente en alto. Me paré a las carreras y la seguí.

# Manuel

*Diciembre, 1938 – enero, 1939*

*Artesa de Segre, Barcelona y la frontera entre España y Francia*

Enterramos a Rosa en el cementerio de Artesa de Segre. Era temprano en la mañana, durante un cese del fuego. Llovía a chuzos y una luz grisácea se filtraba apenas por entre las nubes. Jean-Louis ya se había marchado y los catalanes no se veían por ninguna parte, así es que Helmut, George y yo nos turnamos para cavar la fosa con una pala oxidada que encontramos en un establo cercano.

Entre tantas cruces, su tumba era quizás la única que estaba identificada con una tabla tosca que le habíamos sacado al establo y donde yo había tallado: «Rosa Fromm, fotógrafa y periodista, revolucionaria anarquista, 1911–1938».

Una vez más, mi mente me llevó de regreso a La Coruña, donde había escrito el nombre de mi hermana Eva en una tabla; a la cancha de fútbol donde la habíamos enterrado junto a tantos otros.

Abrí los ojos y sentí que mis amigos me llevaban a la rastra por el barro. Se había reiniciado la batalla. El ruido perforaba los oídos y

el aire estaba espeso de humo. Sobre nuestras cabezas los fogonazos se abrían paso en la penumbra con explosiones de luz.

—¿Qué pasó? —Pregunté, alarmado. La cabeza me daba vueltas como un trompo.

—Te desmayaste —dijo Helmut.

—En el cementerio —agregó George.

—Déjenme caminar —les dije, tratando de pararme.

Pero las piernas se me habían hecho lana y mis amigos me tuvieron que seguir arrastrando hasta llegar al establo. Me sentía como un cagón. A la edad de doce años, primero en La Coruña y luego en Iquique, me había comportado como un hombre. Ahora, a los veinticinco, me estaba comportando como una niñita. Una niñita asustadiza. Rosa se habría avergonzado de mí.

—Disculpen… No sé qué me pasó —tartamudeé, sentándome y apoyando la espalda contra la pared.

—Hace días que no comes, ¿eh? —Dijo Helmut.

—No sé. No me acuerdo —contesté. En verdad no recordaba la última vez que me había comido un pedazo de pan añejo. Ahora mis amigos me estaban invitando a que le metiera el diente a un trozo de conejo asado.

—Está fresco. Lo cazamos ayer, al atardecer —dijo Helmut.

Al principio se me dio vuelta el estómago, pero entonces engullí la carne con ganas. Por fin el mundo dejó de dar vueltas a mi alrededor. Tomé un sorbo de agua de mi cantina y me paré.

—Por un momento pensé que estaba enterrando a mi hermana otra vez —dije.

George me dio un abrazo. Helmut me revolvió el pelo con la mano. Un piojo me corrió por el cuello y se me metió adentro de la camisa. Lo dejé hacer. Quizás entraría en un sanguinario combate con las pulgas residentes, terminarían matándose entre ellos y me dejarían en paz.

Las fuerzas republicanas resistieron la ofensiva nacionalista en Cataluña por más de un mes. En ese período, cientos de miles de civiles empezaron su éxodo hacia los Pirineos y atravesaron la frontera con Francia. Se veían a lo lejos, al este de donde estábamos

nosotros; una masa de gente caminando hacia las montañas antes de que los fascistas rompieran las líneas republicanas en Artesa. Helmut decidió irse con ellos, pero George y yo volvimos a Barcelona.

La ciudad estaba bajo ley marcial, pero a nadie le importaba un pito; las calles estaban repletas de refugiados camino a la frontera. Las raciones de comida eran pequeñas, hacía un frío del carajo y reinaban la desesperación y el caos. El hotel Palace estaba desierto, excepto por una media docena de corresponsales extranjeros que se habían instalado en el vestíbulo, donde capeaban el frío echándole el mobiliario rococó a la chimenea hogar. No pude sino largarme a reír. «La puta burguesía se lo merece», pensé.

Bajamos colchones y ropa de cama de los cuartos vacíos y nos quedamos con ellos. Nos contaron que el gobierno republicano había dado órdenes de movilizar a todos los hombres menores de cuarenta y cinco años y de militarizar la industria. También nos contaron que Stalin había mandado más tanques y armamento, pero que el gobierno «neutral» de Francia había requisado el cargamento y lo tenía almacenado en el puerto de Marsella.

El frente se estaba achicando rápidamente y hacia mediados de enero, los nacionalistas habían ocupado casi la mitad de Cataluña. Sus ejércitos eran seis veces más numerosos que los nuestros, sus hombres estaban bien alimentados y pertrechados, y continuaban teniendo el apoyo incondicional de los nazis alemanes y los fascistas italianos. Por semanas habíamos sabido que sería prácticamente imposible detenerlos, pero nos negábamos a aceptarlo. El veintidós de enero la realidad nos golpeó en la cara cual puñetazo de Joe Louis.

Temprano esa mañana empezaron a caer bombas sobre Barcelona. Sobre toda Barcelona. No sólo sobre objetivos militares, sino también sobre barrios obreros, fábricas, el centro de la ciudad... Sí. Aviones italianos y alemanes estaban dejando caer su cargamento asesino sobre el pueblo de Barcelona y lo seguirían haciendo por cuatro días.

A pocas horas de empezar los bombardeos, concluimos que los pilotos apagaban sus motores a cierta distancia de Barcelona, entraban planeando, dejaban caer las bombas, volvían a encender sus motores y escapaban. ¿Por qué? Porque entonces los detectores

activaban las alarmas prácticamente al mismo tiempo que las bombas explotaban en el suelo. De esa manera la población civil no alcanzaba a llegar a los refugios y las unidades antiaéreas no podían interceptar los bombarderos.

El objetivo de los fascistas y sus secuaces nazis era claro: destruir Barcelona y aniquilar a su población. Edificio tras edificio se vino abajo; cientos de cadáveres tapizaban las calles; ratas del tamaño de un gato correteaban por todas partes a plena luz del día.

Les abrimos las puertas del hotel a docenas de refugiados. Algunos se quedaron por una o dos noches; otros, hasta la víspera de la caída de la ciudad. Habíamos descubierto que el Palace tenía un buen sótano lleno de cachivaches, además de albergar una bodega bien abastecida y una despensa llena de bacalao seco y latas de sardinas. Así es que despejamos el lugar, lo aperamos de colchones y ropa de cama, y acogimos a mujeres, niños, ancianos y a gente herida por el bombardeo.

Una catalana de edad madura, un tanto corpulenta y con un bigotito considerable se hizo cargo de repartir la comida y el vino. Puso a un abstemio a custodiar la bodega y ella se instaló en la puerta de la despensa. Hubiera sido una excelente oficial de intendencia. En un santiamén hizo un inventario de sus tropas y de las provisiones disponibles, y puso en acción una estrategia de distribución que mantuvo a todo el mundo contento, además de asegurar que los suministros duraran lo más posible.

No había baños en el sótano, así es que el pequeño patio trasero del hotel se convirtió en una letrina abierta. Cada vez que alguien abría la puerta, olas de hediondez invadían el lugar. En esos momentos yo me imaginaba que los fascistas entraban al patio, se resbalaban en la mierda, caían de bruces y se morían de asfixia.

Al final del segundo día de bombardeos, de todos los corresponsales en el Palace, sólo quedábamos George y yo. La noche del 25 de enero dejaron de caer bombas. Así supimos que teníamos que salir de Barcelona lo más rápido posible; los nacionalistas entrarían a la ciudad en las próximas horas. Abrí la puerta de calle para ver qué pasaba afuera. Cientos de personas corrían por Las Ramblas.

—¿Qué pasa? —Le pregunté a un miliciano.

—Los fascistas cruzaron el Llobregat —me gritó y siguió corriendo.

El Río Llobregat quedaba a sólo quince kilómetros de Barcelona.

Instamos a los refugiados en el sótano a salir de la ciudad lo más pronto posible y Jorge y yo corrimos a la oficina del censor para mandar nuestros últimos despachos.

Un puñado de reporteros estaba en lo mismo, incluido un estadounidense llamado Jackson, el cual nos ofreció un espacio en su Wyllis. Éramos ocho en el destartalado vehículo cuando empezamos el lento camino hacia la frontera con Francia por la ruta costera.

Una columna de gente ocupaba el ancho de la carretera por kilómetros y kilómetros. Las mujeres llevaban bultos en la cabeza, mochilas a la espalda y canastos en las manos; también les ayudaban a los heridos, mientras que los niños y los ancianos acarreaban bolsas, maletas y hasta sillas, seguramente para que una abuelita o algún inválido pudiera descansar en el camino. Una mujer joven se había puesto una guitarra al hombro, como si hubiera sido un rifle. Algunos refugiados se veían excesivamente corpulentos en relación a sus cuellos y piernas; llevaban puesta toda su ropa. Pero la mayoría no estaba vestida para el frío.

Me embargó la vergüenza. Yo estaba movilizándome sentado, al interior de un vehículo, mientras que estos prójimos iban a pie y tendrían que seguir caminando por días expuestos a las inclemencias del clima. Le susurré a George lo que estaba sintiendo.

—Sí. Te entiendo perfectamente porque yo me siento igual que tú —me dijo. Unos momentos después, agregó —Pero tenemos que llegar a Francia lo antes posible. El mundo merece saber lo que está pasando.

Obviamente, como yo, George había considerado ofrecerle su lugar a uno de los refugiados. Pero tenía razón. Teníamos la responsabilidad de informarle al mundo lo que estaba sucediendo. De todas maneras, me sentí como la mierda. Viajamos toda la noche. Seguramente dormité un par de veces, pero la mayor parte del tiempo me quedé despierto. Al amanecer llegamos a Figueras, a unos pocos kilómetros de la frontera. Entonces empezó el bombardeo. ¡La

Legión Cóndor de Alemania estaba bombardeando a los refugiados! Paramos con un chirrido de neumáticos, nos bajamos de un salto y nos metimos debajo del auto. Un par de minutos después, Jackson perdió el control. Se arrastró hasta salir al camino, se paró, levantó los brazos y empezó a gritar en dirección al cielo:

—¡Canallas de mierda! ¡Infelices! ¡Estos son civiles, gente inocente! ¡Bajen, bajen para que los pueda liquidar con mis propias manos, monstruos asquerosos!

Siguió gritando y no daba indicios de parar, así es que George y yo nos arrastramos hasta que lo pudimos agarrar de los tobillos. Cayó de lado, pero se paró como un resorte y siguió gritando. Finalmente, lo pudimos tironear hasta quedar de nuevo debajo del Wyllis. Esta vez, no resistió. Se quedó quieto y en silencio por unos segundos, pero entonces se puso a aullar como si alguien le hubiera acuchillado el corazón.

La mañana del 26 de enero cruzamos la frontera. La masa de refugiados en busca de asilo se extendía como un mar inquieto.

—Cayó Barcelona —susurraba. —Cayó Barcelona.

# Lucía

*Febrero, 1939*

*Santiago*

Estaba en el pasillo, sentada al borde de una banqueta, con las rodillas muy juntas y mirando al frente. Me senté a su lado. Dio vuelta la cabeza y me tomó las manos.

—¿Te acuerdas de Amarú? —Me preguntó.

Asentí con la cabeza.

—Me dijiste que Amarú había despertado y me hiciste prometer que no me olvidaría de lo que vi. Nunca se me olvidó. Lo recuerdo como si hubiera sido ayer.

Me apretó las manos.

—Vas a testificar, ¿verdad? —Dijo, mirándome a los ojos.

—Sí. Voy a testificar —le respondí.

—Lo sabía. Tú nunca fuiste como él… o como tu mamá. Siempre tuviste tu propia manera de ser —dijo. —¿Cómo está tu mamá?

—Falleció.

—¡Ay, Milinda! —Exclamó, apretándome las manos nuevamente. —Cuando recién llegué a trabajar a tu casa, yo estaba deslumbrada con ella… tan linda y elegante. Entonces me empezó a dar

lástima, atrapada en esa vida con él. Pero con el paso del tiempo me di cuenta de que a ella le gustaba esa vida… y no supe si la admiraba, si me gustaba o no…

—Te entiendo perfectamente —le dije.

—Y tú, ¿cómo estás, Milinda? —Quiso saber —No vives con tu padre, ¿no?

—¡Ay, no! Cuando salimos de Tacna, nos fuimos a Iquique. Pero en octubre de ese mismo año mis padres me mandaron a vivir con mi tía en Valparaíso, la hermana de mi mamá. Ahora vivo con mi amiga Pilar y su hijita Alexandra. Mi tía vive a la vuelta de la esquina; ella es como mi verdadera mamá… después de ti… después que nos fuimos… —le respondí.

Me miró con lástima. Yo hubiera querido que me abrazara y me sostuviera por largo tiempo. Pero no me abrazó y su postura rígida y la blusa chillona detuvieron mi impulso de abrazarla a ella.

—¡Vente a Valparaíso a vivir con nosotras, Minina! —Me escuché decir. —Conmigo, y con Pilar y Alexandra. Ahora ellas son mi familia. Ellas y mi tía. Vente a vivir con nosotras, no como la sirvienta o la niñera, no. Como tú. Como Minina.

Me soltó las manos y sonrió con tristeza.

—Milinda, Milinda. Ahora yo también tengo familia. Después de todo lo que pasó, después de que te perdí a ti, me prometí no encariñarme nunca más con los hijos de otros. Unos años después de que te fuiste, volví a Tacna, conocí a un hombre y nos casamos. Tengo dos hijos; mi mamá los está cuidando mientras yo estoy aquí. Mi esposo resultó ser borracho y mujeriego. Hace unos años nos dejó, pero tengo a mis hijos y a mi mamá. Ellos son mi familia.

¡Cuán presuntuoso de mi parte pensar que Mercedes estaría ansiosa por vivir en mi casa de nuevo, como si eso hubiera sido todo lo que esperaba de la vida! ¡Por supuesto que había rehecho su vida después de tantos años de vivir en la periferia de la vida de otros! Supongo que una buena parte de mí todavía era una pequeñoburguesa egocéntrica. O quizás no. Quizás la niña en mí era la que le había rogado que fuera mi madre de nuevo.

—¡Ay, Minina! ¡Qué bueno! —Le dije al fin, sintiendo que se me subía la sangre a la cara. Entonces seguiremos en contacto y a lo mejor uno de estos días ustedes cuatro nos pueden venir a ver a Valparaíso.

—Puede ser —me contestó.

Pero no seguimos en contacto. En Tacna yo la había amado con el abandono y la inocencia de una niña. Ahora, en un instante, había comprendido que ella había seguido adelante con su vida, pero yo no; que a pesar de todo lo bueno que me había pasado y de lo contenta que estaba con mi vida actual, todavía seguía atada a ese cariño. Ella se había desprendido de su vida anterior: de las trenzas, sus polleras, sus años de servidumbre y, por supuesto, de su amor maternal por mí. Para ella, el pasado residía donde le correspondía: en el pasado.

Cuando nos habían separado, ella ya era adulta y tenía las herramientas para seguir con su vida, por más pena que tuviera. Yo, por otra parte, no había sabido cómo llenar el vacío causado por su ausencia. Ahora, ese vacío se había abierto nuevamente, junto con mis ansias de que Mercedes volviera a ser mi madre. Sin siquiera darme cuenta, había acarreado esas ansias dentro durante todos estos años. Era hora de dejarlas ir.

Mi testimonio duró dos días y medio. Cuando entré a la sala y me subí al estrado de los testigos, el público se inquietó. Cuando dije mi nombre, Lucía Céspedes, alguna gente gritó «¡¿Qué?!», «¡¿Quién?!» y otra me abucheó. Mirando al frente, contesté las preguntas del fiscal lo más clara y detalladamente posible.

Como era de esperarse, el interrogatorio de la defensa fue brutal. Sacaron a la luz el cuadro febril que me había empezado en el tren a Iquique. La supuesta conversación entre Ernesto Céspedes y sus colegas. ¿Lo que yo decía haber escuchado, no era acaso algo que la fiebre me había hecho inventar dentro de mi propia cabecita infantil? También sacaron a colación mi membresía en el Partido comunista. El partido me había ordenado testificar y decir todas esas mentiras contra mi padre. ¡Un héroe nacional! ¡Un verdadero patriota! ¿Qué clase de hija era yo?

—¿No es verdad que su distorsionada ideología bolchevique, sumada a su débil estado mental la llevaron a acusar a su padre de actos abominables que nunca cometió?

—No. Yo sé que los cometió. Vi los cadáveres en el río y al día siguiente, en el tren, lo escuché vanagloriarse de las matanzas —contesté, mirando a mi padre por primera vez.

Durante todo el juicio se le había visto erguido, pero ahora estaba hundido en la silla, con la vista baja. Por un segundo, sentí compasión por él. Pero entonces se enderezó, levantó los ojos y me miró fijo. Me miró con desprecio y hostilidad.

Un par de días después, el Juez Morris dio su veredicto: no había suficiente evidencia para extraditar a Ernesto Céspedes al Perú.

# Manuel

*Enero – febrero, 1939*

*Argelès-sur-Mer*

Jackson, George y el resto de mis compañeros de viaje siguieron a París, pero mi jefe me había pedido que diera fe de la situación de los refugiados y contara sus historias, por lo que yo me quedé en el sur.

No fue fácil despedirme de George. Con toda seguridad intercambiamos unos cuantos piojos y pulgas mientras yo hundía mi cabeza en su pecho, pero me costó dejarlo ir. El corazón le latía como locomotora, y su cuerpo olía a ropa sucia, sudor rancio, humo de cigarrillo y miedo. George olía a guerra.

—¡Ay, Manolito! ¡Ay, Manolito! —Repitió varias veces, apretujándome tan fuerte que temí que me estuviera triturando las costillas.

Luego de varias horas de espera, una voz nasal empezó a dar gritos por un megáfono y los gendarmes nos ordenaron hacer filas. Por lo que entendimos, los refugiados serían trasladados a campamentos cercanos. Cundió el pánico mientras las familias trataban de permanecer juntas. Hubo gritos, empujones y tironeos. A mi lado, un niñito lloraba a todo pulmón y se estaba ahogando. Lo tomé en brazos y me lo senté en los hombros.

—¿Cómo se llama tu mamá? —Le pregunté.

—Mamá, pero no me escucha porque anda lejos —me contestó, entre sollozos.

—¿Quién está aquí contigo? —Le pregunté entonces.

—Mi abuela —respondió y se puso a llorar aún más fuerte.

—¿Cómo se llama tu abuela?

—Abuela.

—Tú la llamas abuela. Pero ¿cómo la llama otra gente, los vecinos, por ejemplo? —le pregunté, dando vuelta la cabeza para mirarlo.

—Federica —contestó esta vez, pasándose la mano por la nariz.

Empecé a llamar «¡Federica!» a todo dar y claro, una cara desesperada, sólo unos metros delante nuestro, gritó «¡Aleix!».

Aleix lloró y se rió como un loquito, extendiendo los brazos hacia Federica como si hubiera estado separado de su abuela por veinte años. Obviamente, para él habían sido veinte años. Federica estaba caminando con su madre anciana, una de sus hijas y unos cuantos niños. Su esposo, su hijo, su yerno y otra hija se habían unido a los maquis, un contingente de combatientes que se preparaba para iniciar una guerra de guerrillas contra los nacionalistas.

—Estamos perdiendo la guerra, pero la lucha no ha terminado, chilenito. Se está organizando un movimiento de resistencia a los fascistas —susurró la madre de Federica, apuntando con el dedo hacia los Pirineos.

En ese momento no nos podríamos haber imaginado que los maquis jugarían un papel crucial en la Segunda Guerra Mundial, luchando contra los nazis al sur de Francia. Tampoco, que su lucha armada contra Franco duraría hasta bien entrada la década de los 60.

Federica debe haber tenido unos cuarenta y cinco años, pero se veía mucho más vieja. Su cuerpo era un atado de huesos y su cara, una red de caminos sobre tierra yerma. Ya casi no le quedaban dientes en la boca y hasta sus ojos parecían viejos, nubosos y opacos. ¿Había tenido el mismo aspecto antes de la guerra? Seguramente no.

Una voz gangosa empezó a anunciar los nombres de los campamentos donde nos iban a llevar y los gendarmes, a separar la multitud y encauzar los grupos en diferentes direcciones. Nuestro grupo iría a Argéles, un lugar un poco al norte, a orillas del mar.

Federica me contó su historia durante la caminata. Había trabajado en la fábrica de textiles Puig la mayor parte de su vida. En la fábrica había conocido a un joven llamado Pep y desde que Federica tenía diecinueve años, habían vivido juntos.

—Yo quería que nos casáramos, no en la iglesia, sino por el civil, pero Pep se negó rotundamente. Es anarquista hasta la médula y detesta todo lo que tenga que ver con el Estado. «Nuestra vida privada no le concierne al Estado», dice. Así es que claro, no soy casada, pero sí soy casada, ¿me entiendes? —Dijo.

Mientras criaba a sus tres hijos, había dejado de trabajar, pero cuando ya eran más grandecitos, había regresado a la fábrica.

—El sueldo de Pep no nos alcanzaba, así es que mi mamá se hizo cargo de los críos y yo me reintegré al trabajo —explicó.

—Pep no quería que yo me metiera en política. Decía que ya tenía bastante quehacer con la fábrica, la casa y los críos, pero mis amigas me convencieron de que fuera a las asambleas del sindicato con ellas. A espaldas de Pep. Pero claro, él no se demoró nada en enterarse y se puso furioso; me gritó como un desalmado y hasta le dieron pataletas; como a un crío malcriado. Mi mamá me dijo:

Ya vas a ver que mientras le pongas un plato de comida al frente y los críos no lo molesten, se le va a pasar. —Y así fue.

—En ese tiempo yo no sabía leer ni escribir, pero la Confederación Nacional del Trabajo empezó a dar lecciones de alfabetización. Me inscribí y de a poquito aprendí a leer; a escribir, no tanto, pero a leer sí —dijo, con un dejo de orgullo en la voz.

Pep dejó de oponerse a las actividades de Federica no sólo porque su vida no cambió, sino también porque ella fue una de las organizadoras de la huelga de arrendatarios de 1931.

—Nunca me lo dijo en palabras, pero yo sé que estaba orgulloso de mí —dijo, con una sonrisa en los ojos.

—Los dueños subían y subían los alquileres, pero nuestros salarios no subían ni una pizca. La situación empeoró tanto que ya a nadie le alcanzaba el dinero para pagar el arriendo. Así es que dejamos de pagar. Punto. Por meses, más de cien mil familias no pagaron el alquiler. El gobierno encarceló a nuestros líderes y trató por todos los medios de hacernos pagar. Pero no reculamos, y al fin y al cabo pasaron unas leyes que le ponían un tope a lo que podían cobrar los dueños, lo que no fue mucho, pero tampoco fue nada.

Federica y su familia habían vivido en Sants, el barrio obrero donde se encontraba la mayor parte de las fábricas textiles. Cuando recién llegué a Barcelona había caminado hasta Santz porque quería ver los lugares de los que nos conversaba mi tía Asunta: su departamento en un edificio antiguo con muchos adornos y arabescos en la Calle Santa Caterina; la Escola Barrufet, donde había trabajado; y la sede de la Asociación de mujeres librepensadoras en la Calle Rosés. Seguro que ahora todo eso estaba en ruinas.

—Sants fue el primer barrio que bombardearon los fascistas. Nos odian. Nos odian porque somos enemigos de la burguesía. Por la revolución nos odian. Quieren que no existamos. Por eso nos matan. Eso es lo que quieren. Matarnos —dijo Federica, con despecho.

Se quedó en silencio por un rato antes de volver a hablar.

—Hubieras visto el caos, el polvo, el humo, los cadáveres tirados en la calle, atascados entre los escombros… Los críos, los vecinos… Nuestro edificio se desmoronó como si hubiera estado hecho de dominós. Es un verdadero milagro que logramos sobrevivir.

—Sobrevivimos porque nuestro departamento estaba en la planta baja y en la parte de atrás, y las bombas cayeron en la parte de adelante. Nos llovieron los escombros, pero nada nos llegó de plano —explicó la madre de Federica, partiéndose el pelo y mostrándome una herida con una costra de sangre seca y mugre que tenía en la cabeza. —No nos pasó nada grave; sólo unos cuantos machucones y cortaduras.

Habían agarrado lo que habían podido de entre las ruinas y se habían puesto a caminar. Ahora estaban cerca de un lugar que

esperaban les sirviera de refugio, pero Argèles resultó ser nada más que otra versión del infierno.

El campamento estaba en un espacio abierto a orillas del mar, sin ninguna protección de las inclemencias del tiempo. No había baños ni construcciones de ningún tipo. Nada. Sólo un montón de carpas endebles que el viento sacudía a todo dar con el rugido ensordecedor de las olas del mar como música de fondo. Había una reja de alambre de púa a todo alrededor del área, como si los refugiados españoles hubieran sido criminales empedernidos; como si los franceses hubieran estado en peligro de ser atacados en cualquier momento. Claramente, Argéles no era un campamento de refugiados; era un campo de concentración.

Nos dieron un par de cantinas con agua, un cubo de sopa que más que sopa era agua grasienta, pan, frazadas, velas y fósforos, y nos mandaron a encontrar una carpa vacía. Buscamos y buscamos, pero no quedaba ni una sola. Todas estaban tomadas. Volví a la entrada y expliqué la situación. El gendarme sólo se encogió de hombros, mientras seguía atendiendo a los que iban llegando.

Caminé por todo el campamento; definitivamente no había ninguna carpa vacía. Entonces se me ocurrió que podíamos cavar una pequeña cueva en las dunas. Encontramos un buen lugar y nos pusimos a trabajar. La lluvia había endurecido la arena lo que la había hecho pesada y compacta, pero después de un rato teníamos un refugio lo suficientemente grande como para a comodarnos a todos. Fui a la playa en busca de leños y palos y luego de muchos intentos, logré encender una pequeña fogata.

Comparados a la caminata interminable en la lluvia y el frío, nuestra cueva, la fogata y el poco de comida que nos habían dado tomaron el cariz de un pedacito de cielo. Los niños encontraron albergue en los recovecos de las mujeres y al ratito la familia se había quedado dormida.

Sentado frente a la fogata, pensé en Rosa. Si hubiera estado con nosotros, lo habría captado todo con su Leica: la caminata, Federica con su atado sobre la cabeza, los niños con sus chompitas ligeras y zapatos rotos, la cara llena de moco, sus cuerpecitos tiritando como

pollos mojados, la anciana con una frazada sobre los hombros y un par de zapatillas de levantarse en los pies.

Sí. Rosa habría estado apretando el botón de la Leica por todo el campo de concentración, mientras maldecía a los fascistas, el gobierno francés y su gendarmería de mierda. Les habría dicho a las mujeres que aguantaran un poquito más, que todo iba a terminar bien, que ella, el chilenito y todos los otros corresponsales extranjeros le harían saber al mundo lo que estaba pasando, que los franceses se verían obligados a tratar a los refugiados como seres humanos y que otros países también les abrirían las puertas.

—Ya verán. Los franceses van a tener que comer mierda por lo que les están haciendo a ustedes —les habría dicho.

Antes de cerrar los ojos me dije que apenas amaneciera saldría a buscar comida. Imágenes de mi niñez en La Coruña y mis tardes en la Playa Bellavista me relampagueaban en la cabeza.

Cuando desperté, el sol me estaba acariciando la cara.

# Lucía

*Febrero – marzo, 1939*

*Valparaíso y Santiago*

Mi testimonio y la exoneración de mi padre fueron noticia de primera plana en todos los periódicos y la historia principal de todos los noticieros del país. Pusieron a mi padre en un pedestal con el título de «Patriota chileno», mientras a mí me presentaron como una hija mentirosa y desalmada, bolchevique y marimacha, para más remate. De alguna manera habían averiguado que Pilar y yo éramos pareja, por lo que Céspedes se transformó en héroe y yo, en un monstruo abominable.

Los fotógrafos me seguían con sus cámaras, mientras los reporteros me metían sus micrófonos en la cara. Me empezaron a llegar cartas anónimas horribles y amenazas de muerte tanto a la academia como a la casa. Todos mis alumnos se retiraron y pidieron que les devolviera el dinero de la inscripción. Los vecinos dejaron de hablarnos. Incluso algunos nos miraban de arriba abajo con todo descaro cuando salíamos de la casa, mientras otros nos gritaban insultos: tortilleras, marimachas, degeneradas. Afortunadamente, Alexandra

todavía estaba de vacaciones de verano, así es que por lo menos ella no tuvo que soportar el abuso de sus compañeros y profesores.

Los pasquines publicaron fotos de mi tía Encarnación, Pilar y Alexandra y, por supuesto, mías, así es que los Castillo y mi tía también sufrieron ultrajes. La panadería perdió mucha clientela y los vecinos de mi tía le dieron la espalda. Por supuesto que los Castillo estaban preocupadísimos porque la panadería era su fuente de trabajo y sustento. Además, su desprecio por nuestra relación se reavivó y nos echaron la culpa de todo a nosotras:

—Si ustedes fueran normales, nada de esto habría pasado —le gritaron a Pilar.

Claramente, sus ideales comunistas no incluían a los homosexuales.

Lo que nos mantuvo a flote fue el cariño de mi tía y el apoyo de muchos amigos y camaradas. Madame Moreau fue una de esas personas. Una noche tibia de domingo se apareció por la casa.

—Dudo mucho que esos pasquines asquerosos les paguen a sus fotógrafos para que salgan a trabajar un día domingo a estas horas —dijo en voz baja. Tenía toda la razón. Hacía una hora que se habían ido.

Había venido a decirme que ella creía todo lo que yo había dicho en el juicio.

—Ahora entiendo por qué vivías con tu tía y no con tus padres. Debe haber sido terrible vivir en la casa de un asesino, ¡especialmente cuando el asesino es tu propio padre! —dijo, levantando las cejas.

Asentí con la cabeza.

—¿Y tu mamá? —preguntó.

Me dio tristeza pensar en ella.

—Su historia da para mucho, pero básicamente no me creyó. No quiso creerme. Si me hubiera creído, su vida de encanto y *glamour* se habría esfumado. ¡Puf! —le contesté, empuñando la mano y abriéndola de sopetón.

Madame Moreau guardó silencio por un momento.

—Comprendo —dijo por fin. —Yo estuve casada… hace tiempo. Cuando el hombre ése se me declaró, me dijo que se había enamorado de mí por mi arte; que se había enamorado de la bailarina en

mí. Pero después de la boda me prohibió bailar o hacer clases de danza. Cuando protesté, me sacó la cresta; me golpeó hasta dejarme moreteada entera, así es que nunca más mencioné mi amor por la danza. Pero no importó nada porque me siguió golpeando de todas maneras. Nunca le faltaron razones. Me da vergüenza decir que me demoré años en irme porque no quería renunciar a la buena vida y los lujos que me daba ese hombre. Pero un día me di cuenta de que me había convertido en una prostituta sin dignidad alguna. Así es que me arranqué. Me fui de esa casa, me reinventé y empecé una nueva vida aquí en Valparaíso —explicó.

Le tomé la mano y se la apreté.

—Por eso que le gustó tanto «Amapola, la costurera prodigiosa». Porque es su historia.

Asintió con la cabeza.

—Me alegro de que haya tenido el coraje de dejar a su marido —le dije.

—Yo también, Lucía. Todos los días le doy las gracias al cielo por la vida sencilla y tranquila que tengo, y por dejarme hacer lo que más amo: dar clases de danza —dijo. —Supe que se te fueron todos tus alumnos. ¿Es verdad? —Preguntó.

Esta vez fui yo la que asentí.

—A mí también se me fueron unos cuantos; después de todo, la gente sabe que hemos estado trabajando juntas por años. Pero tengo suficientes, así es que si quieres puedes venir a trabajar conmigo. Claro que eso no resolvería nada, sino que sólo ayudaría a desparramar la cag... el problema. Además, tú te mereces algo mejor. ¡Quizás ésta sea la oportunidad de que te vayas a Santiago y pruebes suerte con tus lindas coreografías, Lucía! Conozco algunos colegas que estoy segura querrán considerarlas…

Se me aceleró el corazón. Sí. Sería fantástico cambiar de ambiente, irme a Santiago y jugar en las grandes ligas. Pero… Pilar y Alexandra…

Pilar ni siquiera lo pensó dos veces.

—Ándate a Santiago. Tu vida profesional aquí en el puerto se vino abajo. Valparaíso se da aires de gran ciudad, pero en verdad es un pueblo provinciano de mierda, lleno de gente ignorante

—incluidos mis padres— a la que no le interesa ver lo que está más allá de la punta de su propia nariz. Le importa un pito que tu padre sea un asesino; que haya masacrado a todos esos peruanos. Para esta gentuza, lo importante es que tú y yo somos «degeneradas». Punto. Deja este conventillo de ciudad, Lucía. Santiago sí es una ciudad grande y en unas pocas semanas ya nadie se va a acordar ni del famoso juicio, ni de tu cara. Te va a ir bien. Una vez a que estés instalada, Alexandra y yo también nos vamos. Y tu tía. Hasta puede ser que mis padres cambien de opinión y se quieran ir ¿Quién sabe? —Dijo.

Madame Moreau me dio cartas de presentación para varias compañías y a la semana de llegar, ya me había conseguido un par de contratos. También me había recomendado una pensión en la Calle Ejército, una casona antigua con cuartos altísimos, pisos de mármol resquebrajado por el tiempo, ventanas venecianas y una torrecilla donde la dueña me dejó poner mi gramófono y trabajar en mis coreografías. Éramos cuatro en el dormitorio, pero el arriendo era bajo y el lugar, limpio y tranquilo. Además, estaba cerca del distrito de los teatros.

Siguiendo el consejo de Madame Moreau, me reinventé: me cambié el apellido a González —el de mi madre y mi tía— me mandé a hacer los anteojos que me había recetado el oculista y que de pura vanidad no me había comprado, y me corté el pelo. Mi transformación no sólo cambió mi aspecto, sino que también me levantó el ánimo. Sentí que junto con mi pelo largo se había ido una buena parte de mi pasado; como si ambos hubieran estado entrelazados. Pero lo más importante fue que dejé de llamarme «Céspedes». Me sentí preparada para enfrentar el futuro.

Pilar tenía razón. En Santiago, a la gente involucrada en el mundo artístico le importaba un comino lo que había pasado con mi padre, el juicio o mi papel en todo eso. Pero la vida de mi familia en Valparaíso se hizo intolerable. Los padres de muchos alumnos de mi tía habían pedido que a sus hijos les asignaran otra profesora o lisa y llanamente los habían cambiado de escuela. Alexandra estaba sufriendo tanto en su escuela —sus compañeros la ignoraban, la insultaban y hasta

la habían atacado físicamente—, que Pilar la retiró. Las ventas en la panadería seguían bajísimas y los Castillo estaban con problemas económicos. En resumen, la situación era un desastre y tendríamos que ver manera de sacar a la familia de Valparaíso lo más pronto posible.

Pilar y mi tía estuvieron de acuerdo. Los Castillo, no. No querían dejar su panadería.

—Si Pilar no está detrás del mostrador, los clientes volverán —dijo su madre.

Aunque en ese momento sus palabras nos chocaron, eso fue justamente lo que pasó. A las pocas semanas de que Pilar dejara de trabajar, la panadería volvió a ser el negocio exitoso de antes.

Encontré una casita de adobe bien monona en la Calle Carmen. Era de un piso y los cuartos estaban distribuidos alrededor de un patio central. Tan pronto llegó la familia a Santiago, matriculamos a Alexandra en el Liceo Javiera Carrera y la niña no se demoró nada en hacerse de nuevas amigas. Mi tía encontró trabajo en la Escuela Paula Jara Quemada y Pilar, en la Panadería Milhojas, a la vuelta de la esquina de la casa.

Fue lindo volver a vivir con mi tía. Cuando le conté que había encontrado la casa perfecta, dio por sentado de que en Santiago seguiríamos viviendo en lugares separados.

—Lucía, ¿podrías buscarme una casita o un departamento que no esté muy lejos de tu casa? Algo chiquito, ya sabes que no necesito mucho espacio, y claro, lo más barato posible.

—Tía, queremos que te vengas a vivir con nosotras —le dije. Pilar y yo habíamos conversado el asunto y decidido que era la mejor opción.

—¡Ay, no Lucía! Tu familia necesita tener su propia casa, tal como me lo explicaste cuando Pilar y tú decidieron vivir juntas. ¿Para qué van a querer una viejuja entrometida en la casa?

—Eso fue entonces. Ahora, lo mejor será que vivamos juntas, tía. Santiago no es Valparaíso; es inmensa y nos va a tomar tiempo adaptarnos, así es que necesitaremos apoyarnos entre todas lo mejor posible. Nos vas a hacer falta. Pero si prefieres vivir sola, no hay ningún problema —le dije.

Yo había ido a Valparaíso por un par de días y estábamos en su casa, tomándonos una taza de té. Mi tía se largó a llorar.

—¡Ay, Lucía! ¡No, no! ¡Sí! Quiero decir que no quiero vivir sola. Me encantaría vivir con ustedes tres —dijo, abrazándome.

—A propósito, tía Encarnación, a mí me encantan las viejujas entrometidas —le dije, enjugándome las lágrimas.

# Manuel

*Marzo – julio, 1939*

*Argèles-sur-Mer y París*

El 27 de marzo los nacionalistas tomaron posesión de Madrid y el primero de abril Franco declaró su victoria y anunció el fin de la guerra.

Josep, un estibador de Tarragona, tenía una radio a galena, así es que mientras el resto del campamento dormía, unos cuantos nos íbamos a su carpa a escuchar las noticias. El toque de queda era a las diez de la noche so pena de ser acribillado a balazos si no lo respetabas, por lo que la expedición a su carpa se transformaba en una aventura y un desafío. También me transformaba a mí en una serpiente, ya que no me quedaba otra que arrastrarme y culebrear todo el camino mientras evadía los reflectores y los guardias de turno. Muchas veces tuve que quedarme inmóvil y bajar la cabeza, lo que inevitablemente me hizo tragar un buen bocado de arena. Sabe pésimo.

Por eso, una de esas noches, cuando un gendarme asomó la cabeza en la carpa de Josep, nos dimos por muertos. Pero en un castellano muy bien pronunciado, pero de gramática incorrecta, nos

preguntó si podía escuchar las noticias con nosotros. Nos demoramos un rato en retomar la respiración.

—¿Cómo vamos a saber que no eres espía? —Le preguntó Josep, por fin.

El gendarme abrió los ojos como platos.

—Ay, no! ¡Ay, no! Si se dan cuenta que estoy aquí, me metería en un tremendo lío —dijo, apuntando con el mentón en la dirección de la caseta de los guardias. —Mi padre es español… Se vino a Francia de niño… Hemos seguido la guerra desde el principio… porque estamos del lado republicano —agregó.

Lo dejamos entrar. Se notaba que era un joven honesto que se había metido de gendarme por pura necesidad.

—Ya no se puede vivir de la tierra —dijo, cuando le preguntamos por qué era policía.

Resultó que la mejor radio de onda corta era la Radio Moscú, así es que nos tragamos el orgullo anarquista y pegamos la oreja a su noticiero diario en castellano. Así supimos que el coronel republicano Segismundo Casado y el político socialista Julián Besteiro habían dado un golpe contra el primer ministro Juan Negrín, reemplazándolo por un Concejo de defensa nacional. Evidentemente, Casado, Besteiro y sus aliados creían que, a diferencia de Negrín, podrían negociar un «buen» tratado de paz con Franco.

Cualquiera les podría haber dicho a Casado y Besteiro que negociar un tratado de paz, y más aún un «buen» tratado de paz con Franco era tan absurdo como pedirle a un cuervo que cantara de soprano en *Madama Butterfly*. Tal como era de esperarse, Franco los mandó al demonio y exigió una rendición incondicional. Entonces procedió a entrar a Madrid matando a todo aquél que encontró a su paso, encarcelando a los que sobrevivieron y ejecutando a los combatientes republicanos.

A principios de la guerra, Franco y los nacionalistas habían declarado que se estaban embarcando en una «cruzada» contra el Bolchevismo y en defensa de la civilización cristiana. Ahora se vanagloriaban de haber derrotado «la anarquía», de haberle cerrado la puerta a una «conspiración judeo-masónica» y eliminado a cientos

de miles de «agitadores» y «escoria impía». Según ellos, España necesitaba el «autoritarismo» de Franco para restaurar el orden. ¡Qué autoritarismo ni que ocho cuartos! ¡Su gobierno no era sino un totalitarismo fascista de la más pura cepa!

Un par de veces por semana yo me iba a Perpignan para despachar mis artículos y recoger las transferencias bancarias y la correspondencia que me mandaba mi jefe. A fines de marzo recibí un cable notificándome que debía trasladarme de inmediato a París. El gobierno de Chile había mandado a Pablo Neruda a la capital francesa para que se desempeñara como cónsul especial, encargado de ofrecerles asilo a los refugiados españoles y mi jefe quería que le enviara reportajes sobre ese tema. No pude sino sonreír porque ahora, además de trabajar en mis escritos, podría ayudar a mis amigos a salir del campo de concentración y fundar un nuevo hogar en Chile.

La calamitosa situación en el campamento no había mejorado en lo más mínimo. Al contrario. Había empeorado. Muchos niños y ancianos habían muerto, al igual que unos pocos adultos y jóvenes. Las inclemencias del clima, la escasez de agua potable, la mala alimentación y la falta de higiene habían hecho estragos con los refugiados. Montse, una de las niñas de la familia de Federica, había sido una de las víctimas. Había estado tosiendo por días y días, pero cuando finalmente convencimos a los gendarmes de que necesitaba un médico, fue demasiado tarde.

Mientras cavaba la tumba de Montse en el cementerio del campamento —el cual crecía cada día más— me volvieron a borbotones los recuerdos de La Coruña y de la muerte de Rosa. Pero esta vez no me desmayé, como cuando enterramos a mi amiga. Simplemente, lloré. Lloré a gritos. No me importó si había gente mirándome y no sentí vergüenza alguna. Sólo lloré, como si hubiera sido un bebé hambriento.

Indudablemente estaba hambriento. Hambriento no sólo de comida sino también de justicia. Los refugiados españoles estaban siendo tratados peor que si hubieran sido criminales; por lo menos a los criminales se les daba techo y comida, y nadie estaba haciendo nada para remediar la situación. Ahora yo tenía la oportunidad de

hacer algo por ellos. Recolecté información sobre la mayor cantidad de refugiados posible y partí a París.

Llegué a la Gare D'Orsay a media tarde. Su arquitectura era similar a la de la estación Mapocho en Santiago, pero este lugar era gigantesco. Docenas de arcos descansaban sobre gruesos pilares de metal y un techo de vidrio, además de grandes ventanales, dejaba pasar la luz natural. Los andenes eran interminables y el vestíbulo era del tamaño de una cancha de fútbol. Mientras me abría paso entre la multitud hacia las puertas de salida, un enorme reloj con adornos dorados estaba dando las tres de la tarde.

Las calles de París estaban llenas de gente disfrutando del sol primaveral. Comparado a Argelès, éste era el paraíso. Los bulevares relucían de flores y arbustos, y los cafés al aire libre habían tomado posesión de las veredas con sus mesitas y sillas. La tentación fue demasiado grande. Camino al hotel me tomé un *café au lait* afrodisíaco acompañado de una media luna que se me deshizo en la boca.

El hotel *Georgette* en la Rue Voltaire estaba en un modesto edificio de tres pisos con una panadería en la planta baja y maceteros floridos en todas las ventanas. Mi cuarto estaba en el tercer piso y daba a la calle, la cual bullía de vida. Luego de meses de lavarme por partes con el agua gélida del campamento de Argelès, me di el lujo de bañarme en una tina llena de agua caliente en el baño al final del pasillo. Entonces me puse ropa limpia y partí a la embajada de Chile.

Una mujer de edad con un guardapolvo azul marino y una escoba en la mano me abrió la puerta. Cuando le pregunté por el cónsul especial Pablo Neruda, arrugó la nariz y me miró de arriba a abajo. Entonces levantó la escoba y apuntó a un solitario sillón floreado emplazado al lado de una majestuosa escalera espiral en el centro del vestíbulo. El sillón me tragó como si hubiera estado hecho de arena movediza. Todavía estaba tratando de salir de sus honduras cuando escuché una voz soporífera detrás mío. ¿Qué se le ofrece?

A duras penas logré pararme. Me di vuelta y ahí estaba el personaje mismo; el gran poeta Pablo Neruda, ahora enviado especial del gobierno de Chile, encargado de mandar refugiados españoles a nuestro país.

Empecé a explicarle quién era, pero no llegué muy lejos. Apenas había emitido unas pocas palabras cuando Neruda frunció los labios y se puso el índice derecho sobre la boca, mientras que con el izquierdo me indicaba un rincón oscuro detrás suyo. Una escalera angosta y retorcida nos llevó hasta el cuarto piso, donde se encontraban los cuartos de los sirvientes *y* la oficina de Neruda, un cubículo minúsculo, sin ventanas y con un escritorito y un par de sillas enclenques.

Entramos tratando de hacernos lo más pequeños posible, Neruda cerró la puerta, se sentó y apuntó a la segunda silla. Cuando recuperó el aliento, se puso a hablar a susurros:

—El gobierno de Chile cambió, pero no los empleados de la embajada en París. Estos diplomáticos «de carrera» desprecian al presidente Pedro Aguirre Cerda, les importa un comino quién soy yo y odian a los refugiados españoles. Así es que están haciendo lo imposible por dificultar mi trabajo y hacerme la vida imposible. Dicen no tener ninguna otra oficina disponible, como si a este sucucho se le pudiera llamar «oficina» —dijo, sofocando una carcajada.

—Hasta los sirvientes son de derecha en esta embajada. Claro, no les queda otra porque necesitan sus empleos. Pero ésa no es la única razón. Vienen de las chozas miserables y la lluvia interminable del sur de Chile. Ahora viven en París. ¡París! ¡La ciudad de la luz! ¡Y tienen cuartos secos y abrigados! ¡Y tres comidas al día! ¿Qué más podrían pedir? ¡Hasta yo sería de derecha en sus circunstancias! —prosiguió Neruda, sofocando otra carcajada.

Para ese entonces, Neruda ya había publicado *España en el corazón*, un poemario en el que denunciaba las atrocidades de la Guerra civil española y declaraba su apoyo a los republicanos. Hasta ese momento había sido el bardo universalmente «idolatrado» por sus poemas de amor que hacían suspirar a medio mundo; y por su poesía existencial que nadie entendía pero que en opinión de todos era única y profunda. Ahora se había atrevido a publicar poesía política y los fascistas y sus aliados lo odiaban por eso. No es de extrañar entonces que «los funcionarios» les hubieran prohibido a Neruda y a los refugiados usar el ascensor y la escala principal.

—No podemos dejar que su… ejem… «misión»… ejem… interfiera con los asuntos de la embajada —le habían dicho.

Obviamente, lo que querían decir es que no iban a permitir que un poeta comunista y hordas de refugiados españoles «contaminaran» su ostentosa embajada.

Neruda era un hombre alto, redondo y calvo, de nariz larga, labios finos y un par de ojitos penetrantes que cambiaban de suaves y risueños a duros y fríos en un santiamén. Su voz no combinaba para nada con el tamaño del hombre ni con sus ojos. Era aguda, casi inaudible, temblorosa y, lo más sorprendente de todo, extremadamente monótona. Si no hubiera sido por sus ojos, su interlocutor no habría sabido qué emoción acarreaban sus palabras.

Aunque Neruda era comunista y yo anarquista, congeniamos de inmediato. Yo admiraba su poesía y a él le gustaba lo que yo escribía.

—Así es que tú eres Tamarugo —dijo, luego de que yo había tenido la oportunidad de presentarme. Hacía ya rato que me había dado la mano, pero se quedó mirándome como si me estuviera viendo por primera vez. —Debo admitir que no empecé a leer tus columnas hasta hace poco, cuando me fui de Madrid y volví a Chile. Al principio tuve mis reservas porque, a decir verdad, no me gustan los anarquistas. Pero escribes bien y sin partidismos; tus reportajes son dinámicos, descriptivos, entretenidos —dijo, asintiendo con la cabeza y entrecerrando los ojos.

Esa noche salimos de la embajada (por la puerta trasera) y nos fuimos directamente al departamento de Rafael Alberti y María Teresa León, donde Neruda y su esposa, Delia del Carril, estaban alojados.

—De vez en cuando Rafael toma posesión de la cocina y se pone a cocinar como desaforado. Esta noche es una de esas noches —dijo Pablo.

Resultó que Alberti era un experto en cocina italiana y había producido un verdadero banquete: pollo *cacciatore*, espagueti *puttanesca*, ensalada *capresse* y, para terminar, ¡pastel tiramisú! Yo nunca había probado nada igual. El repertorio de comida italiana de la clase obrera chilena era limitado y humilde.

Mientras comíamos y bebíamos un aterciopelado vino francés, los cuentos volaron por el aire. Los suyos y los míos. Pablo nos contó que se habían comprado una casa en la costa central de Chile, en un lugar agreste y remoto, donde sólo se podía llegar a caballo. Claramente, Delia estaba encantada porque era apasionada por los caballos, los cuales eran el tema principal de sus hermosas pinturas. Rafael y María Teresa habían dirigido las operaciones que habían salvado la colección del Museo del Prado de las bombas fascistas.

Me preguntaron cómo me había hecho periodista. Yo le pregunté a Neruda sobre su vida en Asia y a Delia sobre sus experiencias como hija de terratenientes acomodados en Argentina. Me preguntaron sobre la situación en el campo de Argelès. Yo le pregunté a María Teresa sobre *El mono azul*, una revista literaria que ella había fundado y dirigido hasta hacía poco, y a Rafael sobre sus razones para abandonar su práctica como artista visual para dedicarse a la poesía. Me preguntaron sobre la masacre de La Coruña… Y así, toda la noche…

Cuando llegó la hora de las despedidas, Neruda me ofreció el puesto de «asistente» de su misión con los refugiados.

—Preséntese mañana a las nueve en punto en la puerta de servicio de la Embajada de Chile —me ordenó, riéndose.

—¡Sí, señor! —Le contesté, poniéndome firme.

Por semanas trabajamos codo a codo. Entrevistamos y evaluamos a cada persona que subió por la angosta y retorcida escalera trasera del edificio. Vinieron generales y soldados republicanos, carpinteros y plomeros, trabajadores de la construcción, cocineras, sirvientas, obreras de la industria textil y médicos. Ingenieros, enfermeras, abogados, agricultores y pescadores.

Entonces llegó el telegrama:

> Recibí noticias de su plan de traer refugiados españoles a Chile. Desmienta esta sorprendente información de inmediato. Firmado Pedro Aguirre Cerda presidente de la República de Chile.

¡Por eso los empleados de la embajada nos habían entregado el telegrama en persona y con una tremenda sonrisa en la boca!

Pablo quedó estupefacto. Hacía unos pocos meses, Pedro Aguirre Cerda lo había citado a La Moneda para encargarle la misión de llevar refugiados a Chile.

—Tráigame miles de españoles. Tenemos trabajo para todos. Tráigame pescadores; tráigame vascos, castellanos, extremeños —le había dicho.

¿Qué había pasado? ¿Este telegrama era auténtico o falso? ¿El presidente se había olvidado de que había mandado a Neruda a París para implementar su decisión de repatriar republicanos españoles en Chile? ¿Qué hacer ahora? ¿Pedirles disculpas a los cientos de refugiados que ya habíamos aprobado y darles la espalda a ellos y a todos los que todavía estaban esperando su turno?

Esa noche fuimos al Allard, uno de los lugares de encuentro favoritos de los republicanos. Como de costumbre, había alrededor de treinta hombres maldiciendo a los nacionalistas, quejándose de la situación y echándose la culpa los unos a los otros de haber perdido la guerra, proponiendo estrategias para el movimiento de resistencia y, por supuesto, bebiendo enormes cantidades de vino. Juan Negrín, el expresidente español y ahora a cargo del gobierno republicano en el exilio estaba sentado a una mesa en un rincón del bar junto con sus ministros. Nos invitaron a sentarnos con ellos y Pablo les explicó la situación.

Entonces, con una voz incluso más aguda y temblorosa que de costumbre, agregó.

—En mi opinión, sólo hay tres soluciones posibles. La primera es en verdad abominable: simplemente anunciar la cancelación del programa de repatriación a Chile. La segunda, dramática: hago saber públicamente mi desacuerdo con la nueva y sorprendente posición del presidente y luego me pego un tiro en la sien. Y, la última, definitivamente provocativa: seguir adelante con el programa, llenar un barco de refugiados españoles y llevarlos a Chile.

Nunca había visto a Neruda tan alterado. Incluso la voz le subía y le bajaba. Un poco. Pero lo suficiente como para que todo el café se hubiera quedado en silencio y todos los ojos y oídos estuvieran dirigidos hacia él.

Negrín lo escuchó sin inmutarse y luego de una pausa le preguntó:

—¿No ha considerado una cuarta opción, poeta? ¿Llamar al presidente por teléfono?

Por un momento se produjo un silencio sepulcral, pero entonces Pablo largó la risa y de inmediato se le unieron las carcajadas de todo el mundo, incluidas las de Negrín.

La mañana siguiente a primera hora, Pablo le pidió al funcionario a cargo que lo comunicara con la oficina del presidente en Santiago.

—No se nos está permitido llamar directamente al presidente —le contestó el funcionario.

—¿Entonces a quién le está permitido llamar? Necesito conversar sobre el telegrama directamente con el presidente —le respondió Pablo, sacudiendo la hoja de papel frente a los ojos del funcionario.

—Lo voy a conectar con el ministro de Relaciones exteriores —le dijo el hombre, llamando a la operadora.

Lo que vino a continuación fue un intercambio de docenas de «¿Qué dijo?», «No le escucho» y nuevos llamados a la operadora, intercalados con las palabrotas emitidas por el poeta y sus golpes de puños sobre la mesa, mientras el funcionario sonreía y se hacía el que revisaba los papeles en su escritorio.

Al fin de unos buenos quince minutos, Pablo estaba agotado. Subimos las escaleras y apenas entramos a su sucucho, se dejó caer en la silla y se tomó la cabeza entre las manos. Seguro que la llamada había sido catastrófica. No me atrevía a preguntarle, pero probablemente el ministro le había dicho que el programa para los refugiados había sido cancelado. Punto. Pero luego de un par de minutos, Pablo recobró la voz y me dijo que, aunque no estaba seguro de haber escuchado bien, creía que el ministro le había dicho que a la brevedad le mandaría nuevas instrucciones.

Así fue. Al día siguiente, un funcionario con cara de vinagre le entregó a Pablo un nuevo telegrama, esta vez firmado por el ministro de relaciones exteriores. El ministro le explicaba que en las últimas semanas el presidente había estado sujeto a excesivas presiones, las que habían dado lugar a mucha confusión. Sin embargo, ahora había

logrado recuperar su poder de decisión y le había dado el visto bueno al programa de repatriación de refugiados españoles.

El 4 de agosto de 1939, el *SS Winnipeg*, un buque de carga a vapor que había sido restaurado y convertido en un barco de pasajeros, salió del puerto de Trompeloup-Pauillac con 2336 refugiados españoles a bordo, incluyendo muchos de mis amigos del campo de concentración de Argelès. Su destino final era Valparaíso, Chile.

No vino nadie de la embajada a despedir el barco; sólo Neruda, quien hasta el último minuto se ocupó de asegurarse de que todo estuviera en orden, de darles la mano y abrazos a los viajeros, y de enjugarse los ojos con su pañuelo blanco mientras los refugiados abordaban el barco. Cuando el *SS Winnipeg* se empezó a alejar del puerto, Neruda dijo:

—Ni mi poesía ni nada más tiene importancia alguna. Ésta es la misión más noble que he emprendido en toda mi vida.

# Lucía

*Marzo, 1940*

*Santiago*

Un año y medio después de despedirnos en Lima, Manuel y yo nos volvimos a encontrar. Mi amigo parecía haberse encogido, la ropa le quedaba grande y tenía la cara curtida y rugosa. Hasta los ojos le habían cambiado; todavía irradiaban vida, pero ahora también los empañaba un velo de tristeza.

La reconocida editorial *Ercilla* había publicado una colección de sus crónicas sobre la Guerra civil española con una introducción de Pablo Neruda; ahora los dos hombres estaban sentados en el escenario del teatro *Caupolicán*, deliberando sobre el libro. Me dio gusto constatar que Neruda había respaldado el trabajo de Manuel y lo honraba con su presencia en el lanzamiento. Claramente, España y la guerra habían dejado una impresión indeleble en ambos. Neruda había escrito sobre esas experiencias en su poesía reciente:

> Preguntaréis: ¿Y dónde están las lilas?
> ¿Y la metafísica cubierta de amapolas?
> ¿Y la lluvia que a menudo golpeaba
> sus palabras llenándolas
> de agujeros y pájaros?

Estos eran los versos iniciales de «Explico algunas cosas», un poema en el que Neruda da testimonio del baño de sangre que presenció en Madrid al comienzo de la guerra y que lo llevó a usar su poesía como un instrumento de denuncia y resistencia. Hacía poco yo lo había escuchado recitarlo en la radio y, particularmente las líneas finales del poema se me habían quedado grabadas en la mente:

> ¿Preguntaréis por qué su poesía
> no nos habla del sueño, de las hojas,
> de los grandes volcanes de su país natal?
>
> Venid a ver la sangre por las calles,
> venid a ver
> la sangre por las calles,
> ¡venid a ver
> la sangre por las calles!

La escena me hizo sonreír. Neruda se veía enorme al lado de Manuel y su voz aguda y monótona no podría haber contrastado más con la de Manuel, quien narraba sus experiencias con emotividad y viveza. Bien pudiera ser que mi amigo estuviera flaco y se viera un tanto apesadumbrado, pero obviamente todavía rebosaba vida.

Me paré al final de la cola y esperé mi turno para que Manuel me dedicara el libro. Cuando llegué al frente, no me reconoció.

—¿Cómo te llamas? —Me preguntó, distraído.

—Lucía —le contesté.

Me firmó el libro y entonces me miró, ladeando la cabeza.

—¡Lucía! —Exclamó, parándose como un resorte y dándome un fuerte abrazo.

—¿Qué le pasó a tu pelo? —Me preguntó, mirándome con curiosidad.

Me presentó a Neruda como una amiga de la infancia en Iquique. Yo también había traído una copia de *España en el corazón* y le pedí al poeta que nos lo dedicara a mi tía, Pilar, Alexandra y a mí.

—Eso es lo que yo llamaría un libro comunitario —dijo risueño, mientras escribía la dedicatoria con tinta verde.

Manuel lo invitó a almorzar con nosotros, pero se disculpó.

—La Hormiguita me prometió un suculento charquicán y no quisiera dejarla esperando —explicó. Además, seguro que ustedes dos tienen mucho que conversar —agregó, antes de despedirse. Mientras se alejaba, Manuel me susurró al oído:

—La Hormiguita es Delia del Carril, su esposa.

Partimos al restorán Las tejas, a un par de cuadras del teatro. Pedimos cazuela y nos pusimos a conversar con una botella de Don Melchor de por medio. Manuel quería que le contara lo que había pasado en el juicio. A través de la prensa y por sus colegas en *Rebelión*, se había enterado de las generalidades, pero se moría por escuchar los detalles y quería saberlo todo desde mi punto de vista. Aunque hablar del juicio me causaba gran amargura, le describí el espectáculo de pe a pa y le conté las historias de los testigos, incluida la de Mercedes y mi encuentro con ella.

—¡¿Mercedes?! ¿La mujer que te crio? ¿La fiscalía la encontró y la trajo a Santiago? ¡Increíble! La pobre… Debe haber sido una experiencia dolorosísima para ella… y para ti…

—Sí… Horrible… Su testimonio no podría haber sido más claro y convincente, pero la defensa y el público la trataron como basura —le dije.

—Y hablaste con ella…

—Sí, después, en el pasillo.

—¿Y? ¿Cómo fue eso? —quiso saber.

—Doloroso. Salieron a la luz emociones que pensé ya no iba a sentir nunca más. Y me comporté como una imbécil, Manuel —le confesé.

—¿Cómo así?

—Le pedí que se viniera a vivir con nosotras.

—Mmm… ¿Y qué dijo?

—Lo obvio: que ahora tiene su propia familia y que su vida está en Tacna. Cuando me dijo eso me di cuenta de que yo había retrocedido a mi niñez; que estaba diciendo lo que diría una niña chica.

Manuel me acarició la mano.

—Lucía, a los doce años te arrancaron de los brazos de tu madre; literalmente. Mercedes era tu madre. Por eso sentiste lo que sentiste y dijiste lo que dijiste.

—Pilar y mi tía dijeron lo mismo. Ya me recuperé, estoy bien, pero fue duro verla después de tantos años —confesé.

También le conté lo que había pasado después del juicio; de los insultos, las calumnias y la decisión de venirnos a Santiago.

—Sí… Leí algunas de esas porquerías… Perdóname por no haber estado aquí para apoyarte, Lucía —me dijo.

—¡Ah, sí! Si mal no recuerdo, tú andabas de paseo por España, ¿no? —Le dije yo, sonriendo.

Se largó a reír.

—Al fin y al cabo, esos desgraciados nos hicieron un gran favor —continué. —Venirnos a Santiago fue lo que mejor que nos pudiera haber pasado.

—¿Cómo así?

—Nos ha ido muy bien. Estoy trabajando como coreógrafa a tiempo completo; con la ayuda de sus padres, Pilar abrió su propia panadería; Alexandra está contenta, mi tía sigue trabajando… Y, por supuesto, seguimos siendo buenas comunistas —le contesté, con una gran sonrisa en la boca.

—Me parece muy bien —dijo, devolviéndome la sonrisa.

—Cuéntame de España, Manuel —le pedí.

Se demoró en empezar a hablar.

—Fue como revivir La Coruña, Lucía —dijo. —Pero mil veces peor. Sí, mil veces peor —repitió. —Está todo aquí —dijo entonces, posando la mano sobre su libro.

—Leí todas tus crónicas, Manuel. Debe haber sido un infierno, pero te las arreglaste para darle humanidad a ese infierno; para contar de manera vívida todas las historias de esa pobre gente —opiné.

—Bueno, no todas las historias —dijo, después de una pausa. Entonces me habló de Rosa. —¿Te acuerdas de que en el barco a Lima hablamos del amor y todo eso?

Asentí con la cabeza.

—No sé si me enamoré de Rosa o no, pero lo que sí sé es que no quiero enamorarme de nadie; y tampoco quiero tener hijos. La vida es demasiado cruel —prosiguió.

—Ojalá que algún día cambies de opinión, Manuel. Es bueno tener a alguien a quien amar y que también te ame —le dije después de un momento.

—Quién sabe… quizás… pero lo dudo —respondió.

—¿Qué planes tienes ahora que ya publicaste *Noches y días de guerra y esperanza*? —le pregunté.

—Bueno, seguir trabajando en *Rebelión*, pero también he estado pensando que, dado el resultado del juicio de extradición de tu padre, debería escribir un libro sobre él. Podría usar las transcripciones del juicio, los testimonios de los peruanos, tu testimonio y lo que tú me has contado, lo que pasó en La Coruña, en fin… Desenmascarar al desgraciado de una vez por todas, hacerle saber al mundo que no es más que un criminal y el autor de asesinatos en masa al servicio de la burguesía —respondió Miguel. La voz le había subido una octava.

Esperé unos pocos segundos antes de responder.

—Excelente idea, Manuel, pero peligrosa. Céspedes tiene mucho poder.

—Sí, tienes razón; es un riesgo. Pero los tiempos no podrían ser más propicios, dado que tu Frente popular está en el gobierno. Si no ahora, ¿cuándo? —dijo.

—¿Mi Frente popular? —le pregunté.

Se largó a reír.

—En serio. ¿Qué piensas de la idea? —preguntó.

Me invadió una ola de excitación mezclada con temor. Por más progresista que fuera el gobierno del Frente popular, no podría proteger a Manuel de la ira de Céspedes. Al mismo tiempo, mi padre no podría actuar con total impunidad, como lo había hecho en Tacna y La Coruña. En ese entonces, los gobiernos fascistas de Ibáñez y Alessandri le habían dado carta blanca para hacer lo que quisiera con tal de que los peruanos no votaran en el plebiscito y el movimiento obrero fuera destruido. La ley mordaza había garantizado que ninguna de las dos masacres fuera dada a conocer. Ahora la

situación era diferente. Había legislación que garantizaba la libertad de expresión y si algo le pasaba a Manuel, la noticia aparecería en todas partes y mi padre se convertiría en el sospechoso número uno.

Le expliqué mi razonamiento a Miguel.

—Estoy de acuerdo contigo —me dijo. —Por eso creo que éste es el momento de escribir y publicar ese libro.

Hicimos planes para juntarnos y conversar más sobre el tema. Le ofrecí ayuda con la investigación. También lo invité a la apertura de *Amapola, la costurera prodigiosa*, ya que por fin el Ballet Nacional lo estaría poniendo en escena en el Teatro Municipal. Le conté que estaba empezando a trazar líneas para una coreografía basada en sus crónicas, la historia del *SS Winnipeg* y el poema «Explico algunas cosas» de Neruda. Lo invité a la casa para que conociera a Pilar y Alexandra y volviera a ver a mi tía. Le di la dirección y acordamos un día y una hora. Pero no se apareció ni en la casa ni en el teatro. Entonces también noté que por varias semanas no había publicado nada en *Rebelión*.

Me encaminé a la oficina de la revista en la calle San Isidro. La recepcionista, una muchacha de pantalones y muy dueña de sí, me dijo que Manuel estaba con licencia.

—Hace tres semanas que el camarada Garay dejó de trabajar —me informó, apuntando a un calendario en la pared.

—¿Y cuándo vuelve? —Le pregunté.

—Desgraciadamente no sabría decirle porque su licencia es indefinida —se disculpó.

—¿Dejó alguna dirección o alguna manera de ponerse en contacto con él? —Le pregunté.

—Que yo sepa, no. Pero déjeme preguntarle al camarada López. Quizás él tenga su dirección —me contestó.

Regresó unos minutos después.

—No. El camarada López tampoco sabe cómo comunicarse con el camarada Garay. Mil disculpas —me dijo.

¿Dónde estaba Manuel? ¿Estaba bien? Volví a la oficina de *Rebelión* un par de veces más, pero la respuesta fue la misma: no tenían ninguna noticia del camarada Garay.

Seis meses después se apareció por la casa. Había subido de peso y se veía más saludable que la vez anterior. Nos tomamos una taza de té y me explicó que poco después del lanzamiento del libro, había caído en un abismo.

—Todo pasó muy rápido. Un día desperté y no me quise levantar. Lo único que quería era quedarme quietecito debajo de las tapas. Ni siquiera tenía ganas de escribir…

—Las tragedias en tu vida te empezaron a pasar la cuenta —le insinué.

—Seguramente… La guerra civil española se había terminado, *Noches y días de guerra y esperanza* había sido publicado y me sentí completamente vacío. Como te dije, me había propuesto empezar a escribir el libro sobre Ernesto Céspedes de inmediato, pero no pude. No tenía ni la energía ni las ganas. España, La Coruña, todos mis muertos me empezaron a penar. Mientras más trataba de olvidarme de todo y pensar en el futuro, más me hundía en un hoyo negro. El futuro no era más que una nube oscura… Y todavía lo es, Lucía… Europa está en guerra y el fascismo sigue ganando terreno… Pero por lo menos ahora puedo funcionar y tengo muchas ganas de empezar a trabajar en el libro.

—Te entiendo perfectamente. Es difícil permanecer optimista, pero no podemos perder la esperanza, Manuel. Sé que eres muy crítico de Stalin, pero los comunistas creemos que la Unión Soviética va a jugar un papel clave en la lucha antifascista en Europa; que va a derrotar el fascismo y el nazismo —le dije.

—Puede ser que tengas razón —admitió.

—¿Cómo saliste de la depresión? —Le pregunté entonces.

—Me fui a Iquique. Me quedé con mi abuela y mi hermana, me junté con Moncho, me fui a la playa a pescar y recoger mariscos, ubiqué al señor Bacic y me pasé horas conversando con él. Estar rodeado de mi gente me ayudó a salir del hoyo en el que estaba metido.

—El amor, ¿eh? Amar y ser amado; el mejor remedio para el sufrimiento. Eso es lo que dice Pilar y tiene razón. A mí, ella me ayudó a salir de mi depresión después que se murió mi madre. Te ves mucho mejor, Manuel.

—Sí. Me siento bien y estoy listo para empezar a trabajar. Me vas a ayudar, ¿verdad? —me preguntó.

—¡Claro que sí! —Le contesté.

Ese año vino a nuestra casa a menudo. Alexandra empezó a decirle «tío Manuel», mi tía lo recibía con los brazos abiertos, le preparaba sus guisos favoritos y lo despedía con un buen paquete de comida extra. Pilar también se encariñó con él y suplementaba los paquetes de mi tía con exquisiteces de la panadería.

Manuel llegaba a la casa con una colección de cuadernos de escuela, cada uno dedicado a un aspecto diferente del libro, y procedía a informarnos sobre el resultado de sus investigaciones:

—Ernesto Céspedes también estuvo implicado en el asesinato de setenta y tantos líderes comunistas en Vallenar en 1931 y en la masacre de más de cien campesinos en el Alto Bíobío en 1924. ¡El hombre es una máquina de asesinatos!

Su gran dilema era en qué estilo escribir el libro.

—Céspedes emergió del juicio como un héroe nacional y yo lo voy a desenmascarar como el asesino que es —dijo. —Así es que no creo que sea un libro muy popular. Le va a dar munición a la izquierda y quizás lo lean unos pocos intelectuales y académicos, pero eso será todo… Así es que creo que lo mejor será que lo escriba de manera clara y directa; como un informe impersonal, basado en hechos reales.

—¡No, Manuel! ¡No, no, no! —Reaccioné yo. —Tu especialidad es contar historias y los lectores necesitan escucharte a ti. Si tú quieres que el libro sea popular, lo tienes que escribir de manera que sea popular; y la manera de hacerlo popular es hacerlo personal, no impersonal. Por supuesto que es clave incluir los hechos y tú sabrás cómo incorporarlos. ¡Pero tienes que escribir el libro en tu propio estilo, Manuel!

Pilar y mi tía Encarnación estuvieron de acuerdo.

—No te olvides de lo bien que te fue con *Noches y días de guerra y esperanza*, Manuel. Es indudable que el impacto monumental de la Guerra civil española tuvo que ver con el éxito del libro, pero la verdad es que más que nada, a la gente le encantó por el toque

personal que le diste; porque era tu voz la que contaba esas historias —le dijo Pilar.

—Estoy de acuerdo con Lucía y Pilar —agregó mi tía. —Tienes que escribir el libro sobre Céspedes como si estuvieras contando un cuento. ¿Te acuerdas de cuando viniste a la casa en Valparaíso y nos contaste cómo te habías conseguido el trabajo en *El nortino*? ¿De la composición que habías escrito en la escuela y que al caballero ése le gustó tanto? Piénsalo de esa manera, Manuel. Como una versión más larga y detallada de esa composición.

Por unos minutos, Manuel se paseó por el cuarto en silencio. Entonces tomó sus cosas y se dirigió a la puerta de entrada.

—¡Gracias, señoras y señoritas! —Exclamó, mientras se ponía el abrigo. —Seguramente no me van a ver por un buen tiempo. Ha llegado la hora de la soledad. Necesito reflexionar, pero también tengo que dejar de sacar la vuelta y empezar a trabajar, ¿no creen? —dijo con una sonrisa y se marchó.

Por meses no lo vimos, pero yo no dejé de pensar en él. Si Manuel tenía las agallas para escribir un libro sobre Ernesto Céspedes, yo encontraría el coraje para crear *Amarú*, un ballet sobre la masacre de Tacna. Entonces, mientras dibujaba bocetos, tomaba notas, escuchaba música, me paseaba por la casa, bailaba, revivía el pasado, me sentaba a dibujar más bocetos y me volvía a parar para bailar otra vez, me imaginaba a Manuel trabajando y pasando por su propio proceso creativo.

Una tibia noche de verano, Manuel llegó a la casa, esta vez con un fajo de hojas mecanografiadas. Quería mi opinión sobre los primeros dos capítulos del libro.

—¿Qué estilo elegiste? —Le pregunté.

—Ya verás —contestó, dándole unos golpecitos al rimero de papeles.

Había optado por el estilo personal y el libro parecía ser una mezcla de memorial, reportaje, recuento histórico, ensayo político y novela de suspenso. Era creíble y era conmovedor. Manuel presentaba a mi padre de manera fidedigna: como la personificación de las ideas más extremas de la burguesía, un hombre convencido de ser un dios

todopoderoso, un fanático dispuesto a eliminar a todo aquél que no cupiera en su mundo inhumano y patriotero.

Terminé *Amarú* mucho antes de que saliera *General Ernesto Céspedes: asesino en masa: -los sobrevivientes denuncian*. Manuel se demoró años en terminarlo y otros años más en publicarlo. Ninguna editorial quiso tocarlo, ni siquiera Ercilla, la que había publicado su libro sobre España. Finalmente, *Rebelión* decidió tomar el riesgo y lo sacó a la luz en marzo de 1948. Unos meses después, el presidente Gabriel González Videla, elegido en 1946 bajo la bandera del Frente popular, proscribió el Partido comunista y comenzó a escribir un nuevo capítulo en los anales de la persecución de la izquierda chilena.

# Tercera parte

# 1949

# Lucía y Manuel

## *Pisagua*

Se corría el rumor de que un segundo barco había llegado en la madrugada y que su carga humana incluía a varias mujeres. Él había llegado unos días antes, junto a otros mil hombres; comunistas, anarquistas y homosexuales, «el flagelo de la tierra», de acuerdo al Estado chileno.

Mientras hacía cola para recibir una taza de té y un pedazo de pan, las vio: cuatro mujeres le estaban sirviendo de pantalla a una quinta para protegerla de la mirada de los hombres, mientras ella se lavaba con el hilito de agua que salía del único grifo empotrado en medio de la plaza. A las mujeres sólo se les veía de espaldas, pero él reconoció a Lucía de inmediato: alta y esbelta, a diferencia de las demás. Además se había dejado crecer el pelo y una cascada de rizos rubios le caía sobre los hombros. Entonces había sido su turno usar el grifo y él hubiera querido extender los brazos y protegerla; resguardar ese cuerpo espigado de las amarguras del campo de concentración.

También hubiera querido enterrar la cabeza en la curvatura de su hombro, perderse en la hondura de sus ojos y quedarse ahí hasta que pasara el peligro. Le urgía encontrar un refugio. Esto lo sorprendió

y le dio miedo; en el pasado había vivido situaciones mucho peores y nunca se había sentido tan vulnerable.

Pisagua estaba en el desierto de Atacama, una franja de tierra yerma entre el Océano Pacífico y un gran macizo de roca y arena que lo separaba del resto del mundo. El gobierno no podría haber escogido mejor lugar para un campo de concentración. Aquí el alambre de púa no era necesario. Entrar o salir de Pisagua era prácticamente imposible a menos que tuvieras un barco de buen tamaño y conocieras las idiosincrasias del océano.

A principios de siglo, durante la edad de oro de la minería del salitre, los capitalistas habían «descubierto» Pisagua y lo habían transformado en puerto. Habían construido una línea de ferrocarril zigzagueante que bajaba la empinada montaña con vagones llenos de caliche; y un lujoso teatro y otras estructuras victorianas para alojar y entretener a los magnates y sus familias durante sus breves estadías. Pero todo eso ya estaba en avanzado estado de deterioro, y ahora Pisagua no era sino un pueblo abandonado y prácticamente en ruinas.

En 1938, antes de irse a España, él había escrito sobre la formación del Frente popular, el cual incluía el Partido comunista. En ese entonces, había denunciado a los comunistas como títeres de la Unión Soviética y los había calificado de «ingenuos» y «oportunistas». ¿Qué le había sucedido a la combativa organización proletaria de comienzos de siglo, la que había luchado tan ferozmente por la clase obrera chilena? ¿Por qué estaba claudicando sus principios y haciendo alianzas con socialdemócratas vacilantes y políticos de derecha?, había preguntado.

En 1939, cuando volvió de París, admitió que muchas de las políticas del gobierno beneficiaban a la clase obrera. Pero al mismo tiempo, le había advertido a la izquierda que era peligroso jugar a ser el «hermanito menor» en una coalición que se estaba inclinando cada vez más hacia la derecha.

Ahora, Gabriel González Videla, el tercer presidente del Frente popular, había proscrito el Partido comunista y desencadenado una ola de represión contra sus miembros y cualquier otro que

considerara ser una amenaza a la «Civilización occidental cristiana»; como si los comunistas, los anarquistas y los homosexuales fueran todos iguales y, por tanto, hubiera que ponerlos a todos en el mismo lugar: Pisagua.

Esperó a que las mujeres terminaran de lavarse y cuando se empezaron a alejar, se acercó al grupo.

—¡Lucía! —La llamó en voz baja.

Ella se dio vuelta y miró en su dirección usando la mano de pantalla contra el sol.

—¿Manuel? ¿Eres tú? —Preguntó, acercándosele.

Se dieron un largo y apretado abrazo.

—Manuel, no debería haberte alentado a escribir el libro… Perdóname —le susurró ella al oído.

—No, Lucía, no. Fue mi decisión y no la cambiaría por nada. Yo soy el que debería disculparme por haberte hecho colaborar conmigo —contestó él.

—No, Manuel. Me alegro de que lo hayas escrito y me da gusto haber podido ayudarte, aunque haya significado que los dos terminamos aquí… —dijo ella, dibujando un arco en el aire con la mano. —Mi padre es un hombre vengativo —agregó.

—Sin lugar a duda —dijo él.

—¿Nos dejan caminar en la playa? —preguntó ella.

—Sí. Durante el día —respondió él.

—Vamos a la playa, entonces —propuso ella.

Decenas de prisioneros estaban sentados en las rocas, mientras otros caminaban descalzos por la resaca. Había guardias apostados en la parte trasera de la playa, sus rifles apuntando al frente. Lucía y Manuel se sacaron los zapatos y dejaron que el océano les acariciara los pies. El frescor del agua los reanimó. A Lucía le dieron ganas de bailar.

—¿Nos dejan bañarnos? —Preguntó ella, pensando que quizás podría «bailar» en el agua.

—No. Dicen que nos podríamos escapar, lo que es absolutamente ridículo porque ni un bote a remo podría salir de aquí —le contestó él.

—¿Cómo así? —Quiso saber ella.

—Aparentemente las corrientes son fuertísimas —respondió él.

—Obviamente, tu padre me mandó aquí por el libro. ¿Pero a ti? ¿Por qué a ti? ¿También por el libro? —Preguntó, después de una pausa.

—Puede ser, pero también por Amarú y por el juicio…

—¡Pero el juicio fue hace diez años! Si hubiera querido hacer algo al respecto, lo hubiera hecho entonces, ¿no crees?

—Quién sabe por qué no lo hizo. Por un buen tiempo anduve paranoica pensando que en cualquier momento me iban a llevar presa, o me iban a dar una paliza por ahí, o por lo menos iban a clausurar mi compañía. Pero no pasó nada…

En la luz matinal, el océano se extendía cual manto de lentejuelas refulgentes. Escucharon el pulso de las olas y aspiraron el aire salobre.

—Nos volvemos a encontrar junto al océano —dijo ella, en voz baja.

—Veinticuatro años después —agregó él.

—Y con unas cuantas vidas y muertes en el camino —concluyó ella.

~~~

Por mucho tiempo Ernesto Céspedes no entendió el comportamiento de su hija. Indudablemente él había sido un buen padre; se había preocupado de que a Lucía no le faltara nunca nada, incluso después de que ella le había dado la espalda y él la había mandado a Valparaíso a vivir con esa puta comunista. Todavía se enardecía cuando se acordaba. ¿Cómo pudo haber sido tan... tonto?

Cuando por fin se había enterado de quién era Encarnación González, era demasiado tarde. Lucía ya no era una niña chica y había rehusado volver a casa. Claro que podría haber hecho cumplir sus órdenes de manera más enérgica, pero ¿en verdad quería que la bolchevique de su hija viviera en Iquique? Seguro que habría seguido con sus actividades subversivas *y* hecho correr rumores sobre él por
~~~

todas partes. Antonia le había requetejurado que ella no sabía nada sobre las verdaderas circunstancias de su hermana Encarnación, que su hermana había sido deshonesta. Él no le había creído. Ella se había largado a llorar a mares, se le había colgado del cuello y le había prometido que estaba diciendo la pura verdad. Al fin y al cabo, él había dejado el asunto de lado.

Aun así, todavía no sabía por qué su hija nunca había querido entender que él era un patriota chileno y que sus acciones estaban dirigidas por su amor incondicional por la madre patria. Chile había ganado la Guerra del Pacífico. El despliegue de coraje y la supremacía de sus heroicas Fuerzas armadas habían resultado en la anexión de una buena cantidad de territorio que antes le había pertenecido a Perú y Bolivia, incluida la ciudad de Tacna. Pero treinta años después, el maldito plebiscito había amenazado con revertir lo que se había ganado con tanto ingenio y valor. Para él, el plebiscito no era sino la continuación de la guerra y había sido su deber hacer algo al respecto. ¿Por qué Lucía se negaba a entender que él no podía dejar que, así como así Perú usurpara Tacna, una ciudad que ambos amaban tanto? Al fin y al cabo, las lluvias de mierda habían arruinado el arduo trabajo del ejército y las ligas patrióticas, y se había perdido Tacna. Pero él se sentía orgulloso y tenía la conciencia clara porque había luchado hasta el fin.

Lo que más lo desconcertaba era que Lucía había pasado de adorarlo a odiarlo a morir. La primera vez que la había visto en brazos de su madre, Lucía le había robado el corazón. Parecía una delicada muñequita de porcelana. A través de los años la había visto crecer y convertirse en una niña de belleza angelical: piel blanca, cabello rubio, un par de enormes ojos azules y, como si eso fuera poco, un cuerpo esbelto y gracioso. También era respetuosa y encantadora. ¿Cómo podía haber cambiado tanto? No tenía sentido. Pero quizás sí había una explicación, la cual comenzó a considerar durante el juicio.

Cuando la vio sentada en el banquillo de los testigos, pensó que estaba teniendo una pesadilla. Había estado distraído, después de tantos días de escuchar los cuentos sensibleros de un desfile de

peruanos asquerosos, incluida la india ésa, la puta que había sido su sirvienta en Tacna, y lo único que quería era tomarse un trago y dormirse una siesta. Por eso, cuando escuchó que llamaban a otro testigo, pensó: «Aquí viene otro cholo de mierda». Pero resultó ser Lucía.

¿Cómo se atrevía a humillarlo de esa manera? ¿Como si haberse hecho bolchevique y marimacha para más remate no hubiera sido suficiente? Miró a la hermosa mujer sentada frente a él y sintió unos deseos irreprimibles de matarla con sus propias manos. Sí. La quería muerta. Reconsideró la situación. ¿Era posible que un padre quisiera matar a su propia hija, a su propia carne? Así fue cómo empezó a considerar la posibilidad de que quizás Lucía no fuera su hija.

Había conocido a Antonia, su futura esposa, en el teatro Apolo en la calle Estado en el centro de Santiago, donde ella trabajaba vendiendo cigarrillos. La muchacha tenía un buen par de pechos saltarines con un escote profundo y tentador que ella se ocupaba de ostentar cuando se agachaba para entregarles los cigarrillos a sus clientes; tenía un trasero suculento y tembloroso clamando que un par de manos lo agarrara y lo masajeara; y un par de piernas fuertes y bien torneadas. Pero su cara contrastaba drásticamente con su cuerpo: era de cutis lechoso, lo que sumado a un par de ojos luminosos y curiosos, como los de una niña, le daba un aire de inocencia. Su boca carnosa parecía transmitir tristeza, pero en un abrir y cerrar de ojos se iluminaba con una sonrisa amplia y enternecedora. La combinación de un cuerpo de mujer con una cara angelical la ataviaban de una sensualidad y un atractivo que, para Ernesto Céspedes, al igual que para los otros hombres en el teatro, eran irresistibles.

Nunca antes había sentido nada especial por una mujer. Quizás la única excepción fuera su madre, a la cual le tenía un leve afecto. Pero la verdad era que encontraba que las mujeres eran irracionales y temperamentales. También, ignorantes y superficiales; eran incapaces de entablar una conversación sobre algo que no fuera el clima, el cine y la moda; y si eran casadas, también había que soportar sus interminables parloteos sobre sirvientas y niños.

Antonia no era ninguna excepción, pero su encanto y sensualidad le habían hecho estragos con la mente. Vivía con una sed insaciable de cogérsela cada minuto del día, junto al deseo de matar a cualquier hombre que le conversara, la invitara a salir o simplemente la mirara. Se enfermaba de furia pensando que otros hombres se la estaban cogiendo. Por eso le pidió que se casara con él. Para que fuera solamente suya.

Cuando Ernesto Céspedes le pidió la mano, Antonia reaccionó con una mezcla de desconcierto y vacilación. Por unos momentos no dijo una palabra; sólo meneó la cabeza y se largó a llorar. ¿Por qué? ¿Porque no lo podía creer o porque no estaba dispuesta a abandonar sus correrías amorosas? ¿No se daba cuenta acaso de que él le estaba ofreciendo comodidad y seguridad por el resto de su vida? ¡Cualquiera otra mujer habría reaccionado con un salto de alegría! Quizás Antonia tenía sentimientos por otro hombre. Si así fuera, ¿quién? ¿Uno de los clientes del Apolo? ¿Alguien en uno de los cafés donde trabajaba durante la semana? Pero entonces Céspedes le mostró el ostentoso anillo de diamantes y rubíes que había comprado en la Joyería Dulcamara y a Antonia se le iluminó la cara; por un momento se le cortó la respiración y abrió unos tremendos ojos. Entonces gritó:

—¡Ay, no! ¡Sí! ¡Sí, Ernesto! ¡Ay, no! ¡Sí, sí, sí!

Extendió la mano derecha y dejó que Céspedes le deslizara el anillo en el anular.

—¡Gracias, Ernesto! ¡Gracias! ¡Es precioso!

Entonces le echó los brazos encima y le prometió ser una esposa fiel y pendiente de su bienestar.

—Te juro que voy a ser la mejor esposa del mundo y que te voy a hacer muy feliz, mi amor —le prometió.

Esas eran las palabras exactas que él quería escuchar: una promesa de devoción *y* sumisión. En unos pocos meses lo trasladaban a Tacna y sería beneficioso llegar con una esposa atractiva y complaciente del brazo. Primero que nada, demostraría a los otros oficiales que sus gustos en cuanto a mujeres eran incomparables. Segundo, ya se había cansado de la vida de soltero y estaba listo para tener su propio hogar. Antonia se encargaría de eso.

La inscribió en la *Academia de artes personales y domésticas*, y en pocas semanas ella había cambiado sus tenidas provocativas por atuendos finos y elegantes, y su maquillaje excesivo por un aspecto sofisticado y sutil. También había aprendido lo necesario para montar un hogar cómodo y refinado, y manejar todo tipo de asuntos domésticos.

Durante esas semanas no la había visto a diario. A veces sus clases se extendían hasta la noche; otras, él se tenía que quedar hasta tarde en el regimiento. ¿Había continuado ella sus «andanzas» con los hombres del Apolo? ¿Se había acostado con otros en Tacna? Poco probable, ya que sólo unos días después de haber llegado, había anunciado que estaba embarazada. Pero ahora que lo pensaba bien, Lucía había nacido un par de semanas antes de lo esperado. ¿Antonia ya estaba embarazada cuando se había casado con él?

Ernesto Céspedes estaba convencido de que tendrían un hombrecito idéntico a él y dispuesto a seguirle los pasos en todo. Pero entonces había nacido una niña y, aunque se sintió decepcionado, se dijo que el próximo hijo sería hombrecito y Lucía se convertiría en una hermana mayor llena de adoración por su hermanito.

Pero por mucho que Antonia y él habían tratado —cogiendo a todas horas del día por semanas, meses y hasta años—, ella no se había vuelto a quedar embarazada y a él no le había quedado otra que olvidarse de su sueño de criar a otro Ernesto Céspedes. Los médicos nunca pudieron dilucidar el problema, pero él concluyó que Antonia se había quedado estéril de tanto coger cuando era joven.

Pero ahora le estaban entrando las dudas. ¿Era él el estéril? ¿Era por eso que Antonia no se había quedado embarazada después de dar a luz a Lucía? Si ese fuera el caso, él no era el padre de Lucía. Lucía no llevaba su sangre por las venas. Era un engaño; una mentira. Lucía era una impostora. Por eso había salido así, como su madre; una puta de primera clase, una tramposa y una traidora. Lástima que Antonia ya hubiera muerto; de lo contrario él se habría ocupado de que sufriera una muerte lenta y dolorosa. Pero Lucía estaba viva y él encontraría la manera de vengarse.

Una década más tarde se le presentó la oportunidad perfecta. Manuel Garay, el hijo del bolchevique en La Coruña que él se había encargado de neutralizar en 1925, el gusano ése que se había hecho amigo de Lucía en Iquique y que ahora se hacía pasar por periodista y escritor, se había atrevido a publicar un libro escandaloso sobre él; un pingajo que Garay obviamente había cocinado con la ayuda de Lucía. Esto era más que obvio porque el libro incluía detalles que sólo Lucía conocía. Pero ninguno de los dos había considerado que el tercer presidente del Frente popular proscribiría a los bolcheviques y a los degenerados. Ellos pensaron que se iban a salir con la suya, que iban a triunfar en su campaña de calumnias, pero se habían equivocado. Más que equivocado. El tiempo de revancha para Céspedes por fin había llegado.

~~~

Ernesto Céspedes, General en jefe de las Fuerzas Armadas de Chile llegó a Pisagua en un helicóptero Focke-Achgelis que causó revuelo en el campo de concentración. Se evacuaron la plaza y la playa a toda carrera y a los prisioneros se les ordenó retirarse a sus respectivos dormitorios. Desde sus literas escucharon el ruido ensordecedor del helicóptero y las marchas militares saliendo a todo volumen de los altoparlantes, los que hasta entonces habían sido usados solamente para difundir propaganda homofóbica y anticomunista, y para dar instrucciones domésticas.

El capitán Augusto Pinochet, director del campo, le ofreció a Céspedes un conciso y enérgico informe de la situación. Cuando terminó, Céspedes le preguntó:

—¿Y las mujeres? ¿Cuántas mujeres hay?

—Hay cinco prisioneras mujeres, mi general —le informó Pinochet. Todas son jóvenes; con seguridad no son verdaderas bolcheviques sino simpatizantes… Usted bien sabe que las mujeres no tienen muchos sesos en la cabeza —agregó, guiñando el ojo.
~~~

—Tiene razón, capitán, pero no se olvide de que siempre hay excepciones a la regla y si esas mujeres están aquí, por alguna razón será; seguro que se lo merecen —respondió Céspedes.

—¡Sí, mi general! —Exclamó Pinochet, cuadrándose.

A Céspedes le dio alivio constatar que Pinochet no había descubierto que Lucía era su hija. Una complicación menos con que lidiar. Pero el joven capitán parecía tener un punto débil en cuanto a las mujeres y podría reaccionar de forma adversa si él neutralizaba a una mujer. Pinochet demostraba grandes aptitudes y Céspedes lo quería de aliado. Con el tiempo el capitán aprendería que el enemigo es el enemigo, ya sea con pantalones o polleras. Pero por ahora, se iría con cuidado. Luego de darle algunas vueltas al asunto, decidió que el castigo de Lucía sería presenciar la ordalía de Manuel Garay. Eso sería suficiente. Si ella continuaba dispersando calumnias sobre él, reconsideraría. El futuro era largo y la vida le había enseñado a tener paciencia.

Se preguntó si su decisión también tendría que ver con esos años cuando él adoraba a Lucía, cuando la hacía reír con sus adivinanzas y la llevaba a clases de danza y música; cuando la llenaba de regalos; cuando él era su héroe. Definitivamente no, concluyó.

~~~

En el último par de semanas, Manuel y Lucía se han hecho íntimos amigos. Durante sus caminatas cotidianas en la playa han llegado a conocerse profundamente; conversado de lo que los hace felices, y lo que los entristece; lo que les da furia y lo que les da esperanza. Ella le ha contado todo sobre sus coreografías, de cómo le vienen a la mente y de ahí pasan a su cuaderno y luego de mucho trabajo, al escenario. Él le ha hablado de sus escritos, del diario de vida que ha tenido desde los doce años, el año que se conocieron en Iquique.

—Es mi confidente —le dijo él.

—¿Sobre qué escribes? —Le preguntó ella.
~~~

—De lo que vive dentro mío. Mis artículos y los dos libros han sido sobre lo que pasa fuera. Mi diario es sobre lo que pasa dentro —le contestó él, posando su mano abierta en su pecho.

Ella se dio vuelta y lo miró de frente.

—¿Y qué pasa dentro tuyo, Manuel? —Le preguntó, posando su mano abierta sobre el pecho de su amigo.

Él vaciló. Fijó los ojos en el suelo por unos minutos y entonces contestó con lágrimas en los ojos:

—La masacre de La Coruña y el asesinato de mi papa y mi hermana, del agujero que se abrió ese día en mi pecho. Entonces vino la desaparición de mi tía Asunta y el agujero creció. Es un agujero hondo y negro, siempre amenazándome con seguir creciendo y apropiarse de todo mi cuerpo. La única manera de mantenerlo a raya es escribir. Así es que lo lleno de recuerdos. Mis recuerdos de la pampa, de España. No de lo que pasó, sino de que lo que sentí en esos momentos. Las cosas que no le he contado a nadie en voz alta.

—¿Como que en verdad te enamoraste de Rosa? —Le preguntó ella.

—Sí. Ese tipo de cosas. Y sobre el miedo que le tengo a enamorarme de nuevo. Pero también sobre este sueño que tengo de criar a un niño mío. Escribo sobre ese crío, una niñita que será tal como era mi hermana Eva… Cosas así. Y también sobre el odio profundo que le tengo a tu padre y a todos los fascistas y asesinos del mundo.

Ahora, los 2117 prisioneros, sus 91 guardianes, el capitán Augusto Pinochet y el general Ernesto Céspedes duermen. Manuel y Lucía se han escabullido de sus respectivos dormitorios y yacen de espaldas, hombro contra hombro en la playa, amparados por un montículo de rocas. Es una noche estrellada, como todas las noches en el desierto de Atacama, el más seco del mundo. La Vía Láctea se ha instalado en el centro del cielo y convertido la superficie del agua en una piel relumbrante. Una luna creciente cuelga en el horizonte como una hamaca.

El Océano Pacífico va y viene, va y viene, les besa los pies con su efímera espuma; late al compás de sus corazones. El sonido del océano se les mete por las orejas, mientras los dos yacen, quietos y silentes sobre la arena.

—Está aquí —dice Lucía por fin. —Nos hizo traer aquí y ahora vino él. —Estira la mano hasta encontrar la de Manuel. —Tengo miedo. ¿Y tú? ¿Tienes miedo?

—Sí. Tengo miedo —le contesta él, apretándole la mano.

La marea está bajando y una brisa fría ha convertido la superficie del océano en un ejército de penachos blancos. Ella libera su mano y la posa sobre el pecho de Manuel. El corazón de su amigo está galopando tan locamente como el suyo. Desliza la mano hacia arriba y le toca la cara. Está húmeda, igual que la suya.

Se quedan ahí, tendidos hombro contra hombro, quietos y silentes. Silentes y quietos en la noche estrellada, sobre la playa, en Pisagua, tal vez descubriendo por fin que sus vidas han estado entrelazadas de maneras que nunca antes habían considerado; entretejidas por gruesas hebras de dolor provenientes de la misma fuente.

Él toma la mano de Lucía, mete la punta de sus dedos en la boca y chupa. Lo que deviene es quizás amor, quizás sexo. Quizás otra cosa. Hay lágrimas, hay besos. Hay una unión, un engarce. Un intercambio de humores, la placentera sensación del roce de la piel de uno contra la piel del otro, de dos vientres que se tocan, piernas que se enlazan, dedos que recorren una mata de pelo, labios que acarician la redondez de un hombro. Pero, sobre todo, hay un compartir de dolor; del dolor de toda una vida.

Al día siguiente los llevan a ambos al cuartel general, en el averiado Teatro Rey Eduardo. Los esposan, les vendan los ojos y los meten a empellones en un cuarto en la parte posterior del teatro. Detrás suyo se escucha un portazo. Les sacan las vendas y los hacen sentarse en el suelo. Se prende una luz con un «clic» que a Manuel lo hace pensar en la «herramienta revolucionaria» de su tía Asunta: la pequeña linterna a baterías que a él le gustaba tanto. Pero éste es un foco enceguecedor.

—¡Lucía González y Manuel Garay! —Exclama Ernesto Céspedes con voz rimbombante. Lucía y Manuel no lo pueden ver, pero le reconocen la voz de inmediato.

—Lucía González, hija de Antonia González. Bolchevique, marimacha, degenerada, depravada, impostora y traidora —continúa. Ha bajado la voz, la que ahora acarrea un dejo de amargura.

—Manuel Garay, hijo del agitador bolchevique que tuve el placer de neutralizar en La Coruña y sobrino postizo de Asunta Vila, la puta española que vino a este país con el único propósito de causar problemas, pero a la cual también tuve el placer de neutralizar en Iquique —agrega después de una pausa.

Manuel ruge, se para de un salto y arremete contra Céspedes. Dos soldados se apresuran a contenerlo y lo lanzan contra la pared. Lucía grita. Manuel gime.

—Lucía, te tengo una adivinanza —anuncia Céspedes, juguetonamente. —¿Te acuerdas de lo tanto que te gustaban mis adivinanzas cuando eras niña? ¿Por qué la mujer se cambió el apellido de Céspedes a González? —Entona. Luego de una pausa, prosigue: —¡Porque nunca le correspondió llamarse Céspedes! ¿Y por qué no le correspondió llamarse Céspedes? Porque su madre era una mentirosa y una puta.

Se acerca a Lucía, la levanta del suelo y la sostiene por el cuello de la blusa. Le pone la cara a unos pocos centímetros de la suya. El aliento de Céspedes huele a carroña.

—Tú no eres mi hija, Lucía González, y tu madre era una puta. ¿Que quién era tu padre? Quién sabe. Pero lo que sí sé es que no soy yo —grita Céspedes y la deja caer.

Lucía no está segura de haber escuchado bien. ¿Qué fue lo que dijo Céspedes? ¿Que su madre quedó embarazada de otro hombre? ¿Será verdad o lo está inventando? Si es verdad, ¿cómo fue que Céspedes se enteró? ¿Y cuándo se enteró?

Manuel ha tenido la respiración entrecortada y se ha sentido mareado desde que los soldados lo azotaron contra la pared. Ahora está tendido en el suelo, haciendo todo lo posible por permanecer alerta. No le importa lo que Céspedes haga con él, pero está dispuesto a proteger a Lucía como sea, hasta la muerte.

Se prenden las luces en el cielo raso.

Céspedes está parado en un rincón, las manos entrelazadas a sus espaldas. A sendos lados del general, matones con nudillos de bronce en los dedos y cadenas y cachiporras en las manos, esperan las instrucciones de su jefe. Tienen los ojos fijos en Céspedes. Céspedes

asiente levemente con la cabeza y los matones se abalanzan contra Manuel. A Lucía le parece que la paliza dura horas, pero en verdad sólo se han requerido unos pocos minutos para que los matones dejen a Manuel molido a golpes. Tiene la mandíbula y las costillas rotas, se le ha dislocado un hombro y todo el cuerpo le pulsa como una herida gigantesca y gangrenosa, pero ya no se queja.

Los matones no han tocado a Lucía. Su cuerpo tirita sin control, pero está intacta.

Unos minutos después, Manuel y Lucía son llevados desde el Teatro Rey Eduardo a la playa. Lucía camina por sí sola. A Manuel lo llevan a la rastra. Tiene la cara irreconocible y los harapos en que se ha convertido su ropa exponen los estragos de un cuerpo amoratado y lacerado.

Todos los prisioneros y los guardias están en la playa, esperando la «experiencia educativa» que se les ha prometido. A Manuel lo apuntalan contra un palo que han plantado frente al monte de roca que separa a Pisagua del mundo. A Lucía se le ordena pararse frente a Manuel.

El erguido y altanero general Ernesto Céspedes se suma a la escena. Lleva puesto su uniforme de honor, con dos filas de medallas prendidas al pecho. Cinco fusileros se paran frente a Manuel. Ernesto Céspedes levanta el brazo y grita:

—¡Fuego! —Pero ni Manuel ni Lucía lo escucha. Ya han partido a otros lugares, lejos de Pisagua.

Después de la desaparición de su tía Asunta, sentado en una roca en la playa Bellavista, Manuel se había preguntado por qué no lo habían matado a él; por qué seguía vivo, mientras tantos otros habían muerto. Entonces había descubierto que su razón de vivir era escribir. Contar historias. Dar testimonio, protestar, denunciar, provocar y proponer. A través de los años se había comprometido a hacer de su escritura una herramienta, un arma en la lucha por la justicia; y también un instrumento de esperanza. Su escritura transformaría el horror en belleza, la vergüenza en dignidad y el engaño en verdad. Y eso era justamente lo que había estado haciendo desde los doce años.

Ahora está sentado en su tamarugo favorito, contemplando la piel infinita y rugosa del desierto de Atacama. Sus oídos se abren al silbido juguetón del viento, mientras sus ojos se deleitan con la enormidad de un cielo limpio y azul.

Lucía está con Pilar, Alexandra y su tía en la velada de apertura de *Amarú*, la coreografía más ambiciosa que ha creado hasta ahora. La emoción la embarga y no para de sonreír. Años atrás había decidido honrar a Mercedes y a los muertos en el río a través de un ballet que entrelazara la leyenda y la masacre. No había sido fácil, pero con la pericia y dedicación de sus colegas, *Amarú* se había hecho realidad. Sonríe al recordar sus reflexiones sobre cómo poner esta historia en escena, las reflexiones que no la dejaban dormir después que Mercedes había terminado de contarle el cuento. Más de veinte años después, había transformado esas quimeras en una coreografía de verdad con la bailarina principal ataviada de un tutú rojo, representando la flor del *qantu* convertida en colibrí, la gigantesca cabeza de llama acarreada por cuatro bailarines, las escamas refulgentes de *Amarú* y sus alas esponjosas. Los avances en la tecnología y la destreza de los diseñadores habían resuelto el problema de «hacer volar» a Amarú. La niña Lucía está encantada.

Manuel y Lucía están en el suelo. Manuel está de lado. Sus extremidades están retorcidas y tiene la cabeza echada hacia atrás. Le sale un torrente de sangre por un agujero en el cuello. El resto del cuerpo también lo tiene acribillado. La árida y fina arena absorbe rápidamente su sangre.

Lucía está en posición fetal y tiene las manos sobre los oídos.

Al poco rato, el helicóptero Focke-Achgelis que trajo a Ernesto Céspedes, general en jefe de las Fuerzas Armadas de Chile a Pisagua, se lo lleva de regreso.

A las pocas semanas, Lucía queda en libertad. Para entonces ya sabe que está embarazada.

# Cuarta parte

2025

# El mundo – arte y cultura

*Santiago, 17 de abril, 2025*

*Se otorga póstumamente la Medalla presidencial en artes escénicas a la coreógrafa y directora artística Lucía González por M. Correal*

En una decisión dividida, un jurado compuesto de tres personas le otorgó la *Medalla presidencial en artes escénicas* de manera póstuma a la coreógrafa y directora artística Lucía González.

—Lucía González revolucionó el mundo de la danza —afirmó Camila Prado, bailarina principal del Ballet nacional y presidente del jurado. —Este galardón se le está otorgando a Lucía González con mucho retraso. Lo debería haber obtenido hace veinte años, cuando se le empezó a reconocer a nivel mundial. En ese entonces, recibió el Premio del Gobernador General de Canadá en artes escénicas y el Cisne de Oro de Berlín. En los años subsiguientes recibió premios en Japón, Brasil, España, Inglaterra, Francia, México… Más recientemente, hace sólo unos meses, se le dio su nombre a un flamante centro para las artes escénicas en Vancouver. Pero, como de costumbre, siguiendo una infame tradición chilena —no olvidemos que a Gabriela Mistral se le otorgó la Medalla presidencial de

literatura seis años después, y repito, seis años después de recibir el Premio Nobel, nuestro país es el último en reconocer y honrar a esta artista extraordinaria —agregó.

El director de teatro Carlos Cruz, también miembro del jurado, hizo saber su desacuerdo:

—Lucía González decidió vivir y trabajar en el extranjero por más de la mitad de su vida. Yo no creo que Chile debería darle premios a gente que no ha hecho una contribución a la escena artística de este país por más de cuarenta años. Además, era ciudadana canadiense; no era chilena —afirmó.

La coreógrafa Gabriela Echeverría, tercer miembro del jurado, estuvo en desacuerdo con Cruz:

—Lucía González era chilena. No optó por irse de Chile. Augusto Pinochet la empujó a irse. En verdad, es milagroso que haya sobrevivido a la tortura que sufrió como prisionera política en Villa Grimaldi en 1973. ¿Qué debería haber hecho? ¿Quedarse en Chile para que la mataran? Lucía González se merece este galardón porque es una artista chilena reconocida a nivel mundial, cuyas contribuciones abrieron las fronteras de la coreografía moderna, además de dar a conocer la música, el arte y las cosmovisiones de los no-europeos. No sólo eso; elevó a nuevos niveles conceptos tales como la narrativa no-lineal y la dinámica espacial, sin mencionar su uso del arte visual y los multimedios. Finalmente, quiero decir que tuvo las agallas para inyectarle la problemática sociopolítica al campo de la danza. Las princesas y los cuentos de amor no eran sus temas. La justicia, los derechos humanos, los derechos de los trabajadores, de los pueblos indígenas, eso fue lo que quiso abordar. Con profundidad y compasión, puso esas problemáticas sobre el escenario. Contó historias importantes. Quizás no hayan sido historias bonitas, pero ella las hizo hermosas. Tenía el raro don de transformar la oscuridad en luz —concluyó.

~~~
~~~

Eva Garay-González, hija de Lucía González, viajó a Santiago desde Vancouver, Canadá, para recibir el galardón a nombre de su madre. Le ofreció esta entrevista exclusiva a *El Mundo*:

EM: ¿Se sentía molesta su madre por no haber recibido este premio mientras estaba viva?

EG-G: ¡Ay, no! ¡De ninguna manera! No era ese tipo de persona. La verdad es que no le interesaban los premios; sólo le importaba su trabajo como artista y activista.

EM: Usted se crio en Santiago. Si no me equivoco, tenía veinte y tantos años cuando se fue con su madre.

EG-G: Sí. Yo tenía 23 años cuando nos fuimos.

EM: Y su madre ya era una artista bien establecida en el ámbito chileno. ¿Cuáles son sus recuerdos de haber crecido como la hija de Lucía González?

EG-G: Bueno, ella se entregaba de lleno a su trabajo. Vivíamos en una casa antigua no lejos de aquí, en la calle Carmen y me acuerdo de escuchar el «Concierto para piano número 2» de Rachmaninoff una y otra vez, mientras mi madre se paseaba por el patio canturreando la melodía y escribiendo notas en un cuaderno. De niña, llegué a detestar esa música [se ríe]. Ahora me encanta, pero en ese entonces… [se vuelve a reír]. Más adelante, en los años sesenta y setenta, colaboró con Víctor [Jara] y su esposa Joan [Turner], la que también era bailarina y coreógrafa; con Violeta Parra, Inti Illimani, Isabel Parra, Cuncumén, Patricio Manns, el Ballet nacional… Seguramente usted sabe que juntos crearon obras importantes y muy lindas, las que presentaron por todo el país. Todos esos artistas venían a nuestra casa y trabajaban con mi mamá en el patio.

EM: ¿Qué nos podría decir sobre el trabajo de Lucía González en Canadá? Tengo entendido que su trabajo más innovador comenzó después que salió de Chile. ¿Qué la llevó a querer trascender las fronteras de la danza?

EG-G: ¿El dolor quizás? ¿La muerte? Mi hermana Alexandra desapareció después de que la secuestraron de la casa. Muchos amigos fueron asesinados; Víctor Jara fue uno de ellos, por supuesto. Perdimos nuestro país. No sé… Lo que sí sé es que nos llevó varios

años asentarnos en Vancouver; yo tuve que volver a la universidad, mi madre y su compañera Pilar tuvieron que trabajar haciendo aseo por bastante tiempo...

EM: Entonces, ¿cuándo comenzó Lucía a trabajar como coreógrafa nuevamente?

EG-G: Empezó de inmediato; se juntó con otros exiliados chilenos, con artistas exiliados de otros países de la América Latina, Palestina, Irán, y también artistas canadienses. Empezaron a presentar obras en el *Russian Hall*, una sala de espectáculos muy modesta en Vancouver. Esas colaboraciones también le abrieron los ojos a otras sensibilidades, lo que la llevó a experimentar con cosas nuevas. Pero estas iniciativas sucedían en los márgenes; fuera del ambiente artístico canadiense. El trabajo era todo *ad honorem* y pasaron años antes de que las compañías establecidas le empezaran a prestar atención a lo que mi madre y sus amigos hacían. Lo que le abrió las puertas a ese mundo fue un contrato que tuvo con el Ballet municipal, el que la llevó a colaborar con artistas aborígenes. Con ellos creó una obra que integraba mitos de las naciones indígenas de la costa del Pacífico canadiense con arte visual, música latinoamericana y europea, y la proyección de *slides* que mostraban gente de todo el mundo luchando por sus derechos. Sí, en esos tiempos se ponían *slides* en un carrusel [se ríe], además de danzas provenientes de diferentes tradiciones. Nosotras vivíamos en una cooperativa habitacional en el barrio este de Vancouver y los colegas de mi mamá llegaban a la casa a discutir sus ideas con ella. Para mí, ellos eran sólo los amigos de mi mamá, pero en verdad eran muy reconocidos, como el artista visual Bill Reid y la compositora Ann Southam. El ballet tuvo un éxito tremendo y el resto es historia.

EM: ¿Lucía González se consideraba de nacionalidad chilena o canadiense?

EG-G: De las dos. Se identificaba como chileno-canadiense.

EM: Tengo entendido que usted nunca conoció a su padre.

EG-G: No. Él murió antes de que yo naciera. Fue ejecutado por un pelotón de fusilamiento en 1949 en Pisagua, el infame campo de concentración que el presidente Gabriel González Videla abrió

en ese entonces. Usted probablemente sabe que en ese entonces el director del campo era el capitán Augusto Pinochet. Qué ironía, ¿no? Veinticuatro años más tarde el general Augusto Pinochet convertido en dictador de Chile dio órdenes de ejecutar y hacer desaparecer a miles de personas, incluida mi hermana Alexandra. También volvió a abrir el campo de concentración de Pisagua. Así es que no, nunca conocí a mi padre, pero mi mamá me contó todo lo que me pudo contar y he leído sus libros y su columnas y artículos, así es que siento que lo conozco.

EM: Usted ha publicado varios libros y él era periodista. ¿Usted cree que heredó de él su talento?

EG-G: Podría ser. De seguro heredé su aspecto físico [sonríe y ladea la cabeza]. Él era un narrador fantástico y a mí me encanta contar historias, así es que probablemente también haya heredado esa parte suya [sonríe y se encoge de hombros].

EM: Usted ha escrito novelas y colecciones de cuentos sobre el golpe militar de 1973, la dictadura, la vida en Canadá… Si no le molesta mi pregunta, ¿de qué se va a tratar su próximo libro?

EG-G: No, no me molesta para nada. Va a ser sobre mis padres… sus historias de vida… ficcionalizadas, por supuesto… Va a ser una novela, un homenaje a estos dos seres humanos que, a decir verdad, fueron extraordinarios.

EM: ¿Y cómo se va a llamar esta novela?

EG-G: No he tomado una decisión todavía, pero quizás le ponga *Atacama*.

# Nota de la autora

*Atacama* está basada en hechos históricos, pero el impulso original para escribir la novela provino de los relatos que a través de mi vida escuché en las voces de mi padre y de mi madre. A mi mamá le encantaba recitar poesía, pero rara vez contaba anécdotas de su niñez. Sin embargo, cuando estaba en su lecho de muerte, nos reveló a mis hermanos y a mí la historia que había guardado en secreto por setenta años: el episodio sobre los cadáveres en el río Caplina que Lucía cuenta en la primera parte del libro. En verdad, fueron mi madre y sus amiguitas peruanas quienes tuvieron esa experiencia. «Por eso yo siempre odié a mi padre», nos confesó al concluir su relato. Su testimonio, el cual escuché hace ya más de treinta años, plantó la semilla que me llevó a investigar la ocupación chilena de Tacna y la masacre de 1925, la cual había sido orquestada y dirigida por mi abuelo, un oficial del ejército de Chile. Ésa fue la génesis de *Atacama*.

Así como me fui enterando de los hechos que habían culminado con la masacre de Tacna, me encontré con otro acontecimiento histórico: la masacre de La Coruña, también en 1925. Mi mente no se demoró mucho en comenzar a hacer conexiones entre las dos tragedias y a imaginar maneras de también incluir las historias de mi padre en la novela.

A diferencia de mi madre, mi papá era un experto y cautivante cuentista. Hijo de minero y lavandera, se había criado en la pobreza

extrema y de niño había trabajado en las minas del salitre. Sin embargo, a mí me llevó años llegar a comprender el duro e injusto carácter de su vida, porque él siempre infundía sus cuentos con aventuras y humor, además de descripciones coloridas y animadas de los paisajes del norte de Chile. Es así como en *Atacama*, algunas de las experiencias de Manuel fueron en verdad las de mi padre: su búsqueda de comida en el desierto y en la playa, su experiencia casi mortal al tratar de rescatar un barril de las olas del mar, y su trabajo como limpiador de trituradoras. Pero es necesario aclarar que Lucía y Manuel son personajes ficticios, al igual que sus historias de vida en la novela.

Dado que vivo en la región angloparlante de Canadá, hace alrededor de treinta años decidí que era importante escribir en inglés. Así fue como me convertí en una escritora bilingüe. Al comienzo estaba dudosa de mis capacidades en mi idioma adoptivo, pero con el tiempo y la práctica, logré sentirme cómodo escribiendo en los dos idiomas. A veces completo mi trabajo en castellano y luego lo reescribo en inglés; otras veces, sucede al revés. Pero la mayor parte del tiempo escribo yendo y viniendo entre los dos idiomas. Esta «metodología del balancín», como la llamo yo, fue también la que utilicé en la escritura de *Atacama*, por lo que terminé el libro en inglés y castellano casi al mismo tiempo. En 2021, la versión en inglés de la novela fue publicada por la editorial canadiense Fernwood Publishing y ahora tengo el placer de que su versión en castellano haya sido publicada en Chile por RIL Editores.

# Agradecimientos

Las siguientes personas leyeron diferentes versiones del manuscrito y me ofrecieron valiosos comentarios: Dafne Blanco, Denise Bukowski, Alan Creighton-Kelly, Valentina Vega Eck, Rose Gaete, Cynthia Flood, Bonnie Klein y Jane Warren.

Estoy enormemente agradecida de la editorial canadiense Fernwood Publishing y particularmente de Beverley Rach, su editora en jefe, no sólo por publicar *Atacama* en inglés, sino también por su determinación de sacar a luz la mejor versión posible de la novela. Así fue como por casi diez meses trabajé con Linda Little, la editora contratada por Fernwood Publishing para guiarme en un proceso de revisión del texto. Su pericia como editora, sumada a su paciencia y apoyo durante ese proceso no sólo resultaron en una versión más acabada del libro, sino también en una rica experiencia educativa para mí.

Agradezco al Concejo de las artes de Canadá (*Canada Council for the Arts*) y al Concejo de las artes de la Columbia Británica (*British Columbia Arts Council*), por su asistencia financiera. Sus becas me permitieron hacer investigación de campo y de archivos en Perú, Chile y España, y también hicieron posible mi dedicación ininterrumpida a *Atacama* durante varios períodos en el transcurso de su escritura.

Una residencia en la Casa histórica Joy Kogawa de Vancouver (*Historic Joy Kogawa House*), en 2017, me permitió terminar el

primer borrador de la novela. Mis agradecimientos a Joy Kogawa, escritora ilustre y tesoro canadiense, Ann-Marie Metten, directora ejecutiva y la Junta directiva de la Casa por este regalo.

Cuando le mandé el manuscrito en castellano a RIL Editores, lo hice sin mayores expectativas. En los últimos años se lo había enviado a varias casas editoriales, tanto en Chile como en otros países, pero nunca recibí respuesta alguna o, en una ocasión, se me informó que el manuscrito había sido rechazado. Por tanto, estaba bastante desmoralizada. Pero a fines del 2024 decidí hacer otro intento y les mandé *Atacama* a cuatro editoriales chilenas, entre ellas, RIL. Al momento de escribir estas líneas, las otras tres todavía no me habían respondido. RIL, en cambio, no tardó en ponerse en contacto, aprobar el manuscrito y proponerme un plan para su publicación. Mis sinceros agradecimientos a Fabiola Aldana, mi interlocutora en este proceso, y a todo el equipo de RIL por creer en *Atacama* y lanzarla al mundo de habla hispana.

Tuve la fortuna de crecer en un hogar donde se valoraban las artes. Además de ser un excelente cuentista, mi padre también era un lector voraz y nos inculcó a mis hermanos y a mí el amor por la lectura. La afición de mi madre por la poesía era complementada por su talento como pintora y ceramista. También era una eximia modista, tejedora y bordadora. A mis hermanos les gustaba cantar y tocar la guitarra, y de niña y adolescente yo asistí al conservatorio de música y a academias de danza. Estas experiencias resultaron ser muy valiosas en el desarrollo de *Atacama*.

Mi más profunda gratitud es para mi familia. Mi trabajo de escritora se haría insoportablemente solitario si no fuera por nuestras frecuentes reuniones y festejos. Finalmente, especiales agradecimientos a Alan Creighton-Kelly, mi compañero de vida, por su constante e inquebrantable apoyo durante los últimos cuarenta años.

# Bibliografía selecta

Aranda, V. (1996). *Las libertarias* (película). España.
Kolontai, A. (1977). *Selected writings*. W. W. Norton & Company.
Lenin, V. I. (1976). *El estado y la revolución*. Editorial Ayuso.
Marx, K. & Engels, F. (1998). *The Communist Manifesto: A Modern Edition*. Verso.
Neruda, P. (1994). *Confieso que he vivido*. Plaza & Janés.
Neruda, P. (2004). *España en el corazón. Himno a las glorias del pueblo en la guerra*. Editorial Renacimiento.
Orwell, G. (1975). *Homage to Catalonia*. Penguin Books.
Preston, P. (2016). *La guerra civil española*. Editorial Debate.
Rooum, D. (2016). *What is Anarchism?: An Introduction*. PM Press.
Rossif, F. (1962). *Mourir à Madrid* (película). Francia.
Saña, H. (2010). *La revolución libertaria: los anarquistas en la Guerra Civil española*. Editorial Lactoli.
Vitale, L. (2011). *Interpretación marxista de la Historia de Chile*, Vol. 3. LOM Ediciones.

## Páginas web

Bibliotecanacionaldigital.gb.cl
Biblioteca nacional del Perú - bnp.gob.pe
Canal UNED - canal.uned.es
Historia Alternativa - althistory.fandom.com/es/wiki
Marxists.org
Memoriachilena.gb.cl
Socialhistoryportal.org
Theanarchistlibrary.org

Este libro se terminó de imprimir
en Santiago de Chile,
mayo de 2025

Teléfono: 22 22 38 100 / ril@rileditores.com

Se utilizó tecnología de última generación que reduce
el impacto medioambiental, pues ocupa estrictamente
el papel necesario para su producción, y se aplicaron
altos estándares para la gestión y reciclaje de desechos
en toda la cadena de producción.

De la ciudad de Tacna y la oficina salitrera La Coruña, al despacho consular de Pablo Neruda en París, pasando por una academia de danza en Valparaíso y Cataluña durante la guerra civil española, *Atacama* narra una historia primordialmente chilena pero de ostensible alcance universal.

Absorbente y conmovedora, *Atacama* entreteje sucesos reales con los relatos de vida de Manuel Garay y Lucía Céspedes, personajes de extracciones sociales dispares pero hermanados desde los doce años de edad por el accionar de Ernesto Céspedes, padre de Lucía, oficial de las Fuerzas Armadas de Chile y artífice de dos masacres perpetradas en 1925: la de peruanos en Tacna y la de mineros y sus familias en La Coruña.

Sin embargo, no son sólo estos hechos y su traumático impacto lo que lleva a Manuel y Lucía a desarrollar una entrañable amistad. Sus vidas se entrelazan también a raíz de sus convicciones políticas y la certidumbre de que el arte y la escritura son instrumentos esenciales en la denuncia de los ignominiosos actos de los opresores, la preservación de la memoria y la defensa de la belleza y la esperanza.

A través de un relato dinámico y del desarrollo de personajes complejos y profundamente humanos, *Atacama* demuestra que la relación entre individuo y sociedad es inexorablemente dialéctica y que la historia no oficial está poblada de hombres y mujeres inteligentes, sensibles, resilientes, solidarios y creativos.

Ciertamente, esta novela es una bienvenida e importante contribución al corpus de la novela histórica actual ya que, aunque toma lugar en el siglo pasado, los temas que aborda reverberan con contemporaneidad.

RiL editores

ISBN 978-956-01-1720-5

9 789560 117205